

ANOMALIAS DEL *Amor*

ELEANOR RIGBY

Anomalías del Amor

Eleanor Rigby



ÍNDICE

ANOMALÍAS DEL AMOR
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
REFERENCIAS

SINOPSIS

Después del encuentro con uno de los hombres más sexis que he conocido… Yo, Adrienne Saetre, el colmo de la racionalidad, voy a tener que vérmelas cara a cara con el desastre. Si acabar sobre el regazo de ese hombre tan atractivo, rogándole que me pusiera las manos encima, no fuera suficiente, ahora tengo que lidiar con la certeza de que quiero más que esas manos sobre mí.

¡No obstante! Reconozcamos que las personas como yo están preparadas para cualquier viaje que quiera darles la vida. Incluido el cliché del jefe cañón y las crisis existenciales encarnadas en hombres de ojos verdes. ¡Ay de mí! Con la cabeza bien puesta sobre los hombros es fácil superar cualquier obstáculo. Pero… ¿qué pasa cuando la pierdes?

Primera edición en digital: marzo 2019

Título Original: *Anomalías del Amor*

©Eleanor Rigby, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©dima_sidelnikov

Diseño de portada: IslaBooks

ISBN: 978-84-17474-35-5

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Para mi N.

"El arte de la medicina consiste en entretener al paciente mientras la naturaleza cura la enfermedad."

—Voltaire.

CAPÍTULO 1

Lana y yo llegamos a Múnich con veinte minutos de retraso, presentándonos en el hotel alrededor de media hora tarde. El servicio de taxis en Alemania tiene pinta de ser eficaz —más que en París, al menos—, pero el tráfico es infinitamente peor. Quizá se deba a que hay una considerable proporción de gente con renta de sobra para adquirir vehículos de última gama y les encanta pasearse para lucirlos en lugar de aprovechar y colaborar con el medio ambiente cogiendo el autobús. O tal vez simplemente sea cosa de que es lunes, son las siete de la mañana y está a punto de empezar la jornada laboral.

En cualquier caso, el ambiente ajetreado de Múnich no me inspira. Ni eso ni el cielo plomizo, que podría haberme puesto nostálgica si pudiera permitírmelo, si me fuera el rollo de poeta de buhardilla o si realmente el tiempo atmosférico pudiera ejercer algún poder sobre mí, más allá de condicionarme a la hora de elegir vaqueros.

Mi ayudante, compañera, amiga, consejera del corazón y moda y a veces irritante lorito, está tan entusiasmada que no deja de mirarlo todo con absoluta fascinación. Con los ojos tan grandes e iluminados me recuerda a Lulú, la única persona de todo París que voy a echar de menos en caso de mudarme definitivamente. Esa que me recomendó que aprovechara mi salida de Francia para hacer turismo y disfrutar.

Pero, ¿cómo voy a disfrutar si me estoy pasando los horarios por el forro?

—Adrienne, relájate —pide Lana, que no tarda en interpretar correctamente mi expresión de fastidio supremo. Es una de esas pocas personas que tienen ganas y tiempo para descifrar mis intenciones, pensamientos y semblantes, poco variables gracias a un autocontrol que ya envidiaría la guardia londinense—. Solo son veinte minutos. No van a impedirte entrar por eso… Además de que el congreso es por mañana por la tarde-noche. Si te pierdes algo, es el recibimiento.

Y entre ella y yo: no me hace especial ilusión reunirme con otros cerebritos antes de lo previsto para establecer las bases de la guerra que se va a iniciar. O peor aún… Entablar una amistad que luego pueda perjudicarme por la distancia.

Pamplinas. Dudo seriamente que se le pueda coger cariño a alguien en cinco días.

—Aunque no me haga dar saltos el asunto de conocer a mis adversarios, quiero intercambiar al menos unas palabras con ellos. Tengo que saber a qué me enfrento.

—Oh, vamos. No te enfrentas a nada. —Pone los ojos en blanco—. Eres la mejor en lo tuyo.

—Y tú eres la mejor siendo la reina de la subjetividad —señalo—. Ni siquiera los conoces, Lana. Hay gente superdotada y con unos cuantos doctorados detrás. Y yo soy una mujer. Una mujer joven. Una mujer muy joven y con tetas —concreto, mirándola

gravemente—. Los hombres se sienten amenazados cuando ven en su terreno a una hembra. Más si es rubia y atractiva. Y si no, niégamelo.

Lana arruga la nariz.

—Eso es cierto, pero una cosa no quita a la otra. Eres buena, Non.

La miro con el ceño fruncido.

—¿Tú también te unes al club de llamarme así? —refunfuño. Ella esboza una sonrisa de disculpa.

—Lo siento. Te viene como anillo al dedo.

Tampoco puedo culparla por haber adoptado el apelativo que me puso mi grupo de amigas. La señorita Non es mi *alter ego* como lo podría ser Chinaski de Bukowski, o Sasha Fierce de Beyoncé. Ni siquiera me molesta que el apodo sea referente a mi objetividad incluso negativa —siempre con el *no* por bandera—. Creo que he madurado lo suficiente para no ofenderme por pequeñeces. El problema con ello es que me resta importancia, además de que me gusta mi nombre. Y no es ningún delito que mis preferencias se inclinen a favor de llamarme como mi madre quiso, que yo sepa. Claro que eso le importa un carajo a mis amigas.

El taxi frena delante del hotel donde nos hospedaremos. Un cinco estrellas, cómo no: los alemanes saben tratar a sus invitados, concretamente aquellos de los que esperan sacar partido. No es como si me hubiese ofendido de haberme sido ofrecido un albergue gratuito para pasar la semana, pero me alegro de que se preocupen por la comodidad de los aspirantes hasta ese punto.

—¿Contra cuántos compites?

Quizá el término «competir» no sea el adecuado —cuando pronuncio esa palabra, me imagino una serie de carreras de obstáculos al estilo *Ultimate Beastmaster*—, pero es indudable que tengo a todos los investigadores como enemigos. Son pocas plazas y somos muchos aspirantes.

—No lo sé. Todos los que acudan al congreso no serán científicos, y no todos los científicos estarán dispuestos a colaborar en el proyecto. —Me encojo de hombros—. Además… Según entendí, en caso de que el jefe de la iniciativa quiera que un sujeto se ponga al servicio del trabajo, se lo comunicaría en privado. En realidad esto funcionará como la mafia: todo a escondidas para no ofender a nadie.

La que debe ser la azafata encargada de recibir a los invitados nos interrumpe suavemente.

—Buenos días, señoritas…

—Adrienne Saetre y Lana Douves. —Espero pacientemente a que busque nuestros

nombres en su libreta—. Estamos aquí por cortesía del investigador y científico experimental Ernest Neumann.

—Sí, sí, aquí os tengo.

Esboza una de esas sonrisas tirantes que me ponen de mal humor. No lo pago con ella, por supuesto: no tiene la culpa de que su trabajo la obligue a ser pomposamente cortés. Solo me da lástima que tenga que pasarse el día de un lado para otro con el deber de dirigir a científicos con humos subidos, para colmo exhibiendo sonrisas que no le nacen de dentro y muy probablemente siendo desdeñada por las «mentes prodigiosas» del congreso. Es como si ya los conociera. Si estaban subidos en la universidad por el simple hecho de estudiar Biomedicina o Química, no quiero ni saber por dónde está el ego cuando han sido seleccionados como los cerebritos de su país.

—Habitación número doscientos seis. ¿Necesitan ayuda con el equipaje?

—Yo sí, un poco. —Lana suspira aliviada. Le lanza una mirada culpable a las dos maletas a rebosar que se ha traído.

Lana es una de esas mujeres que se pondrían las nuevas sandalias de *Carolina Herrera* para bajar a comprar el pan. Si hablamos de lucirse en un laboratorio rodeado de hombres potencialmente atractivos gracias a su coeficiente intelectual —es su gusto: yo ahí no entro—, el deseo de verse guapa con toda clase de trapos aumenta hasta alcanzar cotas insospechadas. No la señalo por ello. Solo hago referencia al gran abismo que nos separa: yo llevo una bolsa de deporte con dos pares de zapatos, tres vaqueros, un vestido y cinco camisas del mismo modelo estilo azafata. Nada de complementos o maquillajes innecesarios. Solo el perfume y los pendientes que llevo puestos.

Por suerte o por desgracia, mi supuesta falta de feminidad no es un problema para Lana. Asegura haber traído consigo un arsenal de sombras de ojos que puedan ir a juego con la tonalidad de los míos, y todo un almacén industrial de accesorios en distintos colores. No me libraré de ser convertida en una princesa Disney al final del día.

—Este sitio es alucinante —exclama Lana, una vez llegamos a la habitación. Se tira sobre su cama individual y mueve los brazos, como si quisiera dejar la silueta de un ángel bajo ella—. Corre, ve a ver el baño. Si tiene hidromasaje hemos triunfado.

—No estoy especialmente interesada en pasar tiempo en la bañera.

—Lo daba por hecho. —La puedo sentir poniendo los ojos en blanco—. Pero a mí me va el lujo, así que ve y mira.

Y es para sorprenderse. Lana ha crecido en un ambiente bastante humilde, más que suficiente para pasar el resto de su vida acostumbrada a la simplicidad de las cosas. Al menos su hermana Nina, una de mis grandes amigas, se ha adaptado y disfruta de los

pequeños detalles.

—Ya que hemos llegado tarde para el recibimiento y no tenemos que hacer nada hasta las siete, ¿por qué no salimos a dar un paseo por Múnich?

El espíritu de Lulú se cuela por las rendijas de la ventana, silbando a favor de que mueva el culo y acepte la sugerencia de Lana. Mi mejor amiga es la obsesa de los viajes, de conocer nuevos mundos y de pasarse todo el santo día en la calle. Y yo soy más de quedarme en el laboratorio. De hecho, lo suficiente para que se me acuse de adicta al trabajo cuando no lo soy.

—Hace un frío que pela —señalo, acercándome a la ventana y cerrándola. A través del cristal se ve el Marienplatz, la plaza central de Múnich. No tendría nada de especial si no la coronase una increíble obra arquitectónica que hace ver a los transeúntes como hormigas sin rumbo fijo—. No quiero cogerme una pulmonía porque te apetezca salir de compras. Y ni se te ocurra decir que lo decías por el turismo, porque ni tu cartera, ni tu obsesión por la ropa ni yo nos creeremos media palabra.

Lana hace un gracioso mohín con los labios.

—Aguafiestas… ¡Qué ganas tengo de que alguien consiga lo que yo no: darle un poco de alegría a tu cuerpo!

Pongo los ojos en blanco y voy sacando la ropa de la bolsa para colocarla en el armario. Todo en mi estilo. Vaqueros azules de tiro alto algo deshilachados por el dobladillo, camisas básicas de manga por el codo con escote pronunciado y chaqueta de cuero con tachuelas plateadas. Lo mejor son los zapatos. Puedo ser poco femenina para muchas cosas, pero en eso soy como casi todas: las plataformas sacan mi lado *mira-mi-atractivo-feroz.*

—Saldremos de compras al final de la semana, lo prometo. El viernes o el sábado.

—Las rebajas en *Tommy* son el jueves. —Y me pone ojitos.

—Pues el jueves iremos si no tenemos nada que hacer.

Lana esboza una sonrisa tan grande que por poco hasta suena. Después se levanta de la cama y se acerca al espejo para arreglarse el pelo.

—Respecto a lo del frío que has mencionado antes… Vas a tener que acostumbrarte si te piden que te quedes. —Me lanza una mirada significativa a través del espejo. Sabe muy bien que la temperatura sería el menor de mis problemas—. Y lo harán, chata. No lo digo solo porque crea en ti. Cuando me caías mal también pensaba que serías la preferida en cualquier sitio. Es que simplemente eres…

—Ya te he dicho que iremos a las rebajas de *Tommy*, no tienes que seguir haciéndome la pelota. —Pongo los ojos en blanco—. Y si me piden que me quede, ya

veremos.

—¿Cómo que «ya veremos»? —Se acomoda mejor en el asiento y me mira expectante, con esos brillantes ojos verdes rasgados que le ha dado la madre naturaleza —. ¿Te lo pensarás?

—Claro que me lo pensaré. Sería una gran oportunidad la que me ofrecerían. Sería épico. La clase de historia de superación que cuentas a tus nietos. —*Si estuviera interesada en tenerlos, claro.* No es el caso—. Pero estoy a gusto con mi trabajo, con mi ciudad y con mis amistades. No renunciaría a ello por más prestigio.

—Me sacas de quicio cuando insistes en ser una pueblerina toda tu vida. Estamos hablando de un estudio sobre las distrofias musculares y el sarcoma del tejido blando —me recuerda—. ¿De verdad renunciarías a algo así por tus amigos…? ¿O por Ivan? —Aprieto los labios—. Non, sé que le tienes mucho cariño a mi hermana y al resto, pero en el fondo dudo que haya algo que te ate a Francia indefinidamente. Algo real —recalca, mirándome fijamente—. Tu madre vive en Copenhague, tu mejor amiga va y viene lo mismo que irías y volverías tú si te mudases, y ni siquiera eres patriota.

Suspiro y la miro impaciente.

—¿Qué esperas que te diga? Sí, la idea de investigar sobre la cura de la miastenia me atrae. Me atrae también cambiar de ambiente. Y me atrae dejar de pensar en Ivan. —Arqueo una ceja, esperando algún movimiento por su parte que me haga confirmar mis sospechas: era eso lo que quería que admitiera. Lana nunca me defrauda. Más bien soy yo la que la defrauda a ella, mintiendo como una bellaca—. Pero no tengo ni pajolera idea de alemán, se me da fatal estudiar letras, y no voy a condicionar mi futuro por un trabajo temporal. Si la investigación no llega a buen puerto, me quedaré en la calle. Y ya bastante mal andan las cosas en el laboratorio de casa para que me la juegue abandonando el puesto.

—Vale, están reduciendo personal y se lo pondrías fácil pirándote —concede—. Pero volver después de unos años o unos meses al servicio del famoso Neumann… Dime tú a mí quién no te contrataría.

Dejo de sacar y guardar ropa y me giro en su dirección con los brazos cruzados.

—¿Tanto interés tienes en perderme de vista? Porque cualquiera que te escuchara diría que intentas comerme el coco para que me mude a otro país. Otro país —recalco —, no otro pueblo. Sabes perfectamente que soy incapaz de adaptarme a los cambios. Si me sacas de mi zona de confort…

—Estás perdida, lo sé.

Se levanta del sillón y se acerca a mí para abrazarme. No es muy dada a darme muestras de afecto: primero porque no me gustan, y segundo porque a ella tampoco.

Por eso somos tan buenas amigas. De todos modos la acepto. Se han dado circunstancias especiales.

—Solo quiero que seas feliz, Adrienne Saetre. ¿Es mucho pedir?

Lana jamás hace preguntas retóricas. Quiere abarcar todos los saberes del mundo y eso conlleva ansiar dar respuesta a cualquier cuestión irresoluble. ¿Por qué no existe cura para determinadas enfermedades? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Qué es exactamente la felicidad? ¿Por qué ponemos caretos cuando nos echamos rímel…? La que me ha hecho, en concreto, no es de difícil contestación. La tengo en la punta de la lengua, pero no se la voy a dar. Las dos sabemos perfectamente que tenerme contenta es más que mucho pedir.

—¿Y crees que lo seré aquí?

Ella esboza una pequeña sonrisa.

—¿Por qué no ibas a serlo? —Da un giro sobre sí misma—. París es la ciudad del amor y América el lugar de las oportunidades, apodos que les hemos puesto porque así lo hemos querido. ¿Por qué no llamar a Múnich «la ciudad de la buena ventura»? ¿Necesitas estadísticas para confiar en tu suerte?

—En mi suerte, ¿de qué?

—De encontrar eso que perdiste hace tanto tiempo y parece irrecuperable —contesta. Coge su bolso y se lo echa al hombro para, a continuación, girar el pomo de la puerta—. Te voy a dejar pensando. Me muero de hambre y me ha dicho la chica de antes que hay bufé libre… En serio, Non —insiste—. Piénsalo fríamente. ¿Y si de repente, en una de las calles de Múnich o en cualquier otro rincón suyo, dieras de frente con un motivo para levantarte cada mañana? No te cierres y encontrarás la inspiración en el lugar menos pensado.

Salir a la calle no es una opción con la que está cayendo, así que como cada vez que me quedo sola y no encuentro nada mejor que hacer, me pongo a ejercitar mi cuerpo con sentadillas a ritmo de *Sex with me*, una de las últimas canciones de Rihanna. Antes de llegar a fatigarme, la puerta se abre y aparece Lana dándose golpecitos en el estómago. Me sonríe, satisfecha, y se tira en la cama suspirando como una enferma terminal.

—Tienes que probar…

—¿Las salchichas? No me digas —contesto, irónica. Ella me mira con los ojos

entornados.

—Me refería al chocolate. Tienen más marcas suizas que en Francia, lo que es de agradecer. —Se levanta haciendo un gran esfuerzo y se dirige al baño—. Voy a darme una ducha y me arreglo para salir de compras. *Sola* —recalca—. Completamente sola. A merced de violadores, asesinos, delincuentes, neonazis…

—No me das ninguna pena, y procura que los alemanes no te oigan hacer bromas sobre el nazismo. Se ponen muy sensibles.

—Muy bien.

Me mira con la barbilla alzada, haciendo una pequeña demostración de lo soberbia que puede llegar a ser. Agarra su iPad —una prolongación de su mano a la que le ha puesto nombre propio— y se encierra en el único baño que hay disponible. Ese que yo iba a usar para quitarme el sudor de encima.

—Oye, guapa… ¿Te importaría ducharte luego? Estoy…

—Si no vienes de compras, me ducho ahora.

—No me apetece ir de compras, Lana…

—Entonces ahógate en tu propia peste. No tenemos nada más que hablar. —Y se piensa un momento si dejarme así o no, porque al rato se abre la puerta y aparece su mano dispuesta a darme un paquete de toallitas—. Algo es algo. Hasta luego.

—Parece mentira que tengas veinticinco años…

A continuación cierra la puerta con el pestillo, pone el agua a correr y pulsa el botón de la lista de reproducción para la ducha. No me hace falta verla para saber que lo hace: tiene una relación de canciones para cada momento del día. Y sube el volumen más allá de lo que se lo permite la ley en todos y cada uno de esos momentos, motivo por el que nunca ha podido permitirse vivir en una vecindad. El mismo motivo que me acabará dejando sorda.

Suspiro y me encojo de hombros, asumiendo que no podré hacer uso de las instalaciones hasta dentro de medio lustro. Me siento en el borde de la cama y saco las toallitas, que aunque no serán la solución final al menos sirven para quitarme la sensación de pegajosidad.

Cuando termino me planteo bajar a desayunar. Es o eso o llamar a mis amigas, y lo cierto es que no me apetece pasarme tres horas escuchando cómo se interrumpen las unas a las otras, preguntándome por la ciudad, las instalaciones, los compañeros y… los alemanes. Sobre todo los alemanes, porque mi grupo vive por y para arrojarme a los brazos del más afortunado. Están convencidas de que si tardo tanto en sentar la cabeza es porque estoy esperando al hombre perfecto —cosa que, por cierto, nunca he dicho en

voz alta y se ha dado por hecho, para mi profunda desgracia—, y desde entonces se toman las molestias de echarme a la cara toda clase de homínidos. Katia incluso me aconsejó crearme un perfil en una página web de citas, soltando una retahíla de mentiras en mi biografía —no soy en absoluto amante de los deportes de riesgo, y nunca he tenido un tierno yorkshire llamado Duke— y poniendo una foto retocada con una aplicación del móvil. Esto segundo no es para tanto, todo el mundo lo hace, pero para mí es un despropósito: teniendo un grado superior en diseño gráfico, como lo tiene Katia, ¿acaso no merezco, como mínimo, que edite mi careto en Photoshop o en algún otro programa decente…? En fin. La cosa es que nunca llegué a meterme en esa cuenta, aunque es posible que mi foto con unas impresionantes pestañas postizas y los ojos de Elizabeth Taylor siga rulando por páginas estilo *Quierorollo*.

Tras eso, Jacqueline se ofreció a presentarme a algunos de sus muchos amigos de infancia —muchísimos, de veras. A veces parece que la infancia de Jacques duró cien años—, pero teniendo en cuenta que fue la que introdujo a Ivan en mi vida, estuvo de acuerdo con que sería mejor no repetir la historia. Lulú no me fuerza a enamorarme, en parte porque sabe que el papel de amiga y el de casamentera no suelen jugar siempre en la misma división, aunque sus pullitas nunca faltan, y Nina me ha sugerido que pruebe el pescado. Al principio le decía que lo dudaba bastante, pero ahora, después de tanto tiempo y habiendo asumido que lo único bueno de mi vida son mis amigas —es decir: mujeres—, me estoy planteando hacerle caso. Aunque eso nunca se lo diría a ella, que está convencida de que soy lesbiana en la sombra —como piensa prácticamente de toda fémina que le parece atractiva, con la vana esperanza de que se pasen al otro lado—; no se me ocurriría darle el gusto. La última vez que le dije que tenía la razón se pasó dos años recordándomelo, como si pudiera haberlo olvidado.

En definitiva… Soy asexual, hablemos de franceses, noruegos, alemanes, italianos, género femenino en general, animales, muertos y por supuesto menores de edad. Quizá mis amigas están en lo cierto y el hombre perfecto pudiera tentarme, pero como no existe —diga lo que diga Disney y los papeles de Ryan Gosling—, aquí seguiremos.

Ignorando mis propios pensamientos, camino hasta el armario para cambiarme la parte de arriba. Sencillo, ¿verdad? Lo habría sido si, al alargar los brazos hacia las perchas, no me hubiera sorprendido al ver que tengo los codos y las manos rojas. No solo eso: unas pequeñas ronchitas se apiñan alrededor del hueso de la muñeca…

Espera, no, no es solo en la muñeca. Es por toda la piel.

Frunzo el ceño y me aproximo rápidamente al espejo de la habitación. Por poco me caigo al suelo del respingo al comprobar en mi reflejo que un sarpullido se extiende por toda mi piel visible, especialmente en el pecho, los brazos y el cuello.

—¿Qué es esto? —murmuro, con los ojos redondos. Me doy la vuelta y observo que

en mis hombros sucede lo mismo—. ¿Cómo…?

No me hace falta darle muchas vueltas a lo que me ha podido provocar la reacción. El instinto me empuja a precipitarme sobre el paquete de toallitas que he utilizado para limpiarme, y por poco se me cae el alma a los pies al leer los componentes.

—Mierda… ¡Mierda, mierda!

Prácticamente me tiro encima de mi bolsa de deporte. Le pedí a Lana que echara los antiinflamatorios por si una urgencia requería su uso; tengo la piel atópica, increíblemente sensible y alérgica a muchos ingredientes químicos —lo que tiene su gracia, porque trabajo con ellos—. Y por tener, parece que también tengo mucha mala suerte. Maldita sea, no llevo ni dos horas en Múnich y ya tengo que pasarme por un dichoso hospital.

Entre blasfemias varias, rebusco la cajita de pastillas adecuada, de todo un arsenal que Lana ha añadido para sus dolores de cabeza, dolores menstruales, dolores musculares… Dolores en general. A Lana le duele todo. Incluso tendrá un calmante; uno que no me vendría nada mal para relajar mis agitadas palpitaciones.

—Voy a matarte, Lana Douves…

Sé que no lo ha hecho adrede. Ni siquiera ella, la mujer fatal original —y Eva que tiemble—, es capaz de hacer algo a mala fe. Al menos no contra una mujer que le cae bien; contra un hombre es distinto, y con sus enemigas aún más… Pero se va a llevar una bronca de todos modos. O más que eso.

Habrá que dejarla sin compras el jueves.

Inspiro hondo y me trago la pastilla, confiando en que hará maravillas. Se supone que hace efecto en dos o tres horas, cuatro como muy tarde… Pero en cuanto se queda atascada en mi garganta y tengo que hacer el esfuerzo de empujarla al fondo de la garganta, percibiendo su tamaño, me doy cuenta de que me he equivocado. Con el corazón pendiendo de un hilo, agarro la cajita para asegurarme de que he elegido bien, y…

—¡¿Pero qué…?! —Me llevo una mano a la boca al leer «Solaray» en la cajita. Le doy la vuelta, temiéndome lo peor, y por poco me desmayo del disgusto cuando veo qué clase de específico es—. ¿Un puto afrodisíaco de acción central? ¡¿En serio?! ¡Lana!

Atravieso la habitación con cuatro pasos decididos y empiezo a aporrear la puerta con toda la fuerza de mis manos. La muy desgraciada hizo la maleta conmigo y se comprometió a ayudarme con los malditos medicamentos, aprovechando que su familia tiene una farmacia… ¡Y un carajo! ¡Se encargó de meter solamente los suyos! ¡Sus malditos afrodisíacos!

Y otra cosa será preguntarle para qué diablos los quiere, porque hasta donde yo sé, el Solaray es para hombres.

Al ver que es imposible sacarla de la ducha mientras suene la deprimente Lana del Rey de fondo, desisto y vuelvo a mirarme al espejo. No es solo que esté empezando a acumular todos los granos que no tuve durante la adolescencia, sino que me empieza a picar la piel como si me la estuvieran quemando. Lo que me lleva a cambiar de alternativa, porque no soy John Cena ni nada que se le parezca como para abrir la puerta de una patada, y corro serio peligro si no me trato. Voy a tener que dejar el homicidio para otro momento.

Salgo de la habitación corriendo y aprovecho que solo es un segundo para bajar por las escaleras. Llego al amplio vestíbulo con el corazón desbocado y las uñas clavadas en las ronchas. Gracias a Dios y al cielo, no hay un alma. Apenas está presente la encargada de acomodación hablando con un tipo elegantemente vestido, una pareja de turistas, un anciano leyendo el periódico y la recepcionista, que parlotea tranquilamente por teléfono. Por la manera que tiene de enrollar el dedo en el cable, me atrevería a decir que no atiende al interlocutor en términos laborales.

Tampoco es que me vaya a sentir incómoda por lucir unas ronchas que no me he buscado yo, pero preferiría que nadie me viese en estado de shock, al borde de un ataque al corazón y con la energía del afrodisíaco corriendo por mis venas… Pero la vida no es perfecta; yo no lo soy, sin ir más lejos, y habiendo tomado la precaución de agarrar el paquete de toallitas para estampárselo en la cara si fuera necesario, me acerco a la única que puede asumir la culpa para echársela sin preámbulos. Mi expresión debe dar verdadero miedo, porque la muchacha cuelga el teléfono con los ojos abiertos como platos y se levanta a trompicones para balbucear algo parecido a un «¿puedo ayudarla en algo?», que también podría haber sido un «¿codo apoyada en ogro?»

—¿Qué es esto? —espeto con mi oxidado y patético inglés. Clavo en el mostrador el elemento del mal con un solo golpetazo, haciendo que dé un respingo—. Dímelo. ¿De qué clase de atentado contra los alérgicos colocáis en las habitaciones? ¡Tiene maldita neomicina! ¡Neomicina, además de otros componentes tópicos! ¿Y qué hay de los que no tenemos pieles tópicas? ¡¿Qué hay de nosotros?! —grito, seguramente alentada por las pastillas. Bien. Es lo que me faltaba—. ¿Es que no has oído hablar del pH neutro?

Seguramente ella no sea la que decide qué clase de toallitas colocar en las habitaciones de los huéspedes, pero a alguien tengo que culpar de mi desgracia. Gracias a este incidente no podré presentarme en el congreso, la única razón por la que me he expuesto a un día entero a merced de una compradora compulsiva.

—Señorita, no… No sé de qué me está hablando…

—¿Que no sabes de qué estás hablando? Lee. —Le doy la vuelta al paquete y señalo

los ingredientes—. ¿Qué pone ahí?

—Señorita…

—¿No sabes leer? ¿Qué pone?

—Pone…Ne… Neo… Neomicina.

—¡Bingo! —Doy una palmada—. ¿Sabes qué causa la neomicina en pieles sensibles? Irritación, ardor, sarpullidos o erupciones, prurito, retención de líquidos y, en general… ¡Reacciones alérgicas!

—Señorita, yo no elijo… No puedo hacerme responsable de…

—¿Qué señorita ni qué niño muerto? ¿Y cómo que no puedes hacerte responsable? ¿Quién, si no? ¿Has visto mi cuello? —Se lo señalo con el dedo índice, echando la cabeza hacia atrás para que pueda apreciarlo desde una nueva perspectiva—. ¡Parezco el puto Patricio Estrella!

Resoplo y, sin poder aguantarlo más, me llevo las manos al pecho, frotándomelo con saña. Es lo peor que se puede hacer cuando tienes un sarpullido, pero cuando estás en esta situación y encima te has auto medicado con estimulantes no hay otra salida viable. ¿Tener una titulación, un máster y un doctorado en ciencias de la salud me exime del pecado de autoabastecimiento, aunque haya salido mal? Espero que no, porque no soy de las que suelen tener la conciencia tranquila, y menos con un estimulante en las venas. En poco tiempo estaré subiéndome por las paredes, pidiéndole al primer guiri que se me cruce que me meta las manos en la bragueta.

Mis amigas estarían aplaudiendo de lo lindo. Ya me las puedo imaginar, comentando cosas como «estaba claro que necesitaba un empujón, ¿y qué hay mejor que un puñetero afrodisíaco?» —eso podría decirlo Nina—, «ay, pobrecita, pero si encuentra a alguien con quien saciarse tampoco será para tanto…» —eso sería más del estilo de Jacques—, o «¡esto pasaba en un libro de Lena Valenti!» —lo que por supuesto le correspondería a Katia, que lee exclusivamente novelas eróticas de autoras españolas—.

—Lo sentimos mucho, señorita. En nombre del hotel y…

—¡Es que ya hay que ser inútil! —lloriqueo, volviendo al francés. Me rasco, sintiendo la piel ardiendo por partida doble—. ¿Un hotel de cinco estrellas sin toallitas con pH neutro? ¿Qué sentido tiene eso?

—¿Cómo podemos ayudarla?

—Ah, ¡no sé! No tengo seguro médico ni pastillas. ¿Tenéis antiinflamatorios? —Cuando niega con la cabeza por poco me pongo a gritar—. ¿Ni siquiera? Pero, ¿cómo puñetas no va a tener antiinflamatorios un hotel tan caro? Maldita sea, se me va a cerrar la garganta y me va a dar un…

—No se preocupe —interviene un tercero en mi idioma—. La llevaré al hospital.

Me doy la vuelta bruscamente, buscando a la voz divina que se presenta como mi salvación.

Soy más alta que de mediana estatura, pero al lado del hombre al que le debo la vida —que me mira con una tranquilidad desquiciante— me siento una liliputiense. No pienso en eso: la estatura no forma parte de esos atributos que podrían generarme una estúpida sensación de inferioridad, o intimidarme lo suficiente para rechazar su ayuda. Simplemente me molesta tener que echar la cabeza hacia atrás.

—Estoy seguro de que ha debido ser un error —comenta, como si no me estuviese muriendo a chorros delante de sus narices—. Es prácticamente imposible que se emplee la neomicina para un agente de la higiene con un uso tan universal.

Parpadeo un par de veces y lo miro como si acabara de nacer.

—Me sorprende que no me crea cuando tiene ante sus ojos una parrilla andante.

El hombre entorna sus ojazos verdes y se recrea en las zonas afectadas, que palpitan más que antes gracias al magnífico estimulante. El medicamento, eh, no su mirada.

—No pinta nada bien —dice al fin. *Pero bueno, ¡si hay un superdotado en la sala!*—. Viveka, informa al director de esto y trata de organizar al servicio de habitaciones para que aparte las toallitas. Yo me llevaré a la señorita a urgencias.

—Claro, claro, enseguida, señor.

Viveka marca unos cuantos números milagrosamente dada la longitud de sus uñas de gel —Jesús, sirven como hoz para arar campos, estoy segura— y se pega el teléfono a la oreja. La habría seguido observando con mi mirada mortal si el hombre no se hubiera dado la vuelta para mirarme.

—Vamos, venga conmigo. Tengo el coche aparcado en la puerta y no tardaremos ni veinte minutos en llegar… Probablemente baste con una inyección.

No me está diciendo nada que no sepa, porque de hecho sabré mucho más que él en lo que a la medicina respecta, pero agradezco que tenga el temple de comentarlo como si no fuese la gran cosa. Porque yo, desde luego, no lo estoy viendo como una pequeña cosa.

Cuando él echa a andar hacia la puerta, lo imito y sigo muy de cerca. Mi madre siempre ha sido de esas neuróticas que te envenenaban la cabeza con ideas de pederastia, tanto así que me amargó cualquier propuesta de caramelos gratis, incluso si venía de un amigo mío… Pero no estoy en posición de preocuparme por si me mete en una furgoneta y acabo en una organización secreta donde se comercializan los cuerpos de rubias con doble nacionalidad, ¿no? Podría palmar igualmente si me negara; mis

ataques alérgicos suelen ser muy graves, y además… Si me hace algo malo, podría denunciarle. Viveka le ha visto, la pareja de turistas le ha visto, y seguro que el anciano del periódico también. Hay testigos de sobra…

Y hasta ahí llegan mis desvaríos, interponiéndose entre la paz y yo ese desagradable y generalizado picor. Me consuelo pensando que tras la inyección me quedaré en la gloria, libre para volver a la habitación y… y llorar amargamente, porque el afrodisíaco empieza a hacer de las suyas.

El tipo frena en seco una vez llegamos a la acera. Busco a un lado y a otro la carroza al país de los sueños de pieles sanas y suaves, pero solo veo…

—No me diga que es la limusina.

—¿No es de su gusto? —pregunta. Ni con retintín, ni con aires de soberbia, ni con preocupación: es una cuestión retórica lanzada al aire. Una de esas que Lana habría contestado, como lo contestaría todo, aunque no existiera contestación.

«Lana Douves, voy a retorcerte el pescuezo en cuanto te vea la cara».

Sin más dilación, abro la puerta antes de que él pueda hacer ademán de mostrarse caballeroso haciéndolo por mí, y me acomodo en el asiento. El tipo me imita, sentándose a mi lado. Demasiado cerca para lo que yo considero lógico, teniendo en cuenta que nos acabamos de conocer, y también demasiado lejos… Aunque eso lo opina el efecto del Solaray, no yo.

Lo miro de reojo.

—No sé si debería darle las gracias. Ya que parece ser usted el jefe del hotel, es posible que haya colaborado con la idea de gastarse menos dinero colocando toallitas sin pH. Por lo tanto, que ahora vaya a salvarme no significará que esté perdonado.

—No tiene que esforzarse en guardarme rencor, Lola Bunny. Solo colaboro económicamente con el hotel. Desconozco lo que hacen con el dinero.

¿Lola Bunny? ¿Lola Bunny de qué?

—Entonces debería invertir en otra cosa —farfullo, rascándome el codo—. Su dinero está a punto de matarme.

—Su piel sensible está a punto de matarla —corrige suavemente, sin apartar la vista de las ronchas que palpitan en mi cuello—. Debería dejar de frotarse. No soy médico, pero algo me dice que el resultado será peor a si se está quieta.

¿Estarme quieta? Este hombre está flipando.

—¿Qué más da el resultado final? Ya se me ha jodido la tarde y la noche. Tendré que pasar el resto del día acurrucada bajo las mantas viendo algún programa de citas en la

tele por cable, o un episodio de *Enigmas médicos*, o peor: un capítulo repetido de *Los Simpsons* cuyos diálogos me sé hasta en japonés —vomito de sopetón, sin darme cuenta de lo que estoy diciendo—. ¿Sabe por qué? Porque lo que me inyectarán será superior a lo que mi sistema inmunitario está acostumbrado y tendré que dormir la mona hasta la semana que viene. Y en caso de que no sea así, también está el asunto de que el sarpullido no se irá así como así, de modo que acabaré haciendo el ridículo más espantoso si me atrevo aponer un pie fuera de mi cueva. La cueva financiada por su dinero sucio e indirectamente homicida.

Él no deja de mirarme fijamente durante toda mi disertación, de la que me arrepiento en cuanto pego los labios. ¿Quién está hablando? Porque esa no soy yo. Por Dios, con los hombres tengo un vocabulario específico que se resume en las normas básicas de educación: por favor, gracias, buenas tardes —y no importa si son las siete de la mañana, el buenas tardes puede zanjar cualquier conversación, el buenos días, no tanto—; ¿a qué viene recitarle *En busca del tiempo perdido*?

Que, por si alguien no lo sabe, es el libro más largo del mundo según los Guinness.

—¿Tenía una cita importante? —pregunta él, decidido a ponerme nerviosa con su intenso escrutinio.

—La cita más importante de mi vida, si le interesa saberlo.

—Dudo que el caballero se moleste entonces con su ausencia.

—¿Quién ha dicho nada de caballero? ¿Por qué lo más importante en la vida de una mujer tiene que ser verse con un tío? —resoplo. Hombres… Siempre pensando que el mundo gira en torno a su ombligo—. Tengo que acudir a un congreso. Soy biomédica. —Algo que a él no le importa, pero mi lengua va por libre esta mañana—. Trabajo en el campo de la investigación, y se está hablando sobre el estudio de la cura de una serie de enfermedades crónicas que afectan al sistema muscular. La distrofia, atrofia, miastenia, miositis y sarcoma del tejido blanco. ¿Ha oído hablar de ellas?

Bueno, ¿y a mí qué me importa si ha oído o no hablar de ellas? ¿Por qué le estoy contando mi vida? ¿El estimulante es realmente una excusa? No ha podido hacerme efecto en veinte minutos, es imposible… Aunque si te paras a pensarlo, ¿cuánto tarda una viagra en lograr su cometido, cuando según Lana, los hombres se la toman en el acto?

¿Y qué problema tiene Lana, que sabe tanto de estimulantes sexuales?

—Algo he oído, sí.

—Se ve que están buscando a profesionales para unirse a esta iniciativa —continúo —. Últimamente los inversores se dejan el dinero en este tipo de búsquedas y el doctor Neumann, Ernest Neumann, ha iniciado uno de estos estudios trayéndonos a los que

mejor reputación tenemos para…

—No se rasque.

—Cállese. Es insoportable.

—¿El picor, o yo?

—¿Usted qué cree? —refunfuño. Por sus ojos pasa un destello de diversión, porque lo que se refiere a sus labios… Son la segunda línea de Ecuador. Mejor; no sé cómo podría reaccionar si advirtiese un leve atisbo de burla en su expresión, estando como estoy—. ¿Cuánto queda para llegar?

—Supongo que lo mismo. No ha pasado ni dos minutos desde que dejamos el hotel. Quizá tres, si contamos la trifulca con la pobre recepcionista… a la que casi le causa un infarto.

—¿Está insinuando que debería disculparme?

Él mira al techo un instante. Literalmente un instante, porque parece que se arrepiente enseguida de apartar sus ojos de mí y me los devuelve antes de que pueda echarlos de menos.

—A veces tengo mis momentos dando elocuentes rodeos —asiente.

—Pues lo siento muchísimo, pero no lo siento. Quizá la recepcionista no tenga culpa de mi estado, pero tiene la culpa de bloquearse ante una situación de emergencia y eso es perfectamente reclamable, además de que tenga un nombre tan espantoso —declaro, de nuevo desatando mi lengua mordaz. Esa que solo conoce mi madre en su esplendor, y de la que mis amigas sospechan cuando me la muerdo para mantener a raya el sarcasmo—. No me dé lecciones de moral ahora, cuando estoy a punto de volverme loca —añado, frotándome los brazos con más ímpetu—. Espero que no sea usted alérgico a nada.

—Un poco a la buena suerte, pero a veces la vida me sorprende con un relámpago de luz. —Esboza una sonrisa de medio lado que frena un momento mis intenciones de seguir arrancándome la piel con las uñas. Antes de poder explicarme a qué ha venido eso, retomo el asunto, aunque mirándolo con los ojos entornados. ¿Qué clase de sonrisa ha sido esa?—. Lola Bunny, si no se deja de rascar tendré que atarla.

Lo miro con una ceja arqueada. ¿En serio? ¿Me va a llamar Lola Bunny? ¿Y yo en qué me parezco a la novia de Bugs?

—Adrienne —corrijo, procurando que suene más inglés que francés, y no más francés que danés—. Y que yo sepa, usted no tiene nada para atarme por aquí. Aunque si lo tuviera le recomiendo que no lo saque. Dañará seriamente el concepto que tengo de usted el hecho de que guarde alguna cuerda, cinturón de látex o cadena en su maletín.

—¿Ya tiene un concepto de mí? Debe ser usted la mujer más rápida en elaborar prejuicios de todo el mundo.

—¿Es un prejuicio pensar que es usted buena persona por socorrerme?

—Sin duda. Podría ser un villano —señala muy despacio—, lo que lo convertiría en un halago.

—Sinceramente me importa un bledo lo que sea. En cuanto salga de su coche —ese ha sido un interesante eufemismo—, no volveré a verle, por lo que los planes que tenga para derrotar a un ornitorrinco con sombrero de fieltro me son indiferentes.

Sus ojos brillan. Quizá sea el efecto del fármaco y el dolor, pero parecen cada vez más verdes.

—¿Eso era una referencia a *Phineas y Ferb*?

¿No?

—Sí —contesto, a la defensiva. La verdad es que el hombre intimida sin abrir la boca… Y yo estoy demasiado suelta—. Hay algunos hospitales que no saben que hay más canales aparte del infantil. Ahora no intente quedar por encima de mí intelectualmente solo porque conozca series infantiles.

—Si quisiera quedar por encima de usted no habría preguntado por el título, pero haberlo hecho dictamina indirectamente que conozco su argumento y por tanto, la he visto. No se ponga a la defensiva; no iba a juzgarla.

Me muerdo el labio para contener el picor y las ganas de responder cualquier estupidez. Noto entonces un picotazo de irritación en el cuello y automáticamente me llevo allí las manos, rascándome con toda la fuerza que tengo. Cuando me doy cuenta de que he conseguido abrirme una herida debajo del lóbulo de la oreja, no encuentro la manera de contener un sollozo.

—Dios mío, no puedo más… —gimoteo, con los ojos empañados—. ¿Cuánto falta?

—Es usted la mujer con el umbral del dolor más fino que he conocido en toda mi vida —dice. Pero esta vez no sonríe, lo que me da la idea de que se solidariza conmigo. De hecho, su expresión refleja preocupación—. Queda menos. Deja de rascarte, Adrienne.

Mi cerebro sufre un repentino cortocircuito.

Estoy acostumbrada a la manera que tiene Lana de pronunciarlo —con voz cantarina, extrapolando la «a» al continente próximo—, la de Lulú —con el acento francés de Toulouse, algo más cerrado que el parisino— y a la de mi madre —alargando la «r», pareciendo más rusa que danesa—… De ahí que me pille por sorpresa esa voz grave, cómo acaricia con la lengua sus sílabas y le da un toque masculino al cerrar las

últimas letras.

Además del acento alemán, claro.

—No puedo. No puedo…

Cuando ve que mis manos buscan de nuevo esos puntos donde el escozor es mayor, decide tomar cartas en el asunto cogiéndome de las muñecas. Voy a hacer un chiste sobre su intención de atarme, pero las lágrimas de desesperación se me atascan en la garganta y cuando mi presagio se cumple dejo de tener motivos para burlarme de él.

Me suelta un momento para quitarse la chaqueta y deshacerse el nudo de la corbata. Estoy tan absorta observando cómo arruga el borde de su camisa, que por un momento me olvido de rascarme. El cuello de su camisa se marchita para revelar lo que parece el inicio de un pecho fuerte y definido. La quemazón no tarda en recordarme que no sabe lo que es la piedad y me ataca de nuevo, pero no olvido su cercanía, ni sus movimientos, ni se me escapa el detalle de que tiene unas manos gigantescas. No llego a tocarme, ni siquiera a rozarme. Vuelve a apresar mis muñecas con una de esas zarpas colosales, lo que irremediablemente me lleva a la conclusión de que es lo más parecido a un titán que he visto en mi vida.

Un titán bastante habilidoso, porque en cuestión de segundos me tiene maniatada.

—Si es usted contorsionista, avise para que le anude también los pies.

La intención era soltar una carcajada, pero al final la risa se mezcla con un gimoteo y da como resultado un sollozo quebrado que expresa a las mil maravillas cómo me siento. No tardo en empezar a suplicarle que me suelte las manos o le destrozaré la bonita corbata, y él, en lugar de apiadarse de mí, afianza aún más el nudo.

—Pienso denunciarle por secuestro y por maltrato… —balbuceo, mirándolo con desprecio. Apenas lo veo: aunque parpadeo para librarme de las lágrimas, estas me nublan la visión por completo, y me duele porque el hombre, objetivamente, es algo digno de ver.

Y porque odio llorar delante de la gente. Primero porque no es de su incumbencia; segundo, porque en realidad no le importa lo que te suceda, es por el morbo de luego ir a cotillear con otros; tercero, porque en caso de que decidan compadecerse de ti, lo hacen de la peor manera. Teniéndote lástima. Llorar con un desconocido no me hace sentir mejor aunque sepa que no lo volveré a ver, sino que me lo tomo peor. Quién sabe si no contará a sus hijos esta breve pero intensa historia, poniéndome de debilucha de lágrima fácil que sufre vómito de palabra y ahora le amenaza con la muerte por ahogamiento cuando solo intenta ayudarla.

Aunque en realidad… ¿Qué más me da su opinión?

—Va a costarle llevarme a juicio, porque las cámaras del vestíbulo del hotel seguramente hayan grabado que accedía a venir conmigo por voluntad.

—¡No estoy siendo yo misma! ¡No estoy en mis cabales! —protesto, agitando los pies. Me empiezo a frotar contra el asiento, ganándome una mirada de censura por su parte. *Al carajo*—. He confundido… He confundido las pastillas de la alergia con otras, y ahora estoy fuera de mí. Yo no soy así. Yo no…

—No la voy a juzgar, Adrienne —repite. Se me cierra y abre el estómago al volver a escuchar mi nombre pronunciado de ese modo, haciendo hincapié en las consonantes—. Puede comportarse como quiera, siempre y cuando eso no incluya clavarse las uñas en las ronchas.

Dejo caer la cabeza hacia atrás para soltar un gemido.

—Entonces rásqueme usted. Me voy a echar a llorar si no encuentro… Si no…

—Podría distraerla.

—¿Con qué? ¿Con chistes? ¿La historia de su vida? —Lo miro con los ojos entornados, furibunda—. Limítese a rascarme.

—Si me lo pide por favor…

—Por favor, señor.

—Leon. Me llamo Leon.

—León…

—No, el acento es en la e. *Le*on.

—Muy bien, Leon —remarco de mala gana—. Distráeme, por favor te lo pido.

A punto estoy de ponerme a gritar cuando abarca mi rostro, obligándome a morderme el labio para no soltar un improperio que pueda malinterpretarse. Sus manos son tan grandes —*eso ya lo has dicho, Adrienne*— que tiene que colar los dedos entre los mechones de mi pelo para no taparme la cara por completo; estos escapan de la improvisada coleta para caer sobre mis sienes.

Siempre me han encantado las manos grandes. Son signo de masculinidad y vitalidad, y además hacen que una se sienta tan protegida como intimidada…

«Deja de desvariar».

Leon se acerca tanto a mí que empiezo a ponerme nerviosa. Marcadamente nerviosa, como una virgen con su primer novio, como una chica tímida a punto de empezar su presentación en clase, como si estuviera de pie ante un precipicio y le tuviese el mismo miedo a las alturas que a no ser capaz de tirarme… O como todas a la vez.

Cuando se acerca a mi cuello y lo acaricia superficialmente con los labios, estoy segura de que puede oír perfectamente los latidos de mi corazón. Viveka no va a tener ningún infarto, sino yo, y es porque Leon-con-acento-en-la-e abre la boca para suavizar la irritación de mi piel con su aliento mentolado, tan frío y refrescante como el yogur helado. No logro contener un gemido y lo dejo escapar al aire, aliviada al poder ser atendida de una manera que no me abra heridas perennes. Es muy posible que se me quede alguna cicatriz por haberme comportado como una bestia, pero no es en eso en lo que pienso cuando Leon sopla sobre cada una de mis ronchas, una a una…

Aprieto las piernas involuntariamente, siendo consciente, para mi inmensa desgracia, de todos y cada uno de los efectos del afrodisíaco. Trago saliva una vez tras otra, peleando para no atragantarme, y cuando siento que se separa para soplar sobre el sarpullido de mi pecho, me permito coger una enorme bocanada de aire.

Dios mío, ¿qué me está ocurriendo? ¿Es por el estimulante? Maldita sea… ¡Claro que es por el estimulante! Los hombres no pueden excitarme. Los hombres dejaron de excitarme hace mucho. Los hombres, en general, nunca me han excitado.

—Creo que… Creo que estoy mejor —atino a jadear, deseando apartarlo.

Mala suerte la mía. Tengo las manos atadas y él la cabeza metida en mi escote, cuya quemazón consigue rebajar con un suspiro de su aliento. Si no grito pidiendo auxilio, estoy en un gran aprieto… Y no voy a pedirlo, porque todo mi cuerpo reacciona arqueándose en su dirección.

Me muerdo el labio con fuerza, deseando hacerme sangre y tener una excusa para que se quite.

Tiene que alejarse, y tiene que alejarse, *¡ya!*

—¿Sí? —Levanta la barbilla y me mira desde abajo.

Condenación. Tiene los ojos verdes —*eso también lo has dicho ya, Adrienne*—, pero no es un verde oscuro ni un verde ambiental. Es el clásico verde que no se puede apreciar en ninguna obra de la naturaleza, y rara vez en algún cuadro o elemento fruto de la actividad humana. Entre que es difícil de por sí establecer una semejanza entre esa tonalidad y un color que exista, y tengo la cabeza tan embotada que no puedo pensar con claridad, acabo dando por imposible compararlo con algo. Digamos que son verdes como el poema.

—¿Estás mejor, Adrienne? —me pregunta en tono íntimo, distrayéndome de mi nueva realidad paradisíaca. Los ojos de ese hombre son como ir al Caribe…

Y ese Caribe, esos ojos, se estancan en mi cuello pendientes del movimiento que hacen los músculos de mi garganta al tragar saliva compulsivamente.

«No, no estoy nada mejor», quiere contestar una parte de mí. Una parte de mí que desconocía que existiese, o al menos que siguiera existiendo después de todo. Todo…

Fuerzo mi cerebro para recordar a Ivan, a todo lo que pasamos juntos y a lo que yo pasé después. La cara de Ivan, la voz de Ivan, la sonrisa de Ivan… Y no surte ningún maldito efecto. Todo mi sufrimiento desplegado a grandes rasgos y concretando en los asuntos más dolorosos ha quedado en el olvido, al igual que quien me lo produjo, o al menos ha dejado de servirme para salvar mi culo excitado. Y lo sé porque mi cuerpo sigue reaccionando como un torrente lleno de energía positiva al polo opuesto de mi acompañante.

Miro a Leon con el estómago boca abajo. A punto estoy de suspirar cuando observo que sus ojos se oscurecen levemente. Su expresión sigue siendo tranquila, inalterable, y su cara, no tan poética como solo sus ojos, una apología a la viva masculinidad. Mandíbula cuadrada, mentón fuerte, barbilla orgullosa, nariz patricia, y unos labios… Unos labios gruesos y llenos de donde escapa la menta que termina por trasladarme a cualquier exótico paraje.

Nos sostenemos la mirada con lo más parecido al hambre canina que he experimentado nunca. Siento el cuello y el pecho ardiendo, pero no solo la piel. Todas mis zonas sensibles claman por un poco de atención, sufriendo pellizcos de deseo que me hacen revolverme en el asiento con incomodidad.

—¿Necesitas que te distraiga con algo más…? —Su voz me pone todo el vello corporal en punta.

Y como si los dos nos hubiéramos puesto de acuerdo, rompemos el espacio que nos separa.

Nuestros labios entran en contacto como lo haría una bomba en tierra: no existe ni la suavidad, ni la calidez. Todo es humedad, destrucción masiva. Una lluvia ácida. La muerte y resurrección de los sentidos. Su lengua y la mía se enredan en un baile frenético tan bien coreografiado que parece mentira, y aunque no puedo pensar cuando me tienta abrazándome por la cintura y presentándome su maestría en toda su apoteosis, mi mente rescata una posible verdad universal. Debería estar prohibido que un hombre conociera tan bien los rincones secretos de la boca de una mujer. Y él sabe lo que hace… O quizá no, y está hablando el afrodisíaco. Es a él a quien le echo la culpa al final, cuando mis brazos maltrechos se enredan en su cuello y mi espalda se arquea suplicando un acercamiento. Leon acepta gustoso mi silenciosa sugerencia, elevando mis caderas y sentándome sobre su regazo con las piernas completamente abiertas.

La sangre me quema en las venas hasta que se evapora y se concentra en otras zonas, como mi entrepierna. Contraigo el estómago en un intento por soportar los espasmos que me obligan a culebrear sobre él. Leon ladea la cabeza para tener un mejor

acceso; su lengua abandona a la mía cuando intento tomar el control de la situación, y vuelve más juguetona y traviesa para adueñarse de mi boca por completo cuando permito su dominación. Y la acepto porque lo único que deseo es que continúe compartiendo conmigo su saliva, que no deje de empujarme hacia su erección con la justa presión de sus manos… Esas que se labran un nombre entre mis vértebras al acariciar mi espalda de abajo a arriba.

El beso se vuelve tan frenético y demandante que tengo que clavarle las uñas para soportar la tensión que se agolpa en mis extremidades, en mis hombros; todo mi cuerpo se dispone a resentirse si no hace algo más. Respirar su aliento hace germinar flores de fuego en mis terminaciones nerviosas, sabor y olor a menta fresca. Lo saboreo con pericia y necesidad, mientras roto las caderas descaradamente sobre su rigidez. Empujo el trasero de atrás hacia delante, sintiendo la curva de la entrepierna masculina entre mis muslos.

¿Quién me mandó a mí ponerme un *short* tan fino?

—Joder —lo escucho sisear. Su voz ronca me excita hasta un punto que se hace insoportable, y más cuando coloca las manos en la parte donde se une mi trasero a mi muslo para clavarme sobre él. Descuelgo el cuello al sentir su ardor unido al mío—. Así es… Así, *leibe…*

—¿Qué has dicho? —gimoteo, metiéndole las manos en la camisa. No me puedo creer nada de lo que estoy haciendo, pero me importa un carajo—. Quítate eso.

—¿El qué? Adrienne, no creo que debamos llegar tan lejos en tu estado…

Eso dice, pero luego atrapa mis labios con los dientes y delinea el contorno del inferior con la lengua, haciendo que me contonee sobre él.

—Tengo el… Estoy… —Me muerdo el labio, sintiendo el sexo palpitando enfebrecido—. Me he tomado un afrodisíaco y necesito… Esto es justo lo que necesito —gimoteo, haciendo círculos con las caderas.

Lo miro con los ojos entornados, sin poder acordarme de su nombre, de que es un desconocido y de que puede estar plagado a enfermedades venéreas. Lo único que sé es que lo deseo, como nunca antes he deseado a nadie, y que Lana Douves tiene la culpa.

Él se toma en serio mi ronroneo —por un momento pensé que preguntaría dónde está la cámara oculta; imagino que no muchas locas se le frotan en la limusina en cuanto se presentan—, porque vuelve a besarme fervientemente y cuela los dedos en el interior del pantalón de deporte, rozando mi húmeda entrepierna. Oigo que masculla algo en alemán.

—Es increíble, estás…

Me muevo nerviosamente contra su mano, a lo que él asiente de manera casi imperceptible y obedece la orden implícita acariciando mis pliegues con un par de nudillos. Miro hacia abajo, jadeando, y me tengo que morder el labio al ver que tiene la muñeca en tensión. Sin perderle la pista, y siendo dolorosamente consciente de mi cuerpo, cuelo las manos bajo el sujetador deportivo y me agarro los pechos con fuerza, temblando como una hoja. Él me observa fijamente, con los ojos tan oscuros que ahora es un verde de difícil clasificación…

—Señor, hemos llegado al hospital —interviene alguien, sobresaltándome y tensándome en el acto—. He aparcado en la puerta de urgencias.

—Eso está muy bien, Herman —masculla Leon, pasándose una mano por la cara—. Está genial.

Me aparto de su regazo increíblemente avergonzada, en parte porque no me puedo creer que haya hecho algo así, y en parte porque no me puedo creer que sea tan consciente de que volvería a sentarme sobre él para terminar lo empezado. Debe verlo en mis ojos al mirarme, porque aprieta la mandíbula y farfulla algo por lo bajo en su idioma natal. ¿Debería aprender alemán? Porque no es un idioma que me atraiga especialmente, no me hace falta cuando todo el mundo habla inglés. Pero eso no viene al caso.

Con el estómago revuelto y ganas de guerra, extiendo los brazos para que me desate la maldita corbata. Leon ni se lo piensa, liberándome de lo único que me mantiene atada a él. Voy a apartar las manos, pero entonces deja un beso perdido en mi muñeca; un beso cálido y cuidadoso, tan lleno de algo inexplicablemente hermoso que algo se deshace en mi estómago.

—La acompañ…

—Volveré sola —clarifico, rígida como una estaca—. No hace falta que se quede esperando.

—De eso nada, Lola Bunny. —Joder, ¿por qué queda tan bien en su boca un mote tan estúpido? ¿O la estúpida soy yo? Esto es de locos—. Me voy a quedar contigo hasta el final.

Pero eso no se lo cree ni él. Antes de que pueda retenerme u obligarme a continuar con este nudo en la garganta, abro la puerta de la limusina y prácticamente salgo corriendo. Y no me permito respirar hasta que no estoy en la sala de espera de urgencias, donde los ceños fruncidos de mirones sorprendidos por mi vertiginosa entrada me ayudan a salir del trance.

Dios mío… ¿Qué he hecho?

CAPÍTULO 2

Lo primero que veo cuando abro la puerta de la habitación —con unas profundas ganas de que la tierra me trague y me escupa en Kentuky, eso como mínimo—, es el culo de Lana, que está de espaldas a mí rebuscando en su maleta. En general soy una persona bastante tranquila, me gusta considerarme racional, pero las ganas de saltar como un tigre al ataque y arañarle la cara hasta asegurarle una cicatriz que le dure de por vida —un castigo sobrado para una obsesa de la belleza como ella— no me las quita nadie. Por suerte logro refrenar mis instintos a tiempo, inspirando y espirando varias veces.

—Joder, Non, ¿dónde estabas? —pregunta, en cuanto oye el chasquido de las bisagras al cerrar—. He salido de la ducha como hace dos horas y no te encontraba por ninguna parte. Pensaba que te habías cansado de esperar y habías decidido ir a otro… ¡La madre que me…! ¡¿Qué coño te ha pasado en la cara?!

Sonrío sin ganas, aunque la cara que pone da para hacer uno de esos memes que pululan por Internet.

Y se supone que la inyección ha remitido la hinchazón… Llega a verme tal cual me puse en la limusina del próximo Míster Hilton y probablemente se come las uñas por la culpabilidad. O no. Teniendo en cuenta que lleva intentando arrojarme a los brazos de un hombre la bonita cifra de cinco años, lo mismo hasta se va a comprar más toallitas sin pH neutro para retenerme en su cochazo el máximo tiempo posible. Como si eso pudiera propiciar otro encuentro, ¿no?

—Me alegra que preguntes, porque lo que me ha pasado en la cara eres tú. —Ensancho mi sonrisa hasta que raya en lo amargo—. Que sepas que soy alérgica a gran parte de los componentes de productos de higiene baratos, que me hayas ofrecido uno no hipoalergénico podría ser considerado un delito de segundo grado en algunos países. Aunque lo sabías de antes, ¿no?

—No, lo siento. —Se disculpa, fingiendo afectación—. No tengo ni idea de leyes. Soy de ciencias.

—Sí, todavía me lamento de que así sea —mascullo por lo bajo—. Si me disculpas, voy a meterme en la ducha y a llorar un poco por lo que me has hecho.

—Venga ya… No te importa en absoluto estar fea.

Podría tomármelo como un insulto si no la conociera, tal y como gran parte de las palabras que salen de su boca. O podría fingir que no la conozco para llevármelo a lo personal y darle un escarmiento, porque si algo no soporta Lana, a diferencia de su hermana, es que se enfaden con ella. La cosa está en que no tengo fuerzas para discutir. Mucho menos para provocar un desgraciado llanto, cosa a la que Lana es propicia. Es la

clase de persona —si es que es una clase y no se trata de un raro espécimen— que llora hasta con los anuncios de champú.

—No, no me importa estar o ser fea. Lo que me importa es que mi salud o, en este caso, mi falta de ella, me impida acudir al congreso para el que he viajado a otro país.

—¡Ah! Por eso no debes preocuparte. Es por lo que te estaba buscando antes. Ha venido un tipo a decirme que el congreso será mañana. Ha habido un problema gordísimo de organización, o algo así… No me he enterado muy bien. El caso es que al final será *tomorrow in the night.*

Espero pacientemente a que suelte uno de sus famosos «me estoy quedado contigo que te cagas», pero no sucede.

—No me mires así. Te lo juro. Te prometo que es verdad. —Alza la mano solemnemente—. Por las bragas de Mafalda.

—Bien. Así no tendré que sacarte los ojos —le espeto.

A continuación, me meto en el baño y cierro la puerta con el pestillo. Procedo a darme la ducha más larga del universo… y fría, porque aún sigo caliente.

El modelito que elegí para el congreso tras sopesar opciones con mis amigas —tarea que a punto estuvo de costarme la paciencia— es un imperdonable agravio al mundo de la moda. O a lo mejor no, pero a la única que tengo para contrastar opiniones es Lana, y está convencida de que no me dejarán entrar al salón con algo que no sea su vestido *Carolina Herrera* azul rey, escote trasero y corte francés.

—Sabes que no nos van a poner a desfilar, ¿verdad? —le comento, mirándola a través del espejo.

Ella observa el perfil de mis caderas embutidas en su traje de noche como si fuera una obra de arte recién descubierta. Y entonces sé que estoy perdida, porque si se enorgullece de su hazaña impedirá que me escaquee poniéndome otra cosa.

—Pues perdona que te lo diga, pero si no lo hacen es que son estúpidos.

—O a lo mejor solamente son científicos experimentales entregados a su trabajo y con una cierta conciencia respecto a lo que deben hacer y lo que no en ciertos acontecimientos sociales —repongo, con una sonrisa escueta—. Entenderás que no puedo ponerme esto, ¿verdad, Lana? Voy a ir a un congreso de ciencias en el que me consta que no habrá ni un tres por ciento de mujeres. No creo que me convenga lucir palmito. Se llevarán una impresión desacertada de mí, y te aseguro que no me apetece

que se me empiecen a pegar los hombres al culo solo porque este vestido me hace uno espectacular.

Las cosas siempre claras y el chocolate siempre espeso. Lana y yo tenemos una complexión y altura similar: ella tiene un poco más de pecho y yo las caderas más amplias, pero por lo demás podríamos ponernos la misma ropa sin problema. Cosa que lleva tomándose al pie de la letra desde que nos conocimos, o mejor dicho, desde que empecé a caerle bien, milagro que sucedió meses después: se lo pasa de maravilla vistiéndome como si fuera su muñequita.

—Pamplinas, Non. Deja de hablar como si te hubiera puesto un escote hasta el ombligo —me increpa—. No lo he hecho. Y aunque así fuera seguiría quedando elegante, porque por si no lo sabes, mis vestidos para ocasiones importantes han sido sacados de la alfombra roja de los *Oscars*.

No lo puedo poner en duda. Después de estudiar con la eficacia de un perito los modelitos de las actrices, apunta en su libreta de diseñadora frustrada lo que más le ha gustado. Luego le manda el boceto a su abuela, le describe las telas y colores y se lo cose hasta dar con un ejemplo espectacular de lo bien que lo hacen todo los mayores.

—¿Se supone que eso debería convencerme? Porque sigo pensando que sería mejor que no me arriesgara y me pusiera un traje de chaqueta con el que pasar desapercibida.

—¡Es que no puedes ni debes pasar desapercibida! ¡Uno no va a los sitios si no tiene pensado dejar su huella! —se queja, ofuscada—. Adrienne, por favor. Tienes un cuerpo precioso: alta, delgada, tan clara de piel… Pareces una modelo escandinava. Una mezcla entre Doutzen Kroes y Sasha Luss. Y encima eres increíblemente elegante. Podrías llevar ese roñoso traje del que hablas y lucirlo como si fuera un *Gucci*, pero no puedo permitirlo. Te juro que me podría explotar una arteria si te viese salir de aquí tan desaliñada.

Alzo los brazos, declarándome oficialmente derrotada por sus técnicas de persuasión. De nuevo.

A las seis exactas, Lana y yo bajamos del coche que nos ha traído al congreso por cortesía de la empresa. Ella va de rojo —solo a las llamas les gusta más el color— y yo de azul, algo realmente divertido para los camareros que fuman en la entrada, que se ponen a gritar estupideces relacionadas sobre los tonos del Fútbol Club Barcelona.

—Estoy tan emocionada —comenta, mirando hacia todos lados con los ojos muy abiertos. Me gustaría decir que me contagia su entusiasmo, pero soy una roca inconmovible—. Y eso que yo no soy ni científica ni nada de eso, solo una ayudante torpe y patosa.

—Me alegra que al menos lo reconozcas.

Su mirada afilada no se hace de rogar, pero yo la ignoro abiertamente y continúo caminando hasta que cruzo la puerta de entrada al salón. Lana intenta entablar conversación conmigo durante todo lo que dura la exposición, y yo rechazo amablemente sus interrupciones haciéndome la sorda. Solo tengo oídos para Ernest Neumann, quien, de pie sobre el estrado, parece gigantesco.

—En realidad es más bajito que tú —adjunta Lana en voz baja—. Lo miré en Internet.

El congreso concluye un par de horas después. A la salida nos dan nuestra respectiva identificación, supongo que para poder movernos libremente sin necesidad de perder tiempo presentándonos. Nos desplazamos hasta el salón donde se sirve el cóctel, al tiempo que le comento a Lana todo lo que tiene que ir apuntando en el iPad Mini, que lleva consigo a todas partes.

Cuando entramos en la sala principal, decir que todo el mundo se gira en redondo para mirarnos es quedarse corto.

—No sé en qué momento te has convertido en Michelle Pfeiffer, pero aprovecha tu momento de gloria —murmura Lana sin apenas mover los labios.

Después finge como si tal cosa que no la está mirando fijamente una horda de hombres y echa a andar hacia el revisor de los invitados para entregarle nuestras identificaciones.

Nunca pensé que tendría que admitirlo, pero me alegro de que a Lana se le haya ocurrido vestirme con su armario. Ni siquiera las camareras que pululan alrededor de los empresarios con bandejas de plata llevan un vestido que esté por debajo de los dos ceros, y sí, he dicho vestido, por lo que el traje de chaqueta habría sido una deprimente elección. En cuanto a por qué reconozco el precio de la ropa, tiene una fácil respuesta. Es lo que aprendes a diferenciar cuando llevas años trabajando con una persona como Lana, que antes de fijarse en la cara de la gente, detalla su atuendo para determinar si merecerá la pena charlar con ellos o no. Y no es porque sea superficial, sino porque elaboró en su momento alguna que otra teoría sobre los que visten bien y los que visten mal… Una que no recuerdo. Si tuviera que acordarme de todas, me acabaría dando un soponcio.

Echo un vistazo alrededor con el objetivo de contar a las mujeres que están aquí en calidad de aspirantes. No me llevo ninguna sorpresa al darme cuenta de que no llego a las cinco incluyendo a Lana. Yo no fui la primera a la que se le propuso viajar a Múnich para participar en el proyecto. Antes hubo una larga lista de aspirantes masculinos que váyase uno a saber por qué rechazaron. Quizá por ese motivo no termino de creerme del todo que esté en un sitio tan importante: porque inicialmente no me tuvieron en cuenta, y no se habrían preocupado de invitarme si los tropecientos que me antecedían

en la lista de posibilidades no hubiesen declinado la oferta.

No les podría echar nada en cara, aunque seguramente ellos confirmaran su ausencia por razones distintas a las mías. Si he tenido mis reservas —y las sigo teniendo — es porque imaginé que algo por el estilo ocurriría —la marcada diferencia de sexos—, y no todo el mundo posee esa innata cualidad para ignorar que sus compañeros de trabajo la miran con lascivia en lugar de con respeto o admiración.

—Disculpe, no sé dónde dejarlas —escucho a mi espalda. Me doy la vuelta para encontrarme de cara con un par de tipos que llevan el carné con su nombre. Ese que Lana tendría que haberme devuelto para identificarme—. ¿Podría llevárselas a la cocina y traer más?

Bajo la vista de sus ojos a sus manos para observar que me tiende dos copas vacías.

—¿Las va a coger ya, o no? —insiste, al ver que no muevo un músculo—. Se me están cansando los brazos.

Aparto los ojos de la copa a regañadientes y lo miro con mi mejor semblante indiferente. Como sospechaba, el *caballero* sonríe con el regocijo de los que hacen el mal por gusto. No puedo decir que me sorprende lo que pretende.

—Lo siento mucho, pero creo que se ha equivocado. Las camareras van de negro.

El desconocido me echa un vistazo de arriba a abajo que me gira el estómago. Una equivocación puede perdonarse, pero es uno de los hombres que me han mirado de arriba a abajo durante la exposición del señor Neumann. Sabe perfectamente quién soy. No me ha confundido con la camarera, con la recepcionista o con la que friega los platos.

—¿De veras? —Suena desapasionado—. ¿Y de qué color vas tú?

—Oh, no sabía que fuera daltónico. Lo siento. —Chasqueo la lengua y compongo una mueca de falsa tribulación—. ¿Ve a esa señorita de allí, la del pelo castaño que lleva una bandeja? Creo que ella podrá atenderle mejor que yo.

—No lo creo —continúa, esta vez irguiéndose y mirándome con aire de superioridad—. ¿Qué podría hacer aquí, si no es atender a los aspirantes al puesto de investigador? Que yo sepa no se admitían mujeres en el programa.

—En el programa del siglo XVIII tal vez no, pero creo que coincidirá conmigo en que han pasado trescientos años desde la última vez que las mujeres no trabajaban.

—En este campo siguen sin tener jurisdicción alguna. —Pone las copas en mis manos, que agarro para evitar que se hagan añicos al caer al suelo. Se aparta un par de pasos; en un principio parece que lo hace para que no se las devuelva, pero luego observo que es solo para darme otro repaso de arriba abajo, esta vez relamiéndose—. Sí,

ahora sí tiene algún sentido su presencia aquí. Le quedan que ni pintadas con el vestido.

No me molesto en despegar los labios para contestar. Trago saliva, esbozo una sonrisa de pitón y aprovecho que hay una camarera cerca para preguntarle dónde puedo encontrar la cocina.

Si ya estaban gran parte de los ojos puestos en mí cuando he entrado, cuando me dirijo a la puerta que la mujer me señala —con una mueca entre horrorizada y perpleja, también dubitativa por no saber qué decirme— me convierto en el foco de atención. Pero eso no me detiene. Atravieso las puertas como si formara parte del equipo y dejo las copas en la primera mesa que encuentro.

Cierro los ojos un momento, respiro profundamente y expulso el aire por la boca. Es una suerte que mi madre se convirtiera a la religión budista o no habría aprendido a gestionar las emociones negativas.

—Así es, muy bien… Respira hondo y… Perfecto. Ron va a llevarte a casa, ¿de acuerdo?

Ladeo la cabeza, buscando al hombre que me está hablando con esa suavidad. No tardo en descubrir que no iba para mí. Se trata de un par de ayudantes de cocina rodeando a una mujer con el vientre abultado sentada en el suelo, abanicándose con las manos mientras intenta, fracasando estrepitosamente, encontrar su respiración.

—Buenas noches, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

A través de la periferia de mi visión advierto que el grupo congregado se da la vuelta para mirarme. Sostengo la mirada del cocinero que acaba de asaltarme, que frunce el ceño e intenta buscar en mi vestido algún elemento que me distinga como miembro del servicio.

—Usted no es camarera ni azafata, ¿verdad?

—Lo he sido por un momento —contesto, escueta.

—¿Que lo ha sido por un momento?

—Sí, he venido a dejarle ese par de copas. —Las señalo y él se gira para mirarlas. Cuando vuelve a prestarme atención arruga la frente más aún—. Tranquilo, tengo pensado marcharme ahora mismo.

—Sería lo conveniente —comenta otra voz. Da la impresión de haber encontrado el tono perfecto para referirse a mí y que me gire en su dirección sin que antes pueda pensármelo dos veces—. Le han vuelto a aparecer las ronchas, Lola Bunny.

Observo que Leon se levanta de donde estaba arrodillado, se palmea los pantalones del traje y se acerca a mientras que tras él, algunos nos miran pasmados y otros se encargan de la embarazada. Con una parsimonia apabullante —y ahora añadiéndole

una cercanía y confianza que no le he dado— toma mi barbilla y me levanta la cabeza para echarle un vistazo a mi cuello.

Mi estómago da un vuelco inesperado.

—¿No le han dado nada por si empeoraba? —pregunta, con un tono íntimo que por un momento me hace sentir su amante. Despego los labios para decir algo, pero la garganta se me seca cuando sus ojos verdes me echan un vistazo desde la barbilla al inicio del pecho. *¿Qué ha sido eso?*—. ¿Una inyección y ya está?

Me cruzo de brazos en un vano intento por protegerme de esa violación de intimidad. No sirve de nada, porque Leon continúa explorando mis clavículas y mi cuello con los párpados entornados. Parece interesado en mi salud… y también parece interesado en lamerme de arriba a abajo.

—¿Deberían haberme puesto dos, por si me quedaba con hambre?

Un chispazo eléctrico relampaguea en sus ojos.

—Una por la molestia de ir, y otra por haberse portado bien.

—No me porté nada bien —miento, por el placer de contrariarle—. Lloré como una niña.

—Eso es porque no tenía a nadie que le agarrase la mano.

—O porque no me gustan las agujas.

Él ladea la cabeza con una sonrisa tan sutil en los labios. Más por sobrevivir al acontecimiento social de estar dirigiéndome a él sin trabarme que porque lo necesite —y también lo necesito—, trago saliva varias veces. Me separo lo justo para desprenderme de su contacto y no acabe pensando que sus manos me irritan. Es la distancia perfecta que remarca que no quiero que me toque, pero que mis motivos están lejos de que me asquee. El punto medio perfecto.

Echo un vistazo por encima de su hombro, fijándome en que la embarazada sigue sentada en el suelo y nos observa con atención. Los dos ayudantes de cocina murmuran lo que parecen palabras de aliento.

—Nunca he visto a un médico trajeado —comento, volviendo a mirar a Leon—. ¿Es costumbre aquí vestirse de etiqueta para atender a los afectados?

—Así que médico. ¿Esa fue su primera impresión?

—¿No hablamos de prejuicios?

—Es cierto. Solo la ponía a prueba para asegurarme de que se acordaba tan bien como yo.

Tan bien como él.

Vuelvo a tragar saliva.

—¿Por qué médico?

—Siempre está en el momento justo para ayudar a quien lo necesita.

—Bueno… —Le echa un vistazo al suelo, e involuntariamente sigo la dirección de sus ojos. Solo para asegurarme de que no hay nada de interés ahí—. Pues se ha equivocado. En realidad no tengo ni idea de medicina; solo soy Superman. —Y esboza una sonrisa lo bastante amplia para dar a entender que le divierte, pero también lo suficientemente escueta como para que no imagine que está burlándose de mí. El equilibrio ideal para desequilibrarme—. El problema es que no me ha dado tiempo de quitarme el traje.

—Entonces lleva la «S» debajo de la camisa… Debe estar pasando mucho calor.

Error. Sus ojos brillan lujuriosamente maliciosos al echarme un vistazo descarado de arriba abajo. Suena tranquilo, demasiado educado para ser cierto, al decir:

—No se puede hace una idea.

Me doy la vuelta hacia el cocinero en cuanto sus labios se tuercen en un amago de sonrisa, deseando deshacerme de la extraña tensión instalada entre los dos. Este, el encargado, observa la escena sin saber muy bien a qué ha venido el intercambio de comentarios. Si le dijera la verdad… Yo tampoco lo entiendo.

—¿Podría rellenar una de las dos copas, por favor?

—Por… Por supuesto, señorita. Incluso las dos.

—Solo una estará bien.

—No sabía que trabajara como camarera —interviene Leon, que no se mueve del sitio. Su postura podría dar a entender que está tenso, incómodo o que no sabe muy bien lo que hacer, pero dentro de su inmovilidad solo logro achacarle la seguridad en sí mismo y la tranquilidad. Y me consta que se le da muy bien hacer las cosas… *Demasiado bien*—. Dio a entender en mi coche que estaba aquí en calidad de aspirante.

—Técnicamente era una limusina —replico, intentando cambiar de tema.

—No me gusta hacer ostentación de nada —contesta. Incluso analizándolo por encima llego a la conclusión de que no miente—. ¿Y bien?

No espera a mi respuesta. Observo que se da la vuelta y da un par de órdenes a los dos auxiliares de cocina. Ambos ayudan a la chica a levantarse y desaparecen con ella en brazos.

—¿Me pregunta lo que pienso sobre la limusina? —No voy a contarle que estoy en la cocina porque un cerdo arrogante y machista ha considerado oportuno fingir que me

confundía con una camarera para desprestigiarme. Podría ser perfectamente otro aspirante y no pienso darle razones a nadie para atacar mi punto débil—. Creo que si no le gustara hacer ostentación podría buscarse algo más recatado, o al menos no tan llamativo. Incluso en la zona rica de Múnich escasean las limusinas.

—En circunstancias normales iría volando, pero creo que le habría desagradado el doble viajar entre mis brazos que en la parte trasera de un coche más alargado de lo normal.

Arqueo una ceja por protección, intentando centrarme en el asunto de la limusina y no en la insinuación de viajar en brazos de nadie. No puedo evitar echarle un vistazo a las hombreras del traje, que a todas luces ha debido hacerse a medida. Dudo que hubiera entrado en uno de tienda, y las tallas grandes son para hombres con sobrepeso, no con la espalda de Conan el Bárbaro.

Leon avanza de nuevo hacia mí, comiéndose mi espacio vital. Ese que he delimitado en un mínimo de medio metro a la redonda, la que creo que debería ser la distancia entre dos personas que mantienen una conversación decente.

Supongo que el problema está en el término «decente», porque a pesar de no estar tratando ningún tema que se salga de lo normal, él hace que no lo parezca. Hay una especie de emoción oculta en sus retinas que a veces sale a relucir y otras esconde; una que me desequilibra física y psíquicamente. No saber a lo que atenerme con un hombre me llena de angustia. Sobre todo cuando ese hombre tiene toda la pinta de ser un cerdo inteligente: la peor clase de cerdo que existe, porque esos son los capaces de meterse bajo la piel.

Lástima que mi piel sea de acero, claro. Y que mi cerdo sea imposible de reemplazar.

—¿Ha ocurrido algo ahí dentro? —pregunta, bajando la voz. Su tono hace que me erice—. Ha debido irritarse muchísimo si se le han encendido las ronchas como farolillos, Lola Bunny.

—No sé cómo interpretar que me trate de usted y al mismo tiempo me achaque la personalidad de un personaje de los *Looney Tunes.*

Él esboza una sonrisa ladina turbadoramente atractiva.

—Yo no sé cómo interpretar que responda a todo lo que pregunto con evasivas.

—Quizá le dé una idea una directa… No quiero hablar con usted.

—Aquí tiene la copa, señorita —interviene un barman justo a tiempo.

Alargo la mano hacia ella sin apartar la vista de Leon, que me observa inalterable. Ni está ofendido, ni indignado, ni mínimamente molesto. Me mira como si por el hecho de insistir con sus pupilas lograse leerme la mente, y ante esta idea, me limito a sonreírle

para hacerle ver que le costaría mucho más que eso aspirar a conocer el mecanismo de mi cerebro.

—Hasta la vista, Clark Kent.

Empujo la puerta que da al salón y salgo. Tal y como había supuesto, incluso los personajes más inteligentes a lo alto y ancho del mundo sienten cierta debilidad por la rivalidad entre aspirantes —por el drama, hablando claro—: pocos son los que han apartado la vista de la cocina, seguramente esperando mi regreso. Observo que algunos habrían preferido verme entrar llorando por el desprecio, y que otros admiran que haya vuelto a poner un pie en la sala.

Doy un par de vueltas por el salón hasta que los presentes se olvidan de mí, y solo entonces me dirijo hacia el rincón apartado en el que el *caballero* de antes está picoteando. Me grabo a fuego en la memoria su complexión: alto, muy delgado y con el pelo castaño peinado hacia atrás.

—Buenas noches —saludo, dándole un par de toquecitos en el hombro. Este se gira, sorprendido seguramente porque una fémina le haya dirigido la palabra. Sonrío con todos los dientes cuando me reconoce—. Me había pedido una copa. Aquí la tiene.

Me coloco justo delante suya para evitar armar un escándalo y derramo el contenido sobre una de las hombreras de su chaqueta. El tipo se sorprende tanto que no es capaz de moverse en todo lo que dura la acción, que son cuatro segundos exactos.

Sonrío de nuevo cuando he acabado y dejo la copa en su mano, que sostiene haciendo tanta presión que me extraña que no se haga añicos. Haciendo ostentación del regocijo de la villana de la película, doy un par de pasos atrás y admiro la obra de arte.

—Le queda que ni pintado con el traje.

CAPÍTULO 3

—Y esta es la sala de pruebas.

El tour por los laboratorios Neumann & CO concluye justo a tiempo para evitar que Lana sufra un desmayo. Si hubiera podido traerse la cámara consigo, le habría echado fotos hasta al retrete. Y no podría culparla, porque yo también sigo en estado catatónico después de ver con mis propios ojos la grandeza del sitio.

—Non, tenemos que matar a los aspirantes como sea. Este lugar es increíble. Da hasta vergüenza pisarlo.

Literalmente. Los suelos brillan tanto que en más de una ocasión he agachado la mirada para observar mi reflejo. No es que me sorprenda que uno de los laboratorios más prestigiosos del país, y, si me apuras, del continente, no pueda llamarse maravilla mundana por miedo a quedarse corto… Pero de ahí a verlo con tus propios ojos y saber que formas parte de la iniciativa, hay un largo camino. Largo y deslumbrante.

—¿Acaso esperabas encontrarte una cueva?

—¿Acaso esperabas encontrarte lo más parecido a un plató de Hollywood? —contraataca, con los ojos entornados—. No utilices tu pesimismo ni tu falta de amor por lo que te rodea para restarle importancia. Es para flipar, y lo sabes perfectamente.

—No soy pesimista, sino realista —replico cansinamente. Si me pagaran por cada vez que he pronunciado esa frase, podría pagarle la pensión a todos los jubilados de Múnich y alrededores—. Ahora cállate, que quiero prestar atención al guía.

El guía no comenta nada demasiado interesante, por lo que Lana empieza a comerme la oreja con ideas sanguinarias sobre lo necesario de aplastar al personal. Sus planes de machaque están a punto de seducirme, y no porque planee quedarme aquí a toda costa, sino porque después del encontronazo con el tipo de ayer, la guerra está servida. No obstante, prefiero ser positiva y pensar que no todos van a comportarse de la misma manera, que el susodicho acabará disculpándose y todo quedará olvidado. Además de que no es mi estilo escalar puestos intrigando a espaldas del resto. Tarde o temprano acabaría sintiéndome indigna.

Aun así, el diablo me está tentando a hacer cualquier cosa para esforzarme por el trabajo. Y este diablo no viste de *Prada*, sino que se ha presentado ante mí como una modernista edificación en blancos y azul *klein*, repleta a salas habilitadas con el instrumental con el que siempre he soñado. La pulcritud del sitio es para sacarla a relucir. En París me he tenido que pelear hasta llegar a las manos con algún que otro ayudante del laboratorio para que limpie lo que ha ensuciado, y aquí dudo que me dé tiempo a percatarme de las manchas. Según ha anunciado el guía, hay toda una escolanía de limpiadoras permanentemente revoloteando por las instalaciones. Y lo que

es más importante: saben la clase de sustancias que se tratan y cómo disolverlas, por lo que no correré el peligro de llegar y encontrarme con un sanguinolento accidente.

—Ahora que ya saben dónde está todo, por favor, sigan el camino de vuelta para llegar al laboratorio central. Allí les estará esperando el doctor Neumann en persona para recibirles e iniciar las prácticas.

—¿Prácticas? —repito, en voz baja. Miro a Lana ceñuda, a lo que ella procede sacando su apreciado *iPad Mini* y abriendo la libreta de anotaciones.

—Ayer nos mandó un correo el doctor Neumann diciendo que habría una especie de prueba de laboratorio, para ver cómo nos manejamos… Es decir, cómo te manejas tú —recalca—. También hice algunas anotaciones sobre los aspirantes después de la fiesta, en la que por cierto decidiste perderte y dejarme sola. Creo que podrían interesarte, ya que acaba de abrirse la veda para la competición.

—Genial, ¿y qué son esas anotaciones?

Conociendo a Lana, voy a tener que sacarme la cera de los oídos para escuchar la biografía detallada de cada uno de mis enemigos. Y así es como procede, colocándose detrás del grupo a una razonable distancia y susurrándome al oído sus descubrimientos.

—El calvo muy delgado, ese de allí… ¿Lo ves? —Asiento, centrándome en él—. Se llama John Hagen. Nacionalidad británica-alemana. Estudió Medicina en la Universidad de Oxford, y terminó sus años con un máster en Biomedicina y otro en Química Avanzada. Durante toda la carrera no bajó de la matrícula de honor… Envidiable. —Pone ese tono de voz *made in Lana* que viene a significar que le escupiría en un ojo—. Pasamos al siguiente: el tipo de al lado, con el que charla amigablemente… Se llama Michael RapHael O'Malley.

—No me digas que está casado con Callie Torres —bromeo—. ¿También te has estudiado su segundo nombre?

Me lanza una mirada agresiva de ojos entornados.

—Todo lo que sea necesario. Continúo. —Se recoloca las gafas de pasta negra sobre el puente de la nariz. Se las ha comprado solo para parecer más intelectual y darse un aire interesante, y no tiene vergüenza alguna en admitirlo—. Se ha formado en Yale, también en la materia de Medicina, aunque es reconocido por su estudio sobre las células madre. Ha contribuido bastante en el asunto de crear un feto a partir de ellas sin necesidad de encontrar un útero… Se debe a su orientación sexual, claro. Es abiertamente gay y le han denegado varios intentos de adopción porque su ex marido era alcohólico. Se esfuerza por encontrar la manera para tener un hijo.

—¿En serio? —Alzo las cejas, sorprendida. En realidad no es de mi incumbencia,

pero Lana podría hacer que te interesara la caída del IBEX 35 con su entusiasmo—. Vale, ¿qué más?

—El pelirrojo es ruso por parte de padre, pero se cambió hace poco la nacionalidad a finlandesa. Mijaíl Vori… Voro… Vuaro… Mira, léelo tú mejor.

—Vorobiov.

—Sí, Vorobiov. Estudió en la Universidad de Novosiri… Novisor… Novistik…

—Novosibirsk —la ayudo.

—Deberías participar en uno de esos concursos de deletrear palabras difíciles. —Hace un gesto para que lo olvide—. Mijaíl no tiene grandes notas, pero hizo su trabajo de fin de grado demostrando que cierto fármaco podía remitir el efecto del cáncer. Concretamente… —Se inclina un poco más sobre el iPad—. Concretamente en su madre, Véra, una superviviente de un melanoma agresivo. Él es lo único que ella tenía, porque su padre los abandonó años atrás.

—Por un momento pensé que me dirías el fármaco y no me contarías una historia truculenta.

—La historia truculenta es lo importante. Tienes que conocer sus puntos débiles para pisotearlos —señala. Realmente estoy ante una mujer peligrosa—. Sigamos… Johann Weber, purasangre germano. —Señala una espalda que reconozco como la del tipo de ayer. Alzo las cejas y presto atención—. Estudió en Berlín dos carreras universitarias al mismo tiempo: Química y Medicina. Si los exámenes de superdotación que he encontrado en Internet no nos engañan, tiene un coeficiente superior al de Albert Einstein, es decir: ciento sesenta y tres. Salió en las noticias a los doce años por una demostración experimental en el laboratorio del instituto.

—Estoy impresionada.

—Lleva investigando las enfermedades que reducen la movilidad articular, muscular y ósea desde que acabó la carrera, hace exactamente catorce años. Ha llegado a importantes conclusiones que ha venido a demostrar aquí… Es uno de los favoritos del doctor Neumann. —Para demostrarlo, hace clic en una imagen y la aumenta para que vea al jefe y a Johann sonriéndole a una cámara—. Coincidieron en el congreso del año pasado. Se habló de la esclerosis múltiple, por si te interesa. E intervino varias veces.

—Todo un portento.

Lana bloquea el iPad y se quita las gafas para mirarme con una ceja alzada.

—Ese «todo un portento» ha sonado a que te cae mal. ¿Por qué?

—¿Señorita Saetre?

«Justo a tiempo».

Me doy la vuelta y me encuentro con el inconfundible Ernest Neumann, vestido con una bata blanca donde una pequeña placa anuncia su nombre con orgullo. Lo habría reconocido aunque no la hubiera llevado. Su cara aparece en todos los artículos que he leído en Internet sobre él, en revistas experimentales, e incluso en la televisión, donde anuncian cotilleos referentes a su pasión por las mujeres. Lana me ha puesto al tanto de sus relaciones amorosas, que oscilan en torno a los cuatro o cinco matrimonios fallidos. Y a simple vista no lo entiendo, pero supongo que es porque no suelo fijarme en los hombres a no ser que se trate de algo muy llamativo, y Neumann podría ser mi padre. Claro que el atractivo físico no es lo único, pero no sé qué le puede pasar por la cabeza a una mujer para casarse con un hombre nómada que nunca está en casa. Así se sentiría Louis Lane, con la diferencia de que Neumann contribuye a la ciencia en lugar de plancharse la capa.

Y esa referencia a Superman, ¿a qué viene?

—Doctor Neumann. —Alargo la mano rápidamente y estrecho la suya en un saludo cordial. Va acompañado de un par de hombres, pero como no se molesta en presentármelos decido saludarlos con un escueto «buenos días»—. Es un placer estar aquí hoy, con usted.

—Pamplinas. Es usted la mente brillante a la que hay que reconocerle el privilegio. Me causó muy buena impresión su estudio sobre las propiedades del Magnesio. —No dedica demasiado tiempo a alabarme. Se nota que el hombre es inteligente y sabe hasta dónde es conveniente prolongar un cumplido—. En cualquier caso, bienvenida. Usted también, señorita Douves.

Sé que Lana está reprimiendo las carcajadas a duras penas. A veces le da por fingir que tiene la edad que aparenta en lugar de cinco años mentales, pero la conozco bastante y sé que le hace gracia el cerrado acento alemán al hablar inglés. A eso hace referencia, entre sonrisas e intentos por mantener la compostura, cuando el doctor Neumann nos abandona para saludar a los demás asistentes. Luego ocupa su lugar de honor sobre la tarima para explicar en qué consistirá la prueba.

A simple vista parece sencillo. El problema es que Lana no deja de resoplar con aires de superioridad, queriendo dejarle claro la competencia que vamos sobradas. Cosa que al final solo me hace quedar en ridículo, claro, y pone sobre mis hombros el lastre del miedo a decepcionar.

El guía nos acerca a las mesas dispuestas en la sala. Se asegura de separar a un aspirante de otro por más o menos de un metro de distancia, pero admito que no es suficiente diferencia para que me sienta cómoda. Entre otras cosas porque es Johann Weber el que está a mi lado.

—Veo que se ha obcecado en seguir aquí —comenta, sin mirarme—. Habrá que ver si no acaba teniendo problemas.

De acuerdo… eso ha sido una amenaza en toda regla. Me están amenazando por acudir a un congreso y cumplir con mi deber, perfecto. ¿Qué es lo peor que podría pasar si levantase la mano, hiciera venir al guía o al doctor Neumann y le comentara lo que acaba de pasar? Probablemente nada, y cuando digo nada, me refiero a nada bueno para mí. Quedaría como la niña de ocho años que se chiva al profesor de que le han robado el bocadillo, y aunque tampoco tengo en gran estima mi reputación como para que me afecte ser tachada de acusica, prefiero ignorarlo y concentrarme en lo mío.

Por supuesto, Lana no es de la misma opinión.

—¿Qué acaba de decir?

—No sabía que se había traído a una Mary Sue para protegerla de la competencia —comenta el tipo, alzando las cejas—. Bien, eso es algo con lo que no había contado.

Lana descuelga la mandíbula.

—¿De qué coño va este gilipollas?

Ahí está la Lana agresiva. Su hermana suele hablar así todo el tiempo, cosa que se le ha acabado pegando con el tiempo y que a mí me ha ayudado a ampliar mi vocabulario en términos… despectivos, por así decirlo. Lo bueno es que Lana solo saca a relucir su lado barriobajero cuando es oportuno.

—Te lo contaré luego. Ahora haz el favor de no armar un escándalo de los tuyos y escucha al doctor, ¿de acuerdo? Tenemos que hacerlo bien.

Lana lanza una última mirada perdonavidas a Johann y a continuación asiente. Apoya las palmas sobre la mesa en actitud decisiva y clava los ojos en Neumann, aunque estoy segura de que no le está escuchando. Mi amiga y ayudante siempre busca la verdad universal de las cosas, las explicaciones lógicas, y sabe que algo se le escapa sobre el tema. Está en lo cierto, como es natural.

Tras la detallada exposición sobre lo que nos tocará hacer, el personal se acerca a nosotros con todo el material químico. Nos proveen con el instrumental necesario, colocan el cronómetro del reloj para delimitar el tiempo exacto con el que contaremos —cuarenta y cinco minutos— y, a continuación, suena el pistoletazo de salida. Yo ya me he remangado la camisa por los codos, me he recogido el pelo en un moño desordenado con un lápiz que siempre llevo encima y me he concienciado de que me importa un comino quién quiera destruirme. Y por un momento me lo creo.

—Lana, el matraz Erlenmeyer.

No es tan sencillo como cambiar de color un fluido, ni como convertir una masa en

un atentado contra la humanidad —eso sería francamente fácil—. Sin embargo, es algo que he tenido que hacer varias veces como primera ayudante de la jefa del laboratorio. Lana lo sabe, y por eso lanza sonrisas de superioridad a nuestro compañero de al lado.

—Muy buen trabajo, señorita Saetre —me dice una voz a la espalda. Me giro lo justo y necesario para reconocer al doctor, y luego continúo mi labor—. Reconozco que yo habría utilizado un matraz aforado, pero es otra manera de verlo… Tomaré nota para el futuro.

—Gracias, doctor.

—Tengo muy buenas vibraciones con usted.

—Eso espero, doctor.

Johann debe escucharlo, porque me lanza una mirada calculadora por encima del hombro que finjo no ver. No obstante, por si no me había dado cuenta, Lana me lo comenta mientras voy haciendo un par de mezclas en el vaso de precipitado.

—Olvídalo, Lana. ¿Qué es lo peor que puede hacer? ¿Insultarme? —La ceja irónica se arquea sin que se lo pida—. Llegará unos cuantos años tarde si espera que me afecte.

Pero no es lo peor que puede hacer. Cuando quedan tres minutos para que suene la campana y todo lo que me queda es verter el resultado en el cristalizador, Johann se acerca más de lo que lo permite la línea de separación y apoya el brazo muy cerca del ácido de Lewis.

—Por lo que se ve, te he subestimado —comenta, con una sonrisa engañosamente amistosa—. Tienes algunas luces.

Estoy despegando los labios para contestar, cuando observo por el rabillo del ojo que le da un codazo malintencionado al recipiente que contiene la sustancia corrosiva. Todo sucede a cámara lenta: abro mucho los ojos y alargo los brazos para evitar que caiga al suelo en un movimiento de lo más irracional. El corazón se me acelera cuando asumo las consecuencias de tocar el ácido con los dedos, pero es tarde para apartar las manos y por un segundo, un fugaz y angustioso segundo, me veo en el futuro necesitando ayuda para hacer tareas elementales. Mi piel sensible y la química nunca se han llevado bien…

Pero después, mágicamente, me encuentro a unos pocos centímetros del ácido que se carcome el suelo. Lana me ha agarrado de la camisa con fuerza para apartarme justo a tiempo, pero toda la mezcla ha ido a parar tan cerca de Johann que podría haber sido el desgraciado. Al observar su expresión y sentir el silencio de la sala perforándome los oídos, me doy cuenta de lo que pretendía.

Se oye al doctor Neumann maldecir a través de los pequeños altavoces que hay

colocados en la sala. Él está, junto con su equipo de ayudantes, otros doctorados e inversores, observando cómo trabajamos desde una cristalera oscura colocada sobre nuestras cabezas. Aparece tan rápido que no me da tiempo a elaborar una explicación: mis ojos siguen clavados en el suelo, donde la sustancia supura recordándome lo que podría haber pasado si no hubiera tenido a Lana a mi lado.

—Dios mío… ¿Qué ha ocurrido?

—La señorita Saetre ha tenido un problema con el ácido. Caray, pensé que se trataba de una mujer mañosa… Casi me deja sin dedos del pie.

No sé lo que me molesta más: que recalque la palabra «mujer» como si fuera un insulto, que esté inventando una historia para desacreditarme, o que lo adorne con esos aires dramáticos sin sentido. Lo máximo que puede hacer el ácido de Lewis es quemarte los dedos, o provocar ampollas… ¿Dejarle sin dedos? ¿Qué se cree que estaba tocando?

Aunque al final, quizá lo que más me molesta de todo es que el doctor Neumann me mire decepcionado.

—Señorita Saetre…

—Doctor, eso no ha sido obra su…

—No ha sido adrede —corto a Lana, sabiendo que se va a poner a dar voces. Le lanzo una mirada de aviso, animándola a callarse si sabe lo que le conviene—. Le aseguro que se ha tratado de un accidente. Lo siento muchísimo, de veras.

El doctor Neumann asiente en silencio, pero veo en su cara que no me va a conceder su perdón.

—Muy a mi pesar voy a tener que pedirle que salga del laboratorio, señorita Saetre. Su ayudante puede quedarse.

—Pero… —empieza Lana.

La corto de un rápido vistazo, esta vez con ojos de «no rechistes y quédate aquí; es tu sueño, no el mío». Asiento, me quito la bata que me han proporcionado y la dejo sobre la mesa, acordándome del programa de futuros chef al que me viciaba con mi madre en verano. «Ha sido un placer cocinar aquí», podría decir a modo de broma. Pero el ánimo no está para bromas, no soy ninguna experta del humor y tampoco es que haya estado haciendo metanfetamina como Walter White. Aunque a este paso quizá tenga que contemplarlo como una alternativa. Trabajar en una caravana, lejos de hombres con Weber… Lana podría ser un excelente camello. Si me paro a pensarlo, guarda sus similitudes con Jesse Pinkman.

—Gracias, doctor Neumann —me despido al fin, aún con la cabeza llena de pensamientos estúpidos. ¿Drogas? Tampoco estoy tan desesperada por dinero, ni

siquiera me importa.

No me molesto en pelear, no busco su perdón y tampoco sonrío descaradamente para ganarme otro enemigo. Simple educación; lo demás no es mi estilo, y espero que eso Lana lo sepa para no ponerse a replicar en cuanto salga del laboratorio.

Paso por el lado de Johann Weber con la espalda muy recta, pero no me libro de escuchar un murmullo desagradable:

—Espero que con esto haya aprendido a no dejar sustancias corrosivas tan cerca del borde de la mesa… O, ya de paso, que no está hecha para esta clase de trabajo.

¿Cómo decía el refrán…? Ah, sí. A palabras necias, oídos sordos. No contesto, sino que lo miro con una leve sonrisa y dejo que el guía me acompañe hasta la salida. Me comenta que puedo dar una vuelta por las instalaciones y esperar a que Lana termine, que los baños están al fondo a la izquierda —como todos los baños del mundo, sin excepción— y que hay una sala de descanso en la planta baja de la que puedo disponer libremente. Vuelvo a agradecer cuando no tengo nada que agradecer y me encamino al baño de señoritas todo lo rápido que me lo permiten las piernas temblorosas. Una vez dentro, cierro la puerta, abro el grifo y me echo agua sobre la cara. Después apoyo las manos en el lavabo y me quedo admirando cómo el agua se arremolina en el desagüe, haciendo un breve recorrido por lo que acaba de pasar.

Podría haberme caído ácido acético en el brazo, o en la pierna, o en cualquier parte del cuerpo, dejándome marcas que en el peor de los casos nunca habrían desaparecido, que podrían haberse complicado debido a la sensibilidad de mi piel… Solo porque un desgraciado no puede superar su aversión a las mujeres.

Inspiro hondo y vuelvo a humedecerme el cuello. Me desabrocho un par de botones de la camisa para darme aire e intento respirar hondo. No es el momento de tener un ataque de ansiedad, además de que no me pega nada que una situación me supere. Por no hablar de que hace años que no tengo uno, y sería ir contra mis principios ponerme a llorar por un misógino miserable.

«Que le den por culo. Que le den bien por culo. Ahí se queda con su trabajo de mierda…»

—Lo he visto.

Todo el vello se me pone automáticamente de punta. Es esa voz: la voz ronca y profunda con trece millones de secretos por descubrir y, al mismo tiempo, tan cercana que parece estar contándomelo todo.

Me giro y miro con los ojos como platos a Leon, que se acerca a mí lentamente. Luce una expresión enigmática, dándome la sensación de que tiene miedo de acorralar o asustar a un animal herido.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Es que no ve que este es el baño de mujeres?

—Los baños son unisex en este edificio, Lola Bunny. Lo sabrías si fueras con un poco de cuidado.

—Claro, un poco de cuidado —contesto sarcásticamente. Le niego mis ojos clavándolos en el espejo, donde observo que las manchas rojizas de las ronchas vuelven a aparecer. *Otra vez no, por favor*—. El que debería haber tenido para no echarle encima ácido de Lewis a…

—Lo he visto —insiste, apoyando una mano muy cerca de la mía y ladeando la cabeza para mirarme.

Frunzo el ceño, mirándolo con expresión interrogante. Casi se me olvida que está violando mi espacio vital y que la situación que acabo de vivir no ha sido una de las mejores… Y es gracias a su semblante. Sus facciones son duras, muy marcadas; no es la clase de hombre que transmita tranquilidad, pero hay una emoción cálida en sus ojos que me acoge enseguida.

—He visto que ha sido él quien ha empujado el recipiente. Y he visto que has intentado cogerlo. ¿En qué estabas pensando?

Arrugo la frente, entre sorprendida y confusa. ¿Me está regañando? No puede ser, me está regañando.

—Estaba pensando en evitar que me echaran por culpa de otro. ¿A cuento de qué viene el tono?

—Me preocupa, eso es todo.

Le preocupa. Le preocupa. ¿Por qué le preocupa? ¿Qué sentido tiene eso?

Mi respiración se vuelve repentinamente superficial, aunque no tanto como para no recordar lo bien que huele. Huele a limpio, a jabón de afeitar, a *aftershave*…

—¿Y por qué le preocupa, si es usted la competencia? —pregunto, cruzándome de brazos. Doy un par de pasos atrás. Más vale prevenir que curar—. Bueno, lo era. Dudo que vuelva a regresar allí dentro.

—No soy la competencia, Lola Bunny. Y va a regresar ahí dentro, puede darlo por hecho. En cuanto informe de lo que ha sucedido y tengan como respaldo las cámaras del laboratorio, volverán a llamarla enseguida.

—Lástima que ya no esté interesada en volver. Como usted comprenderá, no pienso trabajar en un sitio donde me insultan continuamente…

Conforme mi voz se va apagando, sus ojos se van iluminando. Ha captado el mensaje oculto incluso antes que yo.

—La enemistad viene de antes, ¿no es así? Ayer, cuando entró en la cocina… ¿La había insultado el señor Weber?

—No —contesto bruscamente, pasando por su lado como una exhalación—. No ha pasado nada.

Su mano se cierra en torno a mi cintura para retenerme. Automáticamente me siento estúpida por no querer empujarlo y mandarlo al diablo por tomarse esas confianzas, porque la verdad es que aunque su contacto me exaspera, lo hace de un modo agradable. Sus dedos conectan con mi piel como dos imanes, y una descarga eléctrica hace que mi pulso se acelere. Él se da cuenta de todo lo que pasa en mi cuerpo, porque su mirada se oscurece. Inclina la cabeza sobre la mía para hablar prácticamente sobre mis labios… y yo solo puedo pensar en que todo esto es culpa de Lana, porque si no me hubiera dado un afrodisíaco nunca le habría dado a entender que soy me tiro a los brazos del primer hombre que me hace ojitos.

—No me creo nada —susurra. Su aliento fresco choca contra mi boca seca, haciendo que tenga que volver a tragar saliva. Leon se recrea en eso acercándose un poco más a mí, acariciando la carne desnuda de mis caderas al colar los pulgares por debajo de la camisa casi imperceptiblemente—. No tiene por qué defenderle. Es cierto que en sitios como este se valora de puertas para afuera la sinceridad, pero es lo que vale de puertas para adentro a lo que tiene que ceñirse. Y aquí nadie ha venido a ser amistoso, y menos con una mujer con cuerpo de modelo, a la que creen que podrán quitarse del medio antes —admite sin tapujos. Percibo la decepción que siente hacia el mundo, y solo por eso parte de mis barreras ceden. Puede que al final pensemos igual—. Por eso tienes que sacar la artillería pesada y defenderte, y si tienes que pisar a alguien, pisarlo sin pensar. En las grandes empresas siempre hay enchufes, favoritismos y muchos esqueletos en el armario. No voy a dejar que te quedes atrás.

«No voy a dejar que te quedes atrás». Mi cabeza lo repite en bucle, regodeándose en lo bien que suena… Hasta que entiendo lo que significa. Levanto la barbilla para encontrarme con sus ojos, de ese potente verde que me incomoda al dejarme fuera de juego.

—¿Por qué? —murmuro. En cuanto asimilo mi propia pregunta, se rompe el hechizo que Leon ha tejido a mi alrededor. Me separo bruscamente y vuelvo a poner la camisa en su sitio—. ¿Por qué no quiere que me quede atrás? —repito, con un tono implacable —. ¿Porque le intereso en un sentido que poco tiene que ver con mis aptitudes? ¿Porque si vuelvo a mi ciudad natal no podrá iniciar una persecución sexual? ¿O irá a decirme que está aquí, comiéndose mi espacio vital y pasándose por el forro mi intimidad, para mostrarme todo su apoyo y comprensión?

Podría sentirme mal por haber sacado tan precipitadas conclusiones cuando solo nos

hemos visto tres veces, pero sé que no me equivoco, y él sabe que lo sé. Sus ojos brillan entre divertidos, burlones y ahogados en un deseo primitivo que le empuja a comerme con la mirada sin querer.

—Porque he observado que tienes un talento especial, Lola Bunny —contesta. Su voz grave y enronquecida me afecta más todavía—. Y no solo talento, sino una decisión y compromiso con el trabajo que pocos tienen. He visto en tu cara el terror inminente a ser despedida. —Avanza de nuevo hacia mí, pero no me avasalla. Se queda a un paso de besarme—. He visto en tu cara el miedo a que te cayera eso encima… incluso a que le cayera a él, pese a haber sido el culpable. Y he visto, a través de todo eso, la decepción al saber que no podrías formar parte de esto. Estoy convencido de que el que está aquí es porque quiere hacerlo bien, pero no por los mismos motivos que tú. Aquí muchos de los aspirantes desean reconocimiento, salir en los periódicos y en las noticias; ambicionan un Nobel o cualquier otra condecoración… Quieren atribuirse el galardón de haber curado lo incurable. Tú, Adrienne, de veras quieres avanzar en la medicina.

—Vaya, pensaba que era usted Superman, no *The Listener.* ¿Tan fácil de leer soy?

—No tanto como me gustaría para saber cosas de usted —admite abiertamente. Su sinceridad me deja pasmada—. Pero sí lo suficiente para que haya sacado conclusiones acertadas. En cualquier caso, también tiene su parte de razón respecto a lo que ha dicho. —Da ese último paso para besarme. Afortunadamente para mis histéricos nervios, no lo intenta. Solo se queda de pie delante mía, con los brazos lánguidos a cada lado del cuerpo y el pecho a punto de rozar mis pezones endurecidos. Hay algo en su mirada ardiente que no me deja olvidar lo que pasó en la limusina—. Estaría aquí ahora mismo independientemente de si fuera hombre o mujer, porque detesto las injusticias y han cometido una contra usted… Pero es cierto que estoy comiéndome su espacio vital porque me gusta, me atrae, congenia con mi cuerpo mejor que ninguna otra mujer y desde que la vi he deseado quitarle la ropa.

¿Qué?

—Espero que no me malinterprete. Si no valiera un duro como investigadora, ya estaría volviendo a casa sin importar cómo me pone. Ha sido pura casualidad que combine ambas virtudes.

¿Qué?

Estoy tratando de reunir a todas mis neuronas para elaborar una respuesta coherente, cuando me viene a la cabeza todo lo que ha ido soltando a lo largo de la conversación. «Lo he visto», «no soy la competencia», «en cuanto informe de lo sucedido…»

«No voy a dejar que te quedes atrás».

—¿Quién es usted? —pregunto, entornando los ojos sobre su americana de raya diplomática y su corbata negra de satén pulcramente planchada—. No le he visto en el laboratorio, pero está en todas partes…

—Ya te lo he dicho. Soy Superman. —Me dan ganas de poner los ojos en blanco, pero su sonrisa de niño malo me impide reaccionar propiamente. Más aún cuando se inclina sobre mi cuello para besar una de las ronchas—. Ten cuidado con los enfados, Lola Bunny. Por muy bien que se te dé fingir que nada te afecta, estas manchas de aquí te traicionan.

Y se larga. Se larga sin más, dejándome apreciar la vista de su ancha espalda embutida en un traje a medida y esbozando sin querer, muy poco a poco, una sonrisa irónica. Las manchas le han tenido que revelar la emoción equivocada, porque el rojo no tiene nada que ver con la ira. Aunque siempre será mucho mejor que no sepa la verdad.

—Vamos, Lana, cálmate —repito por quinta vez consecutiva—. No ha sido para tanto.

—¿Que no ha sido para tanto? —Abre tanto los ojos que por un momento parece que se van a caer rodando—. Adrienne, ¡podría haberte tirado el ácido encima! Por no hablar de que se ha acabado. Se ha acabado todo esto, simplemente… Estamos fuera. ¡Fuera! Y no porque nos hayamos equivocado, ni porque Neumann lo haya considerado así… ¡Estamos fuera por culpa de un…!

Aprieta los labios. Cierra los ojos un momento y respira hondo antes de suspirar hondamente. Lo más inteligente será desviar el tema utilizando la técnica de la distracción. ¿Y qué mejor distracción que ropa de marca?

—Lana… Deja de darle vueltas. ¿No habías dicho que había rebajas en *Tommy* hoy?

La cojo de la mano y tiro de ella en dirección a la salida del hotel, en cuya recepción llevamos estacionadas alrededor de media hora. Durante todo ese tiempo, Viveka ha estado vigilándonos por el rabillo del ojo. Si lo que teme es que de un momento a otro montemos un escándalo similar al de las toallitas sin pH, no puedo culparla. En cuanto recuperé el dominio de mí misma tras el episodio de las ronchas, tuve que reconocer que no fui justa con la pobre recepcionista.

—Venga, vamos…

—¡No! —exclama. Y a continuación, pega un pisotón en el suelo y se cruza de brazos. Veruca Salt[1], la aspirante a dueña de la Fábrica de Chocolate que al final se

quedó Charlie, habría estado orgullosa de ella—. No intentes seducirme con ropa bonita, porque he decidido que me voy a poner en huelga.

—¿En huelga de polos de RalpH Lauren?

—En huelga de todo. Zapatos incluidos. —Alza la barbilla, esperando a que la rete —. No será tan terrible. Así tendré tiempo para pensar una estrategia con la que aplastar a ese gusano. A *esos* gusanos —se corrige enseguida—. El capullo ciego de Neumann también se las verá conmigo por no darte otra oportunidad.

Tengo que apretar los labios para no esbozar una sonrisa tierna. Nadie me defendía así desde que el matón de colegio me quitó el bocadillo y mi madre acudió al director a quejarse. No era para menos; le ponía bastante cariño a los emparedados de entonces. Tanto que acabó convirtiéndose en la dueña de la cafetería del instituto, trabajo que ostentó con orgullo hasta que la enfermedad la obligó a darse de baja.

—Respecto a eso… —carraspeo—. Lo cierto es que me la ha dado.

Lana parpadea varias veces.

—¿Qué?

He decidido no contar eso a la primera de cambio porque no quería hacer una montaña de un grano de arena, pero resulta que anoche llamó a la habitación y me pidió que me reuniese con él en el salón principal del hotel. Allí me pidió disculpas por haber tomado una decisión precipitada sin haber consultado antes las cámaras. Alguien le recomendó que les echara un vistazo para asegurarse, y ha visto que ha sido un accidente. Respecto a ese «alguien», creo que todos sabemos ya quién es. La gran pregunta va más encaminada al: ¿a qué demonios se dedica?

He pasado gran parte de la noche meditando. Si no es científico o biomédico, y está claro que no lo es porque ninguno de los aspirantes va en traje a todas partes, ¿qué hace? Dudo que sea ayudante, o el tipo que limpia las mesas… Parece que no tiene ni idea de lo que hacemos, pero está en todo. El tema empieza a adquirir cierto aire misterioso. ¿Y si es mi ángel de la guarda? No creo en esas cosas, pero con todo el pelo rubio —para mí los ángeles tienen que ser rubios— y lo de aparecer siempre en el momento justo para salvarme el culo apunta a algo muy similar a la magia. ¿Podría ser Dios? Lo dudo. Según lo que se oye por ahí, Dios es humilde y este tipo lleva cada día un traje distinto. ¿Y si es… un espejismo de mi subconsciente y en realidad no existe? He pasado mucho tiempo sola, y aunque no soy de las que cuentan cuánto llevan sin sexo —realmente he perdido la cuenta—, la sequía puede tener sus consecuencias a nivel mental. Eso podría explicar que ahora vea a hombres guapos en todas partes, y…

—¿Que ha visto que ha sido un *accidente*? ¡Pero si lo tiró él, adrede! —exclama Lana, después de contárselo. Lo de Neumann; los doce trabajos de Leon Dresner prefiero

reservármelo.

Maldición, ¿por qué soy tan cutre? Me sé su nombre y sus apellidos, y probablemente salga en Google como coordinador o dueño del hotel en el que me hospedo. Sería suficiente con aporrear el teclado y cliquear en la lupa azul para resolver el enigma.

Pero no lo voy a hacer porque aún no llego a ese grado de patetismo. Buscar a un hombre por Internet suena a algo que Lana haría, una experiencia a la que no pienso dar lugar. Tengo una edad.

—Sí, Weber lo ha tirado, en esto estamos todos de acuerdo. Pero si Neumann no ha sido capaz de verlo o ha querido hacer la vista gorda, no es mi problema. No he venido aquí a pisotear a nadie. Con que me hayan dado a mí la oportunidad me doy por satisfecha.

—¿Entonces estamos dentro de nuevo?

Le brillan los ojos como farolillos de feria. Probablemente le habría dicho que sí incluso aunque no lo estuviéramos. A Lana Deuves es imposible negarle nada cuando te mira de esa manera, y tus preferencias sexuales no tienen ninguna cabida en este asunto. Es una mujer de la que uno se enamora perdidamente a primera vista y oída. No hay marcha atrás.

—Sí, Lana. Estamos dentro de nuevo.

—¡Genial! ¡Ahora podemos ir de compras sin que nos pese la conciencia! —exclama, emocionada—. ¿Cogemos un taxi? ¿Un autobús…? No, un autobús no. A saber la clase de gente que coge el autobús en Múnich, cuando hasta los mileuristas conducen un BMW descapotable.

—Tú eres mileurista y no vas en un BMW descapotable.

—Y tampoco lo haré en caso de ser millonaria. Me compraré una limusina con un chófer cañón —zanja, echando a andar hacia la recepcionista.

Viveka se encoge al ver que caminamos hacia ella. Podría pedirle disculpas o al menos ofrecerle una sonrisa amable, pero no le vendrá mal sufrir un poquito. Sí, es posible que fuese mezquina con ella, pero menudo desastre de atención al contagiado… Se me podría haber cerrado la garganta y las vías respiratorias en sus narices y la chica se habría quedado tan tranquila.

—Hola, Veka. ¿Qué tal? —saluda Lana, tan feliz como siempre. Ni siquiera me extraña que la trate con tanta cercanía. Probablemente se hicieran amigas en los quince segundos que duró la bienvenida al hotel—. ¿Nos consigues un taxi? No he pagado lo de las llamadas internacionales y me saldría carísimo pedir uno.

—¿A dónde queréis ir? —pregunta una voz que conozco muy bien. Tan bien que empieza a colarse en mis sueños, taladrándome la cabeza con indecencias que ya he tenido la mala suerte de escuchar—. Yo os llevo.

—No, gra…

—¡Claro que sí! —me interrumpe Lana, a la que brillan los ojos al mirar a Leon. Culparla está fuera de mi jurisdicción. Siente una atracción inevitable por los hombres guapos, más aún si vienen de fábrica con la elegancia de George Clooney. Y la cosa es que si el tipo me atrae hasta a mí, a quien no debería atraerle en absoluto, es porque no es muy común—. Señor Dresner, es usted muy amable.

¿Qué? ¿También lo conoce a él?

—Sin duda lo es, pero no hace ninguna falta que nos lleve. —Sonrío un poco forzada. Espero no estar mirándolo con la mueca que a veces me sale sola; esa que me suele señalar mi mejor amiga extremadamente divertida, y que el resto del mundo se toma muy a pecho porque no me conoce para saber que no la pongo adrede para molestar al personal—. Nos las apañaremos con el taxi que Viveka nos pedi…

—Adrienne, deja de ser una infantil —me espeta Lana, muy ofendida. Yo alzo las cejas en el acto. ¿En serio? ¿Infantil? ¿Yo? ¿Quién diablos es la que se acaba de colocar al lado de Leon Dresner dando saltitos, y lo mira como si fuera Santa Claus?—. Déjela, es que es un poco tímida.

La sonrisa enigmática de Leon hace que se me ponga todo el vello de punta.

—Sí, un poco tímida —asiente muy despacio, constatando justamente lo contrario.

Noto que me arden las mejillas de impotencia. No puedo replicar porque, primero: solo yo he captado la ironía y no vendría a cuento una reprimenda. Y segundo: tiene toda la razón del mundo al dejar caer que soy ninguna santa con su magnánima clase de sarcasmo. Perder los estribos en la limusina de un desconocido es la clase de situación que solo pensé que viviría viendo *Gossip Girl.*

—¿No le importa llevarnos? —escucho a Lana preguntar, haciendo la pelota como acostumbra—. ¿No tiene nada que hacer?

—Siempre tengo muchas cosas que hacer, pero ahora mismo no me apetece encargarme —contesta, encogiendo un hombro. Lana ya está aferrada a su brazo como una lapa, lo que me da la idea de que quizás tengan mucha confianza. Y yo me pregunto cómo es posible que así sea cuando llevarán conociéndose un máximo de tres días. Pero en cualquier caso, la duda queda enterrada cuando Leon se gira para mirarme y decir—: Tengo este brazo libre, señorita Saetre. ¿Se une a nosotros?

Me aferro a toda mi racionalidad para no lanzarle una mirada que refleje mis

pensamientos.

—No, gracias —sonrío amablemente—. Creo que no me caeré yendo sola.

En cuestión de segundos que se hacen eternos, Lana y yo nos acomodamos en la limusina. No puedo evitar echarle un vistazo al asiento exacto que ocupé durante mi primera visita, como si tuviera que asegurarme de no haber dejado ninguna prueba de mi presencia. Leon se da cuenta de mi rápida ojeada, algo que debe hacerle mucha gracia porque esboza una de esas sonrisas que preceden una carcajada abismal.

Hacer caso omiso de un provocador nunca me ha costado tanto. Menos mal que tiene la galantería de dejarme a solas con Lana detrás, mientras que él ocupa el asiento del acompañante.

—¿Ese hombre es real? —gimotea, con emoción contenida. Casi me duele ser la causante de que su excitación se pierda en el olvido por mi cara de palo. *Casi*—. Non, esto es increíble. Vamos de compras en limusina con un hombre clavadito a Scott Eastwood. ¿Por qué tienes esa mueca?

—Las limusinas no tienen ningún efecto sobre mí, y tampoco destrozarme los pies yendo de tienda en tienda… aunque lo haya sugerido yo —añado, viéndome venir que se haga la ofendida—. Aunque sí, es clavadito a Scott Eastwood. Esa ha sido una buena descripción. —Así intento hacerme la desentendida, y por suerte logro convencer a Lana de que ha sido mi concepto de belleza lo que ha captado ese encanto, no mi instinto primario—. Lo que me lleva a preguntarme… ¿Cómo se te pudo olvidar mencionármelo ayer, cuando me hablaste hasta de las uñas de los pies de todos los aspirantes? ¿No pensaste que él podría ser un gran adversario?

—Eh, no insinúes que podría haberme dejado algo sobre alguien, porque soy muy cuidadosa con lo mío —me amenaza, alzando las perfectas cejas negras—. Si no lo mencioné es porque no es un aspirante. Lo conocí de casualidad en la cafetería del hotel cuando fui a desayunar el primer día. Ya sabes que no me atrevo a comer sola en un sitio público, así que me acerqué al único hombre que también estaba solo y le pregunté si le importaría acompañarme. Resultó ser Prince Charming —comenta, divertidísima. Estoy a punto de devolverle la sonrisa. El mote no podría ser más acertado—. Hablamos hasta que al final me dijo que era el propietario del hotel.

Parpadeo, desorientada.

—¿Y qué tiene que ver la propiedad del hotel con Neumann?

—¿Quieres la historia larga, o la corta? —Como cabía esperar no aguarda a que conteste. Puedo olerme cuál ha sido la opción elegida cuando se acomoda en su asiento —. El padre de Leon y Neumann se conocieron en el instituto y desde entonces han sido grandes amigos. Se separaron para dedicarse a lo suyo: el doctor continuó sus estudios,

pero como suele ocurrir cuando hay de por medio un negocio familiar, el señor Dresner no fue a la universidad y se dedicó de lleno a su cadena hotelera, que se remonta a unas cuantas décadas pasadas. ¿Sabías que es el hotel más antiguo de Múnich? —Ve que voy a contestar y lo evita dándole un manotazo al aire—. En fin. El caso es que Neumann y el señor Dresner volvieron a encontrarse cuando Leon ya había nacido y se había convertido en un hombre de provecho. El doctor ya era mundialmente conocido, aunque más por sus ambiciosos intentos de estudio sin financiación y sus líos amorosos que por las grandes empresas que ha llevado a cabo desde entonces. Se ve que su trabajo maravilló a Leon, por lo que utilizó parte de la herencia para financiar sus proyectos. Así fue como nació la colaborativa entre los millonarios y el genio.

Cierro los ojos y me convenzo de que respirar profundo es la única opción.

—Resumidamente —hablo tan despacio que podría memorizar el trazo de mi lengua —, Leon Dresner es el inversor del estudio para el que nos han llamado.

—Más resumidamente, Leon Dresner es el que parte el bacalao —corrige Lana, volviéndose para mirar por la ventanilla—. En un principio, Neumann es quien elige a los aspirantes y dirige la iniciativa. Pero si a Leon no le parece bien algo, ahí el doctor no puede meterse. Al menos es así como se trabaja cuando hay dinero de por medio… ¿Nunca has oído hablar de los problemas que hay en el cine entre productores y directores? Al final el que manda es el que paga. Suerte que el señor Dresner no es un tirano, ¿verdad?

—Claro que no —me escucho decir, con la mirada pedida—. Si lo acabas de bautizar como Prince Charming debe ser por algo.

—¿No le queda genial? Si tuviera el pelo un poco más largo…

Dejo de prestar atención en cuanto se enzarza en un monólogo sobre lo guapo que es. Y esta vez tengo excusa. Acabo de descubrir que el hombre sobre el que me senté es el jefe de mi jefe. Un clásico en comedias románticas y literatura basura: la clase de libros que cualquier amante de la buena lectura esquivaría como la peste. Aunque en realidad, si profundizamos en el asunto, técnicamente no es el jefe de mi jefe. Aún no me han elegido para iniciar el estudio, y en caso de que lo hagan… Bueno, Leon no parece un hombre capaz de obligarte a hacer algo que no quieres bajo la amenaza de un despido. No lo parece, repito… pero de ahí a que no lo sea hay un trecho. La posibilidad de que mueva hilos para mantenerme a su vera, sea por el motivo que sea, es inmensa. Y aquí es donde está el conflicto de intereses, porque si ha intercedido una vez a mi favor —hablando con Neumann para que supervisara las cámaras y me diera una segunda oportunidad—, ¿quién dice que no me darán el trabajo solo por ser la rubia de ojos claros?

—Ya estamos en la calle Neuhauser —anuncia Leon. La limusina frena justo a

tiempo para evitar que llegue a peores conclusiones—. Es la más conocida en el sentido comercial. Aquí encontraréis de todo. Si no, siempre podemos dar media vuelta e ir a Kaufingerstrasse.

—¡Aquí estaremos bien! —exclama Lana, saliendo del coche y dejándome olvidada en la acera para precipitarse sobre la primera tienda.

A veces pienso que me llevo bien con Lana porque la admiro y envidio a partes iguales. No tendría ningún sentido que fuéramos amigas de no ser así, porque no compartimos aficiones ni nos parecemos en lo absoluto. Nuestro único punto en común es el sentido de la responsabilidad y la opinión ética sobre las cosas. En lo demás, simplemente la envidio. Nunca haría nada para hacerle daño, ni tampoco la sabotearía a conciencia solo por eso: hablo de una envidia sana. Me gustaría tener su habilidad para relacionarse sin recelar, para perdonar, para no pensar tanto en las consecuencias de sus acciones, para dejar atrás lo que le hace daño y, sobre todo, me gustaría tener esa pasión por la vida que ella manifiesta a cada rato. Su interés e inquietud por todo cuanto la rodea es eterno. Lana lo hace todo a conciencia, se deja el alma en las cosas.

Yo, en cambio, tengo que preguntarme todos los días es cuál es mi excusa para no ser feliz. Sean cuales sean los motivos que tengo para levantarme, no sobran para que lo haga con una sonrisa o el deseo de aprender, aunque igualmente me guste hacerlo. Si dijera que guardo tanto rencor que no puedo dejar de regodearme en la miseria que trae consigo, podría entender el no poder seguir adelante… Pero no lo guardo. Así pues, ¿cuál es mi problema? ¿Qué es lo que se necesita para tener pasión por la vida? ¿Se supone que el ser susceptible a los encantos del mundo viene de fábrica, y los que no nacen con esa virtud tenemos que vivir resignados…?

—Todo lo que tengo a cambio de tus pensamientos.

Me giro y miro directamente a los ojos a Leon, que se ha quedado varado en medio de la calle para esperarme. Sonrío sin ganas, aún agitada por mis meditaciones.

—No es que mis pensamientos valgan más que la fortuna del dueño de una cadena hotelera, pero no los revelaría a cambio de su cuenta bancaria. ¿No se supone que solo financiaba el hotel?

Leon deja de sonreír para escrutar mi rostro, supongo que intentando averiguar cuál ha sido mi reacción frente al descubrimiento de su verdadera identidad. No puedo negarlo… Me ha decepcionado que no fuera Superman. Al menos Superman no tendría intenciones ocultas, más allá de salvar a la humanidad. Los superhéroes hacen el bien porque está en su ADN, no porque quieran algo de la chica en apuros. Y está claro que debe querer algo de mí.

—Lo financio y lo dirige mi madre. ¿Te lo ha dicho Lana?

—Sí, aunque no es como si pudieras echarle la culpa. ¿Pensabas que podrías mantenerlo en secreto? —pregunto, entre cansada y curiosa—. Sé que pasaré aquí solo unos días más, pero teniendo en cuenta que te paseas por todas las instalaciones prácticamente del brazo de Neumann, no habría tardado en llegar a esa conclusión.

—Te lo habría acabado contando si me hubieras preguntado de nuevo, modelo. No acostumbro a esconder mi identidad, pero temía tu reacción. Habría sido decepcionante descubrir que también te acercabas a mí por mi dinero o por una posición privilegiada. Fue un alivio que ayer me preguntaras quién era; quedó claro que no me besaste en la limusina porque buscaras favores.

Carraspeo de manera imperceptible. Está claro que me va a costar muchísimo sacar de su cabeza ese momento de vulnerabilidad.

—No me conoces —señalo al final, con el ceño fruncido—. No puedes encasillarme en el grupo de prejuiciosos solo porque estés acostumbrado a los interesados. Por no mencionar que no me he acercado a ti nunca, has sido tú —añado, no con tanto regocijo como sospecha—. Y en caso de haberlo hecho por tu dinero, no habría necesitado saber quién eres. Noté que nadabas en la abundancia antes de que abrieras la boca. ¿Sabes? La gente normal no va por la vida en limusina.

Leon ladea la cabeza y me mira con expresión indescifrable.

—¿Es eso lo que te molesta de mí? ¿Por eso me tratas con fría indiferencia desde lo que ocurrió cuando nos conocimos? ¿Por el dinero?

—¿Por qué iba a molestarme que tuvieras dinero? —pregunto, sin saber muy bien qué es lo que quiere sacar de la conversación y por qué la ha iniciado. No parece un hombre rodeado por el misterio… Tampoco es difícil saber más o menos en lo que piensa. El problema es que necesito saber sin margen de error las intenciones que tiene conmigo, y la finalidad de su acercamiento está escrita detrás de un muro de piedra.

—¿Entonces qué es? —Sus ojos viajan por todo mi rostro, como si la respuesta saltara de mis pómulos a mi nariz, de mi nariz a mi barbilla, de mi barbilla a mis párpados…—. No he tenido mucho tiempo para fijarme, pero me da la sensación de que aunque eres distante con quienes te rodean, no rozas la frialdad como ocurre conmigo. Ayer te vi hablar tranquilamente con otros aspirantes y no estabas tan en guardia.

Inspiro profundamente y cuadro los hombros.

—No puedes esperar que te trate de la misma manera cuando la primera vez que me viste estaba fuera de mis cabales. Entre la alergia y los… estimulantes, no era yo. Te lo dije en su momento y lo repito.

—Sí, lo sé. ¿Y?

—Y… Creo que te has hecho una idea errónea de mí.

—¿Se supone que esa idea errónea que crees que tengo de ti es ofensiva? Porque de mis labios no ha salido una palabra que pudiera dar a entender que…

—Ha salido —replico—. No sé por qué me llamas Lola Bunny o modelo, pero da la sensación de que asumes que me gusta que me vanaglorien por mi físico. Eso es… algo con lo que he tenido que lidiar en el trabajo y un problema al que me sigo enfrentando, el de tener que reivindicar que soy algo más que una cara bonita constantemente para que me tomen en serio. Así que no me hace ninguna gracia que me trates con tanta frivolidad… y cercanía.

—¿Es ese el motivo?

—Uno de varios.

—Irrelevante —zanja, sin más—. Eres atractiva, y obviamente fue eso lo primero que saltó a la vista cuando te vi… pero no te valoro solo por eso. Son tus cualidades la única razón por la que estás en los laboratorios, si crees que sigues en ellos por tu físico. También recuerdo haber mencionado que tu trabajo me parece fascinante. ¿Qué más?

—No me gusta demasiado la compañía masculina —contesto en voz baja—. Sobre todo cuando no la he pedido y se cree con permiso de asediarme.

—Incomprensible. Con el doctor Neumann eres magnánima, y te asedia con mayor asiduidad que yo. No olvides que te seguí solamente dos veces.

—Y tercero —corto, preparada para soltarlo de una vez—: no quiero que pienses que por haberme dejado llevar en tu limusina en un mal día, ahora tienes alguna clase de derecho sobre mí.

—Absolutamente incierto. —Su vehemente contestación hace que preste atención—. Si tratas de dar a entender que creo que tengo el trabajo hecho o tengo el concepto de que puedo usarte y tirarte —o que lo haría—, estás equivocada. Piénsalo bien, Adrienne. Si de veras me creyera con algún derecho sobre ti, no estaría aquí ahora mismo hablándote con educación, tuteándote por primera vez y manteniéndome a una distancia prudencial. En su lugar te habría metido en el coche y te habría sentado otra vez sobre mí, esta vez desnuda.

Mi estómago se retuerce ante la poco concreta —pero fantástica visualmente— exposición de sus deseos. Nunca habían sido tan sinceros en ese sentido conmigo. Se supone que intimido tanto a los hombres que creen que necesitarán una cena, unas flores y una entrada al cine para sacarme el provecho que pretenden. Odio tener que decirlo cuando preferiría ser simplemente cordial con él, pero es reconfortante que exista alguien sobre la faz de la Tierra capaz de mirarme a los ojos y hablarme con franqueza. Y odio tener que admitir esto también, porque no es nada agradable que la

piel se me ponga de gallina con solo cinco palabras bien dichas. Ni siquiera ha utilizado un tono distinto. Ha hablado desde la tranquilidad, como si nada fuera más natural que querer desvestirme.

Sostengo su mirada con una garra oprimiéndome el ombligo y me obligo a serenarme. Cuando contesto, lo hago sin saber si sonaré desesperada o tan indiferente como me gustaría.

—¿Y qué es lo que le impide hacerlo? ¿Solo la educación…? ¿O la emoción de la caza?

Leon ríe por lo bajo, sacudiendo la cabeza. No sé si es porque le parece una locura o porque acabo de revelar sus pretensiones, y eso me desconcierta. Un desconcierto que crece cuando vuelve a mirarme a la cara, esta vez con los ojos ardiendo. Aprieto los muslos de manera involuntaria, conteniendo la sacudida eléctrica que me envía desde las retinas.

—Más bien la emoción de escucharte pidiéndomelo.

Mi respiración se vuelve artificial. Ser repentinamente consciente de mi cuerpo es desagradable en un sentido que ni siquiera me veo capaz de explicar. Siento como si estuviera en una postura patética, y temo que él se dé cuenta de mi rigidez o de lo mucho que estoy intentando darme un aire desenfadado. No lo consigo: sigo siendo un bloque de hormigón en medio de la acera, sin amplitud de movimiento.

—Veo que confías mucho en ti mismo —contesto, sin apartarle la mirada.

Sus ojos son el epicentro de mi necesidad, pero girar la cara solo serviría para darle la razón, y yo nunca necesitado reivindicar mi orgullo para demostrarme a mí o demostrar nada a los demás, pero está claro que algo en mí se tuerce cuando él me habla de esa manera. O cuando me mira como si pudiera verme; no ya desnuda, sino tal cual soy. Como si pudiera llegar a mi madre, a Lulú, a Ivan y conocerlos a través de mis recuerdos. Es inquietante, desagradable, angustioso, y… nuevo.

—No confío tanto en mí mismo como en la atracción, Lola Bunny —susurra, acercándose a mí y rozándome el pómulo con los nudillos. Su mirada se vuelve más intensa, de un precioso verde esmeralda—. Y tarde o temprano esa misma acabará juntándonos.

—No creo en el destino…

—No tienes que creer en el destino; no hablaba de él. —Su pulgar roza mi labio inferior. El corazón me deja de latir un instante—. La atracción es una ley científica. Se supone que todo acaba cayendo… ¿no? ¿Me equivoco, señorita Saetre?

—¡Adrienne! —interrumpe Lana, haciéndome señales desde la entrada de la tienda.

Leon se aparta tan despacio que me extraña que mi amiga no se haya percatado de nada —. ¿Se puede saber por qué no vienes? ¡Venga! ¡Tengo que enseñarte algunas cosas!

Es él quien me empuja suavemente hacia delante, colocando una mano amable en mi espalda.

¿Amable? Y una mierda.

—¿También vas a acompañarnos mientras pasamos al probador? —le pregunto, echándole un vistazo al enorme *Louis Vuitton* que brilla sobre las puertas de entrada—. ¿No tienes nada que hacer?

—Os he traído porque tenía que recoger el regalo de cumpleaños de mi madre —contesta, conteniendo una carcajada. La verdad es que yo no me encuentro nada divertida, pero alguna chispa tendré que tener si siempre hace esfuerzos para no reírse —. Si crees que a Lana Douves le gustan los *stilettos* es porque no conoces a la señora Dresner.

—Dios me libre de coincidir con una persona más obsesionada con los zapatos que ella —farfullo por lo bajo, entrando al enorme comercio y suspirando al no encontrar a mi amiga ni tras tres barridos panorámicos.

Lo que sí encuentro son unos tacones monísimos con la suela granate que se parecen sospechosamente a los que me robó mi anterior compañera de piso. Pero no hay tiempo ni dinero para gastarse, así que paso de largo con el corazón un poco resquebrajado y, tras una no demasiado larga búsqueda, hallo a Lana echándole un vestido tras otro a un empleado. Cuando llegamos a su altura, el tipo en cuestión se gira hacia nosotros y le dedica una sonrisa de circunstancia a Leon.

—¿Ahora trabajas en *Louis Vuitton*? —pregunta él, con tono socarrón.

—Eso parece —contesta, con una voz profunda y arrastrada muy similar a la de Chad Kroeger—. Esa morena me ha pillado por banda y no he podido decirle que no.

Señala a una Lana perdida en su mundo de ropa cara con un movimiento de barbilla.

—¿Cómo te ha podido confundir con un empleado? —se carcajea Leon, dándole una palmada en la espalda y ayudándole con un par de prendas.

El tipo esboza una sonrisa torcida en la que se marcan un par de arrugas adorables… No, adorables no. Hay hombres que no conocen ciertas palabras y que no se deberían usar jamás para referirse a ellos. En su caso, tiene lo mismo de adorable que de rubio.

—¿Qué más da? Ya tengo excusa para preguntarle qué zapatos podrían irle mejor a mamá.

¿Mamá?

—¿Tú también has venido para eso? ¿Has conseguido algo?

—Por el momento… —El desconocido levanta los tacones de charol color rosa palo —. Solo unos que ya tiene y que probablemente le quedarían pequeños.

—El negro siempre es un acierto —sugiero—. Aunque el charol no se lleva esta temporada.

El tipo se gira para mirarme ampliamente. No me cabe ninguna duda: es familiar de Leon, pero no se podría apreciar si no se les viera a ambos en acción. Señor Dresner número dos tiene los ojos exóticos, árabes, tan oscuros que parece que lleva lentillas. Sus pestañas serán fácilmente la envidia de la población femenina, y aunque estoy segura de que sería doblemente atractivo con el pelo largo, no se puede decir que le quede mal el rapado. En conjunto parece un metalero de corazón, aunque admito que llego a esa conclusión por los vaqueros negros con cadenas, las botas de motorista y el arete en el labio. Solo se parece a Leon en la profundidad de la mirada y la forma de la barbilla. Quizá se dan un aire al sonreír, pero ni siquiera. Leon no parece estar a punto de echarse sobre ti para arrancarte la ropa interior de un mordisco.

—Si lo dice la réplica de Charlize Theron, me lo creo. —Y me guiña un ojo—. Axel Volney, guapa.

—Podrías llamarme Adrienne, mejor —contesto con educación, estrechando la mano que me tiende tras desplazar toda la ropa de Lana al otro brazo. Él sonríe aceptando la derrota.

—De acuerdo, Adrienne.

—¡Non! —me llama Lana, muy emocionada. Se planta delante de mí con las manos tras la espalda, y al instante comprendo por qué: ha encontrado algo con lo que vestir a su Nancy tamaño real—. Mira qué preciosidad. Es de la colección de París… Te lo tienes que probar. A mí no me quedaría ni la mitad de bien; las que tenemos la piel morena debemos prescindir de los colores demasiado apagados.

Me tiende un vestido azul marino con encajes en el escote y en el borde, que llega hasta medio muslo. No merece la pena intentar describirlo. Es lo que tienen la ropa cara, que es tan bonita que es imposible transmitir hasta dónde utilizando palabras.

—Pruébatelo. —No sé si tomármelo como una petición o una obligación, por lo que agradezco que tenga la amabilidad de concretarlo—. Es una orden.

—Lana, no me voy a gastar el sueldo en un vestido que no me voy a poner. No tiene sentido que me lo pruebe.

Da igual lo que diga, porque acabo metida en el probador intercambiando una

mirada de resignación con el espejo.

—Si continúas siguiendo los mandatos de una obsesa de la moda, acabarás convirtiéndote en *Barbie fashionista* —le espeto a mi reflejo en voz baja. Abro el pestillo de la puerta—. Lana… ¿Puedes entrar y abrocharme la cremallera?

—Está vistiéndose ella también —contesta Leon, al otro lado. Su voz me pone el vello de punta—. ¿Te ayudo?

Suspiro de manera imperceptible y asiento como si pudiera verme. Abro la puerta y me aseguro de que la coleta no le molesta para terminar de cerrarme el vestido. Intento por todos los medios no mirarlo por el camino, pero al final la tentación me vence y me encuentro con sus ojos en el espejo. De hecho, me encuentro con que sus ojos trepan desde mis tobillos a mi cuello, haciendo un recorrido por el vestido… y lo que no es el vestido.

¿Dónde están mis ganas de acusarle de depravado? ¿Dónde?

—Creo que entiendo por qué no te vistes así a menudo —comenta en tono íntimo, colocando una mano caliente en mi espalda. Se me olvida el motivo de su roce, y solo lo recuerdo cuando empieza a deslizar la cremallera hacia arriba, acariciándome con las yemas por el camino—. Debe ser desagradable que no te quiten la mirada de encima.

—No me visto así porque los pantalones de algodón son más cómodos para trabajar.

—Por supuesto. —Sonríe y agacha la barbilla, como si no quisiera que lo sorprendiera. Disminuye la celeridad del recorrido—. Lola Bunny de la cabeza a los pies.

—¿A qué te refieres?

—Cuando te conocí ibas vestida igual. Un top color carne y unos pantalones de algodón a la altura del ombligo. Y la coleta, por supuesto —añade, alzando las cejas—. Te prometo que pensé que era un disfraz.

Ahora que lo dice tiene mucho sentido, pero no pienso en eso. Pienso en su mano en mi cadera, en sus dedos terminando de subir la cremallera y en su aliento con antecedentes del Vesuvio quemándome en la nuca. Presiento que me voy a convertir en Pompeya de un momento a otro, y no logro recordar un solo momento en mi vida en el que no haya hecho nada para remediar un estallido similar.

¿Cuánto mide esa puñetera cremallera?

—Te queda muy bien —halaga, bajando la voz un poco. Inclina la nariz sobre mi clavícula descubierta, atreviéndose a dejar un beso justo en la línea de mi hombro. Me estremezco perceptiblemente, sintiendo un núcleo de fuego en la zona—. Pareces más inalcanzable todavía.

—¿Eso es lo que te atrae de mí?

Giro la cabeza hacia él, casi pegando los labios a los suyos. Lo miro de reojo y me encuentro con sus enredadas pestañas rubias, que aletean un momento antes de que deje de prestarles atención. La sonrisa secreta que esboza hace que me muerda la lengua.

—Me gusta saber que pareces una cosa pero hay mucho más —susurra, apartándome el pelo del hombro. Su mano no se retira al instante, sino que abarca mi brazo y va bajando hasta acariciarme la muñeca con el pulgar—. Siempre me ha parecido irresistible la complejidad.

Cierro los ojos y echo el cuello hacia atrás, no muy segura de que esté bien que me apoye en su pecho. Él toma la palabra que no he dicho y pega el pómulo en mi sien, rodeándome la cintura con el brazo y acercándome a su cuerpo. Siento la suavidad de su corbata de satén al ladear la cabeza y rozarla con la mejilla, buscando tocar sus labios. Leon acaricia mi cuerpo con las manos abiertas, trazando la forma de mi cintura y mis caderas hasta tocar mis muslos con las yemas de los dedos.

—Esto no tiene ningún sentido —murmuro en francés, respirando con dificultad. Su tacto atraviesa la fina tela del vestido para quemarme la piel, y al desplazarse por toda mi figura, implanta la dictadura del fuego. No estoy a salvo en ninguna parte.

Por Dios, si solo me ha tocado. Solo me ha tocado…

Pero sabe dónde tocar y cómo.

—Si sigues buscándoselo no lo encontrarás —contesta en el mismo idioma, sorprendiéndome.

Su voz inflamada de pasión se me mete bajo la piel, logrando un estremecimiento placentero en cada uno de mis puntos sensibles. Tomo sus manos en un arrebato y las planto en mi vientre, donde lo animo a subir hasta mis pechos. Es una bienvenida definitiva que él corresponde terminando de pegarse a mi espalda. Aplasta su prominente erección contra mi trasero, arrancándome un desvalido gemido.

«Adrienne, es el inversor. Es el inversor… Tienes que ser profesional», me ordeno. Los labios masculinos cerrándose en mi cuello me distraen. «Céntrate. No puedes hacer esto, no puedes…»

Lo que no puedo es ponerme rígida. Mi cuerpo se ha convertido en una masa gelatinosa asentada en unos tobillos flojos que no tardarán en ceder. Y no sé si quiero caerme de rodillas para tener la excusa perfecta para huir, o seguir aquí, respirando su perfume masculino mezclando con el *aftershave* y la menta cálida de su aliento.

—¿Adrienne? —Lana toca a la puerta con fuerza—. Adrienne, ¿estás ya? Llevas ahí

un buen rato… Ya me lo he probado todo y quiero verte el vestido.

Leon hace caso omiso de ella, y yo más de lo mismo. Sus brazos aprisionan mi cintura mientras su boca busca nuevos rincones para dejar su marca. Siento su lengua al plantarme un beso húmedo en el lateral del cuello, en el punto donde se unen la mandíbula y la oreja… Suelto un jadeo nervioso y alargo el brazo para agarrarle del pelo de la nuca. Me pongo de puntillas y roto las caderas, buscando el contacto de su miembro.

—Tienes que separarte —habla contra mi piel, con voz de cavernícola—. No voy a despedazar un vestido de cinco mil… —Deja de hablar cuando rozo el trasero contra su rigidez. Lo puedo sentir apretando la mandíbula—. Maldita sea, *liebe*.

Con el corazón latiéndome desenfrenado, me separo de Leon y pego el cuerpo a la pared. Nos miramos con los ojos entornados, sorprendidos por lo que hay en la mirada del otro. Me puedo hacer a la idea de que nunca me ha visto de esa manera, y yo puedo asegurar que nunca he visto a nadie tan atropellado por el deseo como él. Y eso no hace más que alimentar mis ganas de fundirme con su cuerpo.

—Tenemos que irnos —propongo, con los ojos puestos en la franja de espacio que nos separa. Luego vuelvo a mirarlo, siendo físicamente consciente de cuánto me afecta ese absurdo vacío entre los dos.

Leon no dice nada. Abre la puerta, se asegura de que no hay nadie mirando y sale para que me pueda cambiar tranquilamente. Lo hago en tiempo récord teniendo en cuenta que me tiemblan las manos y mis piernas son incapaces de mantener el equilibrio.

«No ha sido para tanto», me repito, una y otra vez.

Cuando salgo, me encuentro a Leon, a Lana y a Axel hablando tranquilamente en la entrada. Mi amiga lleva con orgullo un par de bolsas, mientras que el agradable señor Volney se ha colgado tres, seguramente para ayudarla.

La estampa sería maravillosa si Lana no me recibiera con una de sus sonrisas de «lo sé todo». Una sonrisa que mantiene durante el viaje de vuelta al hotel, incluso cuando voltea la cara para mirar por la ventanilla. Incluso cuando conversa con Axel. Incluso cuando se mira las uñas con supuesta indiferencia.

Volney se baja unos minutos antes de llegar al hotel, y haciendo honor a una naturaleza descarada que suponía que tendría, abre la puerta de la parte trasera solo para mendigarle un beso en la mejilla a Lana. Un beso que pasa de ser tierno y adorable a uno robado contra voluntad, porque gira la cabeza a tiempo para estamparle los morros en la boca. Ella se queja dándole manotazos, y él se larga riendo entre dientes.

Al volver a recepción tenemos que soportar las escandalosas protestas de Lana sobre

lo descarado que es Axel Volney. Yo la escucho con la mirada perdida y barriendo la zona con los ojos, esperando encontrar algo lo bastante interesante para dejar de sentir la tentación de girarme y mirar a Leon. Y lo encuentro en los ojos de Johann Weber, que sentado en uno de los sillones en compañía de una mujer, nos mira a mí y a Leon. A Leon y a mí. Pasando por alto completamente la presencia de Lana e insistiendo en la nula distancia que nos separa. Su sonrisa autosuficiente no se hace de rogar, como tampoco su saludo. Aprovecha que Leon intercambia un par de palabras con Viveka para acercarse a nosotras, y como Lana está a lo suyo, termina refiriéndose solo a mí.

—Ya decía yo que era raro que siguieras aquí después de lo que ocurrió —comenta, sonriente. Pasa por mi lado como una exhalación para salir del hotel, por eso no puedo replicar a su añadido—. Supongo que follarse al jefe para conseguir un trabajo es la última moda en París.

CAPÍTULO 4

—Me duele que no me cuentes las cosas, Adrienne —berrea Lana, como lleva haciendo alrededor de día y medio—. Sé que eres muy reservada con tus cosas, y más con tus relaciones personales, pero no es justo que yo te diga hasta lo que he cenado y tú te guardes que estás acostándote con Leon Dresner. Entendería tu silencio si fuera feo —continúa meditando, mientras se cepilla el pelo con altas probabilidades de quedarse calva—. Todas hemos querido ocultar alguna vez un ligue espantoso… La cosa es que Leon es Prince Charming.

—Sí, hasta que deje de serlo —se me escapa. Aprovecho el desliz para apartar la cara y concentrarme en las tiras de mis tacones de diez centímetros—. Lana, no me des la tabarra hoy. Por favor te lo pido. Ha sido un día demasiado largo y tengo que reunir todas las fuerzas que me quedan para sonreír toda la noche.

Al ser el último día, hemos pasado la mañana en las instalaciones haciendo progresos en nuestro proyecto inicial, es decir, la prueba en la que fracasé por cortesía de terceros. Ha sido un rato muy agradable, sobre todo porque me han alejado lo suficiente de Weber para evitar un segundo atentado contra mi vida. Claro que eso no significa que no haya estado atosigándome de mil maneras distintas, como por ejemplo lanzándome miradas de aviso. No sé qué es lo que pretende, pero estoy segura de que algo se trae entre manos.

Pero Weber es historia por ahora, aunque tendré que cruzármelo irremediablemente en mi camino a la cena de despedida. El doctor Neumann ha hecho honor a su reputación de excelente anfitrión invitándonos al mejor restaurante de Múnich, cuyo nombre lógicamente no recuerdo porque sigo sin tener ni pajolera idea de alemán. Para dicha velada estaba intentando prepararme hasta que Lana ha aceptado que con miradas de reojo no va a conseguir nada, y ha decidido soltar de una buena vez lo que le reconcome.

Lo cierto es que dentro de las limitaciones de la prueba semanal y los misóginos con problemas para relacionarse, he pasado un buen tiempo y he conocido a gente interesante: por ejemplo Axel Volney, quien se ha acabado presentando como el entrenador personal y mejor amigo de Leon. No puedo decir que lo vaya a echar de menos —a él o a cualquier otro—, pero por lo menos me marcho con un buen sabor de boca. Mañana cogemos el avión para volver a nuestros respectivos países, donde pasará alrededor de medio mes hasta que anuncien si hemos salido elegidos o no. Realmente es una estupidez irse por dos semanas para luego volver —en caso de que te hayan escogido—, pero tengo demasiadas cosas de las que encargarme. Independientemente de si soy la futura pupila del doctor Neumann o no, voy a continuar vinculada al laboratorio donde llevo trabajando desde las prácticas universitarias. Y me tengo que

cambiar de piso, porque vivir con un hombre que aunque no te atosiga sexualmente nunca pierde la esperanza de que te fijes en él es un poco incómodo.

—Muy bien, Adrienne Saetre. Has ganado esta batalla —anuncia Lana, después de un largo silencio—. Pero que sepas que la guerra sigue en pie, y no voy a parar hasta que me lo cuentes todo. A diferencia de ti, yo no he superado mi etapa pre-adolescente obsesionada con los amoríos de mis *celebrities* preferidas.

—¿Soy tu *celebrity* preferida?

—Te admiro, te quiero y compraría tu primer disco si cambiaras el laboratorio por el mundillo musical… Así que se podría decir que sí.

Sonrío y compenso mi silencio abrochándole la cremallera del vestido. Cuando ya está vestida, calzada, peinada, perfumada, hidratada, maquillada y ha metido un arsenal de elementos absolutamente prescindibles en el bolso —los mortales como yo nos conformamos con cumplir los tres primeros y con llevar el monedero; ella, en cambio, podría esconder un machete—, nos subimos al taxi que nos esperaba y llegamos al restaurante.

—Una pregunta —dice antes de cruzar el umbral.

—Dime.

—¿A qué hora puedo volver a intentar sonsacarte lo de Prince Charming?

Le echo un vistazo a mi reloj imaginario, que no es imaginario por una vez porque Lana me ha obligado a ponerme complementos. Son las cinco y media de la tarde, ya ha oscurecido y sería imposible que una francesa tuviera hambre a estas horas. Eso solo me recuerda lo mal que lo pasaría en Múnich si tuviera que mudarme.

—Prueba sobre las ocho —propongo—. No hace falta que sean exactas, así que no vayas a ponerte una alarma.

Lana asiente solemnemente y programa su cronómetro como si no la estuviese viendo. Después entramos, saludamos a los presentes y nos acomodamos en nuestros respectivos asientos. Todo va maravillosamente hasta que Leon Dresner en todo su esplendor hace una magnánima aparición con el móvil en la mano, la cartera de piel en otra y las gafas de sol colgando de la camisa medio abierta. Lana no tarda en sonreírle desde su posición, mientras que yo hago todo lo posible por contar las florecitas que decoran el borde de mi plato vacío. Doce azules, tres verdes enzarzadas, diez rojas con toques anaranjados…

No sé si es un secreto que nos conocemos, pero como me conozco muy bien, soy consciente de que me va a sentar mal tanto que me salude como que no lo haga. Si lo hace tan amablemente que revelará nuestra relación —que es ninguna—, me molestará

porque reivindicará de alguna forma lo que Weber piensa de mí. Si no lo hace, me daré cuenta de que no es Prince Charming sino el típico jugador de fútbol americano adolescente que tiene a su fea pero estudiosa follamiga en secreto. Aunque no soy su follamiga, lo que ya es algo a mi favor.

Por eso agradezco que me suene el móvil y tenga que levantarme de la mesa. Tristemente para mí no es ninguna amiga —cosa lógica, teniendo en cuenta que ninguna pagaría un riñón por una llamada internacional—, sino la operadora ofreciéndome una tarifa superior. Como no me apetece volver pronto a la mesa, me quedo escuchándola hasta que termina su perorata.

—No me interesa, gracias.

Cuando vuelvo a la mesa me encuentro con que Leon se ha sentado en mi sitio para saludar a Lana, lo que además de una falta de educación podría dar a entender que tenemos alguna clase de confianza. Esa es mi primera conclusión: cuando Neumann se levanta de su asiento para pedirme que me ponga a su lado, cambio de opinión.

—En realidad le he pedido que se siente allí porque me gustaría charlar un poco contigo —explica él, con una sonrisa amable—. Puedo tutearte, ¿no?

Sinceramente, el tuteo es lo único que podría salvarme de verlo como un gran monstruo de pelo blanco. Lana está decidida a borrar de mi cabeza su nombre para intercambiarlo por el de «El Yeti», haciendo referencia a su complexión de armario empotrado y espeso vello canoso. Le queda que ni pintado, y como a una se le quedan mejor las cosas cuando le divierten, me cuesta bastante contestar utilizando su apellido. Lo que convierte mi vida en una comedia al estilo Bridget Jones, cuando cambiaba el apellido Fitzherbert por «Tits Pervert».

—Puede tutearme, doctor.

—Me alegro… —Sonríe él, de nuevo amigable. No tan amigable como para preocuparse, afortunadamente—. Creo que eres la única a la que nunca le he preguntado cómo llegó aquí, o por qué se puso en manos de la ciencia. Un gran error por mi parte, cuando me puede la curiosidad y eres una de las mentes más brillantes.

—Gracias. La verdad es que mi propio nacimiento fue condicionado por la ciencia —empiezo, pensando en cómo puedo reducir la historia de mi vida en tres frases. Dudo que el doctor Neumann esté interesado de verdad en ella—. Mi madre se auto-inseminó a los veinte, así que se puede decir que fui una de las primeras «niñas probeta». No puedo asegurar al cien por cien que mi pasión por los laboratorios venga de ahí, pero sí es cierto que me empecé a interesar en la medicina y la bioquímica a raíz del descubrimiento.

—¿Y cómo llegó hasta aquí? Es decir… ¿Cómo se enteró de nuestra fundación?

¿Está de broma?

—Su fama mundial le precede, doctor —contesto, intentando que no parezca que le hago la pelota—. Siempre he seguido sus estudios muy de cerca. Aunque si lo que pregunta es cómo llegué a mandar mi currículum, no lo hice yo. Los compañeros de mi laboratorio lo hicieron a mis espaldas.

—¿Por qué?

—Porque sabían que yo no lo hará. No porque no me interesara la iniciativa o no confiase en mis posibilidades —me apresuro a explicar—. Creo que con constancia se puede alcanzar todo. Es solo que pensé que era algo demasiado grande. De todos modos he venido para probar.

—Entiendo… —asiente, pensativo. Se gira en mi dirección, apoyando el codo sobre la mesa—. Entonces, ¿no tiene ninguna correspondencia su estancia aquí con la relación que mantiene con el señor Dresner?

Parpadeo una sola vez, muy lentamente. Ya he mencionado que no soy la persona más expresiva del mundo entero, pero estoy segura de que se puede apreciar un cambio físico en mí.

—Por favor, no me malinterpretes. No te estoy juzgando —continúa Neumann, hablando en tono confidencial—. No estoy en absoluto interesado en las relaciones sentimentales de mis trabajadores, pseudo-empleados o posibles investigadores, pero teniendo en cuenta la competencia que hay y la casi nula diferencia entre las habilidades de unos y otros, me convendría saber si alguien está aquí por…

—Por enchufe —termino, secamente.

Neumann me mira con una especie de mueca lastimera que raya en la vergüenza ajena.

—Piénsalo, Adrienne. Si estuvieses en mi lugar y tuvieras que escoger entre los seis mejores médicos y bioquímicos para darles la oportunidad de su vida, ¿no querrías saber quién ha llegado por sus propios medios y quién por otros motivos? No estoy diciendo que no seas buena en tu trabajo, porque lo eres —clarifica—. Pero como he dicho, aquí no hay demasiada diferencia entre los aspirantes.

»Este va a ser el estudio de mi vida. Mi última investigación, porque como ya sabrá, tengo una edad y no voy a estar eternamente en un laboratorio. Me jubilaré en unos años, y durante los que me quedan espero contar con el mejor equipo. He de escogerlos cuidadosamente. Gente que no me decepcione y esté centrada.

—Y en el caso de que hubiera mantenido una relación con el señor Dresner —interrumpo, entrelazando las manos en el regazo—. ¿En qué influye tal cosa en mi

trabajo?

—En nada, suponiendo que fueras importante para él y pretendierais llegar lejos con vuestro romance —concede, cabeceando—. Pero eso significaría que estás aquí bajo su tutela, que eres intocable y que si hicieras algo mal y te lo señalara de una manera que él no considerase aceptable, probablemente me retiraría su apoyo. El favoritismo es muy peligroso en jefes, Adrienne, pero lo es más cuando los tiene el que aporta el dinero.

—Eso suponiendo que fuera importante para él —repito, parafraseándole—. Pero lo que usted cree es que soy su… aventura, y no duraré demasiado, ¿no es así? O peor aún: una pesetera que se ha pegado al hombre indicado para conseguir una oferta laboral.

—Te he ofendido… Lo lamento. No pretendía meterme en las peculiaridades de vuestra relación —contesta, esquivando la pregunta. No importa: ya me ha quedado claro cuál es la respuesta—. Pero en caso de que rompierais o hubiera pleito también me estaría arriesgando a perder mi oportunidad. He trabajado para muchos hombres volubles que se encapricharon de alguna de mis compañeras, y estoy seguro de que no quieres saber cómo concluyó. Todos acabamos en la calle cuando se dan esos incidentes, porque los inversores suelen ser egoístas.

—¿En qué se estaría arriesgando exactamente en caso de que una pareja se rompiera? Porque no estoy aquí para defender a nadie, doctor Neumann, pero creo que nos está acusando a ambos de infantiles sugiriendo que estropearíamos su trabajo con una pataleta.

—Yo no acuso a nadie de nada, Adrienne. Abro un abanico de posibilidades y sopeso la probabilidad de que sucedan. Y cuando está a la vista que en la naturaleza del ser humano está comportarse de manera egoísta, la decisión es obvia.

Asiento en silencio.

—Es admirable cuánto protege su obra —comento, con una sonrisa tensa—. Me alegro de que lo que tanto defiende sea un proyecto que beneficiará a la humanidad, porque si dijera todo esto en nombre del dinero cambiaría un poco mi concepción sobre usted. Y ahora dígame —continúo, antes de que pueda replicar—. ¿Qué quiere decirme con todo esto, doctor Neumann? Porque tendrá que llegar al fondo de la cuestión en algún momento.

—Así es —asiente, aclarándose la garganta. Debe estar muy acostumbrado a hacer esto, porque no le tiembla el pulso al continuar—. Lo que quiero decirle es que lo siento mucho, señorita Saetre, pero no contaré con usted en el estudio. Ha sido un placer conocerla y trabajar con usted.

Me lo imaginaba desde que ha empezado la conversación, pero eso no significa que

duela menos oírlo directamente de sus labios. Por un momento me quedo estática, pegada a la silla y con los miembros pesados colgando del cuerpo como una muñeca rota. Mi cabeza, en cambio, trabaja a toda velocidad. Podría gritarle cosas aberrantes, podría decirle la verdad —*señor Neumann, se está equivocando conmigo; de hecho, me acusa de todo cuanto he intentado evitar*— y podría armar un escándalo en nombre de mi inocencia. Pero como apostaría cualquier cosa a que mi inocencia no tiene ninguna cabida aquí, ni siquiera aunque me diera su apoyo Einstein resucitado, decido optar por la solución difícil. Mantener la calma y esbozar una sonrisa de falso agradecimiento.

Por supuesto, no se me pasa por la cabeza quedarme ahí. Me levanto cuidadosamente, procurando no arrastrar las patas por el suelo y evitando distraer al resto de los aspirantes de su gloriosa cena de los idiotas, porque el título de la película nunca ha cobrado mayor sentido.

—No tiene por qué marcharse. —Casi me echo a reír al escucharle tratándome de usted. Le engañaron cuando estudió psicología si piensa que por haberme llamado por mi nombre habría suavizado el golpe—. Quédese y pase una buena noche.

«No se puede pasar una buena noche rodeada de gente que te está juzgando», estoy a punto de contestar. Al final me callo, como llevo haciendo desde que vine al mundo. Me limito a intentar sonreír otra vez con tranquilidad y a irme por donde he venido, sin despedirme de los demás y en parte agradecida porque Lana no se ha dado cuenta de mi huida.

Tengo cierto margen hasta las diez.

Llamar a un taxi cuando no tienes ni idea de alemán debería ser sencillo con todo esto de la globalización, el bilingüismo y otras pamplinas, pero supongo que no todo el mundo podía tener una ligera idea de inglés, y ya ni vamos a hablar de francés. O a lo mejor estoy tan nerviosa que no presto atención al taxista, lo que mezclado con su acento cerrado no da lugar a una buena combinación.

—¿A dónde vas, Lola Bunny?

Y eso, definitivamente, tampoco ayuda en nada.

—Con suerte muy lejos de aquí.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Suelto una risita nerviosa, aún sin girarme y con ninguna intención de hacerlo. Esto se ha acabado; ya no tengo que ser amable con el inversor, y entra en juego que no estoy de humor para serlo, en general.

—No creo que seas la persona más apropiada para consolarme en este momento, así que te agradecería que volvieras ahí dentro —mascullo, sintiendo su presencia a mi espalda. Como no hace ningún caso, me doy la vuelta para mirarlo, y dudo de lo que voy a decir un nanosegundo. Lo que tardo en recordar que es solo un hombre. Un hombre con el ceño fruncido de preocupación y guapo para prohibirlo, pero un hombre, solo un maldito hombre—. Leon, por favor. Déjame en paz.

—Si me lo pides una sola vez más te haré caso —accede, mirándome con esos chispeantes ojos verdes que siempre van por libre. Parece un milagro que su cuerpo y su mirada siempre estén de acuerdo, con lo difícil que es unir dos almas—. Pero voy a volver insistir. La última vez. Adrienne. —Da un paso al frente y toma mi rostro entre sus manos, y creo que ya he mencionado lo que hacen las manos grandes con mi pobre objetividad—. ¿Qué te han estado haciendo durante toda esta semana?

Vuelvo a reírme, pero no tan nerviosa como hastiada por el repaso de acontecimientos, a cada cual más desolador. Un suspiro escapa de mis labios cuando aparto la calidez de sus dedos, dando un paso atrás para poner distancia.

—No sería un problema si solo me lo hubieran hecho durante esta semana —contesto, con los labios torcidos en una mueca que intenta ser una sonrisa—. La cuestión es que llevo soportando los chistes, los insultos, la desaprobación y los desprecios por mi supuesta inferioridad toda la vida.

—¿Inferioridad?

Doy otro paso atrás. Busco entre el tráfico otro taxi, sin ningún resultado. Joder, seguro que Leon también ha sobornado al puñetero sistema de transportes alemán para obligarme a dar una explicación.

—No tienes ni idea de lo que pasa, ¿no? Las mujeres vivimos en desventaja, Leon. En cualquier trabajo… En cualquier ámbito realmente. Y dentro de esa opresión yo me llevo la peor parte. Porque por si no lo sabías, la ciencia es solo para hombres —ironizo —. Marie Curie, Ada Lovelace, Hipatia… ¿Esas qué importan? Cuando se habla de descubrimientos médicos, físicos, químicos o matemáticos ya están Newton, Einstein, Copérnico y Fleming, entre muchos otros, para coger las riendas. Y eso se refleja en lo que ahora está pasando conmigo. Intento… —Me miro las manos, en busca de la cura para la impotencia—. Intento formar parte de algo importante y se me aparta. Y si estoy dentro, se me señala y se desconfía de mis capacidades por… ¿Por qué? ¿Porque tengo los ojos azules? He llegado a pensar que me han traído aquí solo para alimentar sus egos —murmuro, con los ojos clavados en la acera—. Para tener a alguien a quien señalar y por encima del cual ponerse.

—¿Qué te han dicho? —Su tono suena amenazante, pero no presto atención. ¿Qué ha pasado exactamente? Adrienne, puedes contármelo. Si alguien puede arreglar esto,

soy yo.

—Y si alguien puede terminar de hundirme también eres tú —respondo de inmediato, mirándolo por encima del hombro—. Estoy fuera, Leon. Estoy fuera porque Neumann está convencido de que te ha bastado acostarte conmigo para quererme dentro del equipo, y teme las consecuencias de que te deje. Y tú lo único que estás haciendo con tus simpatías en este momento es darle más motivos para pensar que no está equivocado. Claro que eso ya no importa. Ya no me importa —exhalo, simulando algo parecido a una risa cansada—. Ahora podría hacer lo que quisiera contigo sin tener remordimientos porque eres el jefe de mi jefe.

—¿Y se puede saber de dónde se han sacado eso? —pregunta, con una rabia fría que solo se manifiesta en el brillo acerado de sus ojos.

—¿Qué más da? Ya no se puede cambiar, y no me interesa que intercedas por mí. Eso solo reafirmaría lo que han dado por hecho. Mañana cogeré el avión, volveré a casa y mi vida será como antes. Mejor así. —Echo a andar hacia el taxi que se ha parado para mí—. No necesito rodearme de gente como esta, por muy inteligente que sea, para sentirme realizada o…

Leon me coge de la mano y me retiene en el sitio.

—No me gustan las injusticias, Adrienne. Ni mucho menos en una empresa que financio con un buen fin, además de para darle trabajo a la gente y favorecer la diversidad: por eso he traído a científicos de todo el mundo…

—Basta —interrumpo—. No quiero que intentes consolarme o que me prometas que harás un milagro. Yo no vine aquí para mendigarle un puesto a nadie, y no quiero tu caridad. Si por mis propios medios no he logrado calarle al jefe, bien. Ya se me valorará en otra parte. No tengo nada más que decir —zanjo, aunque no me muevo. Su expresión se suaviza cuando comprende que no voy a pelear con él para que me suelte —. Solo dejar claro que sé que no tienes la culpa de nada.

—Tengo la culpa de haberte perseguido delante de unos cuantos retrógrados, Lola Bunny —contesta, acercándose a mí y cogiéndome de la barbilla. Sus ojos me capturan al momento—. Pero no voy a pedirte perdón porque pienso arreglarlo. Hasta ahora he sido un buen inversor, un tipo benevolente y que accede a los caprichos de todos… Créeme cuando te digo que llevo un rato preguntándome cómo será ejercer la ley del hielo con todos los que te han tratado mal.

—Mira… —Aparto su mano bruscamente—. No soy ninguna niñita a la que tengas que proteger de los matones del recreo. Estoy fuera —repito—, pero no estoy siendo maltratada ni necesito la protección del príncipe encantador.

—Y no voy a ser el príncipe encantador ni voy a ponerlos en su lugar porque seas

una niñita; sé perfectamente lo poco niña que eres —añade en voz baja—. Simplemente voy a probar una nueva faceta: la del dictador. ¿No crees que me pega, con todo eso de ser alemán…?

—¿No se supone que a los alemanes no os gusta hacer chistes con eso?

—Me lo puedo permitir, tengo ascendencia judía y el humor muy negro. ¿Qué me dices?

Retrocedo negando con la cabeza.

—Ni se te ocurra hacerlo, Leon —amenazo, quitándole la cara y abriendo la puerta del taxi—. No te sirvas de tu poder para traerme de vuelta, porque si llego a enterarme te juro que no lo haré. No lo haré, ¿me oyes? Me quedaré en Francia.

Leon aprovecha que me quedo estática recalcando mi decisión para inclinarse sobre mí. Sus labios rozan los míos un segundo. Ese exacto segundo en el que los tobillos se me aflojan y el corazón me empuja presionándose contra el esternón para que invisibilice el espacio entre los dos.

—Eso ya lo veremos.

CAPÍTULO 5

—¿Qué tal va la búsqueda? —me pregunta Donatien, sentándose a mi lado en el sofá. A medio metro de distancia, suficiente para no incomodarme. El espacio perfecto.

Adoro que haya cosas que nunca cambian.

—He encontrado un piso muy coqueto en el Barrio Latino —contesto, sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador—. Es bastante más caro que vivir aquí, pero supongo que se debe a que no compartiré gastos con nadie y es una zona concurrida. De todos modos creo que voy a llamar.

No me hace falta mirar a Donatien para saber que está intentando meterse en mi cabeza. Y no lo entiendo, porque los dos sabemos perfectamente por qué me mudo. Ha sido mi compañero de piso desde que llegué a París, es decir: durante cuatro años y medio. Yo llevaba ya unos meses trabajando como fija y podía permitirme dejar el hotel, así que encontré entre muchas ofertas el amplio apartamento de un estudiante de ingeniería. Pensé que no estaría nada mal vivir con alguien que, aunque no trabajaba en mi campo, al menos estaba metido de lleno en el mundo de las ciencias. Y así fue: Donatien resultó ser un chico encantador, perfecto para mí. Educado y amable, pero reservado, simpático y generoso, pero no pesado, preocupado y directo, pero no metomentodo.

El problema vino cuando se me declaró. No me pilló por sorpresa: que tenga una mente racional no significa que no perciba lo que ocurre a mi alrededor a nivel sentimental, y Donatien se dejaba en evidencia muchas veces. Lo que pasa es que nunca pensé que se atrevería a decírmelo, y aunque a mí no me incomoda ni me molestan sus sentimientos —hay que ser un poco ruin para darle la espalda a alguien solo por no quererle de vuelta—, creo que le será de ayuda que me vaya para superarlos. Y de paso lo superarán también mis amigas, que cada vez que se pasan por mi casa o simplemente se les presenta la ocasión, aprovechan para hacer una bromita de mal gusto sobre lo mucho que me ama, la buena retaguardia que le hace el chándal y… En fin, un conjuntos de comentarios desagradables e incómodos sobre zonas varoniles y apuestas sobre su duración que no merece la pena repetir.

—Sabes que no te tienes que ir, ¿verdad? —me pregunta, con una sonrisa. Por suerte ya hemos superado el periodo de tensión, lo que significa que podemos mantener una conversación sin cortarnos—. A pesar de todo me gusta tenerte por aquí. Eres organizada, limpia y no haces ruido. Eres extremadamente valiosa como compañera.

—Eso no lo dudo. Cuesta encontrar a alguien con quien sea fácil la convivencia y ambos tuvimos suerte —cabeceo, cerrando la tapa del portátil—. Pero creo que ya va siendo hora de que pruebe a vivir sola. Estoy más cerca de los treinta que de los veinte y tengo un trabajo estable. A lo mejor no llego a formar mi propia familia, pero un poco

de independencia no me vendría mal. No puedo pasarme el resto de mi vida fregando los platos solo los martes y jueves y evitando de lleno la colada… Tendré que afrontar la realidad alguna vez.

Donatien se echa a reír y yo acabo haciendo lo mismo. A menudo me he preguntado por qué no me gusta. Aunque sea bastante más joven que yo y escuche demasiado a PHil Collins —y como decía Brendan en *Sing Street*, una mujer nunca se enamora de un hombre que escucha a PHil Collins— es bastante guapo, tiene una visión del mundo muy parecida a la mía y sé a ciencia cierta que nunca violaría mi intimidad. Luego recuerdo que no es culpa de Donatien, sino mía. No creo que una persona pueda forzar sus sentimientos o se enamore en base a una serie de criterios, y ni mucho menos creo que sea posible que lo haga cuando ha vivido en una crisis emocional durante años.

Sí, estoy hablando de mí. De vez en cuando lo hago.

—De acuerdo, pero creo que deberías esperar a que te llamaran de Múnich —dice sabiamente, levantándose—. Si al final te vas la semana que viene sería una estupidez que pagaras el alquiler del mes en el Barrio Latino. Quédate estos días que quedan y luego decidirás. —Cuando se aleja por el pasillo, me llega su voz como un eco—. ¿Café?

—Por favor —suspiro, volviendo a abrir la tapa del ordenador y revisando los correos—. Aunque sinceramente no creo que me llamen, Donatien. La cagué bastante.

—¿Cómo que la cagaste bastante? —espeta una voz conocida. Levanto la mirada y por poco me echo a llorar cuando veo a mis amigas entrando en tropel, en concreto a Nina Douves—. ¿Se puede saber cómo la puede cagar Adrienne Saetre, la mujer más calculadora y perfeccionista sobre la faz de la Tierra, la Tierra Media, los Siete Reinos y la Guerra de las Galaxias?

—No creo que la Guerra de las Galaxias sea un sitio —medita Jacqueline, con una sonrisa espléndida—. Quizá Naboo…

—Un buen nabo es lo que necesitas tú —suelta Nina, tirándose a mi lado en el sofá —. ¿Qué ha pasado? ¿Se lo cuentas a tu compañero de piso enamorado en vez de a nosotras?

Lo de echarme a llorar viene porque he estado intentando huir de sus preguntas desde que llegué a París hace cosa de diez días. Tuve que quedar con ellas porque formo parte del comité organizativo de la boda de Jacqueline, y por lo visto necesitaban mi opinión sobre los cócteles que se servirán en el acontecimiento, pero desde entonces las he estado esquivando en la medida de lo posible. Y no es que no me guste compartir mis penurias con los demás —que tampoco, aunque sea necesario de vez en cuando—; es solo que no soy un animal de hablar de lo que me disgusta con un gran grupo. Se lo conté a Lulú, mi indiscutible mejor amiga, y teniendo en cuenta que ejerció como psicóloga de manera sobrada, no creí que tendría que rendirle cuentas a nadie más.

Ahora veo que me equivocaba.

—El compañero de piso enamorado está haciendo café —comenta Donatien desde la cocina—. ¿Queréis?

Lo socialmente correcto dadas las circunstancias habría sido que Nina se pusiera colorada o se disculpara por su comentario desacertado, pero como a Nina Douves le importa un pepino y parte de otro herir las sensibilidades de los demás, se limita a contestar que con un poco de leche y dos sobres de sacarina.

Mis amigas no solo son diferentes entre ellas en el sentido de lo personal: también lo son a la hora de pedir el café. Si a mí me gusta solo y amargo, Katia Cavellier lo toma descafeinado y con un sobrecito de sacarina, aunque si no es *Nespresso* preferiría beber arsénico; Jacqueline siempre lo pide frío y con una nube de nata, y si Lulú es capaz de reconocer el olor a café a diez metros de donde se encuentra la taza, es porque le da tanto asco que su sistema reacciona como si fuera una amenaza. En cuanto a Nina, no suele beber nada que no tenga al menos veinte grados de alcohol… Salvo en ocasiones especiales.

—¿Y bien? —inquiere este última, moviendo el café con la cucharita. Si no hubiera tenido todos esos tatuajes, esa piel perfecta y ese pelo al más puro estilo Miley Cyrus en *We Can't Stop*, habría parecido una matrona de Almack's del siglo XIX—. ¿Qué pasó?

—Las dos sabemos que esperas una historia digna de película de domingo, y mucho me temo que eso no va a pasar. Simplemente no lo hice bien.

Miro a Lulú enseguida, a la que me veo venir con el típico comentario de «oh, vamos, Non, no les mientas. Son tus amigas y están preocupadas por ti». En efecto, es lo que iba a decir. Menos mal que me he anticipado y he logrado calmar a esa bestia maternal que lleva dentro. Esa que lleva intentando reconducirme por el camino de la generosidad, la bondad y la sinceridad desde que Nina nos presentó.

—Las películas de domingo son un cáncer —exclama Nina—. La verdad es que esperamos algo mejor que eso.

—No bromees con el cáncer —se mete Lulú, con el ceño fruncido.

—Ya —me meto yo—. Pues yo creo que habéis venido a mi casa por otro motivo.

—En realidad, sí —interviene Katia por primera vez, estirándose y parpadeando con ese aire tan pedante. Si tuviera que asociarla con algún personaje, sería Reese Witherspoon en *Una rubia muy legal*. Con la diferencia de que Katia no es rubia, aunque está en proceso con las mechas que cada vez se sube más—. Tenemos que elegir las flores de la boda de Jacqueline…

—¿De veras? ¿Las flores? ¿Justamente *las flores*? Creo que es un poco estúpido que

ayudemos a Newton con las matemáticas, ¿no?

Si hay alguien que sabe realmente de lo que habla y lo hace no solo sin miedo a equivocarse, sino no haciéndolo jamás, esa es Jacqueline cuando empieza a dar discursos sobre flores. Lleva una de las mejores floristerías de París, situada en medio de Montmartre, y estoy segura de que no existe criatura en este mundo más apasionada por lo que hace.

—No solo las flores —insiste Katia—, es que no me has dejado acabar. Vale que Jacques sepa mucho sobre ese tema, pero no tiene ni idea de sitios donde casarse. Ha accedido a hacerlo por el juzgado cuando siempre ha querido hacerlo en la iglesia, y Claude está insistiendo tanto en celebrarlo en el hotel de su familia que ha tenido que renunciar a su boda en los Campos Elíseos. ¡Es injusto!

—Ya entiendo —asiento, tomando el café que Donatien me tiende—. Así que habéis venido a blasfemar sobre Claude en la intimidad de mi salón.

—¡Efectivamente! —exclama Lulú, chasqueando los dedos—. Estoy tan ofendida que no puedo ni trabajar. Esperábamos que tú hicieras entrar en razón a Jacques. Tú y Katia, que sois las mejores comiéndole la cabeza a la gente.

—Yo no soy especialista comiéndole la cabeza a la gente, solo a los hombres —especifica Katia, estirando una de sus kilométricas piernas y observándose los dedos de los pies con interés—. Podéis mandarme a Claude y haré lo que pueda. Aunque la verdad es que no entiendo de primeras por qué ese interés en complacer a tu novio, Jacques. ¿Es que no escuchaste a la señora Hughes cuando viste *Downton Abbey*? «Las cosas van a hacerse como tú quieras durante los próximos treinta años: la boda es lo único que yo puedo decidir».

—Esa es una visión encantadora sobre el matrimonio —se mete Lulú, con una sonrisa resignada—. Muchas gracias por la aportación, Kat.

—No terminé *Downton Abbey* —explica Jacques—. Cuando murió mi personaje favorito decidí dejarla.

—Entonces ni se te ocurra empezar *Juego de Tronos.*

—A lo que vamos —vuelve a intervenir Katia. Sulfurada no, lo siguiente—. ¿Por qué tienes que hacer siempre lo que él dice?

—¿Por qué lo sacas a colación ahora, cuando ya está prometida? —pregunto, bastante interesada. Al mismo tiempo voy abriendo páginas de ofertas en parques y lugares recreacionales para celebrar bodas—. Lleva acatando sus órdenes como un soldado raso desde que tengo uso de razón. No es nada nuevo.

—Pero no es lo mismo que no fume o no beba a que tenga que celebrarse la boda

como él diga.

—Cierto —cabeceo—. Que le prohíba beber o fumar es bastante peor.

—¡Eso lo hace por mi bien!

—¿No os suena un poco a excusa de maltratador? —se mete Nina—. «Te prohíbo esto porque te quiero». «Hago esto para que estemos bien, cariño», «Si te pego es tu culpa, que me haces mucho daño…»

—Nina, por Dios —bufa Lulú—. Claude no es un maltratador. Es un buen hombre. Tiene sus cosas, como todo el mundo…

—Pero la boda…

Me paso las manos por la cara, empezando a impacientarme. Es bastante difícil sacarme de mis casillas en circunstancias normales, pero las conversaciones estúpidas tienen un efecto negativo en mí. Sobre todo cuando el tema no es algo que me agrade personalmente.

—¿Por qué sobrevaloráis tanto la condenada boda? Solo es una fiesta en la que va a llevar un vestido más elaborado de lo normal. —Enseguida me doy cuenta de lo brusca que he sonado, lo que hace que recule y baje un poco el tono de voz—. Las bodas son una institución, como la Navidad o el Día de San Valentín. Es una fiesta consumista y sin sentido en la que se celebra algo que, en su caso, llevan celebrando desde que tienen dieciséis años. Lo único que cambiará es que pondrá en un papel que se pertenecen el uno al otro y compartirán sus bienes. ¿Qué más da el sitio, o lo que se coma, o las flores, o lo que lleve?

Katia arruga la nariz.

—Eso ha sido frío incluso para ti. Habrá que verte en el día de tu boda.

Estoy a punto de soltar una barbaridad cuando Lulú interviene suavemente.

—Creo que si Jacques está dispuesta a adaptarse no tenemos derecho a reprochárselo. Es su decisión. Quizá algo forzada, eso no lo discuto, pero a final de cuentas es su boda. *Su* boda, no la nuestra.

—Gracias, Lulú —sonríe Jacqueline, visiblemente apenada—. Y no me gusta que habléis así de Claude… Respeto vuestras opiniones, pero estoy muy segura de la decisión que he tomado y creo que jamás he sido tan feliz. No me obliga a no fumar o beber, ni me obliga a nada. Señala que no le gusta y que quiere lo mejor para mí, y yo lo adopto porque tiene razón. Igual que yo tampoco quiero que haga otras cosas.

—¡Paternalismo! —grita Nina, formando una bocina con las manos—. Venga, hombre. Dime una sola cosa que le hayas prohibido tajantemente. Bueno, no. Dime mejor algo que le hayas dicho que te gustaría que *no* hiciera. —Al ver que Jacques abre y

cierra la boca un par de veces, incapaz de comentar nada, chasquea la lengua—. Ahí está. Una relación es estar al mismo nivel, y él tiene más poder sobre ti porque es quien pone las reglas. Tú solo las acatas…

—Creo que deberíais dejar de meteros en eso —dice Lulú—. Bastante nerviosa estará ya con la boda para que encima intentéis poner a su pretendiente por los suelos…

—Bueno, habló de putas «La Tacones» —exclama Nina, mirando a mi mejor amiga —. Una a la que le encanta estar bajo el mando de un capullo de mierda y se adapta a sus cambios de humor por el placer de…

—Mira —corto, antes de que se desmadre todo. Giro el ordenador sobre mis rodillas y señalo la pantalla, donde hay una foto de un hotel con un amplio jardín en la zona trasera—. Aire libre y sitio cerrado, dos en uno. Así ninguno tiene que conformarse con lo del otro si no le gusta. La otra posibilidad es casarse dos veces, pero primero: os haría falta bastante dinero y Katia no te dejaría reutilizar el vestido. Segundo: no estoy dispuesta a gastarme mi sueldo para poder comprarte dos ajuares. Y tercero: llegar a ese punto denotaría que sois incapaces de poneros de acuerdo y eso solo auguraría lo mal que os iría en el futuro.

—Eres la Kim Possible de los sentimientos: lo resuelves todo —comenta Jacques, divertida—. *Llama, grita, si me necesitas*…

—Solo soy una persona razonable. Y si eso es todo, ¿podríais ir yéndoos de mi casa? Tengo que irme a trabajar.

Nina suelta un bufido.

—Eres la peor anfitriona que he visto en mi vida.

—Ahora mismo no soy la anfitriona, sino la persona cuya vivienda acaba de ser perpetrada. Es decir: una víctima de allanamiento. Demasiado bien me lo estoy tomando —puntualizo—. Lo que hace que me pregunte… ¿Cómo habéis entrado? ¿Ha usado Lulú su llave de emergencia?

Sí, claro que la ha usado. Lo que me extraña es que Lulú se haya tomado eso como una emergencia, cuando se la di precisamente a ella porque no vendría para contarme que se le han acabado las reservas de los batidos dietéticos —como Katia— o para hablarme de su último fracaso en una audición —el caso de Nina—; cosas que me pueden contar por teléfono perfectamente mientras utilizo el manos libres y puedo dedicarme a otras cosas. Como por ejemplo, mirar el correo en busca de una buena noticia, justo lo que estoy haciendo.

Las chicas obedecen mi orden y se despiden con besos en la mejilla, en la frente —Nina me estampa uno en la boca— y Lulú me da un abrazo apretado, pero se le nota en la cara que va a poner cualquier excusa para quedarse un rato más. Así pues, no me

sorprende en absoluto que se siente a mi lado en el sofá y apoye su cabecita morena en mi hombro. Es una suerte que el invierno esté acechando, porque tiene la clase de pelo grueso capaz de hacerlas de abrigo de visón.

—Si les contaras cómo te sientes con todo el asunto de la boda, no aparecerían por aquí cada dos por tres para darte la tabarra —empieza suavemente, con ese tonito de niña pedante y sabelotodo que tiene—. Ni tampoco te obligarían a ir a ver vestidos, zapatos o complementos.

—Prefiero no desenterrar nada —contesto con vaguedad. Sigo jugueteando con el ratón, moviéndolo de un lado a otro—. Lo vería en sus ojos cada vez que me miran, y no lo soportaría. Bastante presente lo tengo yo ya.

Asiente en silencio y se aparta para mirarme con una pequeña sonrisa esperanzada. Lulú no es lo que se diría una chica guapa al uso, pero tiene ángel. O quizá es el ángel el que vive dentro de ella. Y no se debe a su tamaño —porque todo lo que te han contado es cierto: las mejores esencias vienen en frascos pequeños—, a sus vestidos estampados o a su bondad de Mary Sue. Jacqueline viste de manera similar y es incluso más generosa, y no es lo mismo. Lulú simplemente es Lulú. Con su espesa melena negra y flequillo pasado de moda, sus desorbitados ojos grises y sus piernas cortas, con sus fútiles intentos de mosquearse, su síndrome de Diógenes, su pasión por su patria… La que siente debilidad por las causas perdidas, encuentra belleza en el sufrimiento y nunca permitiría que las personas de su entorno no fuesen felices.

—¿Te han dicho ya si estás dentro o no?

—No, creo que mandan el mensaje mañana o pasado mañana.

Lulú se me queda mirando en busca de algo que revele mi verdadero estado de ánimo. Siempre ha respetado mi intimidad y no ha querido indagar, pero desde que se ha enamorado de un hombre más cerrado que una lata de atún, no puede evitar poner en práctica sus nuevos métodos con todo el mundo.

—Realmente te decepciona no estar dentro, ¿no?

—Sí —admito, mirando el techo—. No pensé que lo haría. Ya sabes que fui por ir, por probar… Por no hacerle el feo a mi jefa y al resto de los compañeros. Pero al final me ha acabado gustando. No sabes cómo fue, Lulú, en serio. Fue increíble. El sitio no era comparable a nada que hubiera conocido antes, la gente era tan inteligente que sentía que tenía nuevas cosas que aprender… —Mi voz se apaga—. Llevaba tiempo sin tener esa sensación de que me perdía algo grande, y en su momento deseé no volver a repetirla.

Ella me sonríe y me da un beso sonoro en la mejilla.

—Entonces rezaremos juntas. —Se levanta y se peina el flequillo con los dedos antes

de despedirse—. Te dejo para que puedas ir a trabajar. Nos vemos pronto, ¿vale? No me dejes sola con la Jennifer Lopez organizadora de bodas, Piper Chapman y Amélie.

Suelto una carcajada.

—¿Y yo? ¿Qué nombre tengo yo?

—Tú eres solo Non.

—Hay quienes me han llamado Lola Bunny.

—¿Lola Bunny? —Lo piensa un momento y luego se ríe—. Puede ser, aunque te falta adorar el baloncesto, ser un poco más repelente y encontrar a un conejo que se muera por tus huesos. Ese último podría…

—Ni se te ocurra decir Donatien. —Pongo los ojos en blanco cuando la veo esbozar una sonrisa delatora—. Anda, tira. Ya te llamaré.

La sigo con la mirada hasta que desaparece por el corredor con su auténtico andar saltarín y vuelvo a centrarme en mi bandeja de entrada. Repaso los correos: uno del banco, otro de propaganda, un tercero que me sugiere que firme para una campaña contra el gobierno… Mi jefa ha vuelto a escribirme cómo fue el viaje a Múnich. Y luego está el correo de Ernest Neumann.

Abro los ojos como platos y me quedo mirando el nombre como si me hubiera escrito el mismísimo Donald Trump. Y tampoco va tan lejos la comparación, remitiéndome a lo que pasó.

Un correo de Ernest Neumann.

Estimada señorita Saetre:

Le escribo para, primeramente, disculparme por el trato que recibió por mi parte durante nuestra última conversación. Aparte de que no fue el tono adecuado y no procedía en absoluto, desprestigié su trabajo cuando ha sido uno de los mejores. Espero que consiga olvidar mis dos errores durante su estancia en Múnich, y cuando vuelva, lo haga con energías renovadas. Seríamos muy afortunados si la viéramos de nuevo el día veinte de septiembre en nuestras instalaciones.

Reciba un cordial saludo,

Dr. Ernest Neumann, director y coordinador de Laboratorios Neumann.

Lo primero en lo que pienso es en que se puede meter por donde le quepan todas esas disculpas. Luego llego a la conclusión de que no me servirá guardarle rencor tanto si vuelvo como si no, así que aplasto todo ese desprecio y lo condeno a un rincón

olvidado de mi mente.

Lo segundo en lo que pienso tampoco es agradable, porque no me alegro. Si me ha escrito el mismísimo Neumann en persona es porque alguien le ha dado un toque de atención: por sí mismo no se habría rebajado a tal cosa. Y eso significa que el «ya veremos» de cierto individuo acaba de cobrar sentido.

Respiro una, dos y tres veces antes de levantarme y buscar en los cajones de mi escritorio todo el papeleo que tuve que rellenar para poder acudir a la semana de prueba. Busco números de contacto, y en cuanto doy con el primero que vincula directamente con el laboratorio, llamo. No suenan ni un par de pitidos cuando la voz de una mujer me pregunta qué quiero.

Quiero retorcer algún que otro pescuezo alemán, pero lógicamente eso no puedo decírselo. Así que le pido que me pase al señor Caradura, que ya sea por causas del destino, por pura casualidad o porque el muy desgraciado es omnipresente, se encuentra allí en ese momento.

—*Sabía que me llamarías, Lola Bunny.*

Por un momento se me olvida lo que iba a decir. Su voz grave me desequilibra, y más con ese tono tan desenfadado y seguro de sí mismo. Es solo un instante breve, un nanosegundo, apenas una vacilación… pero él la nota y yo también, porque juro que lo puedo visualizar sonriendo muy despacio al otro lado de la línea.

—¿Eso significa que me tengo que tomar esto como una estrategia para que me arrojase a tus brazos?

—*Para nada.*

—Mejor, porque eso solo lo habría hecho más rastrero. Te dije que no intercedieras por mí —le recuerdo, tan tensa que me empieza a doler el cuello—. Me gusta ganarme las cosas cuando me las merezco, no cuando me las están regalando por mi cara bonita. Claramente, en este caso no lo he hecho, y no me parece justo obtener un resultado que…

—*Han sido injustos contigo y me he limitado a señalarlo* —interrumpe—. *Si crees que he dicho en una reunión que debes estar en el equipo porque quiero alegrarme las vistas o porque me interesas, estás muy equivocada.*

—¿Y qué has dicho, si no? ¿Que te parecen fascinantes mis métodos? Eso solo habrá sido más cantoso. No tienes ni idea de medicina, Leon. Eres el inversor.

—*Nunca habían mencionado mi trabajo con tanto desprecio* —comenta, sin perder el buen humor—. *Dije que no era cierto que tuviéramos una relación, rumor que me había llegado de fuera, y que me parecía inaudito que se me considerase tan infantil como para negarle a*

alguien la participación en caso de que rompiese el supuesto vínculo.

Eso es más razonable.

—No me importa —suelto igualmente—. Has hablado por mí, y ahora estoy dentro porque Neumann teme haber cabreado al verdadero jefe. Esto es solo por complacerte. Iré allí y me harán la vida imposible o no me tendrán en cuenta. Así que gracias por la galantería, pero puedes metértela por donde te quepa. No vas a volver a verme la cara.

Acto seguido, cuelgo y tiro el teléfono fijo a la cama. No me doy cuenta de que he dejado de respirar hasta que me asfixio, y no reparo en que acabo de perder los nervios hasta que repaso mentalmente la conversación. Desconfiando de Leon y también de mí misma, aparto el teléfono con el pie, imaginado que sonará otra vez… como pasaba cuando Ivan y yo nos peleábamos. Pero minutos después no ocurre nada. Solo soy yo y mi mirada hostil hacia un objeto inanimado.

¿No empezaba así la locura?

—¿Estás bien? —pregunta Donatien, asomándose bajo el umbral—. ¿Quieres que te traiga algo?

Suspiro y me siento en el borde de la cama, arrastrando el portátil a mis piernas.

—¿Podrías traerme un poco de justicia e igualdad social? ¿Qué tal un hombre que no tenga una actitud paternalista conmigo? ¿Y un novio decente para Jacqueline? ¿Un hombre para Lulú, que no le amargue la vida? O mejor, el exterminio del género masculino… Ojalá todas fuéramos lesbianas, las mujeres no dan tantos disgustos, maldición.

—Me refería a si querías otro café —balbucea, sin saber si sonreír o preocuparse—. Mucho me temo que las utopías no están al alcance de mi mano, aunque no dudes que te las daría si pudiera.

Maldita seas por no enamorarte de él, Adrienne.

—No he faltado al trabajo en seis años. ¿Crees que ha llegado el momento? No tengo ninguna buena excusa, simplemente quiero tumbarme un rato.

—No eres esa clase de persona —me recuerda—, pero tengo un amigo médico que podría hacerte un justificante por si lo necesitas.

Hago un vago gesto con la mano, pidiéndole que se olvide. Es cierto: no soy esa clase de persona. Siempre voy a trabajar, ya esté cayendo la de Noé, hayan bloqueado las calles por una huelga o se esté desarrollando la maldita purga de las películas y haya riesgo de muerte. No lo voy a hacer ahora solo porque un hombre me ha sacado de mis casillas.

—Deja que me vista.

Pero no me visto cuando Donatien se va. Me quedo mirando el correo de Neumann, leyéndolo una y otra vez, en busca de una huella que revele lo que realmente pensaba al escribirlo. Algo que me dé una idea de lo que podría encontrarme si volviera, cosa que no voy a hacer. No, claro que no. Por supuesto que no. Ni de lejos. No, no…

Estoy a punto de apagar el ordenador para alejar las garras de la tentación, cuando un nuevo correo llega a mi bandeja de entrada. Hago clic sobre la novedad, encontrándome con un mensaje de una sola línea.

Para: Adrienne Saetre

De: Leon Dresner

Asunto: Agradecimientos

Pensaba que sería imposible sacarte de tu zona de confort, Jadis. Me alegra saber que no eres tan indiferente como parece.

Parpadeo, incrédula, y lo releo hasta que casi me lo aprendo de memoria.

Para: Leon Dresner

De: Adrienne Saetre

Asunto: Agradecimientos

No conozco a nadie que me llame Jadis. ¿Y no eres un poco mayorcito para que te gusten las Crónicas de Narnia?

Para: Adrienne Saetre

De: Leon Dresner

Asunto: +18

También estoy mayorcito para gustarme las mujeres que se comportan como si tuvieran quince años, pero mírame.
Vuelve.

Será desgraciado.

Para: Leon Dresner

De: Adrienne Saetre

Asunto: +18

Sí, definitivamente estás mayorcito para perseguir a las mujeres y acosarlas por correo. Mucha suerte, señor Dresner.

Para: Adrienne Saetre

De: Leon Dresner

Asunto: De rodillas

He leído tu expediente, he visto tus progresos, he ojeado tus pruebas y he hablado con Neumann sobre tus aptitudes. Eras impecable, y por eso ahora eres imprescindible, así que tienes que volver. Te aseguro que no es porque quiera besarte otra vez.

Para: Leon Dresner

De: Adrienne Saetre

Asunto: Levántese

Aquí va una sugerencia: no mande mensajes íntimos desde su correo de trabajo, y menos a mí. Olvídelo, señor Dresner.

Para: Adrienne Saetre

De: Leon Dresner

Asunto: Ahora de pie

Es mi correo privado. Y no importa que lo leyesen en caso de husmear: sabrán que no somos pareja ni hemos tenido ninguna relación. Una mujer interesada no rechaza a un hombre desesperado, a no ser que se haga la dura, y me consta que tú no te lo haces, lo eres.

Suspiro profundamente y me doy la vuelta para buscar la ropa apropiada. Tengo que ir a trabajar, no intercambiar mensajes sin sentido con un hombre que no sabe aceptar una negativa. Aunque no se la haya dado.

Para: Adrienne Saetre

De: Leon Dresner

Asunto: El día veinte en los laboratorios

Tomaré ese silencio como que lo estás pensando.

Te esperaré.

No escaparás de mí tan fácilmente, liebe.

CAPÍTULO 6

Mi experiencia con los aviones nunca ha sido exquisita. He cogido un total de siete a lo largo de mi vida, y podría explicar con pelos y señales todas las desgracias que han ocurrido mientras duraba el vuelo. Dependiendo de la extensión del trayecto, esas abominables situaciones se prolongaban o empequeñecían para suceder durante las pocas horas que pasaba en el aire, poniendo a prueba mi gran paciencia. A veces era un niño pesado dándome patadas desde el asiento de atrás: otras, un equipo de fútbol o un viaje de estudios que se pasaba todo el condenado viaje cantando canciones de autobús. Y en esta ocasión, cuando he decidido que me voy a mudar a Alemania para profundizar en la investigación a pesar de haber sido elegida por enchufe, me ha tocado aguantar a Lana en su modo cachonda insoportable.

Me guarda rencor porque no he soltado prenda sobre mi supuesta relación con Leon, que a este paso acabaré declarando oficial solo para que me dejen en paz, y como sabe que nada puede molestarme más que un parloteo incansable —sobre todo cuando no está dirigido a mí—, ha decidido pasarse todo el trayecto echándole los perros al maldito azafato. No he podido culparla por dos motivos: el primero, es que el tipo es atractivo. Segundo: los azafatos de vuelo, así, en masculino, son raros especímenes que hay que cuidar y a los que abrazarse para recordar de vez en cuando que hay un poco de igualdad en la experiencia profesional.

Lo que no quiere decir que cuando bajo del avión no tenga la cabeza como un maldito bombo.

—Te ha faltado ponerte de rodillas y bajarle la cremallera del pantalón.

—Eso habría sido demasiado prosaico incluso para mí. Además… No estoy interesada en salir con hombres cuya relación podría no llevarme a ninguna parte. Y por si no te has fijado, esa gente vive en el aire. Me pasaría el día entero llorando, esperando su llegada. Echaríamos un buen polvo, o dos, o tres… Y luego adiós de nuevo. No, definitivamente no me interesan los pilotos, azafatos, gerentes o ayudantes de vuelo.

—Pues en tu lista de fantasías, el piloto estaba el primero.

—El uniforme de piloto —corrige, sonriendo. Baja las escaleras del avión adelantándome, deslizando la mano por la barra alzando la otra como si fuera la reina de Inglaterra—. Ese pedazo de tela que convertiría a un perro en un hombretón de toma pan y moja. ¿No has visto ese episodio de *Friends* en el que Ross se disfraza para Rachel?

—No era de piloto, sino de marine.

—Estoy segura de que es el mismo. Yo no olvido al increíble Dean Lowrey de *Pan*

Am, aunque cancelaran la serie.

Lana Douves arrastra a todas partes la maldición «serie que me gusta, serie que cancelan». Puedo entender su frustración y su necesidad de recordar a cada minuto que la dejaron a medias, porque si hubieran dado por terminada *Outlander* sin saber el final probablemente me habría arrancado el pelo.

Doce mil temas banales tocados y quince millones de quiebros magistrales para saltar el tema de Leon después, estamos saliendo del aeropuerto con nuestras maletas. Neumann me mandó un mensaje pidiéndome que me quedara en la entrada hasta que vinieran a recogernos. Muchas molestias, si se me permite el apunte. Muchas molestias para tratarse de una mujer a la que trató con la punta del zapato.

—Ese debe ser nuestro coche —anuncia Lana, contenta.

—Eso es una limusina, Lana.

—Ya, pero esa limusina tiene tu apellido.

Entorno los ojos a la espera de que la miopía ceda un poco y me deje apreciar si es cierto. Al final me tengo que acercar tanto que el conductor en el interior del vehículo se gira para mirarme. Enseguida arrugo el ceño, sorprendida por lo familiar que me suena.

El claxon del coche que le sigue a la cola me distrae de mis cavilaciones, y un *Mustang 67* baja la ventanilla. A continuación, un codo bronceado y con una serpiente enroscada por todo el antebrazo se asoma. Por último, la cara oculta parcialmente por unas gafas de sol de Axel Volney.

—¿Te vienes, guapita?

No me lo dice a mí, sino a Lana. Llámalo conexión, llámalo experiencia, pero no necesito girarme para saber que mi amiga está babeando y, al mismo tiempo, haciéndose la difícil. Es un cóctel divertido el suyo, pero después del viajecito no estoy para presenciar escenas de bodrio romántico a la hora de la siesta.

—¿Solo ella? —pregunto, poniéndome una mano en la cadera—. Pensaba que éramos amigos, Volney.

—¡Y lo somos! Pero tú vas en el coche oficial, y esa muñequita se viene conmigo —declara—. Tiene que ser así, chica. Lo siento de antemano, por cierto.

Intentando encontrarle el sentido a su última frase ando, comprendiendo al final, y de la peor de las maneras, que yo sola no podría haber llegado a la conclusión. La puerta trasera de la limusina se abre y una mano me toma del brazo para absorberme al anterior. Una vez dentro, la puerta se cierra y los pestillos bajan.

Aunque estaba preparada para enfrentar a Leon Dresner —dudo que a otra persona en su sano juicio se le hubiera ocurrido raptarme en medio del aeropuerto—, mi cuerpo

se activa igualmente al cruzar una mirada con él. ¿Qué se supone que significa esto? Solo he pasado veinte días fuera y parece que llevo sin verlo una eternidad, no puedo alegrarme de haber coincidido con…

—Acabas de meterme a la fuerza en tu coche —señalo, apartando a manotazos mentales todos mis estúpidos pensamientos.

—Este es uno de los muchos motivos por los que pienso que eres una persona inteligente.

Pongo los ojos en blanco y me desplazo a la esquina opuesta del vehículo, alejándome lo máximo posible de él. Si el fetiche de Anastasia Steele eran los ascensores, el lugar donde yo pierdo mis inhibiciones es la limusina de este propietario fantoche. Y dicen sabiamente por ahí que más vale prevenir que curar.

—Has venido.

El objetivo era contestar algo hiriente o irónico, pero detectar la emoción contenida de su voz hace que irremediablemente mire en su dirección y me deje convencer por sus ojos de que he hecho lo correcto.

¡Arg! ¿Por qué lo hace tan sencillo? He estado insultándome todo el camino, regañándome por tener tan poca dignidad y sintiéndome imbécil por abandonar mi ciudad y a mis amigas por un puesto en el que no me quieren… Y ahora lo sigo pensando, claro; soy una mujer de ideas fijas. El problema reside en que tiene una mirada muy persuasiva y el aire entre nosotros concentra electricidad suficiente para que no pueda relajarme.

—Estoy empezando a arrepentirme. Y espero que no se le ocurra acusarme de infantil como hizo tomándose la libertad de mandarme correos —añado enseguida, viendo venir su réplica—. Creo que un ser humano está en su derecho de no querer entrar a un sitio con favoritismos.

—Entonces sigues en tus trece de que te han aceptado gracias a mí.

—Sí.

—Y eso te parece aberrante.

—Desde luego.

—Lo que podría significar que estás aquí por otro motivo.

Entorno los ojos y me lo quedo mirando como si no supiera a lo que se refiere.

No tengo ni idea de qué les pasa a los hombres. ¿Por qué todos piensan que lo que nos mueve es su ombligo? Al final acabará seguro de que me pongo los vaqueros que mejor culo me hacen para que me lo mire, o que como saludablemente para poder vivir

una vida larga a su lado, o que respiro porque es el mismo aire que sale de su boca… Dios, es vomitivo.

—¿Todavía necesitas que te inflen aún más el ego? —pregunto, cruzándome de brazos—. Eres rico, atractivo e inteligente, ¿y de verdad necesitas que te diga que he dejado mi casa, a mis amigos y mi trabajo por ti para sentirte bien?

El verde de sus ojos se intensifica hasta que recoge todos los matices de su gama, y mi estómago, que tiene una visión de las cosas bastante distinta a la de mi propia cabeza cuadriculada, se encoge antes de que pueda ponerle remedio.

—Mírame a los ojos y dime que aunque sea el último de los motivos de tu lista, no has venido porque lo que hay entre nosotros es innegable.

El problema con todo esto es que nunca he sido mentirosa. Si de pequeña hacía algo mal, como por ejemplo romper algo que le hacía especial ilusión a mi madre —como una de las vasijas donde planta sus pequeños cactus—, asumía la culpa de inmediato y no presentaba guerra. Tampoco he tenido ningún hermano para poder permitirme señalarlo a él y librarme de la bronca. Ergo, me toca apechugar, mirarlo directamente a la cara y no decir ni una palabra. Porque en el fondo —o no tan en el fondo—, sí que hay un poco de Leon en mis razones. Pero es que estaría completamente loca si no me atrajese la idea de estar cerca de un hombre con la capacidad de ponerme de rodillas con una mirada, cuando hasta hacía un par de semanas pensé que nunca más volvería a sentirme así.

Eso no significa que vaya a contestar, claro que no… Y tampoco habría podido hacerlo, porque antes, Leon me coge de las muñecas y tira de mí hasta tenerme sentada en su regazo.

—¿Qué ha…?

—Cena conmigo esta noche —dice, dejándome de piedra. Y encima le hace gracia que me ponga tensa, porque añade—: No te voy a pedir matrimonio, Lola Bunny…

—Ah, no, solo vas a pasearme delante de todo el mundo para reiterar la opinión que ya se han formado y que pretendo cambiar: nuestra supuesta relación.

—Cuando te miro me da igual lo que puedan pensar —declara. Dejo de luchar con sus brazos para quedarme con las manos suspendidas en el aire, que él sostiene entre las suyas. Su mirada profundiza más allá de mi semblante, queriendo averiguar mis pensamientos—. Hace mucho tiempo que no deseo a alguien tanto como a ti, Adrienne Saetre. Todo impedimento que pueda haber entre nosotros me vale basura. Que sea así para ti también: olvídate de tu trabajo y date un capricho, maldición.

Carraspeo e intento ignorar el calor que desprende su cuerpo… en vano. Atraviesa su camisa y sus pantalones para concentrarse directamente en el núcleo de mi vientre. Y

no tengo ni idea de cómo puede ser posible algo así, pero que su perfume me entre por las fosas nasales y sus ojos me taladren no ayudan a que elabore una tesis decente con su correspondiente cura. Aunque… ¿Querría curarme?

—Si lo que quieres es explorar tu deseo, no es necesario que me invites a cenar —murmuro—. Soy capaz de tener sexo casual… Aunque no lo tendría contigo por diversas razones. Antes de que preguntes por ellas, te las enumero. Primero —comienzo, con voz débil. Sigo estando en su regazo, por Dios. No puedo concentrarme —: eres el jefe de mi jefe. O el jefe del jefe de mi jefe. Segundo… Si me acuesto contigo te estaré agradeciendo indirectamente que me hayas incluido en plantilla. Como comprenderás, no quiero ni voy a ser la fulana de nadie. Y tercero… —carraspeo otra vez, en esta ocasión de manera más contundente—. Puedo resistirme a la tentación. Tengo bastante experiencia en el sector.

Leon alza las cejas rubias hasta que casi le rozan el nacimiento del pelo.

—¿Puedes resistirte, Jadis? ¿Quieres decir que no es para tanto? ¿Que no me deseas?

—Eres atractivo y tienes… un magnetismo innegable —aclaro—. Pero no, no es para tanto.

Sonríe con esa serenidad que me crispa. Es imposible que se ría de verdad y también es imposible que se mosquee. Es… Es el perfecto conejillo de indias para un estudio psicológico. Una pena que yo viva en los laboratorios.

—Pues tú eres preciosa en toda tu extensión, me mantienes hipnotizado con solo mirarme, verte caminar o mover los labios al hablar y me atraes tanto que sería capaz de acompañarte a cualquier parte solo siguiendo el *Guerlain* que dejas. —¿Perdón? ¿Cómo sabe cuál es mi perfume? ¿*Guerlain* es tendencia en Alemania?—. Estás sentada encima de mí, completamente vestida y mirándome con desprecio, y aun así estoy tan excitado que siento que voy a explotar.

—De acuerdo, creo que ya entiendo de qué va el asunto… Te pone que te rechacen.

—Creía que había sido contundente a la primera. Me pones tú, *liebe*.

No sé qué significa eso, pero solo por orgullosa no pienso buscarlo en el traductor. Tampoco sabría escribirlo, de todos modos. Básicamente porque me he quedado en el ‘me pones tú’ como para prestar atención a lo que ha seguido.

—¿Es que no te han enseñado a respetar las negativas de las mujeres?

—Tu boca me está negando, pero tu cuerpo está temblando y tus ojos me suplican que te toque…

—Te tuvieron que dar el título de intérprete en la tómbola.

—…Y si no te sintieras igual, no estarías moviéndote con cuidado de que no se note

para pegar tu delicioso trasero a mi erección.

Despego los labios evocando una mueca de asombro y ofensa. Pero a Leon eso no le hace de nada, porque inclina la cabeza en mi dirección y atrapa mi labio inferior con los dientes. De mi boca emana una queja que al final se convierte en un jadeo frustrado. Consigue derribar todas mis defensas lamiendo perezosamente el volumen de mi labio superior, conquistándome con su dolorosa lentitud y punzando tan descaradamente mis pobres reservas que acaban cayendo en picado. El final es inevitable. Yo echándole los brazos al cuello y finalmente cerrando mi boca sobre la suya. Él, gruñendo de satisfacción y me abrazándome con suavidad.

Ignorando su naturaleza galante y su elegancia común, me besa como un pendenciero sin principios ni moral, y yo me recreo en los envites de su lengua como si fuera la tortura que siempre he estado esperando. Su sabor se mezcla con el mío creando una esencia a la que no me puedo resistir, y antes de poder averiguar qué diablos estoy haciendo, termino abierta de piernas en su regazo. No soy consciente de que he perdido totalmente la razón hasta que se separa y me mira con los ojos enrojecidos.

Adrienne, ¿qué haces?

—¿Vas a cenar conmigo, o voy a tener que torturarte con besos hasta que lleguemos al hotel?

Torturarme. Tortura. No podría haber elegido una palabra mejor.

—¿Por qué coño quieres cenar conmigo? —espeto al final.

—Porque me pone más tu manera de responder y pensar que tu cuerpo, y quiero explorar eso. ¿Alguna objeción? ¿O vas a seguir diciendo que «no es para tanto»? —Alza una ceja—. Porque no voy a creerte si me dices que te pones de esta manera con cualquier tipo que se te acerca.

Inspiro bruscamente por no cerrar los ojos en un ademán infantil. Sí, dejar de verlo sería incentivo suficiente para coger al toro por los cuernos y espetarle un «no» rotundo. No obstante, los adultos tienen que afrontar las cosas de otra manera, mirando a la cara a su interlocutor. Y desgraciadamente, los adultos no pueden sino dejarse llevar por las traicioneras sensaciones cuando tienen a Leon Dresner delante.

—Solo será una vez —declaro, apretando los labios.

Él sonríe a modo de respuesta, pero descifro enseguida lo que quiere decir con ella.

«De acuerdo, Lola Bunny… Pero no te lo crees ni tú».

Lola Bunny, o Jadis, o modelo, o como le venga mejor. Son intercambiables, como los cromos.

Llevo tanto tiempo sin tener una cita que ya no me acuerdo de cuál fue la última, pero preferiría que nadie usara ese término para referirse al hecho de que me han obligado a matar unas horas en compañía de un abusón. Porque al margen de que no llevara porra y encima cuando sonría se oigan los cánticos de los ángeles, Leon Dresner es un abusón de primera. Aunque no te quite la merienda ni te meta la cabeza en el váter del servicio del instituto, te encierra en tu coche y te convence dando donde más te duele. En mi caso… el deseo.

Detesto haberme dejado arrastrar por algo tan básico y visceral, tanto así que estoy decepcionada conmigo misma, preguntándome cada dos por tres cómo es posible que haya permitido que me embauque un hombre que representa todo lo que está mal. El atractivo jefe de mi jefe, encorbatado y con limusina. Joder, es que parezco la nueva repetición del argumento trillado, esa sobre la que vomito sistemáticamente cada vez que Katia me viene con que lea lo último en erótica.

Recordar la situación y al que la ha generado solo hace que me ponga de peor humor, porque resulta que todos los esfuerzos que hice por mantener las distancias durante la semana del congreso han sido en vano. Al final ha acabado teniéndome donde quería.

Quizá, presentándome a la cita con cara de ajo, consiga hacerle volar lejos. Pero quién sabe si no es uno de esos hombres a los que les fascina que las mujeres les den patadas, y quién sabe si para colmo va a sacarse un as de la manga y voy a acabar siendo de esas que primero se hacen las duras y luego se dejan mangonear. Otra característica más de la trama mil veces planteada de las trilogías románticas… Denigrante, simplemente denigrante.

—¿Me vas a contar de una vez qué pasa entre Prince Charming y tú? —espeta Lana, mirándome con los brazos en jarras y los ojos entornados.

—Me repatea que lo llames así, porque en ese caso, ¿quién sería yo?

—La bestia, por supuesto.

—Me dejas más tranquila. No estaba segura de querer ser una princesa Disney con problemas para ejercitar la mente más de cinco minutos.

—Eso ha sido un golpe bajo para Cenicienta, que lo sepas.

—Respeto a la Cenicienta, si les gusta fregar y hablar con las cucarachas no es mi problema. Solo señalaba un hecho, y es que en su caso, en el de Blancanieves y en el

de *La bella durmiente*, y si te place, también Eva de la magnífica historia de la Bibia, no se trata de una mujer conocida por su elevado coeficiente intelectual.

—¿Y se supone que tú eres más lista intentando evadirme? No lo vas a conseguir, querida; yo inventé el jodido juego. —Y me apunta con su perfecta manicura—. ¿Qué pasa? Porque es evidente que pasa algo, y más evidente aún que no me lo has contado, y ya el colmo de la evidencia es que vais a veros ahora, porque llevas horas rebuscando entre tus cosas para elegir algo que no dé vergüenza ajena, lo que es evidente que darás si no usas algo de mi armario…

—…que es el evidente ejemplo de la evidente perfección.

—Evidentemente.

Le sostengo la mirada con los ojos entornados, y ella alza la barbilla con la soberbia de la reina que vive en las profundidades de su corazón… Y no pasan ni tres segundos hasta que nos echamos a reír como unas imbéciles.

Como es imposible huir de Lana cuando se pone en ese plan —y hablo desde la triste experiencia—, acabo suspirando y contándole la historia desde el principio. No menciono detalles: todo a grandes rasgos, sin demasiada emoción. Vamos, que si no bostezo durante la exposición es porque creo que habría quedado excesivo.

—Entiendo tu postura —dice una vez he acabado, dejándome boquiabierta—. ¿Qué? ¿Por qué te sorprende? Soy tan profesional como tú, Adrienne: me tomo muy en serio mi trabajo y comprendo que no quieras acostarte con el jefe. Esas cosas acaban mal en un noventa y nueve por ciento de los casos.

—Un porcentaje que te has sacado de lo que viene siendo…

—Pero confío en que tú seas ese uno restante.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué?

Sus ojos verdes brillan como luceros al acercarse a mí.

—¡Porque tú no eres una cualquiera! Si yo me acostara con el jefe, la cosa podría torcerse porque me acabaría enamorando, o montando pleitos para que me prestara atención… La vena dramática me viene de familia, no te hagas la sorprendida. El caso es que tú eres mucho más racional que yo —y que el mundo en general, en realidad—, así que creo que podría salir bien.

—Cuando dices que podría salir bien… ¿A qué te refieres? No estoy interesada en ninguna relación sentimental, Lana, y respecto a eso no puedes intentar comerme la cabeza para salirte con la tuya. Es una opción completamente vetada —repito, mirándola muy seria. Lo que me faltaba es tener ahora a la encantadora de serpientes haciendo presión para echarme novio. Por favor, que tengo ya una edad… Y cuatro

amigas en Francia haciéndole el trabajo sucio, no necesito más aspirantes al puesto de celestina—. No la contemplo.

—No tiene por qué ser una relación sentimental… ¿No ves que desde Braden Carmichael y Joss Butler se lleva la amistad con derecho a roce? ¡Y después lo consagraron Mila Kunis y Justin Timberlake! Podéis ser desconocidos de cara al público, y en la intimidad… Dejaros llevar.

Su emoción es tal que juraría que puedo tocarla.

—No sé cómo tomarme que te haga tanta ilusión que me acueste con un hombre.

—Si lo que te preguntas es si soy *voyeur* o pretendo acoplarme, puedes estar tranquila. Es solo que me encantará elegir tu modelito. Vas a tener que ponerte uno de mis vestidos.

Pongo los ojos en blanco, sabiendo que resistirme no será plausible. En cuestión de cinco minutos, estoy siendo vilmente manoseada por una mujer con complejo de Coco Chanel, que me coloca una falda tras otra hasta que decide cuál es la que me queda mejor. No dejo que me suelte el pelo ni que me pinte los labios, pero del vestido elegante no me libra nadie.

Mientras, pienso en qué sería lo beneficioso de charlar unas horas con Leon. No estoy tranquila, cosa que me enerva más de lo que lo estaba, y me siento presionada antes de que haya intentado acercarse. Nuestros encuentros hasta la fecha han sido breves. Intensos, sí, pero breves: él no sabe nada de mí, yo no sé nada de él. Y en espacios abiertos. Podía huir si no me sentía cómoda, y él podía retirarse sin que pudiera ofenderme, aunque creo que todavía no hemos llegado a eso.

Lo único que tenemos en común es la atracción, y eso relega cualquier actividad que pudiéramos llevar a cabo durante la cita para señalar como la elegida… a una muy concreta. Y no estoy preparada, por muy encantador que sea. Como ya he dicho, ha pasado un tiempo desde la última vez que estuve con alguien. Mucho tiempo.

—Mi trabajo aquí está hecho —declara Lana, después de darme un repaso de arriba a abajo—. Yo también he quedado y ya llego tarde.

—Tú siempre llegas tarde…

—Pásalo muy bien, sonríe de vez en cuando y relaja la pelvis, ¿vale?

Pongo los ojos en blanco otra vez. Debería empezar a contarlos, ¿no? ¿Y esto no lo hacía también la protagonista de uno de esos clichés? Dios, estoy evolucionando a personaje plano. Lo que me faltaba.

Con un incipiente dolor de cabeza que espero que derive en derrame cerebral para poder meterme en la cama y no rendir cuentas a nadie, me siento en el borde de la

misma a esperar, sintiéndome cada vez más fuera de lugar. Tras pasar cinco minutos sola, me doy cuenta de que esta clase de situaciones son las únicas que escapan a mi control, y es porque tienen una importante dosis de hormonas. No me considero la persona más fría del mundo, ni tampoco pesimista —*tanto Non, tanto Non*…— solo un alma puramente racional, pero incluso a la gente como yo le ataca de vez en cuando la inquietud por no saber qué hacer, o cómo actuar…

Cuando unos nudillos llaman a la puerta, termino de ponerme los zapatos de tacón y me echo un rápido vistazo en el espejo de cuerpo entero. No llego a temblar, pero se ha instalado en mi estómago una bomba sin seguro que me obliga a encogerme para mantenerla a raya. Pero es como dice Lana… La probabilidad de morir cada vez que sales a la calle es exigua pero está ahí: ¿qué menos que estar preparado con tus mejores galas llegado el momento? La pregunta es… Cuando vas a palmar por combustión espontánea, ¿no es un poco estúpido estropear un vestido rojo tan bonito, sobre todo cuando no es tuyo?

Recibo a Leon sin ninguna expresión concreta. Una que pronto muda a la ligera sorpresa cuando aparece ante mí vestido de calle: la primera vez que lo veo sin traje. Lo ha reemplazado por una camiseta de algodón sencilla de color verde claro, unos vaqueros bajos de cintura y unas zapatillas de marca conocida que yo, claro está, no distingo.

Él me mira de arriba a abajo también, pero con una sonrisa ladeada.

—La mujer que odia los prejuicios acaba de proyectar un gran prejuicio sobre mí.

Alzo las cejas.

—¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido decir para empezar bien la noche? Vaya, y yo que pensaba que Prince Charming debía tener un amplio repertorio de frases bonitas.

—Supuse que a ti ya te las habrían dicho todas —se defiende.

—Bonita galantería, pero no compensa el insulto inicial. ¿Qué prejuicio he proyectado ahora sobre usted, señor Dresner?

—Has pensado que te llevaría a cenar a un sitio caro.

—No es ningún prejuicio: se llama costumbre. Cuando los hombres han tenido la mala idea de invitarme a salir, normalmente me arrastraban a un restaurante con buena crítica y luego pasábamos a la habitación. Pero supongo que usted, como es dueño de un hotel y es muy consciente de su encanto personal, puede permitirse pasar directamente a la acción. Dejando que me muera de hambre por el camino —apostillo, haciendo oídos sordos a la voz de alarma que me taladra las sienes.

A modo de respuesta, Leon levanta una bolsa de plástico donde acierto a ver un par de emparedados y varias latas de refrescos.

—Podría haberte llevado a un restaurante, pero sospecho que lo habrías interpretado en el mal sentido: *el señor Dresner queriendo hacer alarde de su fortuna* —enuncia, con tono solemne—, *y creyendo que por pagarme la cena, ya le estoy debiendo algo y tengo que devolverle el favor acostándome con él.*

Leon 1. Adrienne… 0.

Por lo menos es un número entero.

—En ese caso podríamos haber ido a un McDonald's y cada uno pagar lo suyo.

—Eres vegetariana —replica, sorprendiéndome—. No, no te he estado investigando. Como ya te dije una vez, estuve estudiando las fichas de los aspirantes con el doctor Neumann y lo ponía en alergias o aspectos de la alimentación a tener en cuenta. Y como ves, lo he tenido en cuenta.

Leon, 2. Adrienne, 0.

Por lo menos tengo salud.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Un picnic en tu suite.

—¿En la mía? ¿Por qué no en la tuya? ¿Para que en caso de que la cosa se tuerza tenga que quedarme aquí obligatoriamente esperando a que te vayas, dándote la oportunidad de retractarte, arreglarlo o incluso forzarme?

—Porque si te llevara a la mía, pensarías que es algo que hago con todas, te preocuparía que alguien me llamase y te descubriera allí y…

—¿Y?

Esboza una adorable sonrisa culpable. Ya, ¿qué puede tener un tipo de metro noventa, ojazos verdes y apodos sexuales de adorable? Pues lo siguiente:

—Porque soy muy desordenado y no quería asustarte.

Se abre paso sin pedir permiso y se sienta en mi cama con total normalidad. No me queda otra que agradecer para mis adentros que sea de matrimonio, o habríamos tenido que comer el uno encima del otro.

Una posibilidad que, por otro lado…

Sacudo la cabeza y cierro la puerta. «Yo soy Pingu, el más salado, que solo come pescado congelado…»

—Debería haberte avisado —dice, mirándome desde su lugar privilegiado. Se ha

acomodado entre los cojines, apoyando el peso en un costado, y ya va por su tercer vistazo de cuerpo entero—. Así podrías haberte puesto algo más cómodo.

—Eso es lo que voy a hacer ahora, si me disculpas…

—No. —Eso dice, que no. Y lo acompaña cogiéndome de la mano y tirando de mí para sentarme a su lado—. Si te has puesto así de sexy para mí, quiero quedarme con todos los beneficios.

—A Lana no le hará gracia que esté tirada en la cama con uno de sus vestidos preferidos.

Eso es empíricamente falso, ya que mientras esté acompañada por un hombre atractivo, a Lana no le importará que me revuelque en barro o fabrique una cometa con su mejor traje de noche.

—Creo que los dos sabemos que eso es mentira. Curioso… Pensaba que la gente inteligente sabía mentir de maravilla.

—Es difícil mentirle a quien ya sabe la verdad. Y existe una diferencia entre las personas inteligentes y los listillos. Alguien que utilice la lógica sabrá que nunca conviene engañar. —Me encojo de hombros y me tiendo a su lado, dejando un espacio libre entre los dos. Prefiero no darle vueltas a lo inverosímil que es esta situación, y ni mucho menos reconocer que hemos llegado a ella porque he aceptado la intrusión—. Todo se acaba sabiendo.

—Eso me da esperanzas contigo, Lola Bunny. A veces parece que nunca voy a conseguir llegar al fondo de tus pensamientos.

—¿Por qué querrías saber en qué pienso? ¿Eres de esos hombres que quieren controlar todo lo que les rodea?

Genial, otro tópico.

—Soy de esos hombres que cuando están interesados en algo, quieren descubrir hasta el último de sus detalles.

—¿Por qué? ¿Curiosidad? ¿Fisgoneo? ¿Una demostración personal de poderío y mando, quizá?

—Te gusta pensar mal de mí, ¿verdad…? Ahí va la respuesta. Porque me gusta saber cuánto puede llegar a aportarme la gente de la que me rodeo, y para eso es necesario conocerla bien.

Me lo quedo mirando sin tenerlas todas conmigo. No me sorprende su declaración directa: si no estuviera interesado en mí no se habría esforzado tanto en convencerme de salir o, en este caso, encerrarse conmigo en una habitación. Lo que quiero averiguar es si está siendo cien por cien sincero, o si sus intenciones son buenas. Ser inteligente no

significa ser observador, y si bien puedo ser observadora con mis amigas —personas que conozco, que sé de qué pie cojean—, no sé cómo serlo con desconocidos.

Menos con uno de la talla de Leon Dresner, quien debería comportarse como todos esos engreídos a los que con decirle que no una vez, ya tienen suficiente para abandonar e ir a por otra víctima.

—No estés tensa, Lola Bunny. Sabes que no estás aquí porque haya intercedido por ti, ¿verdad? Te lo dije y si quieres te lo vuelvo a repetir. Realmente se han elegido a los candidatos por un sistema de algoritmos, contabilizándose su trabajo y sus características como profesional. Neumann te iba a descalificar, negándote la entrada en el programa antes de la elección; yo lo único que hice fue señalar en base a los vídeos que habían sido injustos contigo. Eso hizo que entraras y el ordenador te eligiese por encima de otros.

—Como comprenderás me cuesta creerte. Es demasiado sospechoso que me echaran de aquí a patadas y de repente esté dentro, y no solo dentro, sino en una habitación *contigo*. No quiero ser juiciosa, pero pareces el tipo de hombre que cuando quiere algo, lo consigue a cualquier precio. Y no suele ser muy alto, porque tienes dinero e influencia.

—Esta mañana en la limusina tenía belleza y encanto también. ¿Se te ha olvidado?

—No me gusta ser repetitiva.

—De acuerdo… —ríe, desenfadado. Parece tan fresco y cómodo tumbado en mi cama…—. Creo que van saliendo a la luz poco a poco tus inseguridades, bien. Así es más sencillo dar con la clave del problema. Aquí lo llevas, Lola Bunny: no soy ese tipo de hombre con el que me asocias. Como no me vas a creer solo porque te lo señale, ¿por qué no intentas conocerme? Prometo responder a todas las preguntas que me hagas con total sinceridad.

—Pero a cambio querrás que yo responda otras.

Leon sonríe muy despacio. Me sorprende que le divierta tanto que descubra lo que se propone, porque eso solo puede significar que no le importa que sepa lo que pasa por su cabeza. Al menos la inmensa mayoría de sus pensamientos, porque todos tenemos secretos, ¿no? Él no puede ser distinto.

—Prometo que no indagaré en los misterios de tu subconsciente. Solo me interesa saber cómo eres: por qué elegiste la ciencia, quiénes son tus padres, si prefieres estar sola o acompañada, qué comes como vegetariana, quién te dio tu primer beso, y si eres más de gatos o de perros.

—¿Está intentando convertirse en mi mejor amigo gay, señor Dresner?

Me arrepiento de hacer la pregunta en cuanto despego los labios, pero la inercia del principio de la frase me lleva a terminarla. La esperada reacción de Leon no se hace de rogar: su sonrisa se tuerce a un lado, con un descarado matiz sexual. Ese que expresa claramente que quiere ser cualquier cosa menos eso.

—Soy de gatos y de perros, y de cualquier animal en general, incluidos los pequeños roedores y los bichos —empiezo, antes de dejarme arrastrar por lo que me dice con su expresión—, pero no tengo ningún animal de compañía. Estoy todo el día trabajando, y cuando no, fuera de casa. Creo que tener cualquier mascota bajo esas circunstancias la haría infeliz y no querría eso para ella. Elegí la ciencia porque siempre me he movido en un entorno científico o médico, por mi madre y porque es lo que considero que mejor va con mi personalidad. Prefiero estar acompañada aunque no sea la que más participa en las conversaciones: me gusta escuchar a la gente hablar y sacar conclusiones sobre ella, meditar sobre sus respuestas y probar a ver si puedo introducir alguna de sus percepciones en las mías. Creo que escuchando se aprende mucho. Como vegetariana tomo solo alimentos naturales, en su mayoría vegetales y pasta. El primer beso me lo dieron a los veintitrés en la universidad.

Venga, empezad las coñas sobre lo de no haber tocado a un hombre hasta los veintitrés, las estoy esperando. De verdad que sí. ¿No? ¿Ya habéis superado eso de creeros un *sex symbol* o un actor porno por daros vuestro primer morreo a los doce? Perfecto, sigamos.

—Has mencionado a tu madre. ¿Y tu padre?

—Si mi padre hubiera estado muerto, habría sido desagradable responder a esa pregunta. Para la próxima vez, te recomiendo que intentes ser más sutil. —Me acomodo mejor en la cama, asegurándome de que no se levanta la falda del vestido—. No tengo padre. Soy niña probeta.

Él no tarda en expresar su sorpresa, como todo el mundo cuando les cuento de dónde vengo. No es tan raro, maldición.

—Guau. Entonces eres realmente única, Lola Bunny. Más de lo que pensaba.

—No sabía que haber sido engendrada bajo circunstancias que se salen de lo común convirtiera a alguien en un ser de luz.

—No conozco a ninguna persona que haya sido engendrada así. ¿Qué llevó a tu madre a hacerlo?

—Mi madre es lesbiana y siempre ha tenido claro que quería una hija: desde que era muy, muy joven. Estando soltera con veinte años, se inseminó artificialmente y… nueve meses después nací yo.

—Qué suerte que tuviera justo lo que esperaba. ¿Dónde está ahora?

—En Oslo. Ambas tenemos la nacionalidad danesa… Yo la doble, porque me fui a Francia en cuanto cumplí los veintidós.

—¿Por qué Francia? —Sus ojos brillan interesados, incluso emocionados—. ¿De joven eras una amante del amor, modelo? ¿Querías ir a la ciudad de la luz?

—Es donde me salió el trabajo que quería. También en Alemania, pero no sabía hablar alemán. Y ahora tampoco.

—Podría ayudarte con eso —propone, apoyando la cabeza en la palma de la mano —. Quién sabe si todo este estudio se alarga y tienes que permanecer aquí por más tiempo. Además de que te convendría para manejarte; no todo el mundo sabe hablar inglés en condiciones por aquí, y menos francés.

—Tú sí.

—Es porque soy un hombre de letras. Quizá por eso me llamas tanto la atención. Nunca he conocido a nadie como tú.

El culmen del tópico: los opuestos se atraen.

Pero no puedo quejarme o esperar que pese a todo no sea un momento encantador, o él lo sea, porque es absurdo el poder que tiene de cambiar la atmósfera que cobija nuestras cabezas con solo una oración. Si hubiera estado lo suficientemente cómoda como para bromear o hubiese encontrado las palabras, habría hecho referencia a lo correcta que fue su presentación la primera vez. Aunque ni siquiera Superman podría tener ese efecto en mí: nunca me han gustado demasiado los superhéroes. Era más de villanos, y ahora… No lo sé. Probablemente siga colgada de los villanos.

—Vaya. Y yo que pensaba que es porque soy rubia.

—Lo admito: siempre he sido de rubias y eso fue un gran punto a tu favor. Pero ese rubio nórdico tuyo es algo más, porque debajo palpita un cerebro sin comparación. Te admiro, Adrienne.

Acompaña su declaración con una caricia: sus dedos se deslizan por mi mejilla y acaban en la comisura de mi boca, que delinea el pulgar con la precisión de un bisturí.

—Sabrás que los cerebros no palpitan, ¿verdad?

—Contigo podría palpitarme hasta la médula osea.

Casi con miedo, desplazo los ojos de su mirada del color del jade hasta su entrepierna. Mi primera reacción al percatarme de la presencia del bulto es morderme el labio inferior.

Cuando vuelvo a mirarlo a los ojos, el aire es considerablemente más espeso. Parece que estoy respirando pintura, y que trago estacas de madera en lugar de saliva. Esa

seductora incomodidad se acentúa cuando acerca su nariz a la mía y la roza con suavidad antes de repetir el movimiento con los labios.

Separo los míos por inercia, sintiendo las articulaciones tan volubles que no sé cómo me tengo sobre mi eje… Y entonces él me besa, sosteniendo mi barbilla con dos dedos, acariciándola despreocupadamente. Todos los elementos de mi boca salen al encuentro, dejándose succionar, morder y degustar. Los oídos se me taponan y es ahí cuando el beso se convierte en algo distinto, en un juego de supervivencia que tiene como fondo una letanía de jadeos nerviosos.

Leon me tiende sobre el colchón mientras me mordisquea el labio inferior. Mis manos cobran vida propia y vuelan hasta su nuca, que rastrillo con las uñas para animarlo a continuar. Él obedece a la petición olvidando por un momento mi boca, desplazándose a mi cuello, al inicio de mi escote y la línea de mis hombros. Mi cuerpo entero se estremece y ruge de hambre cuando siente sus muslos abriéndose paso entre los míos, tan curiosamente flexibles como dolorosamente rígidos.

Su cabeza va descendiendo desde mi esternón hasta llegar a mi estómago, que acaricia superficialmente con la punta de la nariz. Araña la tela del vestido al intentar rotar mi cintura, alzarla y poder meter las manos bajo la falda. Elevo las caderas hiperventilando, y él justo cuela los dedos entre la tirilla del tanga para deslizarlo por mis piernas. Lo hace tan despacio que me da tiempo a abrir los ojos —reparando en que los tenía cerrados— y contemplar su expresión primitiva. Mi estómago da un vuelco cuando observo que tiene mi ropa interior en el puño.

Vuelve a acercarse a mí colocando un brazo a cada lado de mis hombros. Se apoya en uno solo, sin dejar de mirarme, para llevar esa mano libre a mis piernas abiertas, temblorosas e inseguras. Sus dedos trepan por la cara interna de mi muslo hasta llegar a mi entrepierna. Contraigo los glúteos y abdominales al sentirlo en una zona tan íntima, escapándoseme un suspiro lastimero.

—*Liebe*… ¿Cómo es posible que te pongas así tan rápido? —susurra, descendiendo hasta mis labios. Abro la boca en cuanto noto su pulgar presionando mi clítoris, excusa que utiliza para besarme tan despacio que me acelero—. Eres tan sexy…

Gimoteo algo ininteligible cuando empieza a tirar de los pliegues de mi sexo. Mi cuerpo se retuerce sin que haya nadie al timón; los dedos de los pies se me encogen, y yo misma dejo de respirar cuando, sin dejar de frotar el capuchón de mi entrada, introduce dos dedos. Aprieto los labios para soportar la presión insoportable…

—Oh, joder… —lo escucho mascullar, adentrándose en mi interior—. Estás muy apretada. ¿Te he hecho daño? Dios… ¿Cuánto llevas sin…?

Trago saliva compulsivamente y, guiándome por un impulso que nace de un lugar recóndito de mi cabeza, lo agarro por la muñeca para que pare. Él comprende

enseguida lo que le digo con el lenguaje no verbal, porque aparta la mano con cuidado.

Lo que no aparta es la mirada: me observa con la cabeza trabajando a toda velocidad, sin saber qué hacer. Yo hago todo lo posible por recomponerme, cerrando las piernas y bajándome el vestido. Trato de incorporarme, pero la rodilla de Leon está sobre la esquina de la falda y no podría sin rasgar la tela. Él se da cuenta y me libera, a lo que yo me levanto bruscamente y me bajo de la cama sin dejar de agarrar el dobladillo con los nudillos blancos, asustada por si vuelvo a exponerme.

No sé qué decirle, lo único de lo que estoy segura es de que quiero y necesito que se vaya. Ha sido una mala idea, una muy mala idea…

—Demasiado rápido —murmuro al fin, tratando de controlar mi respiración.

Lo veo asentir, aún de rodillas sobre el colchón y con el ceño levemente fruncido.

No me paro a averiguar si está molesto o solo sorprendido: deseando encontrar un momento a solas, me encierro en el baño de la habitación echando el pestillo y no salgo hasta que no escucho el sonido de la puerta.

CAPÍTULO 7

—Aquí tienes.

Lana deja delante de mis narices un plato a rebosar de ensalada, que no tardo en pinchar con el estómago rugiendo de alegría. Sabía que Neumann no perdería el tiempo; el contrato experimental firmado con los inversores culmina en siete meses, y si no tiene algo para entonces, no lo renovarán. Por eso hemos empezado fuerte, y nos hemos mantenido trabajando a un ritmo agotador durante estas dos semanas, con jornadas de hasta diez horas. Y creedme, entre diez horas con el culo pegado una silla de oficina y diez horas de un lado para otro en un laboratorio, no hay color. Casi estoy arrepintiéndome de haberle negado a mi madre la ilusión de estudiar abogacía… Casi, porque en realidad, la satisfacción de estar aquí es indescriptible.

Luego ya hay otras cosas menos satisfactorias.

—Lana, cariño.

—¿Sí?

—Hay una salchicha en mi plato.

Mi ayudante me mira como si hubiera detectado un olor desagradable en el ambiente.

—¿Y? —espeta—. ¿Otra vez con esa mierda de que eres vegetariana? Me empieza a cansar tu superioridad moral, Non, te lo digo en serio. Está bien que no comas carne, y es verdad que los que la comemos deberíamos dejarlo, porque en fin… Estamos matando animales para freírlos o rebozarlos en pan rallado y la verdad es que la cosa no queda muy lejos del canibalismo cuando tienes un perro y un cerdo a los que quieres más que a tu vida, pero… Eso no nos hace peores personas, ¿sabes? No eres mejor que yo. Por estas cosas me caías mal —continúa despotricando, mientras trata a su ensalada como si la hubiera dejado por teléfono. Hace una mueca y pone la voz en falsete para, supuestamente, imitarme—. «Uy, mírame, soy vegetariana, no como pollo, no voy al McDonald's… ¿Dónde está mi Nobel de la Paz?»

—Me quedaré sin Nobel, pero a ti deberían darte un Oscar. Lana… —suspiro—, simplemente he dicho que hay una salchicha en mi plato, y sabes que no como carne. ¿La has metido a traición porque quieres discutir?

Cuando uno ve a Lana, lo último que se imagina es que es una mujer rara. Aparece tan morena y despampanante, con los ojos tan verdes, la sonrisa tan perfecta y la ropa siempre a la última, que quedas cegado y no tienes tiempo para preguntarte si tendrá algún defecto. Pero eventualmente acaba mostrándote a lo grande cuáles son sus carencias y manías. Una de ellas es que suele buscar bronca cuando está mosqueada,

para así drenar las malas sensaciones. Alguna gente hace yoga, y yo procuro callarme y no pensar mucho en ello. Lana prefiere aparecer, meter un trozo de animal muerto en tu puñetera ensalada, reventarte el tímpano con reproches que no te mereces y encima imitarte como si tu voz se pareciese en algo a la de la ex novia de Chandler Bing. Sí, la maldita Janice.

Oh, Dios mío…

—Estoy tan cabreada, Non —gimotea, con la boca llena. También tiene algunas virtudes, y es que no da bombo a las cosas hasta desquiciar al interlocutor. Lo suelta y ya—. Es que no te puedes hacer una idea de lo que pasó anoche.

En realidad, sí que puedo. Anoche estuve terminando de decorar el salón de mi apartamento recién adquirido: una preciosa y coqueta guarida con dos habitaciones, cocina conectada con el salón y baño con bañera —imprescindible para una amante de las burbujas como yo—. Un arduo trabajo para una sola persona, la menda, que debería haber contado con la colaboración de la otra inquilina. Por tanto, me hago una idea de que *no* estuvo ayudándome porque estaba ocupada rogándole a Axel que le confesara el significado de su tatuaje.

—A ver, sorpréndeme.

—Pues como ya sabes, Axel se ha pasado estas dos semanas prácticamente babeándome el culo, así que se me ocurrió que aunque sea un mujeriego indeseable debía darle una oportunidad para demostrarme que puede tener madera de *hombre para Lana*. —Como todas esas series y películas al estilo «un príncipe para la princesa»: igualito—. Propuso una cita, y todo muy bien. Apareció en un coche increíble, me llevó a un sitio increíble, y…

Desconecto en cuanto me encuentro con la segunda salchicha oculta entre la maleza de la ensalada. Dos. No una salchicha, lo que ya de por sí es molesto, sino dos. Meter dos salchichas en mi comida es ya simplemente imperdonable. ¿Por qué la gente no puede dejar de irritarme? ¿Es el karma por no mover el culo hacia el bufé y encasquetarle a Lana mi obligación de hacerlo? Sí, probablemente eso había sido una maldita indirecta para que no me tire en plancha sobre el asiento de la cafetería nada más ficho la salida.

En cuanto a lo de Axel babeándole el culo a Lana… No es ningún farol, ese tipo literalmente erigiría un templo con su nombre a cambio de un beso en la distancia. Claro que Axel Volney es la clase de tío que le pone un altar a toda la que se le cruza por banda y responde a sus provocaciones con un poco de estilo. Y en cuestiones de estilo ya sabéis que Lana está salvada con honores, ¿no? Si tengo que repetirlo es que no estáis prestando ninguna atención.

En fin, no me está contando nada que no haya visto. Mis dos primeras semanas

desde el aterrizaje han sido bastante tranquilas, aburridas incluso, salvo por la adrenalina de estar estudiando síntomas y fármacos para curar toda esa serie de enfermedades musculares que tanto me fascinan. ¿Qué? A algunas les gustan los desfiles, a otras los videojuegos, a unas terceras los polos de lima limón, y a mí me gusta el cáncer en el tejido blando. ¿Es eso superioridad moral también? No lo creo, en todo caso frikismo extremo.

—¡…Es que flipo! ¿Tú te lo puedes creer?

—Menudo fantoche, ¿no? —se me ocurre comentar, apartando la salchicha de mi vista. Ya sabía yo que venir a Múnich solo me daría problemas… Y echarme amigas en el trabajo, también. Si fuera una ayudante decente y nos uniera una mera relación laboral, ya veríamos todos cómo no se le ocurría gastarme la bromita de la carne—. ¿Cómo ha podido?

—Y lo peor es que no sé qué decirle, la verdad. ¿Tú qué harías? —sondea Lana, mirándome fijamente—. ¿Acepto o lo descarto?

Hago un gesto rápido con la mano, restándole importancia, y devuelvo la mirada a la ensalada.

—Descártalo —concluyo, metiéndome el tenedor en la boca—, ha sido un cabrón.

—Bueno, tanto como un cabrón… Solo proponía algo nuevo, y la verdad es que siempre he sentido curiosidad por los tríos. Y si encima me dices que el tercero sería Leon Dresner, pues apaga y vámonos.

Mis ojos se abren de par en par y, al ahogar un grito, la ensalada acaba atascándose por donde no debería atascarse nunca: en la zona de la garganta que corresponde a la respiración. Empiezo a toser ruidosamente, con una mano en el cuello, mientras que Lana me mira con una sonrisa de satisfacción.

—¡Lo sabía! ¡Y lo sabía por partida doble, ja! No me estabas escuchando, y encima acabo de averiguar que Prince Charming no te es indiferente, y que efectivamente sigue pasando algo entre tú y él.

—Me… me… cago en t… —balbuceo, agarrándome la garganta—. V-voy a mat…

—Sí, sí, resérvate las amenazas para otro momento. Te he pillado, Adrienne, ya no puedes escapar. Desembucha, ¡ya!

Le lanzo una mirada perdonavidas —no es exactamente eso, porque aún no he decidido si la voy a disculpar esta vez; ya van dos intentos de homicidio, podría denunciarla— e intento tragar esa lechuga aventurera dando un largo trago al té de jengibre. El ataque de tos no desaparece hasta cinco minutos después, y para ese momento, ya estoy preparada para darle un buen uso al cuchillo de untar.

—Antes de que utilices eso, deja que hable en mi defensa —habla, interrumpiendo mi «¿unas últimas palabritas?»—. Llevas desde que llegamos muy baja de ánimos… No, no desde que llegamos, sino desde que volviste de la cita. Me preocupas, porque tuvo que ser *desastrosamente desastrosa en el desastre* para tenerte tan distraída todo el tiempo. Tú no eres de las que se deprimen cuando algo le sale mal… y sé que no estás deprimida, suelta ese cuchillo ya —me amenaza, con cara seria—. Por eso me preguntaba si es importante para ti, o…

Obviamente no es importante para mí. Estoy en un momento de mi vida en el que hacen falta más que cuatro besos, dos frases ingeniosas y unos ojos verdes para conquistar esta «Tierra de nadie» que es Adrienne Saetre. Pero tampoco puedo decir que me dé igual que Leon haya hecho bomba de humo después de la… *desastrosamente desastrosa del desastre* cita en la suite. Aunque quizá el término «bomba de humo» no sea el más correcto para definirlo, porque lo he estado viendo en los laboratorios, observando nuestro trabajo, conversando con Neumann, discutiendo con algunos gerentes, y un largo etcétera. Simplemente ha decidido pasar de mí, y, sí, lo admito, me sienta como una patada en el culo, pero más porque tengo que verlo a diario que por lo que Lana piensa… y lo que seguro que vosotros también pensáis.

No me gusta, ¿vale?, y no me siento culpable. Podría haber corrido hacia él arrepentida, pedirle que me diera otra oportunidad, o solo disculparme porque lo largué de mi habitación en un momento delicado. Y digo esto porque todo apunta a que está muy ofendido por mi rechazo, necesita recomponer su frágil orgullo masculino y para ello debe pasearse delante mía con un traje que le hace un culo espectacular para recordarme lo que he perdido. ¡Ja! Si él supiera que a mí los traseros masculinos no me causan ningún impacto, desertaría y reemplazaría la táctica por colocarse cinco anillos en cada dedo. Oh, sí, sus manos sí que son material pornográfico.

Pero en fin, me parecía y me sigue pareciendo una actitud altamente infantil que no me quite ojo de encima cuando cree que no le veo, y me ignore cuando habla en público, que son los únicos momentos del día en los que me permito mirarle directamente.

En realidad los dos parecemos un poco estúpidos, si me pedís mi opinión, pero salvando las distancias… Yo no soy la que había estado persiguiéndole con promesas calientes, ni la que le estuvo comiendo la oreja una semana entera con que si la atracción entre nosotros es sobrenatural.

Sí, claro, como si esa atracción pudiera haber llegado a existir si no le hubiera conocido hasta las cejas de afrodisíaco. Estoy convencida de que si me sigo estremeciendo cuando le pillo repasándome de arriba a abajo con una sutileza que envidiarían los mimos, es porque el Solaray me ha dejado secuelas. Yo no era así, y no creo que sea cosa del ambiente de Múnich, porque entre nosotros… Hace un frío que le

cortaría el rollo a Príapo[2], y si no se hizo la magia atrayéndome cualquier individuo en la ciudad del amor, es porque soy oficialmente asexual. Algo que ni Superman puede cambiar.

Como si me gustaran a mí los superhéroes, claro… A mí me van los villanos, que para eso son los científicos locos o los inteligentes capaces de crearse trajes increíbles. Mirad al Doctor Octopus, o al Duende Verde.

—No estaba preparada para ir rápido y él ha resultado ser un hombre de una noche. Eso es todo, no hay que poner el grito en el cielo —respondo al fin, encogiéndome de hombros—. Tú conoces a esa clase de hombre mejor que yo, y bien sabes que se puede sobrevivir tras un rechazo.

—Pero… Él no parecía esa clase de hombre —murmura Lana, consternada. A veces pienso que Lana y yo somos justamente una unidad indivisible porque ella expresa las emociones que yo no logro exteriorizar por unas o por otras, y yo le doy la serenidad y el sentido común que le faltan, aunque luego se pase por el arco todos mis consejos—. ¿Habéis hablado sobre el tema?

—Claro que no.

Y me niego a hacerlo. Sí, soy una mujer hecha y derecha, una mujer que se ha creado a sí misma, una mujer independiente y luchadora, pero me siguen imponiendo las conversaciones sobre el «¿qué somos?»

No recuerdo haber tenido una en toda mi vida, y no voy a empezar ahora con un tipo al que, sinceramente, le deseo que le vaya bien en la vida y a poder ser, no me vuelva a molestar.

—Pero, ¿y si vuelve? ¿Y si te pide salir de nuevo? ¿Y si se arrepiente?

—Pues tomaré alguno de tus muchos consejos. La ley del hielo, llamar a su ex y quedar con ella para tomar algo, arrojarle agua hirviendo desde la ventana… Estaba bromeando —aclaro, aguantando la risa—. No soy tan sádica como tú. Le rechazaré amablemente y ya está.

—Pues no lo entiendo, porque encajabais. Tampoco os he visto teniendo sexo, aunque la verdad es que sería interesante, pero por lo que he observado… Había complicidad entre vosotros. Si no vuelve a babearte el culo es que no merece la pena, porque nadie renunciaría a la Gran Dama por tener a cualquier otra en su cama.

«La Gran Dama» es la manera que tiene Nina —hermana de Lana y una de mis grandes amigas, por si seguís perdidos— para referirse a la mujer que está esperando que llegue a su vida y la conquiste de un solo vistazo, lo que se llama «alma gemela», o «*femme fatale*». Lana ha adoptado su lema para sí misma, y yo… Pues también.

—Deja de darle vueltas, Lana, yo no se las doy. —Eso es mentira, pero que quede entre nosotros, ¿vale? No tengo por qué darle otro disgusto más—. De todos modos nunca habríamos llegado a ninguna parte, así que mejor cortar de raíz antes de que se desmadrase y tuviera que dar explicaciones.

Lana entorna los ojos.

—¿Qué pretendes decir con eso?

Atended, porque podría morir en este preciso instante. No sé cómo ni cuándo —sí por qué— ha llegado el cuchillo a la mano cuidadosamente engalanada —por pulseras, uñas pintadas y anillos— de Lana, pero estoy segura de que no dudará en usarlo si soy sincera. Lo siento por ella, porque soy Non, siempre seré Non. Y eso significa ser honesta, acertar en mis predicciones en un noventa y nueve por ciento de los casos y estar enamorada de un solo hombre, que será el que querré para siempre.

—Pretendo decirte que Leon podría haber sido una excelente distracción, pero en ningún caso un reemplazo. —Encojo un hombro. Como diría mi madre… «Esto es como las lentejas, si te gusta las tomas, y si no, pues las dejas». Y si le pica, que se rasque—. Ivan sigue, seguirá y habría seguido siendo el número uno aunque Leon se hubiera quedado.

Lana niega con la cabeza, terca como solo ella puede serlo.

—No, Adrienne, no… Así no vas a pasar página, tienes que dejar de aferrarte a su recuerdo. No te hace ningún bien, no vas a poder ser feliz nunca si lo… —Aprieta los labios—. ¡Arg! Te odio tanto, Adrienne. —Me mira con los ojos llenos de rabia—. Puedes tenerlo todo y lo sabes, y aun así, sigues estancada en la época en la que nada te salía bien.

—Tenerlo todo no garantiza la felicidad, sino tener lo que necesitas. Lo único que necesito es lo único que me falta, Lana. Y puede que no sea feliz nunca si no lo suelto. —Me pongo de pie con la bandeja vacía sobre una mano, y le doy una palmadita cariñosa en la espalda—. Pero tampoco voy a ser feliz saliendo o acostándome con todos los hombres que me intentas tirar a la cara.

—No, claro que no —contesta, más relajada—. La diferencia es que si lo hicieras, por lo menos lo pasarías bien.

Suelto una carcajada y decido no contestar, lo que ella interpreta como una afirmativa. Lo que la ayude a dormir mejor…

Me gusta atormentar a la gente con sus propias dudas y señalarlos cuando se equivocan tomando decisiones que atañen a sus vidas; es una manera un tanto pesimista de guiarlos, pero sirve. Lo que ya me gusta menos es darles pistas sobre mis problemas para que puedan responderme con la misma moneda, y por eso ante mi

propia vida adopto otra clase de actitud. Una más displicente, más pasota, aunque sin engañarme nunca a mí misma. Eso jamás.

Y en fin, no tiene razón. No lo pasaría mejor jodiendo con desconocidos, ni tampoco con semi-desconocidos que se presentan como superhéroes, porque la esperanza de sacarme del pecho a quien realmente amo es nula. Y, ¿en serio pensáis que una mente racional como yo pierde el tiempo haciendo cosas que no le van a aportar nada? Porque estáis muy equivocados.

Aunque sí, pese a todo admito que es un poco triste y decepcionante que Leon se haya dado en retirada, porque ha sido el único en años que ha conseguido que quiera que me toquen. Lo que significa que, con el tiempo, quizás no habría sido un reemplazo, ni un complemento, ni se hubiera ganado tampoco su propio lugar… Pero por lo menos no me habría sentido tan vacía como me siento.

CAPÍTULO 8

No sé si Lana sabe que aunque haya desarrollado un complejo sistema manual compuesto por una revista y un par de cojines para cubrirse la cara mientras se echa la siesta, no me puede engañar. De lo que sí está muy segura es de que no le voy a echar la culpa de haberse quedado dormida como un tronco después de siete horas seguidas encerradas en el laboratorio, y por eso se toma la libertad de dormirse.

Primero, porque aunque en otros tiempos la habría mandado al garrote vil, la aprecio y quiero lo mejor para ella. Y lo mejor para ella después de haberse destrozado los pies con unos taconazos —eso es culpa suya, que conste— yendo de un lado para otro con el instrumental que le voy pidiendo, es echar una cabezadita. El segundo lugar está más encaminado a que admiro sus automatizaciones y siempre puedo exigirle un porcentaje cuando las patente, en este caso la de sostener la *Vogue* incluso estando dormida. En cuanto al tercer lugar… Calladita está mucho más guapa.

Tampoco puedo echarle la bronca por pasarse el día quejándose, porque la obligo a trabajar el doble. Aunque los seis elegidos trabajamos conjuntamente, cada uno tiene asignado un trabajo individual y, por supuesto, todos tenemos derecho a ir desarrollando nuevas ideas por nuestra cuenta, siempre y cuando las pongamos en común. Neumann, gracias al cielo, no me ha dicho nada después del mensaje de disculpas y el escueto recibimiento. No me presta más atención que al resto, y eso es un avance, porque desgraciadamente sé muy bien lo que suele significar que estén encima de ti: nada bueno, aunque al principio lo parezca.

Aun así, sospecho que tengo que demostrar mi valía para que no se arrepienta de haber escuchado al inversor —en realidad no le quedaba más remedio o cortaba el grifo, pero dejemos eso a un lado—, y por eso me quedo todos los días unas horas más en mi rinconcito del laboratorio. Lana dice que es deprimente que por ser mujer dé la impresión de estar aquí por el jefe, cuando en el fondo yo misma sé que Le… *El señor Dresner* —¿qué leches son esas confianzas de llamar por el nombre?— abogó por la justicia y no solo por mí al intervenir, y que justo por eso tenga que echar más horas que el resto. Y yo participo en esa idea, le doy la entera razón, pero odio tener tiempo libre, así que no me molesta adelantar trabajos y seguir moviéndome.

Reconozco que va a ser un proceso lento, pero me anima pensar que cada día estoy un paso más cerca de la cura. Y bueno, no soy una persona que se deje influir por su entorno cuando está trabajando, pero definitivamente prefiero mil veces más estar a solas con mis elementos químicos y sustancias inflamables a las tantas de la noche que siendo observada por un trajeado con nombre de mamífero carnívoro de la familia de los félidos.

¿Qué? Me gusta concretar.

Creo que ya nos conocemos suficiente para que no os pille desprevenidos esta afirmación: no me gusta ser el centro de atención, aunque tampoco me importa que un señor de ojos verdes pierda su tiempo persiguiéndome a todas partes con la mirada. Pero en este caso, lo admito. Me molesta lo indecible. Es decir… No es solo un señor de ojos verdes, ni voy a decir que sea *El señor de ojos verdes*, como si no hubiera señores de ojos verdes a lo alto y ancho del mundo, pero ese señor de ojos verdes ha removido cielo y tierra —de acuerdo, puede que solo moviese el meñique, ya sabemos que no le hacen falta megáfonos ni protestas masivas para que le hagan caso—, consiguiendo al final ponerme al frente en su financiada investigación… con el único objetivo de meterse en mi ropa interior. Y resulta que ahora he perdido todo el atractivo para eso, por lo que estoy en mi derecho de preguntarme a qué vienen ahora esas miraditas. Sobre todo porque no sé qué significan, y ya sabemos que detesto no saber cuáles son las intenciones de la gente.

Yo siempre lo he tenido muy claro. Las cosas o las tomas, o las dejas. Tienes que tener muy claro el objetivo en tu vida, porque si no, eres una veleta sin rumbo que va allá donde la mueva el viento, y al final no echas raíces en ninguna parte. Y hay que echarlas a fondo, aunque a veces duela demasiado por desenlaces inesperados, porque esa es la vida, ¿no? Incluso yo, con mi pesimismo —yo inventé la religión del Non, nada sorprendente hasta aquí—, entiendo que en el mundo hay cosas bellas a las que agarrarse para que le den sentido a todo lo demás. Y para eso hay que tener unas prioridades. Por lo que, volviendo al tema inicial y relacionándolo con esta parrafada… ¿Cuál es el plan de Prince Charming, que ya no es Prince Charming, sino una mala versión de *The Observer*? ¿Dónde encajo yo en su recién estrenada profesión de acosador pasivo?

Maldición, si en su momento demostró una cosa, que ahora no venga con otra. Han pasado tres semanas, yo ya me he acostumbrado a mi situación de «¿qué coño ha pasado para ese cambio de opinión tan radical?» Ahora que no vuelva a girarme la vida, que soy una octogenaria mental y no me van los meneos del «ahora te quiero, ahora no». En fin… Yo estoy ubicada, vosotros estáis ubicados… ¿Por qué no se ubica él?

Pensaréis que estoy exagerando, pero nada más lejos de lo que ocurre. Incluso Lana se pregunta de qué va, y para que la propia Lana decida cerrar el pico y simplemente ahogarse en sus dudas, es que algo grave pasa… Vale, ese algo grave he sido yo diciéndole que como se vaya de la lengua le tiro los conjuntitos de lencería a la chimenea. Pero se entiende el punto, ¿verdad? Es desquiciante que Leon visite los laboratorios y dé cinco vueltas consecutivas por mi mesa sin decir nada. Y no, no tiene nada que ver con que le interesen mis mezclas y la lista de elementos en los prospectos médicos que estudio de vez en cuando, porque el tipo es un ignorante de las ciencias.

Normalmente suelo ir al grano y podría haber reducido todo esto a un simple «no deja de rondarme», lo sé. El problema es que esto me tiene en vela, porque me da la impresión de que con su constante escrutinio y presencia evoca a uno de esos tíos con frac que persiguen a los deudores por la calle y los ridiculizan frente a sus amistades. Y es muy posible que lo que quiere decirme no sea que le pague, sino que me largue, que ya no me quiere aquí porque ya no pretende acostarse conmigo. Una cosa que si llega a pasar…

Dejo las consecuencias a vuestro libre albedrío, es pronto para conocer a la Adrienne agresiva.

Pero hablando del rey de Roma…

El sonido de una puerta cerrándose me distrae un momento de mis mezclas y de la cancioncita de Sinatra que he puesto en el iPod. Ladeo la cabeza, en busca del origen del eco, y reconozco enseguida su inmensa silueta cruzando el pasillo en mi dirección. El laboratorio es una verdadera fantasía para cualquier amante de lo moderno, todo acristalado, perfectamente equipado y tan amplio que ni tras doce horas allí podrías sentir que las paredes te absorben. Lo malo es que puedes sentirte observado porque desde cualquier punto del pasillo pueden estudiar tus movimientos, pero nada demasiado terrible para mí, que me abstraigo por completo cuando me pongo a trabajar.

—¿El sol no se pone para usted, señorita Saetre?

Ah, bueno, ahora soy la señorita Saetre. Esto es increíblemente ridículo, y ni que decir tiene que me molesta. No por la distancia, sino porque me pasé todo el periodo de «conocernos» —ya, como si supiéramos algo el uno del otro— intentando ponerla y él se lo pasó por el forro. Y ahora, va y me trata de usted.

Luego soy yo la de Marte.

—Lo que se puede hacer en tiempo de ocio por la noche no me interesa.

—¿Como dormir? —contesta, medio burlón. Sigo sin levantar la cabeza de mi libreta de anotaciones—. ¿Como… contar historias de terror?

—No hay mayor historia de terror que una enfermedad degenerativa sin cura, así que en eso estoy servida.

—Estoy de acuerdo —responde suavemente. Casi logra que le preste atención… casi —. Le sientan bien las gafas.

—Son para verle mejor.

Y ahora se ríe, pero tampoco me distraigo. Los garabatos que estoy haciendo en la libreta para fingir que tengo mejores cosas que hacer son mucho más importantes que

su cara.

—No sabía que las llevara.

—Y no las llevo. Son un complemento que mi asistente personal insiste en que me ponga para darme aire de intelectual. La miopía es una excelente virtud para ella. —Hago un gesto hacia la Lana que duerme con la boca abierta. Se le ha caído la revista, así que adiós a la patente—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Puede mirarme a la cara. No pasa nada si la miopía le impide ver algo, sería solo un gesto de cortesía.

Levanto la barbilla de muy mala gana y lo enfrento. Escalofríos y sensaciones dispares desatándose en mi fraudulento estómago —*creía que ya lo habíamos hablado, desgraciado*— aparte, está todo bien al mirarle a los ojos.

—¿Qué hace por aquí?

Él se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos, distraído. Da una vuelta tranquila alrededor de mi mesa, sin apartar los ojos de las puntas de sus elegantes zapatos. Yo soy incapaz de fijarme en esas cosas porque, aunque haya demostrado lo contrario, suelo mirar a la gente a la cara cuando me hablan… Pero Lana no ha dejado de parlotear sobre el sinnúmero de trajes que tiene Leon en su armario. Siempre señala las diferencias. Que si la raya diplomática, que si el de corte ejecutivo, que si el *blazer*, que si el doble botón, que si el mandarín, el *dinner jacket*… No sé qué lleva ahora, solo que le sienta bien.

—He estado pensando que supervisar desde el observatorio unos cuantos minutos de vuestro trabajo no me acerca a lo que en realidad estáis haciendo, porque no entiendo mucho de lo que veo. Así que… —Coge uno de los matraces y lo estudia con curiosidad—. Esperaba enterarme de cómo funcionan estas cosas. ¿Qué es esto, por ejemplo?

—Un kitasato.

—Suena japonés.

—No le va a hacer ninguna llave, no se preocupe. —Encojo un hombro despreocupadamente—. Solo sirve para filtraciones al vacío.

—¿Y esto?

—Un mechero de Bunsen. Sirve para que los más malos de la clase se enciendan los cigarros con una llama azul.

—Entiendo… —Detecto una nota divertida en su voz. No quiero que nadie haga ningún comentario sobre mis intentos de hacerme la graciosa. Nada más lejos de mis intenciones—. ¿Esto de aquí?

—Es una espátula, aunque nada que ver con la de *Bob Esponja*.

—¿Se conoce todas las series animadas infantiles, o es una impresión equivocada la mía?

—Como ya le dije, en el hospital no había otro canal disponible y el silencio podría volver loco a cualquiera. No toque eso sin lavarse las manos… Son delicados los instrumentos del estuche.

—¿Y qué me dice de esto? ¿Qué contiene?

—Rojo fenol. Bonito, ¿eh? Podría llevarse un poco, se utiliza como indicador de PH. Ya sabe, lo que le falta a sus toallitas.

—Le tomaré la palabra, aunque no creo que eso le haga ilusión a Neumann. En cuanto a las toallitas… ¿Cree que algún día podrá perdonarnos? —pregunta, mirándome directamente a los ojos. Un segundo, dos segundos, tres… y así hasta cinco. Eso es lo que aguanto sosteniéndole la mirada antes de apartarla y apreciar por el rabillo del ojo que sonríe victorioso—. ¿Y qué hay ahí dentro?

—Oh, eso… Ese es mi termo con té de jengibre. Altamente inflamable, así que tenga cuidado… Solo si es alérgico al jengibre, claro. —La sonrisa de Leon se ensancha. A estas alturas ya he decidido dejar de hacerme la interesante haciendo cruces en el cuaderno; lo cierro, con un mal presentimiento en el estómago, y lo enfrento desde mi lado de la mesa—. Podría hacerle un tour y enseñarle todo el instrumental, las sustancias químicas que se conservan, las muestras víricas que apreciamos en los microscopios y el arsenal de medicación que estudiamos para dar con la mezcla… Pero no es eso lo que quiere.

Mi directa logra captar su atención. Aparta las manazas de mis queridos trastos para dejar los brazos muertos a cada lado del cuerpo. Me observa en silencio un momento, y no de cualquier manera. Sus ojos se desplazan por mi rostro rápida y críticamente, como si quisiera encontrarme un defecto.

—¿Qué cree que quiero? No debe ser bueno, si las ronchas se le han vuelto a inflar y está más tensa que nunca. Puede ser sincera.

—Descuide, siempre lo he sido. —Los dos hemos podido oír el «cosa que tú no», pero como sé que queréis lo mejor para mí, ignoremos ese lado despechado que recién está aflorando, ¿sí?—. Lleva tres semanas rondándome sin decir una palabra. Evaluándome, supongo. O quizás buscando encontrar la manera más diplomática de decirme que quiere que me vaya. Se ha arrepentido de haber intercedido por mí y ahora desea enmendar su error.

Parece pillarle desprevenido, efecto que se acentúa cuando Frank Sinatra termina una canción para entonar la primera frase de *Yes sir, that's my baby*, que es, por cierto,

«Yes sir, that's my baby». Muy apropiada… *para violentarme.*

—Creo que ahora entiendo por qué te llaman Non… Siempre te pones en lo peor.

Eh, que ahora viene el tuteo. Pónganse cómodos, empieza el segundo *round*. Quién sabe, a lo mejor el tercero es despedirme.

—Solo sacaba la conclusión que más acertada me parecía. Espero que no me malinterprete y la sinceridad no me acabe pasando factura, pero lo que cabe esperar tras su cambio radical de tratamiento es que me expulse.

Estoy física y mentalmente preparada para que se haga el tonto con ese clásico: «no sé de qué me estás hablando» tan famoso en las telenovelas por preceder, siempre, una larga y detallada explicación que denota lo bien que saben de qué les hablan. Pero no, Leon está por encima del guión medio de un drama venezolano, lo que significa que tiene madurez suficiente para afrontar su bipolaridad. Y me alegro, porque el primer paso para la curación es admitir que se tiene un problema.

—En cuanto a eso… Necesitaba estar preparado antes de tomar una decisión, fuera cual fuere.

Si meterme mano en mi suite no era una decisión, no quiero ni imaginarme qué clase de decisiones tiene en mente, ni si contienen fantasías relacionadas con fustas —ya he mencionado que odio los clichés, y eso ya lo remataría—… pero prefiero no contestar con pullitas ofensivas. En el mundo de Adrienne Saetre, los vaciles, los golpes y demás se dan interiormente. No porque me preocupe herir sensibilidades, sino para eludir de la forma más inteligente posible el evidenciar ese lado pasivo-agresivo del que os he hablado.

—¿La decisión de expulsarme del programa?

Él suspira. No como un Romeo enamorado; es una simple exhalación de cansancio.

—Me preocupa lo que te hayan hecho en los laboratorios de París para que tengas en tan baja consideración tu talento, pero no indagaré para no salirme de la cuestión. Ya te he dicho que estás aquí por tu valía, y nunca me he arrepentido de sugerirle a Neumann que echase un vistazo a las cámaras o te incluyera en la candidatura a la investigación. Ni se me ha pasado por la cabeza. Tampoco se me ocurrirá en caso de que me eches cicuta en el café. Creo ciegamente en tu trabajo, y ni has decepcionado a Neumann ni me has decepcionado a mí; solo tienes que ver dónde están tus compañeros ahora, y dónde estás tú. —Abarca el espacio con un elegante gesto—. Créeme, modelo. Me tomo tan en serio este estudio como el doctor y los integrantes del equipo; no soy de los que invierten su dinero en lo primero que pillan para quedar bien o atribuirse más tarde las ganancias del proyecto. Lo dije y lo repetiré: que me atraigas es solo un añadido. Si solo fuera cosa de la atracción, te habría inducido a quedarte tentándote con otras

posibilidades.

—¿Qué posibilidades? ¿Incluirían ponerme un mote más simpático que «modelo»? Porque todo tu discurso se va a freír espárragos cuando de nuevo, vuelves a elegir la virtud de mi físico para recalcarla por encima de las demás.

—Si lo prefieres, puedo llamarte cerebrito, o Miss Neuronas… No, eso hace referencia a Miss Mundo, y podría ser despectivo porque *mis* neuronas no tienen nada que hacer al lado de las tuyas. —¿Eso es una ironía?—. ¿Algo más como «hipotálamo»…? Porque no estoy seguro de saber exactamente qué es, o dónde está. O… Einstein, pero podrían denunciarme por usar un apellido registrado para referirse a leyes, o normas, o teorías. ¿Qué es lo mejor en la ciencia actualmente? Las células madre, ¿no? Son como el latín en la lengua moderna, si no me equivoco. Podría inventar un mote al respecto. —Avanza un par de pasos, pegando el estómago a la mesa—. O podrías dejar de renegar de tu físico, como si fuera terrible ser guapa cuando el mundo es generalmente superficial. Y de paso, aceptar que te halague en lugar de fruncir el ceño. Entiendo que pueda molestarte que solo te valoren por eso, pero en mi caso lo hago por ambas cosas. Fíjate por dónde se me ha ocurrido una idea: ¿por qué no firmamos una custodia compartida sobre los halagos? Puedo decirte lo guapa que eres unos días a la semana, y otros te regalo sudokus para avivar tu mente ya de por sí despierta.

Eso no me lo esperaba.

—Primero —empiezo, arrugando la frente—: puedes llamarme por mi nombre, mi madre me lo puso para evitar estos malentendidos. Segundo: el hipotálamo está en el encéfalo y regula la hipófisis, esa glándula gracias a la cual puedes sentir hambre, sed, frío, e incluso ardor sexual. Tercero: no reniego de mi físico, sino de la superficialidad y la redundancia. Ya sé que soy guapa, no necesito que me lo recuerdes como si fuera algo asombroso, sobre todo cuando no he tenido nada que ver al respecto. Y cuarto: si no me estuvieras pareciendo insufrible y entendiera a dónde quieres llegar, me habría reído con lo de los sudokus.

—Iría a donde quieres que llegue si supiera a dónde quieres que llegue. Respondida tu duda inicial sobre si lo que pretendía era echarte, ¿qué es lo que procede?

—Una explicación sobre por qué entorpeces mis avances si tan en serio te tomas en serio a los investigadores.

—Eso es simple. —Vuelve a meter las manos en los bolsillos—. Porque tú has estado entorpeciendo los avances para sacarte de mis pensamientos. ¿Y ahora?

No tendría que haberme quedado sin palabras, pero ha ocurrido, y es en parte porque siempre he sido una persona de pocas palabras… a no ser que me den cuerda, esté en mi momento de aconsejar a Lulú y recordarle que debe alejarse de hombres

tóxicos, o me haya metido un afrodisíaco por equivocación.

—Una respuesta a por qué querrías sacarme de tus pensamientos. No le busques un segundo sentido con el que alimentar tu ego —añado, sin expresión—. No siento nada por ti, ni me duele que tus… —¿sentimientos? ¿Apetencias sexuales?—, intenciones hacia mí hayan cambiado. Pero me gustaría saber si estoy tratando con una persona con algún trastorno, aunque los síntomas sean leves pero la expresión de los mismos sea exageradamente desproporcionada, si era una especie de juego y olvidaste presentarte como el hijo caprichoso y mujeriego de un millonario, o si simplemente cambiaste de parecer y temías confesármelo por vete a saber qué motivo. Uno podría haber sido el de herir mis sentimientos, pero estás a salvo de eso, por lo que… ¿Con cuál me quedo?

—Si no sientes nada por mí, ¿por qué quieres una explicación?

Esa es una pregunta difícil, y no por lo que podáis pensar. Aún hay cosas que no sabéis sobre mí, no os creáis que conocéis los recónditos pasadizos de mi alma o lo que la experiencia me ha enseñado, o que mi vida se reduce a la limusina de Leon Dresner. Es algo que queda lejos de explicación y que no sé si puedo simplificar en una breve contestación.

—Porque detesto vivir preguntándome qué habría pasado si las cosas se hubieran dado de otro modo, y porque para cerrar capítulos necesito definir los principios y los finales.

—¿Y ser un capítulo para ti no denotaría que sientes algo? Dudo que se les dedique capítulos a gente que te es indiferente.

Parece un intento por hacerme admitir que le quiero, le adoro, le amo y quiero pasar el resto de mi vida a su lado… pero no lo es. En sus ojos no hay esperanza de ninguna clase, ni la bomba del ego a punto de explotar de emoción por saber que me tiene a sus pies. Va con pies de plomo, estudia mi reacción como si nada le importara más que saber la verdad. Solo eso: averiguar si miento ahondando, pinchándome, viendo si cedo o no cedo. Puntualizando… una mirada y un comportamiento bastante extraños, pero yo tampoco soy muy normal, así que ignoremos los matices.

—Para mí los capítulos son momentos de mi vida y las personas que pasan por ella. Si fueras importante para mí, no serías un capítulo, sino un libro, y para dedicarte toda una novela no estoy preparada —declaro con honestidad.

—¿Qué significa eso?

—Que no hay espacio para ti en mi corazón. No ha habido tiempo para que desarrolle un vínculo, y tu deplorable reacción ante una mujer que no quiere tu mano en sus bragas a la semana de conocerte —ignorando, por favor, el momento del Solaray; los dos sabemos que habría metido a un lagarto en mi ropa interior con tal de

tranquilizarme— echó por tierra gran parte de mi interés. Así que puedes estar tranquilo, porque no me he enamorado, ni me gustas. No hace falta estarlo para que te moleste cómo te ha tratado alguien.

Él me observa atentamente, y eso me gusta. Soy de esas personas respetuosas con su interlocutor, que escuchan lo que dicen y lo tienen muy presente, de ahí que a menudo me acusen de acosadora por recordar detalles tontos que cualquiera habría olvidado. Cabe destacar que busco para mí lo mismo que doy, ergo, es una alegría que no se quede con la parte del discurso que le interesa.

—Ha estado mal ignorarte estas semanas después de haberte perseguido incansablemente —admite—, pero estuvo peor no aclarar mis intenciones contigo en el preciso momento en que te dije que no pararía hasta tenerte en mi cama. Desde que te vi supe que eras una mujer hermética —empieza, apoyando los codos en la mesa y mirándome con fijeza, casi como si esperase que le corrigiese—, pero por todo ese interés por demostrar que eres independiente y, sobre todo, lo increíblemente pasional que eres y cómo reaccionas cuando te toco, me dio la impresión de que aceptarías una noche conmigo. Solo una —recalca. *Empezamos a estar claros, muy claros*—. No voy a mentirte, Adrienne. Jamás he estado con una mujer que me atrajese más de lo que dura el sexo. Nunca he repetido. En mi vida he perseguido a la que me ha dicho que no, y sobre todo, me he mantenido alejado de la que tenía sentimientos por mí. Imagino que podrás entender cuánto cambió mi concepción sobre ti cuando vi que no estabas dispuesta a que te tocara un poco. Dejaste de ser la mujer liberal que suelo buscar para ser la mujer hogareña de un solo hombre, que necesita tiempo para acostarse con alguien. Y sentí rechazo automático, porque como ya te he dicho… eso no es lo que busco. No pretendo enamorarme, ni enamorar a nadie, ni formalizar una relación. Sospechando que querrías algo así, me lavé las manos. Y no estoy orgulloso de decirlo, pero me gusta cortar por lo sano cuando lo que hay no se adapta a mis mínimos.

Logro fingir indiferencia durante el silencio que se instala entre los dos. Frank Sinatra canta *Fly me to the moon*, en un intento desesperado por distraerme de la intensa mirada que me dirige Leon, esperando una reacción. ¿Y cómo podría reaccionar, cuando sin querer ha dado donde me duele y todo lo que quiero hacer es decirle que se aparte de mi vista?

—Podrías haber cortado por lo sano contándome esto al día siguiente —consigo articular sin ningún tono en especial—, y no dejándolo para el momento en que llegaba a pensar que me echarías. No querer una relación y tener sexo ocasional no es ningún delito, y soy lo suficientemente madura para afrontar los gustos de un hombre. No pretendería cambiarte; sé muy bien que lo único que entraría en mi campo sería ponderar si tomo la oferta o la dejo, no empujarte a un romance pasional de toda una vida. Y créeme, habría contestado sin lágrimas incluso si me hubiera enamorado

perdidamente de ti, porque por si no lo sabes, gran parte de las mujeres ya no esperan el cuento de hadas, y en caso de esperarlo, suelen ir a buscarlo a otra parte en lugar de quedarse mendigando o atosigando al que se lo ha negado. Sin querer, me has puesto al mismo nivel que Neumann —continúo, encogiéndome de hombros—. ¿Pensabas que iba a hacerte la vida imposible porque no quisieras conocer a mi madre? Espera, no digas nada sobre proteger mi pobre corazón… el paternalismo me molesta el doble que tus ideas preconcebidas sobre mí.

—Nada de eso. Y tienes razón en todo, debería habértelo dicho al día siguiente. Pero había y sigue habiendo un problema con eso. —Sus labios se tuercen en una minúscula sonrisa de resignación—. Cuando fui a darte explicaciones, me di cuenta de que te deseaba más aún, y preferí darme un tiempo para decidir si podrías ser una excepción.

Asiento lentamente, como si no tuviera la garganta seca. Tener a Lana roncando de fondo y llevar el pelo sucio le resta bastante romanticismo a la escena, por no añadir que soy la antítesis del romance, pero Frank Sinatra y la forma de susurrar de este hombre pueden hacer verdadera magia en un laboratorio científico, y en un ladrillo como yo. Un ladrillo que lleva dos días sin dormir porque no se puede tomar las cosas con calma.

—¿Y ya has tomado una decisión? —Él asiente—. ¿Y se supone que ahora, cuando te apetece avanzar o retroceder, yo tengo que adaptarme a tus querencias? Señor Dresner… —Niego con la cabeza, tal vez un poco divertida—. Las personas no somos muñecos que pueda dejar coger polvo en la estantería hasta que le dan ganas de jugar de nuevo. Y que conste que lo digo para que entienda que ser mujeriego no debe implicar ser caprichoso o egoísta, ninporque le guarde rencor…

—Por supuesto que no tiene que adaptarse a nada. He venido en calidad de empresario, para ver si aún hay posibilidades de ganar, si las tuve en algún momento… En resumen, estoy aquí para ver si puedo negociar o tengo que retirarme definitivamente.

—O sea… que ha decidido que se quiere acostar conmigo. —Él asiente sin pudor. Ya es un avance—. ¿Y usted pone las condiciones? —Niega—. ¿Las pongo yo? —Asiente.

—Dentro de un margen.

—¿Y puedo saber qué ha equilibrado su balanza a favor del instinto?

—Que me has estado ignorando tres semanas, no despechada, sino simplemente conforme con el asunto, lo que define tus sentimientos como… ningunos, un gran alivio. —Medio sonríe—. Y, como ya he dicho antes, que he perdido la cabeza por ti. No sabía lo que era el sufrimiento físico hasta que he tenido que pasar por tu lado sin tocarte, y eso que la mayoría de mis recuerdos contigo venían de fantasías.

—La imaginación es un arma muy potente —comento. ¿Qué otra cosa puedo decir? ¿Que me bese? Esa no soy yo, además de que no estoy segura de querer que lo haga. Aunque me tiemblen las piernas, es un niñato inmaduro y caprichoso—. Sobre todo en su caso, porque acertó en su concepción sobre mí. Soy esa mujer hogareña de un solo hombre —confieso. Espero el brillo decepcionado en sus ojos, pero no hay nada de eso; él también puede hacerse con su escudo de indiferencia, algo que debo anotar. Seguramente lo necesite en un futuro a corto plazo—, pero no podrías ser ese hombre, así que no sé en qué posición me deja eso. Soy un punto intermedio, supongo… No soy ni lo que rechazas, ni lo que buscas.

—Por si necesitas encontrarte, ahora mismo eres mi obsesión —contesta sin vergüenza. Alguien debería decirle que un exceso de honestidad podría ser desagradable, pero para otros; ya sabéis que yo valoro la sinceridad, aunque incluya afirmaciones que me pueden girar el estómago. El hombre sabe jugar conmigo, eso es irrefutable—, así que has entrado en el grupo de lo que busco empujando al resto y forzándome con codazos y patadas.

—No soy tan violenta.

—Sé que no, pero me haces sentir de un modo violento, por lo que es lo mismo. No creo que puedas entenderlo, Adrienne. Dudo que lo hagas jamás —dice, bajando la voz. Incluso su mirada cambia, adoptando un cariz íntimo—. Pero algo tan sencillo como mirarte me produce un placer indescriptible. Antes de que te ofendas… Va más allá de que seas guapa. Es algo que hay en tus gestos, en ti, algo que no comprendo pero que me hace querer apartarte de lo que estés haciendo para llevarte conmigo, y también dejarte tranquila para maravillarme de lejos. Nunca me había pasado, y por eso hago la excepción. Solo porque no puedo apartar mis ojos de ti.

—Pues no sé cómo decirte esto, Leon, pero… Aunque nunca llegue a enamorarme de ti, no voy a ofrecerme en bandeja. Respeto a las que son capaces de desnudarse delante de hombres que conocen de poco tiempo, pero yo necesito tener confianza y quererlo de veras. Y según he entendido, pretendes pasar unas horas conmigo. Ahí hay un conflicto —recuerdo—, porque no voy a adaptarme a tu única noche para complacerte. Eso no me complacería a mí en lo más mínimo, y entenderás que primen mis intereses en estas cosas.

—¿Crees que no podría complacerte en una noche?

—No es eso. Estoy segura de que podrías hacerlo, porque soy físicamente consciente de lo que haces con muy poco. Pero al día siguiente no me sentiría bien conmigo misma.

—¿Te sentirías sucia?

—Es algo más complejo que eso. No me dan miedo los hombres, ni he vivido ninguna experiencia traumática, y tampoco tengo complejos sobre mi cuerpo.

Simplemente… —Echo un vistazo a mi alrededor, buscando en el aire la respuesta definitiva—. Es algo que concibo como un momento de intimidad, unión, complicidad… No necesitaría estar enamorada para hacerlo, pero por lo menos partir de una base de confianza.

Él asiente muy despacio.

—Solo has tenido sexo estando enamorada.

—No se reduce solo a eso… —suspiro, dándome por vencida. Nunca lo va a comprender—. Es difícil. Pero sí, me he acostado con una sola persona, y la quería.

—Ya entiendo. Te da miedo echar a perder la bonita imagen que tienes del sexo, reemplazándola por una experiencia más descarnada. Crees que nunca podrá ser como esas otras veces y prefieres preservar el recuerdo a vivir otra manera de hacerlo.

—Se acerca más, pero no puedes ponerle palabras. —Desvío la mirada al cuaderno, del que saco el lápiz separador para afianzar el moño en su sitio—. Dejémoslo en que no quiero algo rápido, sucio e impersonal con un desconocido, aunque me prometa que voy a correrme seis veces. Y me temo que eso nos separa.

—Eso lo complica, pero no nos separa. Solo me das en lo que pensar. Si no lo he entendido mal… Tu corazón tiene dueño, tu cuerpo recuerda a ese dueño, y aunque sabes que no vas a enamorarte de nadie, crees en la libertad sexual si y solo si tu acompañante es de confianza. Por tanto… Necesitas seguridad, y para eso quieres conocer al otro, pero no estás interesada en citas y, de hecho, nunca las pedirías porque sabes que estás atada de pies y manos en asuntos románticos… Y no te avergüenza decirlo en voz alta.

—No, es lo que hay, no temo decirlo. Y sí, lo has entendido bien.

—Entonces estoy preparado para hacer mi oferta. —Me tiende la mano justo cuando empiezan los acordes de *Just in time*—. Ven, baila conmigo.

¿Qué?

—Preferiría ahorrarte el mal rato. Te puedo prometer que no sé cómo se hace eso.

—Esta canción dura dos minutos, apenas te darás cuenta de que estás bailando. —No es así como me convence, claro; rodea la mesa, me coge de la mano y me arrastra a su pecho, contra el que choco antes de asimilar que tengo sus labios sobre mi frente—. Adrienne… —Suena risueño, casi cantarín—. Sé que no soy el príncipe azul, pero tampoco soy el lobo feroz. Podrías relajarte un poco.

Lo de que no es el príncipe azul entra en discusión, porque su mote, su porte y su manera de tratarme lo desmiente… pero estando sobre sus pies y bailando una canción de Sinatra no estoy en posición de negar nada. No por la situación en sí, porque ya

hemos dicho que soy cero princesa en apuros, sino porque me tengo que concentrar al cien por cien en el baile. Aunque más que baile parece una excusa para ceñirme a su cuerpo.

—¿Qué eres, entonces? Ah, ya, Superman.

—Ser Superman no tiene ninguna gracia si no vas a ser Louis Lane, así que podría ser… tu conejillo de indias. Tu rata de laboratorio.

—De león a rata de laboratorio —apostillo, con una sombra de sonrisa—. No suena halagador para ti… Ni tan encantador como acostumbras.

—No estoy aquí para ser encantador, ¿no? El encanto es para robar corazones y tú ya no tienes, así que sería un desperdicio de tiempo.

—Exacto. Pero acostumbras a ser encantador, una de tus virtudes, y si la perdieras… Te quedarías con muy poco.

—Puedo ser encantador si está en mis fórmulas, pero nunca voy a ser lo que quieras que sea, Adrienne —comenta. Suena desinteresado, pero hay algo inamovible debajo de todo eso, un aviso que debo tener muy presente—. Pretendo llevarte a mi terreno siendo como soy, y si no lo consigo, me daré por vencido.

—Es lícito —cabeceo, intentando no prestar atención a una de las letras más románticas versionadas por Sinatra y a que huele demasiado bien—. ¿Y cómo pretendes llevarme a tu terreno siendo quien eres? No voy a caer en tu cama con cuatro palabras bonitas o con un baile, y no lo digo para que te esfuerces más. Solamente aviso.

—Lo sé —murmura contra mi sien. Sus labios vuelan hasta mi mejilla, acariciándola con seductora lentitud—. Me gusta eso de ti. No solo la sinceridad, sino que nunca haya algo oculto detrás de lo que dices, y aun así… sepa que me falta descubrirlo todo. Es difícil eso, ¿sabes? Estar seguro de que me responderás cualquier pregunta, pero no saber cuáles hacer sin quedarme corto. Podría simplemente vomitarlas todas, esperando acertar… Pero eso no sería encantador y acabarías cansándote.

—Querer descubrirlo todo de mí no suena a pasar unas horas juntos para el sexo.

—Lo sé, por eso eres la excepción.

—Entonces —carraspeo. Fingir a estas alturas que me da igual que su mano vaya bajando por mi espalda no serviría de nada, porque apuesto lo que sea a que puede verlo en mis ojos. Solo me esfuerzo por encontrar mi voz y apartarme un poco—, ¿qué propones?

Sus ojos brillan de nuevo al mirarme fijamente.

—Primero: no te haré más de cinco preguntas al día para no aburrirte, y las traeré bien preparadas para aprender de ti. Segundo: si no logro conseguir que tengas

confianza conmigo después de cuatro citas, me retiraré. Las cuatro citas no incluyen las veces que nos crucemos por aquí, o que me siente a comer contigo, o que te haga una visita, o… que se la haga a Lana.

Voy a reservarme el comentar que si utiliza a Lana para llegar a mí, encontrará todo un camino plagado de rosas.

—O dicho de otra manera… Si no consigues que quiera acostarme contigo después de cuatro citas, desistirás.

—Reducirlo a algo tan impersonal como eso con Sinatra de fondo es un delito contra lo poético, ¿no crees?

—Nunca he hecho poesía, así que no me importa.

—De acuerdo… —ríe suavemente, apartándose en cuanto acaba la canción—. ¿Hay trato?

¿Qué puedo perder? Es un hombre simpático, ingenioso y con el que puedo disfrutar hablando, además de que me causa curiosidad lo que pueda inventarse para complacerme. Contentaré a Lana, contentaré a las pesadas de mis amigas, y puede que hasta pase un buen rato y me gane un tour gratuito por Múnich, que todavía no he pisado en calidad de turista. Todo debería estar bien, y lo está. Excepto por esa pequeña parte de mí que sigue convencida de que es un error, de que no puedo engañar a Ivan de ese modo, ni engañar a Leon. Ningún hombre —ninguna persona— se merece que la mujer con la que pasa el tiempo piense en otro, y sepa con toda seguridad que lo reemplazaría de poder ser.

—Hay trato —contesto finalmente, iniciando una guerra que sospecho será cruenta en días venideros—, pero la cena que organizaste ya cuenta como cita, lo que significa que partes de tres. Y tengo una condición: no puedes tocarme en esos tres días.

No logro descolocarle; faltaría más. Examinando su alrededor con las ecuaciones dividiéndose y multiplicándose en los ojos, ya estoy viendo que se estrujará los sesos para hacer inolvidables tres días. O puede que no y lo tenga claro desde ya, porque parece dar con la clave cinco segundos después.

—Serán los tres días en el sepulcro de Cristo… —comenta, sin que su ánimo decaiga —. Muy bien, no puedo tocarte con estas… —Levanta las manos, y en cuanto tengo el recordatorio visual de lo grandes y buenas que son en lo suyo, estoy a punto de arrepentirme. Y no, no señor, voy a mantenerme firme como una roca. «Yo soy pingu, el más salado, que solo come pescado congelado…»—, pero voy a besarte.

—Pero no en los labios.

La sonrisa que esboza hace que me arrepienta. Es imposible que pueda hacer *algo* sin

tocarme, usando solo la boca y no para besarme, ¿no? O que ese *algo* resulte impactante.

—Y no me puedes desnudar —añado, cruzándome de brazos. Él abre la boca para rechistar, pero al final acepta el pacto.

—Estás dejando volar mi imaginación, Lola Bunny, y yo sí he sido siempre un hombre de poemas. Podría inventar y patentar un nuevo método de seducción imbatible, y entonces te arrepentirías de tus duras normas.

—Eso ya lo veremos.

Me sostiene la mirada durante lo que parece una eternidad, y una eternidad y media después, se da la vuelta y se dirige a la salida del laboratorio. Yo no le presto mayor importancia y vuelvo a mi puesto, abriendo el cuaderno, sacándome el lápiz del moño y centrando en su sitio el matraz que ha estado manoseando.

—Leon —le llamo, en último momento. Él se gira, expectante. *Es mi momento*—. Solo quería que supieras que el otro necesitó nueve citas para robarme un beso.

Pero ni siquiera duda al contestar:

—Entonces haré que cada una valga por tres.

—¡Saber multiplicar no te da puntos! —grito, esperando que me oiga después del portazo. Es esa manía mía de tener siempre la última palabra, que él insiste en pisotear cada vez que se le presenta oportunidad… Como esta, en la que vuelve a asomarse para dejarme hecha polvo.

—Pero multiplicar tus orgasmos en la cama me los dará, *liebe*, puedes estar segura.

CAPÍTULO 9

Algo interesante sobre el día que Leon y yo sellamos un pacto del que me arrepentí dos minutos después, es que Lana estaba roncando en el sillón del laboratorio mientras discutíamos las cláusulas del acuerdo. Esto suena muy profesional y cualquiera diría que no hago referencia a un contrato carnal firmado oralmente, pero prefiero que así sea para no recordar de manera permanente que estoy sujeta a tres citas obligatorias… Por lo que respetaremos mi voluntad.

Pero volviendo a lo anterior, resulta que me equivocaba y Lana no roncaba, sino que se esforzaba por roncar, porque en realidad no estaba dormida. Estaba escuchando la conversación para estudiarse de memoria las partes más importantes, subrayar lo inolvidable, vomitarme la labia de Leon —como si pudiese olvidarla— y gritar como una loca porque…

—¡Te vas a liar con un millonario!

Como si ese hubiera sido el sueño de mi vida, alguna vez hubiese estado entre mis aspiraciones —ni en el ámbito profesional, ni en el personal—, o vaya uno a saber qué. Yo siempre he tenido muy claro que quería ser médico, y lo acreditan todos mis sets completos de instrumental quirúrgico —de plástico, claro—, la excelente salud de mi escolanía de peluches y las series en DVD y *Blue-ray* —que en realidad no sé lo que es, pero suena profesional— que me gustaba coleccionar, tales como *Anatomía de Grey* —aunque esa la veía un poco por Derek, lo reconozco—, *Mercy, Llama a la comadrona y House.* Ergo, eso de ponerme a batir palmas con el tema millonario no iba a poder ser. No en esta vida.

En cuanto a las citas… Que Lana supiera de ellas y de mi pacto —ahora suena satánico, lo sé, pero lo prefiero— solo incrementaba mis nervios, porque no dejaba de revolotear como un pajarillo herido en un ala, picoteándome la cabeza con unas de: «¿cuándo será la primera? Que avise de la calidad del evento para que pueda vestirte acorde con él», y otras de: «has tenido ya la cita y no me lo has contado, ¿verdad, cabrona?», a los que yo respondía: «sí, te jodes».

Bueno, ¿qué pasa? ¿No puede una ahora querer tener vida *no sexual* y vida *no sentimental* privada? Yo jamás he sido de esas mujeres que mandan fotos por mensaje para que sus amigas aprueben los modelitos, ni de las que necesitan que la acompañen para ir al baño, como si fuera a caerme por el retrete o necesitara que me entonasen algún cántico para animarme a terminar con lo mío. Puedo hacer las cosas sola, no requiero de aprobación social generalizada, y prefiero poder vestirme como me apetezca sin que se me acuse de aburrida por ello. Tener camisas estilo azafata es cómodo y tener vaqueros es práctico, y si para el frío me quiero poner mi maldito gorro de lana gris, me lo voy a poner. ¿Oyes eso, Lana?

En fin, la reencarnación de Coco Chanel tampoco era ni es mi mayor problema, sino que todo me suena demasiado raro. El contrato en sí no lo es; de hecho, las condiciones que he impuesto son por las que cualquiera me mandaría a revisarme la cabeza —ninguna mujer le niega a Leon Dresner un beso, o el uso de las manos; sobre todo las manos, ya sabéis—, pero detrás de todo tiene que haber algo. El tipo se está tomando demasiadas molestias para irse a la cama conmigo, y ni siquiera pretende hacerlo más de una vez. Comprendo que cuando la gente lo tiene todo, se vuelve más tiquismiquis y sus caprichos alcanzan lo obsesivo, tal vez lo ridículo. Pero sinceramente, cuando uno ve a Leon, y peor: cuando uno habla con Leon, lo último que le viene a la cabeza es la palabra «ridículo». En todo caso, ridículamente perfecto.

En todo caso, ridícula soy yo, que he vuelto a pedirle a Lana que me coja la comida para encontrar de nuevo a un polizonte cárnico entre mi aguada y aburrida ensalada.

—Lana…

—¿Qué? No es una salchicha, esta vez es un filete.

La voy a disculpar porque hoy no quiere discutir y creo que voy a poder apartar el filete sin morirme del asco. En realidad no tiene ninguna gracia la bromita. Sí, la carne no puede matarme, solo darme disgustos, pero es como ponerle yogur a la ensalada de un intolerante a la lactosa. ¿Tan difícil es de entender que por restregarme un muslo de pollo en la cara no me va a empezar a gustar?

—¿Postre?

Levanto la mirada de mi ruinoso almuerzo y me encuentro con un despreocupado Leon, que lleva las manos en los bolsillos, el pelo algo despeinado y siempre un componente elegante en su atuendo, esta vez una americana.

He ahí la razón por la que he aceptado. Bueno, *ahí* no está, sino *aquí*, dentro de mi estómago encogido. No acostumbro a salir por ahí con hombres, no es nada nuevo, pero tampoco habría hecho una excepción con el primer tipo atractivo que se me hubiera cruzado. Dudo que hubiese aceptado al tío más guapo del planeta solo por serlo. En este caso es como lo que Leon dijo sobre mí —y que Lana se ha estudiado para sus votos matrimoniales, fuera de bromas—: es algo inexplicable, pero está ahí. El magnetismo me empuja a levantarme, a que las piernas me tiemblen, a que me cosquillee la nuca… Algo que hacía años que no sentía y que en el fondo esperaba recuperar con el tiempo.

—¿Por qué no? Mejor que los animales muertos… —comento. Pero no puedo hacer rabiar a Lana, porque ya está mirando a Leon con los ojos de un muñequito de anime, saltones y llenos de corazones. La pierdo… Ya la he perdido—. Hasta luego, Lana.

Leon tira de mi mano para llevarme al bufé de la cafetería del hotel, por donde cruzamos sin pedir permiso. Bajamos por las escaleras que dan a la cocina, y allí me

suelta para girarse y mirarme con una sonrisa de bienvenida. Sí, así la voy a llamar. Sonrisa de bienvenida.

Toma mi mano, acariciándome los nudillos con la yema del pulgar, y se lo lleva a los labios para depositar un beso en el dorso. La gira, y repite la operación en la base de la palma y en la muñeca, electrizándome el vello corporal.

—Bienvenida a la primera cita, señorita Saetre.

Echo un vistazo a mi alrededor, solo para asegurarme de que seguimos en las cocinas del hotel y que hay varias ayudantes mirándonos y cuchicheando.

—¿Lo de la cocina es una especie de indirecta?

—De ningún tipo. —Tira de mí para empujar las puertas que dan a un coqueto saloncito, donde hay una mesa repleta de tartas que parecen de boda. Oh, joder… ¿Lo son? ¿Son tartas de boda?—. El objetivo de las citas es averiguar cómo puedes llegar a ser en ciertos… momentos, y para eso tengo que saber cuánta dulzura hay en ti.

Lo miro con una ceja arqueada.

—Te puedo asegurar que aunque me exprimas, me escurras y me tiendas al sol, no vas a sacar ni una gota de dulzura de mi interior. ¿Por qué tartas?

Me reservo el: ¿cómo has sabido que adoro la tarta?, porque habría sido demasiado evidente que después de algo así no me costaría nada levantarle el castigo de los besos.

—Dentro de dos semanas es el cumpleaños de mi madre: los cincuenta, la edad cenit por la que hay que organizar una fiesta por todo lo alto. Ella odia las calorías y las tartas entran a todos los efectos, pero una fiesta sin tarta no es una fiesta, así que me ha encomendado la tarea de elegir la que más me guste. Y como no puedo abusar del azúcar…

—Me endosas a mí el proyecto —concluyo, sentándome frente a él. Ya he empezado a ponerme nerviosa, lo que pasa es que no se nota.

—¿Te molesta? ¿Estás a dieta, o eres diabética, o… Eres de las que nunca comen delante de un hombre?

—Cada vez que me preguntas si tengo un comportamiento distinto cuando estoy con hombres, pierdes muchos puntos —comento, mirando la tarta con los ojos entornados—. No tienes que preocuparte de estudiarme a solas y en sociedad; soy la misma persona en ambos casos. ¿Y no se supone que el diabético o el que está a dieta eres tú? Has dicho que no puedes abusar del azúcar.

—Sobre lo de ser la misma persona con y sin gente: lo dudo. Nadie se comporta igual en la soledad de su habitación que cuando está con sus amigos.

¿Se cree que no me he dado cuenta de que ha ignorado mi pregunta?

—Bueno, obviamente no le cuento chistes a la pared. ¿Puedo empezar ya, o hay que tener en cuenta algún rito?

Niega con la cabeza y apoya los codos sobre la mesa, impulsándose hacia delante para mirarme bien. No sé si sabréis que la perfección es un mito que necesita ser continuamente desmentido; bien, ahora que lo tenéis presente, no olvidéis anotar que el ridículamente perfecto Leon Dresner ha cometido una falta de respeto al almuerzo poniendo los codos encima, una regla que nunca se debe quebrar. Es necesario apuntarlo para mantener viva la llama del *Nobody's perfect* de Hannah Montana.

No voy a repetirlo más. Me tragué todo Disney Chanel y todo Nickelodeon en su momento porque en la tele que veía solo existía un canal. Y el *Blue-ray* solo va cuando tiene la opción de insertar CDs, algo que parecía mucho pedir.

—Ningún rito. Solo las cinco preguntas del día. ¿Preparada?

—No entiendo del todo el motivo de las preguntas, no soy ningún misterio, pero sí.

—Las preguntas son porque espero dar con la que consiga conocer tu esencia. Es una teoría interesante que tiene Axel: cada persona tiene una pregunta asignada. Una que, si logras hacer, te abrirá la puerta de todos los secretos de ese alguien.

Ahora apoyo los codos yo, y no mentiré en el porqué: me parece interesante.

—¿Y por qué una pregunta sería suficiente para conocer la esencia de alguien? ¿Qué respuesta tendría que dar?

Leon sonríe en su estilo, es decir: sin terminar de sonreír. Es como si no le hiciera ninguna gracia y estuviera obligado a hacerlo, pero por el camino encontrase la inspiración de mantener el gesto en su sitio.

—La respuesta sería ninguna. Se trata de dar con la pregunta que la otra persona no sepa responder. No hay nada más elocuente y revelador que el silencio después de una interrogación, porque te da la respuesta oculta, la del subconsciente, ahí donde ni el propio individuo que desea proteger su mente puede llegar.

—En otras palabras… —Agarro el tenedor de plástico para hundirlo en la primera cuña. Parece mentira que en una cita con un millonario esté usando cubertería del chino de la esquina, pero no hay nada que perdonar porque me da igual—. Ni yo misma sabré cuál es la pregunta que me define hasta que la hagas.

—Exacto.

—Pues has de saber que hay muchas preguntas capaces de dejarme callada. Por ejemplo… Si me preguntas por el número pi, nunca te daría una respuesta exacta. Tiene decimales infinitos. Y si me preguntas cuántos años vive un elefante en cautividad, solo

podría ofrecerte suposiciones.

—Las preguntas que se hacen en estos casos no suelen estar relacionadas con el saber matemático. Siguen un camino más espiritual.

—Si me preguntas el lema de Buda tampoco sabría decirte.

—¿Y si te pregunto por la religión en general? —sondea, ladeando la cabeza.

—No creo en Dios, ni en el Destino, ni en la fuerza del sino, ni en mundos paralelos… Aunque Lana me ha pegado algo de superstición. Cuando el horóscopo acierta, me quedo un rato pensando. Sé lo que vas a decir —añado rápidamente—. Una científica o biomédica que solo cree en la ciencia, menudo cliché…

El politono de un móvil interrumpe justo a tiempo mi comentario crítico sobre los tópicos. Os estaréis preguntando por qué tanto desprecio a estos, por qué lo repito tanto… Veréis; cuando se tiene una buena amiga obsesionada con la novela romántica y que para colmo tiende a contarte cada maldito detalle del libro, acabas cogiéndole un poco de tirria al concepto. Es pura psicología. Obliga a comer a alguien lo mismo todos los días y acabará aborreciéndolo.

—Sí, me lo he tomado —escucho que dice Leon, con el móvil en la oreja—. Sí, también lo he hecho… Ya te lo he dicho. Estoy perfectamente sin ti, Volney, no te alteres y disfruta. —Un par de frases más y cuelga. Leon devuelve toda su atención a la menda —. A veces, más que mi entrenador personal, parece mi padre.

—¿Axel es tu entrenador personal? —pregunto. La curiosidad no es mía, es de Lana, y puede que también haya un poco de interés detrás de todo. A lo mejor, si aparezco con jugosa información sobre su *no-novio* accede a quedarse calladita un tiempo—. Pensaba que era tu hermano. El día que fuimos de compras a esa calle con nombre raro se refirió a tu madre como mamá.

—La llama «mamá» porque es casi como su madre. Se llevan muy bien. —Encoge un hombro—. Y es la calle Neuhauser. No es tan difícil, Lola Bunny. Deberías esforzarte por aprender alemán.

—Ya sé inglés, que es lo que se habla en los laboratorios. Y yo no le digo lo que tiene que aprender, señor Dresner —añado—. Una vez dijo que los cerebros palpitan y que no sabía lo que era el hipotálamo, ¿y me ve obligándole a ubicar el bulbo raquídeo?

—El bulbo raquídeo no suena a cultura general. Y de todos modos, sé dónde están las partes más importantes del cuerpo. —*Por favor, que no inserte una obscenidad elegante de las suyas*—. Hay una canción en inglés sobre eso.

—¿Qué canción es esa? —Alzo una ceja mientras toqueteo mi pedazo de tarta nerviosamente—. Y vale, el bulbo raquídeo a lo mejor es mucho para ti. Pero podrías

decirme dónde está el páncreas, ¿no?

—Eso sigue sin ser cultura general. La canción de las partes del cuerpo sí que lo es. *Head, shoulders, knees and toes, knees and toes…* —entona rápido, moviendo la cabeza de un lado para otro—. Luego se repite. Y viene con baile con sentadillas incluido. Si quieres te lo enseño.

No sé en qué momento me he encerrado en la despensa de la cocina de un hotel con un par de tartas y un millonario bastante travieso dispuesto a enseñarme canciones infantiles, pero no recuerdo haber firmado por esto.

—Ya sabes que no se me da bien bailar.

—Entonces hagamos un trato. —*¿Otro?*—. Yo te ayudo a aprender este sencillo baile y tú me enseñas la disposición de los órganos en el cuerpo humano.

Suena sencillo.

—Creía que en las citas se hacían otra clase de cosas —comento, poniéndome de pie y palmeándome los vaqueros. Agradecería que no me haya llevado a un lugar elegante porque llevo una ropa demasiado informal, y digo que lo agradecería en condicional porque realmente me da igual aparecer de etiqueta o no en un restaurante caro—. Hablar del futuro, o del pasado, beber vino…

—Ya. ¿Y de cuántas citas así te acuerdas? —Ahí me ha pillado y él lo sabe, porque medio sonríe—. El baile consiste en agacharse. Te tocas la cabeza, los hombros, las rodillas y los tobillos. Para agarrarte estos últimos tienes que bajar mucho, y como el reto es cantarlo rápido, al final acabas con agujetas en la zona lumbar.

—Nunca me habían deseado agujetas en la zona lumbar.

—A mí me gustaría ser el culpable de que las tuvieras en otras zonas —comenta, casi encogiéndose de hombros. Ahí está el Leon que conozco: el que te dice algo así sin pestañear, como si no tuviera ninguna importancia—, pero no puedo, así que veamos esa pronunciación…

Esto no me gustaría tener que contarlo porque no es nada agradable, y definitivamente no beneficia mis intentos de recuperar mi resquebrajada reputación —ya sabéis, la que murió en cierta limusina—, pero no me queda otra. Soy una persona que ya hace bastante poniendo sus piernas a caminar, y que con un gran esfuerzo a lo mejor puede dar un paso a un lado y un paso hacia el otro en una discoteca. Ahora… Eso de combinar una cutre cancioncita con tocarme el codo o lo que me tenga que tocar ya es otro asunto. Y esto me pasa por querer mejorar mi limitado inglés. Que al final, ¿para qué? En los laboratorios no hablo nada, y con Leon y Lana hablo francés…

—Mira, ya lo hago bien —comento, unos minutos después. Él se ha acercado a mí

para supervisar lo mal que se me da hacer dos cosas a la vez. Soy un maldito burro ciego—. ¿Hemos acabado?

Su mirada se intensifica, de nuevo verde. Y digo «de nuevo verde» porque no termino de acostumbrarme, y cada vez que lo miro parece la primera. Son demasiados tonos en uno solo.

—Falta la segunda parte. —Coloca las manos entrelazadas a la espalda y se acerca a mí. Por instinto retrocedo, pero cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo me quedo en el sitio, en medio de esa baldosa que él también invade—. *And eyes…* —empieza a entonar, acercando sus labios a mis párpados entornados. La impresión de tenerlo tan cerca de pronto e imaginar lo que pretende hace que cierre los ojos, y es ahí cuando deja un beso que me hace cosquillas casi sobre las pestañas—, *and ears…* —Aunque dejo de notar su aliento en mis mejillas, no abro los ojos. Eso intensifica el desplazamiento a una de mis orejas, que acaricia con su profunda respiración. Me estremezo de la cabeza a los pies cuando me muerde el lóbulo suavemente y resigue el contorno desde ahí hasta el cartílago con la nariz—, *and mouth…* —Mi estómago se contrae con solo traducir la palabra, y sabiendo que viene a por mí, despego los labios involuntariamente. Más tarde me reñiré por ser tan fácil con este hombre, pero ahora no puedo pensar en nada salvo en la dulce mordida que le da a mi labio inferior, tirando de él y luego chupándolo, así hasta desatar una tormenta de anhelos en mi vientre. Mis manos encuentran el equilibrio que mis pies parecen perder al aferrarse a sus brazos con fuerza—, *and nose* —termina, con un hilo de voz. Su nariz roza la mía antes de darme un beso tierno en la punta—. Y ahí acaba la canción… Luego solo hay que repetir cuantas veces se quiera. ¿Quieres que lo repita?

Ha estado muy mal que lo pregunte, porque la respuesta ha venido tan rápido a mi cabeza que he descubierto en el peor momento de lo que podría ser capaz si siguiera así. Y os preguntaréis: ¿qué hay de malo en repetir, o en profundizarlo…? Todo. Todo está mal, porque él no es Ivan.

Pero a mi cuerpo y a mi piel de gallina, eso le da igual, porque mi cabeza se mueve de arriba a abajo afirmativamente. Y esta vez no me puedo proteger de las consecuencias aferrándome a la excusa del Solaray.

Por lo menos, Leon sigue firme en su promesa de no tocarme y no besarme en la boca. Sin querer me acaba confirmando lo que de unos días a aquí he sospechado: puede conseguir lo que se propone sin usar los dos elementos más importantes para excitarme, las manos y los besos. Y lo hace desplazando sus labios por mis mejillas, por la línea de mi mandíbula, el inicio de mi cuello, el nacimiento del pelo… Mordiéndome con cuidado la barbilla, y dejando besos húmedos en las comisuras de mi boca, y… Y llega un momento en el que ya no sé lo que hace, está en todas partes.

Acabo apoyando las manos en su pecho, desplazándolas hasta su cuello y subiendo a las mejillas rasuradas, no tan suaves como le gustaría a un obseso del afeitado… Perfectas para mí.

Abro los ojos y lo veo sonriendo ligeramente.

—Pensaba que estábamos jugando al *no hands kissing challenge*, Lola Bunny. —Me coge de las manos y las estrecha antes de apartarlas—. Me lo complicas el doble si me tocas tú a mí…

Entorno los ojos.

—¿Estás intentando que te levante el castigo con ese chantaje encubierto?

—Eres demasiado inteligente para tu propio bien.

—Pues mi decisión es inamovible —declaro. Es un poco difícil mantener la pose cuando me tiemblan hasta las bragas, pero todos aquí sabemos que lo importante es participar—. Tiene que aprender a sorprender a las mujeres sin usar sus capacidades amatorias, señor Dresner.

—En este momento solo estaba usando mi talento como profesor de canto —replica con voz inocente. Se aparta de mí, aunque no lo suficiente, y me mira con esos ojos incandescentes tan furiosamente expresivos para hacer su segunda pregunta—: ¿Te inquieta la atracción que hay entre nosotros?

—No, es más difícil que eso —contesto, escabulléndome de su acorralamiento—. En el momento me gusta dejarme llevar, pero luego lo pienso y me arrepiento. Y no quiero arrepentirme.

—Eso está bien, Adrienne. Yo tampoco quiero que te arrepientas.

Asiento, lista para tomarme eso como una despedida y volver a mi puesto. Pero últimamente no me han estado saliendo bien las cosas, así que al caminar con la cabeza girada para darle las buenas tardes, no veo el escaloncito al bajar a la puerta y me tuerzo el tobillo dolorosamente.

—¡Ay! ¡Mierda!

Me siento en el escalón con el cuerpo en tensión, y me levanto rápidamente el dobladillo del vaquero para supervisar los daños. Lo bueno de ser médico es que puedes ser… pues eso, tu propio médico. Lo malo es que sabes reconocer cuánto tiempo necesitarás de reposo con solo tocarte un poco el tobillo. Y yo voy a necesitar más de una semana.

—¿Qué ha pasado? —Se oye el crujido de unas rodillas—. ¿Estás bien?

—Sí, solo… Tengo que ver si puedo andar. ¿Me ayudas a levantarme?

—¿Para eso no tendría que tocarte?

Al diablo con él. ¿Es broma? ¿Se está haciendo el gracioso? Si algo detesto con todo mi corazón, es a la gente que no se toma en serio el sufrimiento ajeno. Que vale, no me estoy retorciendo entre espasmos de dolor, pero el tobillo me está palpitando y se va a inflamar en breve. Entre la gente así, los que se automedican y los que van a urgencias con cualquier pretexto estúpido, no sé ni para qué estudié lo que he estudiado.

—Para eso no tienes que meterme la mano en los pantalones, simplemente… Tira de mi mano.

Así lo hace, y nada que ver con la manera de levantarme que tiene Lana cuando no puedo después de una ronda de abdominales, como si quisiera descolocarme el hombro o como si pesara tres toneladas, sino con una facilidad asombrosa. Soy delgada, pero también alta… ¿Tanto hace un *personal trainer*?

A ver si al final es verdad que es Superman.

—¿Puedes?

Después de dar un par de pasos —o intentarlo— solo puedo decir que no solo he visto las estrellas, sino el maldito Más Allá.

—Me he tenido que hacer una dislocación —mascullo—. Qué bien, tendré que ir a urgencias por segunda vez en un mes y medio.

—No te preocupes. Yo te llevo.

Lo miro con aire irónico y él responde a lo que aún no he dicho con una media sonrisa divertida.

—Creo que estoy viviendo un *deja vù*. ¿No te pasa…? Y olvídalo. Hoy no llevo estupefacientes en el cuerpo, pero sigo sin fiarme de tu limusina. Seguro que está maldita.

—¿Qué hacemos, entonces? Te llevaría en brazos, pero ya te he dicho que soy un hombre de palabra y tengo muy asumido lo de «nada de tocar». Podría acompañarte al taxi o llevarte a casa metiéndote en uno de los carritos de la cubertería.

—¿Perdón? ¿Te has vuelto loco?

—Pensaba que aquí las preguntas las hacía yo.

Y definitivamente se ha vuelto loco. O no. Lo de llevarme en el carrito de la cubertería delante de toda la cocina, delante de toda la cafetería-restaurante y delante de Viveka —que aún no ha superado su desprecio hacia mí— no es un acto de demencia, sino un escarmiento. Como no ha conseguido que le deje tocarme después de usar la táctica encantadora y perversamente sexual, ha optado por la venganza del

bochorno público. Una actitud que podría tildar de infantil si yo no hubiera empezado a serlo prohibiéndole ponerme un dedo encima, o si pudiera pensar en algo que no sea mi tobillo malherido.

—Viveka, llama a un taxi. La señorita Saetre no se encuentra bien y necesita ir a urgencias.

—Señor Dresner… —murmura ella, tímidamente. No sé por qué diablos no me mira a los ojos. Me porté como una auténtica zorra, sí, pero tampoco es para evitarme como al basilisco. El error fue suyo, yo solo fui una víctima—. C-como la última vez hubo p-problemas en el asunto s-sanitario, la señora Dresner ha c-contratado a un médico para atender en el hotel las emer… emergencias.

¿Es que no es para gritarle? No tengo nada en contra de los tartamudos; a Jacqueline, sin ir más lejos, se le atragantan las palabras cuando se enfada porque habla demasiado rápido. Pero Jacques no trabaja de cara al público en la recepción de un gran hotel, puede permitírselo.

No sé de dónde ha salido todo ese desprecio. Debe ser porque doblarme el tobillo, drogarme sin querer y/o los sarpullidos no son cosas que inspiren mi buen humor… Sí, a lo mejor es eso. No se me da bien guardar la calma cuando peligra mi salud. Porque sería absurdo que la tomara con Viveka así porque sí, y no me gusta ser absurda.

—¿Has oído eso, Lola Bunny? —me susurra Leon al oído, apoyando los labios en mi cuello. Enseguida echo un vistazo a mi alrededor. ¿Pretende que todo el mundo se entere de adónde apuntan sus querencias *no amorosas* últimamente, o son imaginaciones mías?—. Tus quejas surtieron efecto, ahora habrá un médico solo para ti. ¡Viveka! Llámalo.

Miro a Leon por encima del hombro.

—¿Qué significa eso exactamente? ¿Vas a pasearme un rato más por el hotel para llevarme al médico?

—Nunca he tenido una hermana a la que robarle los carritos de *Baby-Born*. Estoy cumpliendo ahora el sueño infantil de ser padre.

—Eres increíble. —Niego con la cabeza, cruzándome de brazos. Por un momento no sé qué hacer, si dejar que me ridiculice o levantarle el castigo. Cualquiera de los casos sería terrible, pero teniendo en cuenta que Neumann ya me lleva entre ceja y ceja, prefiero no tentar a la suerte cabreándolo con esta humillación—. De acuerdo, puedes tocarme, pero aparta el dichoso carrito.

—¿He oído bien? ¿Puedo tocarte?

Como toda respuesta recibe un gruñido, que podría ser un «sí» o un «te mataré» en

lenguaje danesa-francesa mosqueada. Y esta danesa-francesa mosqueada pierde la noción de sí misma cuando Leon la coge en brazos delante de un buen número de personas y, en lugar de ponerme de pie para llevarme de la cintura, echa a andar hacia el pasillo cargando conmigo.

Como no pueden faltar los entrometidos, algunos se atrevan a aplaudir. Maravilloso… Simplemente maravilloso. Aunque se veía venir. ¿Conocéis a algún millonario que no se salga con la suya? Ya, yo tampoco.

—Katia, ya te he dicho que no estoy segura de poder… Tengo el tobillo aún regular, muchísimo trabajo por delante, y no creo que Neumann sea permisivo cuando ya me he ausentado un par de días en el laboratorio.

—¡Me vale mierda tu tobillo, Adrienne! —espeta Katia, apuntándome con el dedo índice. Lo empuña con tanto ímpetu que temo que salga de la pantalla del ordenador para clavármelo en la cara—. ¡La despedida de soltera de Jacqueline estaba organizada mucho antes que tu contrato con Neumonías, y las amigas son lo primero! ¡No vas a faltar ni a la fiesta ni a su boda por ese trabajo!

—¿Lo acabas de llamar Neumonías…? —Niego con la cabeza y miro a Jacques con cara de circunstancia. Hacer Skype con dos personas que no temen fulminarte con la mirada hasta hacerse su voluntad es un poco incómodo, y ya debería haberlo sabido. En fin… Me lo he buscado, por juntarme con gente potencialmente psicópata o pasivo-agresiva—. Jacqueline, sabes que te adoro, pero… ¿Tan importante es que vaya a esa despedida? No estoy en las mejores condiciones para ir de parranda o hacer un viaje en avión con tan poco tiempo.

—No te voy a mentir. Me entristecería mucho que no estuvieras, Non —confiesa, con ese aire de mártir que le ha robado a los santos. Tened muy presente esto, chicos: no hay nada más peligroso que una persona que sabe hacerte sentir mal sin quererlo—. Es un día para estar todas juntas, para pasarlo bien… Se ha ajustado a fin de semana para que puedas venir. Pero si no puedes… No pasa nada, tampoco te voy a obligar. Solo inténtalo, ¿vale?

—Es un día que va a quedar para la posteridad, Adrienne Saetre. —Katia es ese ser humano que padece el síndrome maternal de llamarte por tu nombre completo y apellidos cuando está enfadada, como si su frustración y sus fruncidos morritos rojos no me dieran ya una idea—. Si no estás, vas a perderte uno de los importantes acontecimientos de los que hablaremos a nuestros nietos. Además… Es la primera que se casa de todas nosotras. Inauguramos una etapa, saludamos la era de la madurez. Si no vienes, cerraremos nuestros últimos años como veinteañeras solteras dejándote atrás.

Suspiro hondamente y me tomo un momento para estirar las piernas, masajearme las sienes y encontrar una postura más cómoda en el sofá. No soy una persona de

siestas ni de matar las horas tumbada, pero es a lo que he quedado relegada con una torcedura de tobillo. Es el segundo y último día que voy a pasar en casa, aunque acabe rabiando de dolor por pasarme todo el día de pie en los laboratorios. Mejor quejarme por el cansancio físico que por el cansancio mental de estar aguantando permanentemente, ya sea vía Skype, vía iMessage o vía vudú —lo que Katia me va a hacer, a juzgar por el careto que lleva—, amenazas con dejar de formar parte del club de la amistad.

Jacqueline lleva prometida unos pocos meses y pretende casarse en los próximos dos o tres. Si estuviéramos en la época de María Antonieta, pensaría que le han hecho el bombo y el niño necesita nacer en el seno de una familia bien estructurada para no acabar maldito. Pero no es el caso. Y tampoco ha sido cosa de un arrebato pasional, porque Jacqueline tiene muy poco de pasional. Es una persona puramente práctica, que busca la comodidad y la rutina, y Claude es exactamente igual que ella. Han pasado alrededor de quince años juntos; ya iba siendo hora que se arriesgara a pedirle matrimonio. Y no solo se lo ha pedido, historia que contó detalladamente antes de mi primer viaje a Múnich —de hecho, me enteré de que fui seleccionada el mismo día que anunció su futuro matrimonio—, sino que tiene la intención de arreglar todos esos años en ascuas, sin saber si la dejaría o formalizaría del todo la relación, comprometiéndola apresuradamente.

Suena muy poco como Claude, y si me tiráis de la lengua —o tiráis de mi lado retorcido, uno que escasea pero que sigue ahí—, quizás me huela a chamusquina, pero no estoy en posición de criticar. Ya di mi opinión sobre la pareja el día que se me preguntó y más adelante, tras la pedida, lo volví a repetir. No me parece que estén hechos el uno para e otro, lo que no significa que no sean felices juntos, pero en estas cosas, como en tantas otras, mis percepciones valen basura. Y lo entiendo. Quince años pesan más que un «Jacques, más que tu novio parece tu mejor amigo».

—Prometo hacer un esfuerzo —juro al fin, estirando el cuello—. Y, ¿cómo sabes que lo ajustamos a mi fin de semana libre? ¿No se supone que la fiesta era una sorpresa?

—La bocazas de Nina se fue de la lengua, como siempre —resopla Katia—. Pero no te vayas del tema, Non. Quiero una afirmativa, una promesa y un juramento por escrito. No me voy a quedar tranquila con otra cosa. Tus excusas son inútiles.

Eso se lo voy a conceder. Nunca pongo pretextos: si no quiero ir a algún sitio, por el motivo que sea, lo digo en voz alta. Os lo recomiendo. Es importante ir de frente por la vida, te quitas de problemas y encima sirve de desahogo. La materia controvertida en todo este asunto, es que la razón por la que prefiero quedarme en casa no es objetiva, no estaría orgullosa de decirla, y… No sería propia de la Non que conocen. Las bodas no me gustan, me traen muy malos recuerdos, y creo que ya tengo suficiente con haber confirmado mi asistencia a la ceremonia para encima tener que ir a la despedida de

soltera, algo que ya viví en primer término y no me gustaría repetir.

Ya, ya sé que está feo ocultarle información a tus amigas, pero en mi defensa diré dos cosas: la primera es que todos tenemos nuestros secretos, y la segunda es que ellas tampoco me cuentan hasta lo que han comido. La única sobre la que lo sé y conozco absolutamente todo es Lulú, y por eso fue pagada en su momento con la misma moneda. ¿Por qué Lucille Viel y no Katia Cavellier, o Nina Douves, o su hermana Lana, o Jacqueline Bon Varlet? Porque Lulú es la única que ni me mira con lástima —como habría hecho Jacques—, ni buscaría al motivo de mi decepción por todo el planeta hasta quemarlo vivo —como Lana y Katia—, ni lo ignorarían del todo para seguir viéndome como lo que parece que soy solo por no cambiar un ápice la base de sus concepciones. Y con «parece que soy» quiero decir la mitad de lo que realmente soy. Eso, claro, lo haría Nina.

¿Qué pasa? ¿Por ser mis amigas no puedo señalar sus defectos? Los tienen, y yo los tengo, y vosotros también. Nadie está libre de pecado. Nina no quiere saber nada sobre dramas, Jacqueline cree que necesitamos su lástima para vivir, y Lana y Katia son demasiado vehementes y agresivas; de hecho, muy a menudo se esconden detrás de esa pasión hiperbólica para no revelar que en el fondo no les importa tanto. Y Lulú es… Bueno, seguramente ya la conoceréis. Pasa demasiado tiempo en su mundo, perdona demasiado rápido, y le tiene demasiado cariño a quien no se lo merece. De todas, es la única que no proyecta sus defectos sobre mí. Por eso se ha ganado la verdad. Cuando vosotros os la hayáis ganado, os la contaré. Mientras… seguid especulando.

—Iré, lo prometo —suspiro finalmente, lanzándole un vistazo rápido al reloj—. Pero me quedaré solo esa noche. A la mañana siguiente volveré a Múnich. No quiero ni oír hablar de enganchar con los *crêpes* del desayuno, el almuerzo en el restaurante favorito de Jacques o el café de media tarde, ¿de acuerdo?

Katia se da por satisfecha y Jacqueline sonríe de oreja a oreja, convenciéndome un poco de que hago lo correcto. ¿A quién quiero engañar? Aunque no me guste la idea de traer al presente ciertas cosas, y aunque no sea yo la alegría de la huerta o se me dé bien fingir que lo paso bien, Jacques cuenta conmigo y nunca la habría defraudado, menos en algo tan importante como esto. A ninguna, en realidad. Aunque a Katia habría evitado mosquearla porque es la persona más rencorosa sobre el planeta azul, no porque sea una bellísima persona a la que le daría el Cielo como lo es Jacqueline.

—¡Magnífico! Todo saldrá perfecto, Non. ¡Todo! ¡Ya tenemos los vestidos, el local y los invitados! ¿A que no sabes quién va a venir? —me pregunta Katia, emocionadísima —. ¿A que no?

—Obviamente no.

—¡Marcel! —exclama, batiendo las palmas—. Lulú dice que le debía una, así que lo

ha contratado como playboy de la fiesta. Estoy tan feliz… Creo que esa noche será mi noche, la noche en la que me acercaré a él definitivamente, le diré lo que siento y… Todo lo demás estará hecho.

Parpadeo para no rodar los ojos y aprovecho para chequear el correo electrónico, evitando hacer declaraciones. No conozco al magnífico Marcel Gautier del que Lulú habla con tanto cariño, que Nina tiene como «el único hetero decente» y del que Katia lleva enamorada desde que empezó a trabajar con él, pero no me ha hecho falta estrecharle la mano o verle en acción con esta última para saber que no está interesado en ella. Vamos, solo hay que sumar dos y dos: si siendo un mujeriego de los de la vieja escuela no se ha molestado en acostarse con Katia, es porque no la ha mirado dos veces. Y os aseguro que el problema no es de Katia, porque tiene unos ojos castaños muy vivos preciosos, una sonrisa que cualquiera se pararía a admirar desde la acera de enfrente y se mima tanto que pasaría por modelo de cualquier firma cara.

Pero no voy a ser yo quien se lo diga. Lo he dejado caer suficientes veces para que se lo grabe en la cabecita y no le ha bastado; puedo ser negativa y puedo ponerme muy pesada cuando temo que mis amigas sigan dándose cabezazos contra la pared, pero no he venido al mundo para ir detrás del culo de una mujer que insiste en que todo el mundo está equivocado excepto ella.

Actualizo un par de veces el correo y alzo las cejas al ver uno que podría ser interesante.

Para: Adrienne Saetre
De: Leon Dresner
Asunto: Acepte este pequeño obsequio como símbolo de mi gratitud
Hay algo en la puerta esperando para ti.

—¿Non? ¿Estás ahí? ¿Te has quedado pillada…?

Aparto la pestaña del mail y me concentro en volver a la conversación, aunque sin mucho éxito. ¿Algo en la puerta esperando para mí? Espero que no se le haya ocurrido regalarme algo, o me lo voy a tomar muy mal. Soy una mujer desesperada por un error de su parte, cualquiera, aunque sea mínimo, para cortar de raíz esta extraña *no relación* que no nos va a llevar a ninguna parte. Pero si me hace un regalo, eso no va a ser un error, sino algo que sentará como una patada en el estómago. El plan es ganarse mi confianza, no comprar mi desnudez con detalles estúpidos. Además de que odio las sorpresas. Nunca en la vida han acertado haciéndome un regalo, y no se me da bien fingir la cara de ilusión cuando en realidad podrían haberle obsequiado eso a su puñetera madre.

Tener el tobillo torcido me pone de mal humor, no me lo tengáis en cuenta.

—Sí, solo estaba preguntándome en qué pensaba Lulú cuando le propuso a un

diseñador gráfico que hiciera de *boy* en una despedida de soltera. Hay hombres específicos para ese tipo de trabajo, y a mí en concreto no me importa gastar para Jacques. Y hablando de Lulú… ¿Cómo es que no está con vosotras?

—Créeme, Non. Marcel está más bueno que cualquier tío que nos puedan mandar de una agencia. Y así podrás conocerlo, eres la única además de Jacques que no sabe quién es. —No lo voy a negar, tanta emoción me estresa, y lo que quiera que haya en la puerta… también—. Lulú está en casa, aporreando el teclado. Trabaja en un nuevo libro… Dice que se va a llamar *El capricho del arte*. ¿Qué te parece? Suena bien, eh.

—¿Le ha hecho algo Gael? Porque la última vez que escribió un libro fue porque se enfadó con él. No le habrá dado razones, ¿no?

Katia y Jacqueline intercambian una mirada rápida.

—Todo lo contrario. Cuando Katia fue a recogerla al aeropuerto después de ir a Madrid… Bueno, digamos que estaba muy contenta.

Mierda… Mierda, mierda, mierda. Voy a tener que reprenderla cuando llegue a casa. ¡Mal!, ahora tengo una razón más para hacer el viaje. Realmente detesto estas cosas, esta presión social, esta obligación de cumplir con mis seres queridos, y esta estúpida manía de querer salvar a todas mis amigas de salir o ilusionarse con imbéciles. Y no, no soy la típica que nunca está contenta con los hombres con los que salen sus amistades…

Bueno, puede que sea esa. Pero no soy sobreprotectora ni pienso dar sermones moralistas. Solo le diré que Gael no le ha traído nunca nada bueno, y *finito*.

—Entonces esperaré al mes que viene para reprenderla; no voy a interrumpirla en mitad de su proceso creativo.

Y ahí es donde termina la conversación para…

—*¡Konnichiwa!* —grita Lana, entrando al salón dando zapatazos y cerrando de un portazo. Unos pasos más firmes y pesados la acompañan en su trayecto al sofá.

—*Salam aleikum* —saluda Axel, haciendo un gesto militar. Espero con la ceja alzada una explicación al despliegue de bilingüismo—. Pensaba que la clave de acceso a la casa era saludar en otro idioma. Lana siempre lo hace. Y… ¿Cómo va tu patita?

—Non, he encontrado esto en el suelo de la entrada… Alguien lo ha colado por debajo de la puerta, creo —interrumpe ella, avanzando hacia mí y dejando lo que parece un fino cuadernillo sobre la mesa de cristal—. Te dejamos a ti y a la patita tranquila. Vamos a ver la tele en mi habitación.

Medio sonrío por el excelente eufemismo.

—Si vais a ponerla muy alta… Avisad para que me vaya a mi cuarto. O salga a dar un paseo.

Lana entorna los ojos.

—Adrienne, hoy sale el nuevo capítulo de *Suits*. No voy a perdérmelo para acostarme con un mujeriego. Solo hemos apostado lo que pasa y quiero ver su cara cuando vea que tenía razón.

—Muy bien… —murmuro, sabiendo que lo peor es que seguramente sea verdad. Ya me imagino la estampa: Axel intentando meterle mano, y Lana dándole codazos sin despegar los ojos de la televisión—. Pasadlo bien.

En cuanto se encierran en la habitación, discutiendo a viva voz sobre no se qué de Mike y no sé cuánto de Harvey, vuelvo a echar un vistazo al correo y releo la frase antes de incorporarme para tomar la página. Al final resulta que no es un cuaderno, sino una hoja de periódico arrancada con una parte rodeada en rojo. Antes de leerlo, la aparto y me sorprendo al ver que se trata de un sudoku sin hacer.

Perpleja, dirijo la mirada al post-it y leo en voz baja:

Señorita Saetre:

Honrando nuestra custodia compartida de los halagos, y equilibrando la balanza entre las referencias a su físico con las maravillas de su intelecto, le entrego este sudoku para que me sorprenda con su habilidad mental. Como ve, me preocupa muchísimo que su cerebro no se ofenda, y por eso espero que me lo entregue hecho mañana a primera hora. No tendré piedad si se ha equivocado.

Atentamente, Leon Dresner.

—Será estúpido… —mascullo, con cara de circunstancia.

Miro el sudoku, el post-it, el correo, y luego mi reflejo en el salvapantallas que aparece unos segundos después… Y finalmente me incorporo para coger un bolígrafo y empezar a anotar números.

CAPÍTULO 10

—¿Hoy no vamos a ingerir calorías? —ironizo, mirando a Leon con los ojos entornados.

No ha servido de nada que le diga que se deje de limusinas. Pensaba que a los millonetis o les gustaba que sus citas quedaran fascinadas por toda la parafernalia que incluye el ser rico —ya sabéis: trajes, cochazos, cenas caras—, o se tomaban como un soplo de aire fresco que las mujeres con las que salen pasen un poco de largo de todo ese despliegue de fanfarronería en taza, pero no. Leon no está ni en un grupo, ni en el otro. Está en el de molestarme. ¿Que Adrienne no quiere subir en coches alargados? Pues vamos a subirla. Si total, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que la influencia pornográfica de la limusina se le contagie y acabe sentándose en mi cara? Magnífico, ¡es justo lo que busco!

Hace unos cuantos días que me retiraron el vendaje del tobillo, y en el tiempo que he estado sentada en el sofá, he hecho el bonito total de diecisiete sudokus, porque Leon pensaba que no era capaz de hacer más de tres al día. O de cuatro. En fin, la apuesta ha ido subiendo. El caso es que ha pasado un tiempo desde que podía permitirme ser una borde y querer estrangular a los inversores con su propia corbata, pero el mal humor sigue ahí instalado.

—Y tampoco vamos a partirnos el pie. ¿Qué te parece?

—Me parece que es difícil partirme el pie cuando me llevan en coche. Admítelo, Leon. Admite por qué vas siempre en limusina. —Hago una dramática pausa—. Has suspendido el examen de conducir más de tres veces.

—En realidad tengo el carné, solo que nunca me he comprado un coche. ¿Por qué? ¿Te haría ilusión que te diera una vuelta? Puedo pedirle a Axel su bólido, aunque es muy probable que me dé un puñetazo solo por sugerirlo. Se pone muy sensible cuando me refiero a su esposa con tanta insolencia.

Suelto una carcajada contra mi voluntad, contra vuestros pronósticos y contra mi bienestar físico. Estornudar y reír cuando estás menstruando tienen el mismo efecto: una desgradable explosión de colores.

—No le veo el encanto a los conductores. Si fuera así, ahora mismo estaría yendo a quién sabe dónde con un taxista. Y quizá me iría bien, porque siempre he pensado que para serlo tienes que tener conversación.

Él eleva las cejas.

—¿No te doy suficiente conversación?

—No es por nada, señor Dresner, pero está a punto de agotar sus cinco preguntas

diarias. Solo le queda una. «¿Qué te parece?» —empiezo a enumerar, sacando el pugar —. «¿Por qué?» —Saco el índice—. «¿Te haría ilusión que te diera una vuelta?» —Enseño el corazón. El de la mano, enseñar el otro habría sido un poco complejo—. «¿No te doy suficiente conversación?» —concluyo, mostrando el anular, indiscutiblemente el más feo de todos, y luego me palmeo los muslos—. Tiene una sola para descolocarme.

Leon despega los labios para decir algo, pero al final solo hay un cómodo silencio en el que él sonríe levemente.

Valoro muchísimo poder estar callada con alguien sin que nos sintamos violentos, y Leon ha sido desde los orígenes una de esas personas con las que me siento mejor cuando no hablamos, aunque eso probablemente sea porque con su labia puede conseguir cosas que no logra con una mirada…

Eso es una tontería, olvidadlo. Con Leon se confirma el refrán que vuestra abuela mete hasta en la sopa con afán educativo: una mirada vale más que mil palabras. Sobre todo hoy, que lleva una *bomber* verde militar que le sienta como un guante.

Sí, puedo fijarme de vez en cuanto en la ropa de los hombres.

—Me arriesgaré a quedarme sin preguntas por hoy. Y si no, improvisaré la manera de sonsacarte información. ¿A dónde crees que vamos? ¿Tienes alguna preferencia de cita en particular?

—¿Es ahora cuando te pido cualquier cosa, por ejemplo, la Luna, y me la compras? ¿Serías capaz de hacer eso por una noche movidita?

—Encuentro encantador que puedas quitarle el romanticismo a todo sin sonar ni remotamente soez. Y sí, creo que podría bombardear diez satélites por una… *noche movidita*. Soy un hombre muy hedonista, sibarita, y además, bastante exagerado. No le doy valor a las cosas materiales, y ahí entra cualquier astro; sobre todo si las comparo con mis concretos y estrambóticos deseos. Por tanto, y de nuevo… Sí, puedo desarticular el Sistema Solar para que puedas usar los planetas como accesorios si a cambio te tengo un rato.

No ha mentido en que es un exagerado.

—Encuentro encantador que puedas ponerle romanticismo a todo sin que suene ni remotamente a lo que significan tus palabras en realidad: soy un rarito con pasta y estoy obsesionado con una mujer porque me ha dicho que no. En cuanto al ofrecimiento del Sistema Solar… No, gracias, me gusta observar las estrellas y planetas desde aquí abajo, y no quiero ser la causante de ninguna catástrofe natural. Pero si pudieras enviarme en un cohete al espacio, te estaría agradecida. Si no… —continúo, intentando ignorar su mirada brillante—. ¿Sabes qué me haría ilusión?

—¿Qué?

—Un campo de concentración.

Leon no se molesta en ocultar su asombro, aunque no es una palabra que esté en su vocabulario. Siendo correctos, diría que Leon tiene tres facetas, y ninguna de ellas incluyen las emociones fuertes. Primero, la amable, cortés y políticamente correcta; segundo, la amable, cortés y políticamente incorrecta —esa que hace que diga guarradas en tono elegante—, y la tercera, que es algo así como la amable, cortés y tan ligeramente burlona que apenas te das cuenta de que lo está pasando en grande.

—¿Te gustaría que te llevaran a un campo de concentración?

—¿Por qué suena como si quisiera que me llevaran en máquina del tiempo a los cuarenta, cuando estaban en funcionamiento? Solo decía ir a echar un vistazo. Creo que Auschwitz tiene mucho que decir.

Leon me sostiene la mirada de esa manera tan suya, escrutando cada detalle de mi cara.

—¿Te gusta la historia?

—Esa es la pregunta número nueve, señor Dresner, está jugando con fuego. Y no me gusta especialmente, pero los holocaustos no son algo que se pueda pasar por alto, ni algo ante lo que se pueda hacer la vista gorda. Sé que hay gente que cree que la Tierra es plana, gente que rechaza la evolución al actual *homo sapiens* desde el mono y que reniega del holocausto nazi, pero no formo parte del grupo, y no contenta con eso, me gusta indagar. ¿Tan raro es que me interese un campo de concentración? No iba a examinar restos humanos. ¿Por qué lo preguntas? ¿Siempre has querido ir y no encontrabas a alguien con quien compartir tus gustos trambólicos?

—He ido a todos los campos de concentración que existen, no necesito que nadie me acompañe —replica suavemente. Oh, no irá a pensar ahora que estamos hechos el uno para el otro solo porque somos igual de raros, ¿verdad? Es decir, no creo que sea tan extraño porque hay millones de visitas al año a estos sitios, pero uno no pone «me gusta visitar campos de concentración» en su biografía de Tinder—. Solo lo decía porque la historia tiene algo que ver con la cita de hoy.

La limusina frena en ese instante, y yo, exaltada por el hiperbólico sentido de la oportunidad del conductor, bajo la ventanilla para asomarme. Echo un vistazo a un lado y a otro, y termino por fijarme en el enorme edificio que hay ante mí.

—¿La universidad de Múnich? —Me giro para mirarlo—. ¿Por qué?

—Quieres confiar en mí, ¿no? Para eso tendrás que conocerme bien, y aquí he pasado unos buenos años de mi vida.

—Me parece lícito. Pero, si lo de hoy era conocerte… ¿Qué clase de ejercicio de

confianza estábamos haciendo el otro día?

Una sonrisa se abre paso lentamente en sus labios.

—Ese solo era yo saliéndome con la mía.

—Comprendo… Quieres manosearme en los baños de la universidad aprovechando que ya estás vacunado contra el tétanos.

—¿Siempre sueles pensar lo mejor de mí? —bromea, arrancándome un amago de sonrisa—. Sé que estás deseando que te toque, Lola Bunny, pero deberíamos ir más despacio. Tienes que mantener tu promesa de hacerte la difícil dos citas más antes de ceder.

—Una cita —corrijo—. No sé cómo lo vas a conseguir, Leon. Pero admito que siento curiosidad por ver cómo te las apañas.

Dicho esto, y tomándole a Lana el estilo de irme justo a tiempo para dejar al interlocutor con la palabra en la boca, salgo de la limusina y me planto en la acera con los ojos entornados. No me puedo quejar de universidades porque lo cierto es que estudié en una de las mejores: la Universidad Pierre y Marie Curie no es ninguna tontería. Pero he de reconocer que estoy impresionada, porque la Universidad de Múnich es la segunda mejor de Alemania, entra en el top de las quince mejores de Europa y tiene historia propia. Si no me equivoco, el Papa Benedicto XVI estudió aquí. Y no es que me cause furor alguno pisar el mismo suelo que un señor calvo y con cara de estar tramando un atentado catastrófico —no sé en qué pensaban al nombrarlo padre de la cristiandad, el hombre daba mala espina—, porque la verdad es que el sitio seguiría siendo impactante aunque ninguna figura pública hubiera pululado por allí.

No, no es ninguna universidad construida en una catedral estilo gótico, de esas que con solo mirarlas ya te puedes imaginar una historia tétrica de amor atemporal. Realmente es una estructura rectangular con dos brazos y alrededor de tres, cuatro plantas, pintada enteramente de blanco y con unas ventanas con doble arco casi románticas. En el centro de la explanada de la entrada hay una fuente y una serie de arbolitos encantadores, que cubren la galería semi-interna, a la que se accede por, de nuevo, arcos.

—¿Por qué has estudiado en una universidad pública? —pregunto, al sentir que Leon me alcanza y se sitúa a mi lado. Giro la cabeza para mirarlo, pero él no despega los ojos del edificio.

—Las universidades públicas son mejores que las privadas, y esta en concreto no tiene comparación con ninguna otra. De aquí han salido alrededor de treinta premios Nobeles… ¿Entramos?

—¿Podemos entrar sin ser estudiantes?

—No, pero tengo enchufe —contesta alegremente—. Mi madre es amiga del rector. En caso de pillarnos husmeando no nos pondrían ninguna multa.

—Y en caso de que la pusieran, podrías pagarla —concluyo, dejando que me coja de la mano y me lleve al interior—. Estamos salvados.

Nada más entrar, damos con una escalinata franqueada por dos estatuas sedentes, y que luego se bifurca para subir al otro nivel. Leon me conduce al superior subiendo las escaleras sin soltarme aún, acariciando tranquilamente el dorso de mi mano con el pulgar. Y me gustaría decir que curioseo mirando a mi alrededor, abducida por la belleza de un lugar que no conozco, pero siendo honestos… No creo que haya nada ni la mitad de interesante que un hombre que ha visitado todos los campos de concentración de la Alemania nazi. Solo por eso, eh, no tiene nada que ver que siga siendo atractivo y me cueste quitarle los ojos de encima.

—¿Qué estudiaste?

—Lenguas —contesta, frenando en el último escalón. Se da la vuelta y se pone las manos en las caderas antes de echar un vistazo a lo que hemos dejado atrás—. Ya te he dicho que soy un hombre de letras, ¿verdad? Pues eso es porque me interesan todas las letras del mundo. Aunque en parte también me puse con ello porque, como gerente de un hotel, no te puedes permitir no tener ni idea de idiomas.

—¿Cuántos sabes?

—Desde pequeño me inculcaron el alemán y el inglés, y en la universidad estudié francés, español y chino.

Ahora es cuando me siento peor que nunca por saber decir «Hello, my name is Adrienne», «please» y «thank you»… y realmente poco más. Al menos debería darme un poco de vergüenza cuando estoy ante toda una eminencia del lenguaje universal, pero cuando esa eminencia no sabe dónde está el páncreas, la verdad es que es un poco difícil infravalorarse.

—Dicen que si de pequeño te hablan en dos idiomas diferentes, cuando creces tienes más facilidad para aprender otros nuevos… Pero es mentira, porque siempre me hablaron en noruego e inglés, y mi inglés deja mucho que desear, el noruego se me ha olvidado y… Bueno, realmente no me quejo del francés, porque aprendí relativamente rápido.

—Los idiomas son muy bonitos, y cada vez más necesarios. Con la globalización no puedes ir por ahí sin saber al menos manejarte en dos lenguas. Y ya sé lo que estás pensando… Yo soy un negado para la medicina, y las ciencias en general. Pero la cultura es más importante para conocer tu entorno, para relacionarte, para convivir en sociedad…

—Y las ciencias son necesarias para prevenir desastres, para salvarte la vida… Pequeñeces.

—La ciencia no puede prevenir desastres, no si te refieres a catástrofes naturales. Y es cierto que puede salvarte la vida; yo admito que los avances médicos me fascinan. Por eso estoy invirtiendo, porque lo considero algo necesario. Pero, si lo ves desde un punto de vista existencialista… ¿De qué sirve que te salven la vida, si vas a morir igualmente? Al final, e independientemente de lo que hagamos, vamos a acabar en el mismo sitio.

Filosofar con millonarios no es mi práctica favorita, y menos aún hacerlo para buscarle un sentido a sus palabras y así comprender mejor de qué van… Pero no he podido evitarlo: me ha dejado callada, y me ha picado la curiosidad averiguar que el hombre sabe pensar, y que no piensa como yo imaginaba, sino que es más bien pesimista.

—La vida es la oportunidad inicial. El regalo —me defiendo—. La medicina te da la segunda, por si la primera llevaba en la letra pequeña un problema físico. Es injusto que la reduzcas a algo que solo sirve para retrasar lo inevitable.

—No la reduzco a solo eso, pero, ¿acaso me equivoco? Y yo personalmente no necesito más de una oportunidad. Como decía Mae West… Vives una vez, y si lo haces bien, es suficiente.

—Me asusta la falta de fe en la medicina de un hombre que invierte en ella.

—Tenemos una relación de amor-odio —concluye, echando a andar por un pasillo. Lo sigo enfrascada en la conversación—. La medicina da mucho, pero hay lugares a los que nunca podrá llegar, por eso se queda en el placebo antes de la muerte. Me dará unos años más de vida. —Se gira para mirarme por encima del hombro—. Pero, ¿y si esos años de vida son miserables? ¿De qué ha servido el dolor? A veces la cura es peor que la enfermedad… Por no mencionar que gracias al proceso de curación se descubre quién te quiere y quién no, y hay quienes no están preparados para descubrirlo. Hay quienes preferirían no saber que esos seres queridos no se quedarían si las cosas se torciesen.

Freno en seco y espero a que se dé cuenta de que no lo sigo con el ceño fruncido. Él no tarda en darse la vuelta, interrogante.

—¿Por qué tienes esa visión de la medicina? ¿Qué te ha hecho?

—Darme solo tiempo. —Hace una pausa—. Por mi padre no pudieron hacer nada, Lola Bunny. Pero no vamos a hablar sobre eso hoy. Hay muchas cosas interesantes sobre mí que todavía no sabes… Y ninguna es triste.

No voy a decir que se me da mal consolar a la gente, porque siempre entro en el

momento justo, doy el pésame o suelto mi consejo. Nadie se queja de mi capacidad para hablar sin asegurar las lágrimas del interlocutor, aunque mi talento esté mayormente relacionado con señalar las consecuencias negativas de sus actos… Pero, ¿qué consecuencia y qué acto hay en la muerte de su padre por una enfermedad? Y, ¿cómo voy a ser simplemente amable cuando las enfermedades me tocan muy de cerca? Es fácil decir «no pasa nada, todo está bien» cuando no tienes ni idea de la gravedad del asunto. Por el contrario, cuando sabes lo que hay… Cuesta un mundo encontrar las palabras, porque no existe pésame que pueda curar ese corazón roto.

Leon se debe dar cuenta de que me he quedado algo parada, porque avanza con expresión cálida y me tiende la mano con la palma apuntando hacia arriba.

—Vamos, Jadis, no te pega nada perder la sonrisa por mi culpa.

—No se puede perder lo que no se tiene —contraataco, aceptando el gesto—. Soy seria desde antes de que me conociera, señor Dresner.

Él casi sonríe.

—Entonces tendré que encontrar otra manera de marcar la diferencia.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunto, desde mi asiento privilegiado en la primera fila de butacas. El aula magna es una bestialidad decorada con lo que parece un Cristo pantocrátor en la pared que da al estrado.

Leon, subido al amplio altar, se sienta en el borde y apoya los antebrazos sobre los muslos para mirarme con la ceja alzada.

—¿No me crees?

—No eres la clase de hombre que me pueda imaginar haciendo un graffiti para una chica que no le hace ningún caso… Oh, espera, creo que me suena —ironizo, cruzándome de brazos. Él baja de un salto, con esa sonrisa tan extraña suya—. ¿Y qué pusiste exactamente? ¿Dónde? ¿Conseguiste algo?

—Ven, te lo enseñaré. Y no es el único graffiti que hice… Te sorprendería saber la de rincones en los que sigue grabada mi esencia. Era el macarra del curso.

—¿Tenías amigos? —pregunto sin maldad, aceptando la mano que me tiende—. La gente rica causa recelo en la plebe, sobre todo entre los grupos de estudiantes. Son el colectivo más desfavorecido, ¿sabes? No tienen un duro… Espera, ¿los sobornabas para salir contigo?

—¿Sería sorprendente que me los hubiera ganado con mi encanto?

En absoluto, pero no voy a hacerle un cumplido gratuito. Ser amable no es ningún reto para mí; bailarle el agua a la gente reiterando algo que ya saben, no me gusta tanto. Y es una increíble pérdida de tiempo.

—Se me daban bien los estudios, así que me pedían ayuda para los exámenes. Durante mi época de estudiante me distancié bastante de mi familia. Vivía solo, con el dinero que gané trabajando en una ferretería. Aunque ahora que lo dices, el hijo del ferretero sí se reía bastante de mí por haberme buscado un empleo en lugar de vivir del cuento. Nada grave. Me lo acabé metiendo en el bolsillo, como a todos. Y tanto, que ahora lo tengo trabajando para mí.

—¿Es Axel? —Él asintió—. ¿Cómo pasó de ferretero a entrenador personal?

—En realidad es fisioterapeuta, y también licenciado en terapia ocupacional. Se especializó en rehabilitación. Es una verdadera máquina.

No sé si la estáis viendo, pero el diminuto chip que Lana ha insertado en mi cráneo con su forma y aspecto está tomando notas apresuradamente.

—¿Por qué volviste a la vida del lujo, entonces? ¿Vender tornillos fue una experiencia traumática?

—No, pero siempre supe que heredaría el negocio y no me parecía mal, así que aprendí todo lo que tenía que aprender para llevarlo en condiciones, me llevé algunas lecciones para el día a día, y recuperé mi lugar. Podría haber trabajado en otra cosa; mi padre nunca me habría obligado a tomar sus responsabilidades. Pero me gustaba la idea de manejar esto, de ser el dueño de una «torre de Babel» más en el planeta: un sitio que propicia el encuentro de todas las culturas.

—Haces una aventura fantástica de ser el propietario de un hotel —señalo, divertida —. ¿Ese lado poético de dónde te viene?

Él se encoge de hombros, sin dejar de caminar. Esto es extraño, ¿de acuerdo? No solo os lo parece a vosotros. Voy hacia quién sabe dónde de la mano de un hombre al que hace dos meses no conocía, y con quien realmente no he tratado demasiado… Cuando siempre he tenido muy presente que no habría ningún masculino más. Lo que no quiere decir que la experiencia sea desagradable o me sienta incómoda; es solo… muy raro.

—No he mencionado poetas, pero me gusta la poesía. ¿Te suena Cesare Pavese?

—No.

Leon frena abruptamente y tira de mi mano para colocarme delante suya.

—«Vendrá la muerte y tendrá tus ojos/esta muerte que nos acompaña/de la mañana a la noche, insomne/sorda, como un viejo remordimiento/o un vicio absurdo. Tus

ojos/serán una palabra vana/un grito acallado, un silencio». —Hace una pausa—. ¿Nada?

—Creo que el primer verso lo *twitteó* Lana una vez. —Leon suelta una carcajada—. El poema es un poco tétrico, ¿no crees?

—Sí, es su estilo. Tenía muy presente la muerte… Se suicidó en una habitación de hotel con cuarenta y un años.

—No se suicidaría en tu hotel, ¿verdad? Me parecería un poco excesivo. —Leon vuelve a reírse y niega con la cabeza—. Yo también conozco un poema… Es de Lorca. Aunque solo fue un verso. Se me quedó grabado. «Que si matarte pudiera, te pondría una mortaja…»

—«…con los filos de violetas» —concluye él—. *Bodas de sangre*, ¿no? Deje que le diga, señorita Saetre, que ese tampoco es un panorama encantador. Lorca fue fusilado a los treinta y algo, y sus obras no son precisamente agradables… Aquí, justo aquí está —dice de pronto. Elevo la barbilla y busco lo que señala, una pared repleta de dibujos en la que destaca un increíble graffiti de una mujer leyendo con las piernas cruzadas—. Justo al lado de su dedo gordo…

—«Carleigh, sal conmigo». —Me giro para mirarlo con una ceja arriba—. No eras muy original, ¿no?

—Garabatear encima de un graffiti que dejaron estar por su calidad fue, en su tiempo, un grave delito. Pero no me arrepiento porque Carleigh acabó saliendo conmigo. Solo para decirme que la dejase en paz, sí, pero lo hizo. Y le tomé la palabra, que conste.

—Vaya, pensaba que tu vida sentimental siempre fue magnífica. Creía que las mujeres se te tiraban encima en manada…

—Hasta los veintiuno no dejó de salirme acné, y he estado gordo toda mi vida. Uso lentillas, aunque en mi humilde opinión, las gafas pueden añadir encanto según de quién se trate… Y los alemanes no son famosos por sus dentaduras perfectas. Llevé aparato durante cinco años.

—¿Cinco años? ¿Es eso legal?

—Bueno, Jadis… No todos tenemos la suerte de nacer siendo tan guapos como tú. Y no me mires así; te he regalado suficientes sudokus para poder decirte lo sexy que me pareces durante el resto de mi vida… ¿O el ego de tu cerebro es tan fácil de herir? ¿Se ofenderá si no le presto toda mi atención?

—Estaba pensando que ya que vas a referirte a mi cerebro tan asiduamente, podrías buscarle un nombre apropiado. Llamar a lo que se personifica como si fuese una cosa es

un gesto de mala educación, ¿sabes?

Él estira los labios en una sonrisa y asiente.

—Déjame pensarlo. Podría ocurrírseme algo genial.

—Estoy segura de ello. Lana tiene una teoría sobre los hombres que fueron feos en la infancia; al no tener un físico que ofrecer, desarrollaron su personalidad y así, tras la pubertad, conseguimos tíos atractivos y simpáticos, porque se ocuparon personalmente de no quedarse en lo de fuera… Aunque fuese por sobrevivir a las burlas del instituto.

—Así que te parezco atractivo y simpático.

—¿De quién es el ego ahora?

—Aprovecho para tenerlo a mis treinta y dos años porque hace diez seguían poniéndome motes estúpidos. —Levanto las cejas, interrogante, y él capta enseguida el sentido de mi gesto—. ¿Quieres saber cómo me llamaban?

No soy una persona muy curiosa; lo justo para molestarme en indagar sobre una enfermedad para encontrar la cura, aunque no lo bastante para comprar revistas del corazón y saberme de memoria la vida sentimental de las *celebrities*. La vida pasada de Leon es, ciertamente, una de esas cosas con las que puedo vivir con la tranquilidad de la ignorancia. Pero si estamos hablando de algo tan interesante como un mote universitario, la cosa cambia. Es decir… El tipo que tengo aquí delante, ese tipo que podría ser modelo de bañador, o de traje, o de lo que le saliera de las narices, fue feo hace una década. Necesito verlo, sentirlo, o que alguien lo constate para creerlo.

Y para que pueda creerlo, Leon me lleva por diversos corredores hasta que llegamos a lo que parece el baño de señoritas. Por un momento me pregunto si no querrá cumplir mi sugerencia sobre sucumbir al tétanos por un par de besos tontos. Algo que no me anima a descartar cuando abre la puerta de un cubículo al azar y me mete dentro.

Leon se sienta en la taza del váter en toda su flamante gloria —¿cuántos pueden decir que han visto a un dios tirado sobre un retrete? Solo vosotros y yo, y vosotros gracias a mí—, y abre un espacio entre sus piernas para que me apoye. De espaldas a él, observo el recorrido que hace su dedo sobre las líneas a rotulador permanente que hay en la retaguardia de la puerta. Y quien dice líneas a rotulador, está incluyendo relieves a golpe de punzón o compás y tal vez también pintura.

—«P x C» —lee en voz alta. Hay un silencio.

—¿Tengo que averiguar lo que significa? —pregunto—. ¿*Program Counter*? ¿Partido Comunista? ¿Podemos contra la coliflor?

Leon suelta una sonora carcajada que hace cosquillear mi nuca. Casi me llevo la mano a la zona para rascarme, pero su aliento envolviéndome el cuello imposibilita la

faena. Y más que lo hace el que apoye la frente en mi espalda, temblando por la risa.

—¿Tienes algo en contra de la coliflor?

—Es la única verdura que no me gusta. ¿Y bien? ¿Qué significa?

—Parrilla por Carleigh.

—¿Eh? ¿Parrilla? ¿Te llamaban «parrilla»?

—Sí. Es por las formas que le salen a la carne cuando la haces a la parrilla, como unos pequeños rombos… Una gran alegoría a mis granos. Fueron originales —comenta Leon—. Aunque a Axel se le ocurrían cosas mejores. Y a mí se me ocurrían cosas mejores aún para el propio Axel. Si yo estaba gordo, él tenía obesidad.

¿Qué?

Vale, que Leon hubiera tenido unos kilos de más, llevara gafas y tuviera acné podría comprarlo. Pero tener que visualizar al alto, fuerte e increíblemente sexy Axel Volney con un solo gramo sobrante es poner a prueba mi imaginación.

—Hay muchas «p» por aquí —comento, deshaciéndome del *collage* mental que acabo de montar; a mi Lanita Grillada interior no le hará gracia ver la cara de su no-novio sobre el cuerpo de Rasputia[3]—. Y casi ninguna dice nada malo. ¿Sería posible que hubiera mujeres enamoradas de ti aun sin ser guapo ni rico?

—Me esforzaba muchísimo por agradar a las chicas que me gustaban. ¿No se nota? —pregunta en mi oído. Todo el vello se me pone de punta—. Rara vez lo conseguía, pero cuando obtenía una victoria, nadie podía arrebatármela. Carleigh[4] estaba muy por encima de mis posibilidades. Las demás, que no estaban tan convencidas de que merecían a un modelo, dejaban que flirtease con ellas sin tratarme como a un perro.

—Descanse en paz el amor propio de Leon Dresner, brutalmente asesinado por una de las protagonistas de *Solos.*

—No sabía que te gustaran las series de supervivientes.

—Me gusta el Canal Historia. ¿De dónde crees que he sacado todos mis conocimientos sobre campos de concentración?

—Hoy estás especialmente ingeniosa. ¿Tiene algo que ver con ese gorro que sueles ponerte? —pregunta, apoyando la barbilla en mi hombro. Ladea la cabeza y me aparta el pelo para dejarlo reposar a la otra derecha, dejando un beso en el lateral de mi cuello —. Cuando no lo llevas te superas en genialidad.

Ah, el gorro. Mi gorro de siempre. Ese de lana gris, con un pompón en la punta y que llevo conmigo a todas partes, aunque haga demasiado calor para ponérmelo. Es una especie de talismán.

—…dicho que sí. Hay que ir a por las fotocopias a la copistería antes del jueves —comenta una tercera voz en inglés.

Me giro para mirar a Leon, que no tarda en ponerse el índice en los labios para obligarme a callar. *Claro*, como si me interesara hacerme amiga de un par de universitarias; sobre todo cuando se ponen a hablar alemán fluido.

Leon pega el pecho a mi espalda, inclinándose hacia delante para cerrar el pestillo de la puerta… Pero no vuelve a su lugar, sino que se queda apretado contra mí. Inspiro hondo e intento dejar la mente en blanco, en vano.

Echo un vistazo a mi alrededor, y no reconocer las paredes, ni las firmas, ni las palabras en alemán —todas excepto «liebe», claro— me ayuda a recordar que estoy en ese baño y no en otro, con otra persona. Aun así no es justo para mí, ni es justo para él, darle la espalda para alimentar una fantasía que una vez fue posible y ya no. No quiero cerrar los ojos y soñar con que son otras las manos que me tocan.

Me levanto torpemente y me doy la vuelta para mirarlo a la cara. Nunca he estado en un cubículo con un alemán cañón, pero sí he estado en un cubículo con una persona a la que quería besar… y la he besado. Y no me gusta repetir escenarios si no puedo repetir besos con ese mismo hombre.

O al menos eso creía hasta hace unos segundos, porque cuando Leon cierra las piernas y me coge de un par de dedos para tirar suavemente de mí, todo mi cuerpo responde encantado con la sugerente invitación. Está claro que no es Ivan, y él ya sabe que nunca podría ser Ivan; no hace falta que lo repita en voz alta, que haga hincapié en que no puedo quererlo ni pensar siempre en sus ojos verdes cuando hay algo muy distinto en mi subconsciente, para que sepa lo que le toca… Así que no hay engaño ahí, ¿verdad? Y no lo hay porque, entre todas estas cosas mencionadas, nunca he imaginado que eran los labios de Ivan en lugar de los suyos.

Me siento a horcadas sobre él y cruzo las piernas a su espalda. Leon me empuja por la zona lumbar para encontrar el punto exacto bajo su ombligo, donde me contoneo un poco antes de acomodarme, excitándolo lo suficiente para sentir la protuberancia. Y eso no es lo ardoroso, sino la mirada que me dirige, cómo traga saliva casi sonoramente…

Leon cuela el dedo índice en la parte trasera de mis vaqueros, y lo enrosca en torno a la tira del tanga por el placer de hacerme saber que sabe lo que llevo puesto y le gusta. Su mirada siempre es intensa, pero no me taladra ni me perturba, es algo mucho más espiritual que sólido. Por eso me lleva a donde le apetece, por eso me arrastra allá donde desea… Porque la atracción es un hilo invisible que me conecta con él.

Con la mano libre, tira de la goma de pelo que mantiene la coleta en su sitio. Desenreda la melena con los dedos, con una tranquilidad que se me antoja incluso bonita. A lo mejor es porque le han negado tanto tiempo ese momento, el de ser

deseado de verdad, o porque él es simplemente así, pero sabe tomarse las cosas con calma y hacer de la atmósfera algo mucho mas mágico que físico.

—Pienso mucho en tu pelo —susurra, acariciando un mechón antes de reemplazarlo por la piel sensible de mi cintura, que avasalla colando los dedos bajo la camisa—. Te veo trabajando en tu mesa, siempre con un moño o una coleta, con un semi-recogido, y me pregunto cómo serías sin artificios. Sin gafas, sin maquillaje, sin elaborados…

—¿Y te gusta lo que ves?

—Siempre me gusta lo que veo. Observarte me produce calma, Adrienne —musita, acercándose a mis labios. Deja un casto beso sobre ellos, y luego otro más largo, y un tercero húmedo… Al cuarto decido responder tímidamente, pero se separa rápido—. Se me olvida cualquier preocupación, y mi nivel de estrés disminuye a un ritmo alarmante. Parece que lo tienes todo bajo control… —Mete la mano entre mi pelo, masajeándome la nuca y empujándola con suavidad hacia sí. Su pulgar traza pequeños círculos en mi mejilla—; parece que has inventado tú la paz. Cuando trabajas entras en tu burbuja y nadie te perturba. Ni siquiera Lana, con su parloteo, puede crisparte, o tensarte… Eres blanda y serena todo el tiempo.

Ladeo la cabeza en dirección a su mano y me dejo hacer. No me importa lo contradictoria que pueda estar siendo cuando no le freno al sentir sus dedos en el cierre de la camisa, encontrando la manera de abrir los botones para jugar con el broche delantero del sujetador.

Qué ropa interior tan apropiada, Adrienne.

—A ti no parece que te escasee la tranquilidad, precisamente…

—Se me da bien simplificarme ante los demás, pero hay muchas guerras dentro de mí que necesitan la fuerza y entereza que tú transmites solo caminando.

Cuando solamente queda un botón por desabrochar, apoya la frente en mi esternón y utiliza los dientes para separar el último. Mi semi-desnudez queda a su disposición, y él se aprovecha de ello observándome con atención.

—¿Necesitas mi entereza? Al final va a ser verdad que no todo puede pagarse con dinero.

Leon eleva la mirada un instante para encontrarse con mis ojos. Es esa seriedad tan solemne lo que me eriza la piel, tan distinta a cualquier otra mirada, incluso la que tanto me gustaba de Ivan. Ivan era risueño en esos momentos, burlón y divertido, increíblemente fogoso y pasional, pero Leon… Leon me mira como si fuera una deidad a la que respetar, y al mismo tiempo, a la que maltratar con los dientes y las manos. Y me duele tener que comparar para que él, *mi él*, salga perdiendo. Porque no es justo. Sin embargo, no puedo mentirme y seguir creyendo que podría mantener a Ivan en mi

pensamiento durante más tiempo, cuando Leon está ahí, respirando así por mí y diciéndome con la mirada que podría convertirse en un animal.

—No… —Abre el cierre de mi sujetador con una mano, y aparta las tiras desplazándolas por mis hombros, arrastrando al mismo tiempo la camisa. Mis pechos se yerguen por el frío y la impresión—. Hay cosas que definitivamente no tienen precio… como esto.

Me muerdo el labio para no sisear en voz alta cuando uno de sus dedos traza un círculo alrededor mi pezón, endureciéndolo de golpe. Con la uña traza una línea recta desde mi esternón, y todo mi tronco se estremece sabiendo que después de ese ardor podría quedar una marca. Cuando dibujar empieza a aburrirle, ahueca mis pechos con las palmas, protegiéndolos del frío para cobijarlos con su cálido tacto. Echo la espalda hacia delante, buscando su calor deliberadamente, y él aprovecha ese momento para besarme tan despacio que podría describir hacia dónde conduce la lengua si no tuviera la mente en blanco.

Una cadena de contracciones me va encogiendo los músculos desde la cervical, como si temiera que en algún momento dejara de acariciarme. Su beso empieza húmedo y elaborado, y termina siendo superficial, un roce continuo que me exalta por no concretar. Sus labios se desplazan desde mi barbilla, que muerde con cuidado, hasta el centro de mis clavículas, y luego a mi desnudez. Escucho la carcajada estridente de una de las chicas al otro lado de la puerta, y si bien eso podría haberme cortado, no lo hace porque Leon aprovecha ese preciso momento para morderme el pezón y humedecerlo con la lengua. Succiona y sorbe hasta que tengo que cubrirme la boca para no hacer ruido. Por extraño que parezca, la presencia de las estudiantes es un incentivo más para ponerme a tono… Aunque no es como si los besos de Leon no fueran suficientemente provocadores, cuando sube la intensidad abarcando más perímetro y presionando con el empuje de su lengua.

Me retuerzo en su regazo, impulsándome un poco hacia delante, donde su erección es cada vez más notoria. Mis manos no saben a dónde ir, si a su pelo o a su espalda, si a su espalda o a su pecho… Y al final solo intentan desabrocharle los botones de la camisa. Leon se da cuenta de mi deseo y se aparta un momento para que pueda desnudarle de cintura para arriba, pero no me deja observarlo todo cuanto me gustaría; enseguida vuelve a tomarla con mis pechos, que enpiezan a escocer en su parte sensible. Él calma su irritación tomándose todo el tiempo del mundo, mientras que el fuego estalla entre mis caderas y todo mi sistema interno debe encogerse para contener el instinto.

—*Du bist so süß*…[5] —susurra contra mi piel, dándole un largo y lento lametazo a mi pezón.

No sé si sabe que sigo sin tener ni idea de alemán, pero por lo menos es consciente del efecto que tiene lo que sea que haya dicho. Debo contener el aire en los pulmones para ignorar el ardor que empieza a acumularse entre mis piernas.

—Leon… —Me humedezco los labios. Bien, ¿ahora qué? ¿Viene el momento en que tiro la casa por la ventana y le digo que me toque?—. Haz algo.

Pues sí, así es.

Solo necesitaba un incentivo, porque al segundo ya tengo su mano decendiendo bajo mi ombligo, desabrochando el vaquero y colando unos dedos entre la tela de las bragas. Hace tanto tiempo que nadie se pasa por ahí —a excepción de mi estampida en la primera cita— que me sorprende e incluso avergüenza que me encuentre tan excitada. Pero la fatiga se me pasa tan pronto como lo veo morderse el labio inferior y susurrar algo cariñoso por lo bajo. Que puede no ser cariñoso; a lo mejor me ha dicho «cerda desagradable» o «amoxicilina clabulánico» —si el hombre supiera lo que es, que lo dudo—, pero es mi extraña fantasía morbosa y voy a interpretar sus ruiditos como me plazca.

No logro detener un suspiro de gloria cuando sus dedos acarician toda mi abertura verticalmente, palpando con más sabiduría que curiosidad entre los pliegues, completamente abiertos para él por la postura en la que me encuentro. Ni siquiera pienso en que las chicas puedan haberse percatado de nuestra presencia o de lo que estamos haciendo… Todos mis sentidos están en el modo que tiene de tratar mi sensibilidad, quizá algo alerta por si me hace daño.

Pero no lo hace; su pulgar se queda en mi clítoris, ondulando para frotarlo al mismo ritmo que mis caderas toman involuntariamente. Me muerdo con fuerza el labio inferior, algo que no sirve de nada cuando su mano va moviéndose con más y más rapidez, tensándome y ablandándome, ablandándome y tensándome, y luego apresando ambos estados. Leon me besa durante parte del proceso, en el que la cabeza me empieza a pesar y solo puedo hiperventilar en busca de mi aliento…

Hasta que mi cuerpo encuentra lo que estaba buscando, aún con ese toque profundo e inexorable latiendo entre mis muslos. Alcanzo mi orgasmo sobre su regazo, apresando su mano al encoger las piernas y apretar los músculos… Y él me besa justo al verme perder movimiento, no sé si para acallarme o porque esa es su forma de compartir el momento conmigo.

No me doy cuenta de que he tenido los ojos cerrados un buen rato hasta que se me ocurre abrirlos. Él me observa sin perderse detalle, acariciando mi vientre y la curvatura de mi delantera con las yemas de los dedos.

Si antes me ha dado pena Leon, ahora lo siento por Carleigh. Pobre mujer… Se ha perdido algo realmente grande. ¿P x C, era? Pues más que Parrilla por Carleigh yo creo

que era «Pedazo de Clímax» o «Por Cristo», o… Eso no ha sonado nada a Adrienne Saetre, mejor olvidarlo.

—Hace frío —susurro, aunque no lo siento—. Deberíamos…

Leon no me deja terminar la frase para besarme de nuevo, profundizando tanto que se me olvida lo que iba a decir y toda la estructura firme de mi cuerpo se va convirtiendo paulatinamente en una masa gelatinosa. Tengo que agarrarme a sus hombros para encontrar el equilibrio, y en ese equilibrio pasamos tanto rato, pero tanto rato… que volvemos a esos años de universitarios, en los que nos encerrábamos en los baños para darnos el lote con nuestra pareja. Y ni me importa al principio, ni me importa al final, aunque el precio de cobrarse todos los besos que parecía deberme sea terminar con los labios hinchados.

CAPÍTULO 11

¿Aparentar normalidad durante el trayecto de vuelta? Salvado, y con honores. Lo de cruzármelo al día siguiente en los laboratorios ya no fue tan bien, y es que no me entraba en la cabeza que hubiera sido capaz de quedarme medio desnuda en un baño universitario con él.

Definitivamente acababa de aprender, en no muy favorables condiciones —sí, ya sé que el orgasmo fue bien, pero seguía siendo un váter mil veces usado y en pocas ocasiones desinfectado—, lo que podía hacer la atracción en una mujer. Incluso en una mujer enamorada de otro hombre, lo que me lleva teniendo en vilo unos cuantos días.

Los cuernos siempre me han parecido aberrantes, pero ahora que lo pienso y lo he vivido, realmente no pude pensar en quien debía mientras me tocaba. Ivan ni siquiera existió. Por lo que es posible que, cuando una persona le pone los cuernos a su pareja y asegura que no sabía lo que estaba haciendo, hay una alta probabilidad de que no esté mintiendo.

Por supuesto que no pienso excusar a los salidos y a las sueltecitas de moral que se ríen de sus parejas; aunque Nina no pare de hablar de las ventajas de las relaciones abiertas, sigo y seguiré «chapada a la antigua». Lo único que quiero haceros entender es que perdí completamente la cabeza, algo que no tiene nada que ver con lo que soy y la imagen que pretendo darme a mí misma para conocerme bien. Y el hecho de que sea tan sensible a las atenciones de Leon puede concluir en que, tal vez, consiga lo esperado en la tercera cita. Solo espero que se le ocurra una grandísima estupidez para ir desencantada y frenarlo a tiempo.

Pero en los días que han seguido al momento Parrilla por Carleigh —luego lo pensé largo y tendido y, joder, tiene su gracia—, me he dado cuenta de que Leon tiene otras formas de seducción, y que se ha tomado muy en serio eso de asaltarme entre unas y otras citas para que no me olvide de él. Como el martes aquel en el que se me acercó mientras trabajaba, con una actitud profesional que podría haberme hecho gracia si no fuera ya elegante y serio de por sí, y me soltó:

—¿No tiene algo que darme, señorita Saetre?

Confío en que entenderéis que en ese momento lo primero que se me ocurrió fue un beso. Después de haberme pasado alrededor de media hora, casi cuarenta y cunco minutos, enrollándome con él en el baño como una colegiala, tenía —y sigo teniendo— muy presente la demanda de su boca. No sería tan raro que me exigiera un rápido besito.

Pero no se refería a tal cosa, claro. Esa solamente era yo pensando mal, o pensando demasiado bien… Qué más da. Porque siendo sinceros, no me habría molestado

disculparme un momento para meterme en un armario con él, y eso, amigos míos, es una falta absoluta de profesionalidad. Consolaros con que tuve muy presente que si se le ocurría proponerlo, lo descartaría sin tapujos. Mi lugar de trabajo es sagrado, especialmente cuando podría salvar vidas.

¿No ha sonado eso muy Derek Sheperd? «Hoy es un buen día para salvar vidas…»

—He venido a por mi sudoku de hoy. Traigo bolígrafo rojo para corregirlo. No voy a tener piedad si has fallado en un solo número, Adrienne. Cada vez soy más exigente —añadió, haciendo especial hincapié en la frase para que me lo tomase como lo que era: una indirecta bastante directa.

Bueno, ¿se cree que es el único que quiere dar un paso más? Mis hormonas tienen muy bien delimitado el perímetro de su bando, y comprende mi bajo vientre y todo ese conjunto de zonas erógenas que dicen «buenos días» cuando me lanza una miradita y me hace un saludo con la cabeza al pasar por el pasillo. Pero lo siento, soy una mujer racional, y os aseguro que si el Solaray no pudo conmigo, nada lo hará.

«Pero si el Solaray pudo contigo, lo que pasa es que el cochero interrumpió». Sí, ya, creo que podríamos dejar esa discusión para otro momento.

—Aquí está —le dije yo, sacándome el sudoku perfectamente rellenado del bolsillo trasero del vaquero —*¿es que no tienes otro tipo de pantalón…?* No, no lo tengo, soy una chica *Levi's*— y se lo tendí—. Señor Dresner, puede ponerse todo lo exigente que quiera. Si no me he equivocado en estos veinte últimos sudokus, no voy a hacerlo en el futuro. —Eso también fue una indirecta, claro—. Tendrá que probar con algo más atrevido.

—¿Un cubo de Rubik, tal vez? —Me partí la cabeza intentando relacionar el concepto del cuadradito de colores con alguna experiencia amatoria magistral, pero no se me ocurrió nada en el momento. Y ahora que lo estoy recordando, tampoco—. ¿Crucigramas? ¿El solitario…?

—El solitario me gusta, especialmente para la mañana de hoy —comenté como quien no quería la cosa. Él aceptó la derrota con una media reverencia de cabeza. A veces parece que el hombre vive en el siglo XIX—. Buenos días, señor Dresner.

Eso en cuanto a última materia *no amorosa* y definitivamente *no sexual*. Me preocupa el efecto alemán bilingüe y experto haciendo manitas, pero más me ha estado preocupando que no avancemos en la investigación cuando ya llevamos casi dos meses y medio en el proyecto.

Pero admito que nunca se me habría pasado por la cabeza inquietarme si Neumann no hubiera dividido a los seis que estamos en dos grupos, dejando a unos el trabajo con mayor peso, y a otros ocupados con nimiedades. Que realmente no son nimiedades; no me gustaría que se me acusara de desagradecida, ni que me digáis que se me ha subido

la cabeza. Simplemente intento distinguir entre el verdadero trabajo de un biomédico en un laboratorio y el de un ayudante. Y es justo a esto a lo que he quedado relegada tras la lastimera exposición de los hechos que Neumann ha departido esta mañana.

Estas cosas suelen ir muy despacio. No somos la primera organización científica que se pone manos a la obra para buscar el remedio a una enfermedad, y no seremos la última… Lo que no quiere decir que porque seamos más, podamos ir rápido. No es tan sencillo como parece. Han sido décadas luchando contra el cáncer y apenas se ha descubierto recientemente que un fármaco puede reducir un tumor hasta hacerlo desaparecer si se detecta en su primera fase de desarrollo.

Todo un equipo de especialistas encerrado en un laboratorio para dar con esto, algo que si bien es un milagro del cielo, sigue sin ser la solución definitiva. ¿Y ahora Neumann quiere que vayamos más deprisa, que lo tengamos enseguida? Es imposible que se obtenga un resultado concluyente en unos meses… Pero me he tenido que callar, porque no pretendo molestar a nadie.

La que esperaba que prorrumpiese en maldiciones, es Lana. Pero ha estado muy callada durante todo el día, inmersa en un mundo interior que, siendo honestos, no sabía que tenía. Y en realidad no tiene por qué tenerlo, ¿no? Muchas veces la he pillado dándole vueltas al coco y todo lo que había en su cabeza era el eterno dilema entre comprar un bolso antes de que se agotara o arriesgarse a esperar a las rebajas.

Pero esta vez me equivoco, porque nada tiene que ver con los complementos de toda *influencer* de moda en Instagram. Mientras colocamos el tablero del Cluedo y hacemos el guacamole antes de que llegue Axel, Lana mira la puerta bastante nerviosa varias veces.

—No va a venir —gimotea, jugando con el dobladillo de su falda.

Se supone que lleva un *outfit* «casual», perfecto para «el día a día», pero… ¿A vosotros os parece casual una falda de cuero? Porque no es un modelito que la menda escogería para inflarse a comida mexicana mientras averigua quién es el asesino en un juego de mesa.

Informes estéticos aparte, dejo la fuente con los nachos en el centro y la miro con la ceja alzada.

—¿Qué dices?

—Que no va a venir. Que estoy segura, Adrienne —responde irritada. Ojito, porque me ha llamado por mi nombre—. A última hora pondrá una excusa y no aparecerá, es que me apuesto lo que sea. —Lo de la apuesta es algo jugoso porque Lana es de las que pagan si pierden, no como otras que yo me sé, pero decido mantener el pico cerrado mientras tenga algo que decir—. Él no es de estos… De los que van a jugar al Cluedo, o

tienen novia, o son simpáticos después del polvo. Va a desaparecer de un momento a otro, si es que yo lo sé, me conozco a los de su calaña. Esos puñeteros cerdos convenidos que van al sol que más le calienta, los muy…

—A ver, espera… ¿De qué estás hablando?

Lana clava en mí sus ojos verdes, con una solemnidad que me asusta. Sí, una Lana seria es un animal mitológico al que hay que temer. Esta, por suerte, es medio mitológica porque solo está medio seria.

—De que Axel fue ayer a Mykonos.

No es que Axel se haya ido de vacaciones a una de las islas de Grecia. Ni siquiera creo que sea de esos que se largan a otro país sin despedirse; el tipo, antes que mujeriego, es bastante educado. Pero yendo al tema… Lo de «ir a Mykonos» es el eufemismo, la forma elegante de decir «nos hemos acostado». Viene del parecido entre «Mykonos» y «mi coño». En resumen, Axel ha ido a su… coño. Sí.

—Va…le. —Hago una mueca—. ¿Y qué pasa?

—¡Pues que ya tiene lo que quiere! Joder, Adrienne, es que no te enteras de nada. Para lo lista que eres, a veces te comportas como una… Da igual, estoy pagando contigo mis nervios, lo siento. La cosa es que… En fin, ha ocurrido lo inevitable. El Cluedo estaba programado para hoy, pero ayer perdí la noción de mí misma, y ahora es cuando él deja de ser agradable porque ya ha conocido las exuberantes formas y encantos geográficos del puñetero Mykonos.

—Lana…

—Ni Lana, ni Lano. ¡Es un gilipollas!

—No te pongas así… Creo que te estás precipitando.

—¿Precipitando? Non, cuando conocí a Axel, estaba tirándose a tres tías a la vez. Las engañaba a las tres, diciéndoles que eran las únicas. Presencié el momento en el que aparecían para partirle la cara… Y sí, ya sé lo que pretendes decirme. Es un capullo, ¿cómo se me ocurrió juntarme con él? ¡Pues porque es encantador, e ingenioso, y me río mucho, y encima se folla solo, el maldito hijo de puta! Pero eso ya da igual, porque han pasado diez minutos. El gilipollas no va a venir. Me dirá que tiene que trabajar, cuando el capullo vive la vida bohemia, y si vuelvo a verlo me dará una palmadita en la espalda. Ese insensato y cruel mamón, abusador de mujeres, parásito infernal…

—¿Lana? —grita Axel al otro lado de la puerta—. ¿Estás ahí? ¡Llevo quince minutos tocando al timbre! ¿Es que está roto, o qué?

¿Sabéis del espectáculo de los amaneceres? Ese increíble momento en el que el sol va surgiendo lentamente entre las puntas más altas de los edificios. Apenas dura un

minuto; si echas diez fotos durante ese cambio, ninguna saldrá igual.

Algo similar pasa con la cara de Lana. La mueca sombría abre camino a una sonrisa brillante de oreja a oreja.

—¡Ha venido! Pues claro que ha venido, no puede vivir sin mí. ¡Ja! —Pasa por mi lado toqueteándose el pelo—. Si es que tengo el mejor gusto…

—Respecto a eso del gusto… ¿Vais a estar haciéndoos carantoñas durante todo el juego? Es para coger la chaqueta y largarme. Ni se me da bien el Cluedo ni me gusta ser espectadora de nada, así que…

Lana frena de golpe y se da la vuelta.

—Es verdad, va a quedarse a jugar. ¿Qué hago ahora? ¿Me comporto como si nada? ¡Non, que es un sobón! —exclama en voz baja—. ¿Y si ha venido para echar un casquete? No me extrañaría, siendo un zorro provocador… Si es que lo único que quiere es acostarse conmigo, el muy desgraciado.

—Lana… ¿Podrías ponerte de acuerdo contigo misma?

—No, no puedo. Esto es superior a mis fuerzas, Adrienne. Quiero ser esa gran excepción que consigue que el mujeriego siente cabeza, la que salva al atormentado de sus enigmáticos secretos, y también quiero ser la mimada de un *sugar daddy*… Pero no puedo serlo si no sé qué va a hacer. ¿Cómo demonios me comporto? ¿Debería manosearle?

—Delante mía, no.

Ella respira aliviada.

—Se me olvidaba que vas a estar aquí. Non, no puedes dejarme sola, tienes que quedarte entre ese predador sexual y yo el máximo tiempo posible. No pienso darle otro boleto a Mykonos hasta que esté enamorado de mí, y si no intervienes, probablemente le haga el salto del tigre. Mi sexto sentido artístico me dice que se ha puesto la chaqueta de cuero… —inspira bruscamente—, y eso no está pagado, Adrienne.

En la superficie me lo estoy pasando en grande, y en el fondo también me estoy regodeando… Pero hay un equilibrio intermedio que significa comprensión. Sé cómo se siente al dedillo; lo que es no saber actuar, ser una muñeca en manos del instinto animal y… Sí, lo de la chaqueta también, aunque llevado a la generalidad de… Bueno, de vestir ropa.

Guau, ropa, ese gran fetiche sexual.

¿Qué te pasa, Adrienne?

—Por el momento creo que iré yo a abrir la puerta —anuncio, sacudiendo la cabeza.

—Sí… Y si ves que me comporto de manera extraña delante suya, me das un codazo, ¿vale?

—Pues prepárate para una buena paliza —mascullo por lo bajo, abriendo la puerta. Justo a tiempo para ver cómo Axel iba a darse la vuelta con el ceño fruncido, y su acompañante…—. ¿Qué haces aquí?

Leon se decanta por el lenguaje visual elevando un cubo de Rubik delante de mis narices.

—Esto no cabe por el hueco de la puerta.

—¿Está Lana? —pregunta Axel.

Alzo las cejas al ver que lleva un ramo de flores en la mano, y no flores de cualquier tipo, no… Tulipanes. Las flores preferidas de Lana. Creo. No estoy muy segura; solo sé que entran en su top cinco. El puesto ya es algo complicado.

Lo que no es complicado de saber es lo que va a ocurrir en cuanto cruce el umbral. Lana verá el detalle y le sacará ella misma el vuelo a Mykonos. De hecho, le comprará un jodido billete para hacerse un crucero por todas las islas griegas.

—Sí, está dentro… —contesto, fijándome en su chaqueta de cuero. ¿Ampliamos el crucero y lo llevamos a Creta y Chipre también?—. En la cocina.

Una vez desaparece en el interior, suspiro por la decencia perdida de mi ayudante y clavo la vista en Leon, que ya me estaba observando con interés.

—Ponte unos zapatos y nos vamos… Y no cuenta como cita, sino como favor —puntualiza—. Axel ha venido a pasar a valores, y creo que sin cera en los oídos no habrías podido soportarlo.

—O sea, que vuelves a ser Superman sin capa —puntualizo. En cuanto asumo el sentido de la frase, medio sonrío—. ¿Pasar a valores? ¿Qué clase de expresión es esa?

—Es un eufemismo para el sexo. También está ahorcar la gallina, hablar con el diputado, soplar la caña, retroexcavar con la sinhueso… —Encoge un hombro—. Pero creo que Axel se ha referido al asunto como «encamisar el cilindro».

Me tapo la boca a tiempo para reprimir una carcajada, y para no comentar cuál es el refrán que se utiliza en estos lares. La referencia al viaje mediterráneo es bastante mejor.

—Iré a ponerme los zapatos y el gorro —suspiro—. Dame un segundo.

Leon apoya el hombro en el marco de la puerta y aprovecha que sigo intentando ubicarme entre tanto eufemismo para robarme un beso en los labios. Por lo repentino del gesto, mi corazón parece a punto de salir corriendo; sensación que se acentúa

cuando medio sonríe.

—Puedo darte algo mejor que eso.

Decido tragarme el «me consta» y escabullirme a por las botas. Menos mal que no tengo que pasar a la sala para ponérmelas, porque ya por el rabillo del ojo se percibe un tanto de la escena entre los otros dos. No sé si estoy traicionándola o si le hago un favor, pero si se le ocurre echarme en cara el abandono, recurriré al pretexto de que estaba demasiado ocupada agarrándole el culo a Axel para atender a razones.

Os voy a aconsejar algo. Si a un hombre se le ocurre invitaros a cenar a la bartola en la azotea del edificio donde vives solo porque hace una bonita noche estrellada, no le hagáis caso, por muy atractivo que sea. Y aquí es donde viene la confesión: hacédselo si vuestro mayor deseo es mantener la mente fría y el cuerpo congelado. Me refiero a caso, eh, a hacer caso. Nada raro, gracias.

Alemania no es una región conocida por sus altas temperaturas, sino por su frío clima continental. Tiene su parte de gracia si decides tomártelo con humor —yo no lo voy a hacer—, porque ahora sí podría sentirme la reina del hielo de Narnia. Lo que por un lado es terrible; solo me faltaba enfermar de nuevo. Y por otro… ¿Quién no querría ser la reina de Narnia si eso te evitara los tocamientos con un tío sexy?

Puede parecer sarcasmo, pero no lo es. Tengo que aprender a relajarme en presencia de un hombre que me ha tocado íntimamente. No voy a estar toda la vida huyendo de todo el que me presta un poco de atención solo porque me atormenta hacer comparaciones, ¿verdad? He encontrado a un tipo con el que me entretengo, que ejerce un gran magnetismo sobre mí y que está de acuerdo con las inclinaciones de mi corazón. No debería estar en tensión porque me duela engañar a Ivan. Realmente… No lo estoy haciendo.

Y ese es justo el problema, que no siento que esté haciendo nada mal. De hecho, estoy tan tranquila en el fondo que no puedo decir que sea incómodo. La incomodidad es forzada, como algo aprendido, un chip incrustado en mi cráneo que parpadea para marearme y desviarme de todo lo que no sea la falta de Ivan. Pero parece que Leon puede borrar todo eso, porque su mirada termina de convencerme de que nada está mal.

—Tengo quince preguntas acumuladas para ti.

—Catorce. Antes, en casa, me has hecho una.

—¿Te incomoda que te haga preguntas? —tantea, ladeando la cabeza.

—Me incomoda no saber responderlas, aunque aún no se haya dado el caso.

—¿Te da miedo pensar que pueda conocerte antes de que llegues a conocerte a ti misma?

—Creo que eso es algo que asustaría a cualquiera. Una persona que te conoce es una persona que tiene un poder sobre ti, y poco importa si eres dependiente o no buscas aprobación en el resto. Si alguien sabe lo que te duele, puede hacerte daño, y nadie quiere que le hagan daño.

—¿Piensas que podría hacerte daño?

Giro la cabeza y lo miro bien, aunque la escasa iluminación de la lamparilla y mi linterna no alumbren lo suficiente para detallarlo.

—Daño es una palabra muy grande —medito—. Creo que abarca demasiado para que puedas hacérmelo. Hay pocas personas en el mundo con esa influencia sobre mí, y es porque me han hecho sufrir con anterioridad.

—¿Quiénes?

—Mi madre y… —Mi voz se apaga lentamente—. Si perdiera a mi mejor amiga, puede que también sufriera. Pero sé que ella nunca me haría eso. Es una de esas cosas por las que pondría la mano en el fuego.

—¿Tu madre te hizo daño?

Me quedo en silencio un momento, pero no permito que esa sea la pregunta que me defina. Inspiro hondo e intento sonar despreocupada al contestar. A fin de cuentas, ¿no está ya superado?

—Sin querer. Ella no eligió tener cáncer. Fueron los peores años de mi vida —confieso—. Es difícil ver a una persona que quieres postrada en una cama, debatiéndose entre la vida y la muerte. Y sin poder hacer nada… —Trago saliva y me encuentro con sus ojos. Él me observa de manera extraña—. Bueno, qué te puedo decir yo a ti. Imagino que viviste algo similar con tu padre. ¿Has invertido en esto por él? ¿Tenía esta enfermedad?

—Así es —responde, apartándome la mirada—. En efecto, es de las peores cosas que pueden pasarte. No se lo desearía ni a mi peor enemigo.

—Pero a veces es lo que tenemos que hacer. Incluso lo que queremos hacer —replico —. No podemos abandonar a su suerte a quienes nos han querido y cuidado, a quienes nos lo han dado todo. Soy fiel a ella y agradezco a quien la salvara, llámese ciencia o llámese Dios, por no haberme arrebatado una parte de mí.

—¿Temes a la muerte?

—No tanto como al abandono. La muerte acabará llevándonos a todos; tú mismo lo dijiste. Pero el abandono voluntario es… escalofriante. Y nunca terminas de entenderlo —continúo, llevándome una mano a la cabeza para calarme más el gorro—. Un día te quieren, y al otro no. Una mañana darían su vida por ti, y por la tarde olvidan sus promesas. Aun así, no creo que lo peor sea que se vayan porque quieren, sino que no deje claro antes por qué. —Niego con la cabeza ante mis propias palabras—. Qué estupidez. Ni después de una explicación podrías hacerte una ligera idea. Un corazón roto solo entiende su propio dolor.

—¿Te han abandonado alguna vez?

—No lo sé —contesto, tras una pausa. Lanzo una mirada dubitativa al cielo—. Pregúntamelo en mi lecho de muerte, cuando no quede ni una sola posibilidad de que vuelvan quienes se fueron.

—Esa eres tú —señala Leon, captando mi atención—. Respondes con honestidad, incluso dando más información de la que podría pedirte, y aunque te entiendo perfectamente, aunque sé lo que quieres decir, no termino de encuadrarte. Tal vez sea porque quiero encasillarte en un grupo concreto y no encajas en él, y el hecho de que no encajes pueda traerme problemas… —Hace una pausa y devuelve la mirada a la ciudad —. Solo por hacer un experimento… ¿Por qué sientes que lo querrás a él para siempre?

La pregunta no me pilla por sorpresa, ni tampoco me molesta. De hecho, me alegra que lo haya soltado de una vez, porque aunque no es algo que esté instalado entre nosotros o nos dificulte la comunicación o la unión, siento que deseo contarlo. Deseo sacarlo para que entienda que no es ninguna excusa, y por mucho que pareciese despreocupado al bombardearme a preguntas, se notaba que sus dudas giraban en torno a eso.

—Porque me lo ha dado todo.

Leon medio sonríe.

—Justo lo que sospechaba. Ni siquiera el que parece tu gran secreto, la pena de tu corazón, puede definirte. Siento que ni averiguando hasta lo que llevaba puesto la última vez que os visteis, podría dar con esa clave.

—Llevaba una camisa de rayas azul y la trenca que le regalé sin abrochar, por si te mata la curiosidad. ¿Y por qué quieres dar con la clave?

Leon gira la cabeza de nuevo para mirarme, esta vez sin rastro de sonrisas, ilusión o curiosidad.

—Intento explicarlo y no puedo. Fíjate, sé más de cuatro idiomas y en ninguno podría expresar por qué te deseo tanto, o de qué manera. —Hace una pausa—. Hay algo verdaderamente intrigante dentro de ti. Detrás de toda esa serenidad existe un enigma

que ni tú misma sabes. Quiero descubrir qué puede hacer que grites y llores, o que tus ojos se humedezcan, o que te imposibilite la tarea de mirarme a la cara. La clave no es ni más ni menos que lo que puede sacudir tu sensibilidad, y…

—¿Por qué querrías sacudir mi sensibilidad?

—No sé si quiero. No, no quiero —concluye—. Solo me inquieta pensar que estés herida en el alma y nadie se esté dando cuenta. No te mentiré, Adrienne. Si llegara a descubrirlo, no te ayudaría a arreglarlo —confiesa llanamente—. Pero siento curiosidad por si en realidad eres como yo, y la tranquilidad es un escudo o un espejo.

No contengo el escalofrío esperando que la temperatura ambiente pueda disculparme, cuando la verdad es que su confesión me ha dejado de una pieza.

—Pienso en lo que sea que podría hacerte gritar, o enfurecerte, y no se me ocurre nada. Gritaste por las toallitas, el PH y toda la pesca, pero no es ese grito al que me refiero —añade, al ver que voy a replicar—. Me refiero a ese sentimiento pasional que luego nos deja exhaustos, y que nos quita las ganas de seguir luchando.

—¿Por qué querrías desearme ese sentimiento?

La mirada que Leon me dirige me sobrecoge de una manera inexplicable, como si de pronto hubiera decidido concentrar toda su vida en mí.

—No te deseo ese sentimiento, Adrienne. Pero necesito saber qué podría desencadenarlo para protegerte de ello. Para que nunca, jamás, llegaras a sentirte así. No podría soportarlo.

—¿Por qué no?

—Por motivos egoístas, supongo. Tú me das la paz que necesito. Si la perdieras, yo perdería mis únicos momentos de tranquilidad.

—Hablas como si te hubieras sentido de ese modo.

—Lo he hecho. Nunca hablo de lo que no sé.

—Pues… ¿Sabes? —Apoyo las manos a cada lado de mi cuerpo, agarrándome a la baranda—. Preferiría dar con esa clave tuya a desconocerla para siempre. A veces es preferible gritar, llorar, y morir de dolor, que no sentir nada. Los vacíos existenciales, la desidia, la inapetencia ante la vida… —Niego con la cabeza—. Eso es lo realmente terrorífico, no el sufrimiento. Los puntos medios están bien hasta que se trata de vivir. Entonces, no es bonito estar entre lo bueno y lo malo, quedándote con la nada.

—Parece que nunca has sido infeliz… Pero, ¿has sido feliz alguna vez, Adrienne?

Aparto la mirada de mis dedos entrelazados un momento, clavando los ojos en un punto del horizonte, donde empieza a despuntar el alba. Sé que está a mi lado y sé que

está mirándome, pero prefiero faltarle el respeto a la educación que dejarme en evidencia.

Devuelvo la vista a mis manos vacías.

—Sí.

El suspiro aliviado de Leon me llega en una ráfaga caliente. Intrigada por el sonido y su posible significado, lo miro con el ceño fruncido, y me encuentro con que sonríe de medio lado.

—Ahí está. Esa era tu pregunta.

—Me rindo, lo siento. No sé hacerlo, Leon —suspiro, recogiendo las piernas en el sofá y tendiéndole el cubo de Rubik con toda la humildad del mundo—. Me tragaré todos los «modelo» que quieras decirme, pero no me obligues a terminarlo. He estado a punto de volverme loca estos días.

—Podríamos pasar a los crucigramas, entonces —comenta, aceptando el cubo y jugueteando un poco con él sin fijarse demasiado en los cuadraditos de colores. Esos que llevan siendo mi ruina una semana entera—. Pero sería demasiado sencillo para ti, y me costaría encontrar un crucigrama en francés, así que te los entregaría en alemán.

—Muy bien… Creo que deberías ir devolviéndome el cubo de Rubik.

Leon suelta una carcajada y se sienta a mi lado con dejadez. Hace una mueca de dolor al caer, y se frota el estómago con la mano libre antes de mirarme con aprensión.

—Una serie demasiado dura de abdominales —explica. Luego se acomoda dejando caer la cabeza sobre el cojín—. Vamos, Lola Bunny, te enseñaré a hablar alemán. Sé que suena feo, pero si lo miras por otro lado, solamente contando al revés con el tono elevado ya puedes plagiar un discurso de Hitler. Y los insultos suenan el doble de amenazantes.

—Entonces enséñame solo insultos… Aunque Lana ya me ha hecho varios *spoilers*. *Chiber* significa mierda, ¿no?

Leon apoya la mejilla en la mano, sonriendo divertido.

—¿Cómo has dicho? Mejor no lo repitas… Es *scheiße*. Y como insulto se utiliza *scheißer*, que viene siendo algo como «cagón».

—No te imagino llamando «cagón» a nadie. Aunque la palabra suena bonita… ¿Qué más hay?

—*Hurensohn, schwein, scheisskerl, dummkopf*… Hijo de puta, cabrón, cerdo e idiota, respectivamente. Luego está el intolerable, el que es mejor reservarse… *Arschloch*. No se puede utilizar a la ligera —puntualiza. Debe encontrar en mi cara algo divertidísimo, porque suelta una carcajada ligera—. No debería estar enseñándote vocabulario atroz. ¿No prefieres aprender frases hechas?

—¿Cómo cuáles?

—Como… *Adrienne nur bahnhof verstehen aus dem Deutsch*. No tienes ni jota de alemán —traduce—. *Goldene berge versprechen*, significa «prometer la Luna», aunque nosotros decimos «prometer montañas de oro».

—Sois un poco más prácticos, aunque no menos soñadores.

—*Es regnet bindfäden* es «llover a cántaros»… Aunque creo que deberías saber lo básico para moverte por aquí. *Guten morgen* o *hallo* para saludar, *auf wiedersehen* para despedirte; *danke* para dar las gracias, *bitte* para pedir por favor.. *Ich hasse dich*, para decir que odias a alguien; *ich liebe dich*, para decir que lo quieres…

—*Ich liebe dich* —murmuro, mirándolo en busca de aprobación. Él parpadea dos veces seguidas—. No suena especialmente feo. Aunque no creo que nada supere el *je t'aime* francés. *Ich liebe dich*… —repito, entornando los ojos—. Sigue teniendo demasiadas jotas. ¿Cómo vais a ser románticos con una lengua tan fea…? Bueno, en noruego es peor. *Jeg elsker deg.* No, *ich liebe dich* no es tan horrible si utilizas esa comparativa. ¿Tú qué crees?

Leon despega los labios para contestar, pero no emite ningún sonido. Se me queda mirando con una expresión distinta, entre confusa y molesta, pero también desamparada, y al mismo tiempo… como siempre.

—Creo que no es tan importante cómo suene, sino que lo diga la persona indicada —contesta, poniéndose en pie con la mano en el estómago. Parece extrañamente turbado al añadir—: Tengo que arreglar unas cosas. Vendré a verte luego. O mañana…

—Pasado mañana me voy a París para la despedida de soltera —le recuerdo—. Tengo que hacer la maleta… Ven esta noche. Axel, Lana y yo vamos a cenar aquí viendo una película.

—Sí, claro. Luego hablamos.

Pero luego no hablamos. Después de salir por la puerta, me tomo un rato de descanso estudiando unas cosas del laboratorio en el sofá, y preparo la cena para cuando Axel y Lana se pasen. Espero una llamada que no llega, o un aviso que tampoco pronuncia… Y al día siguiente no se manifiesta. No aparece por las instalaciones, lo que es curioso y extraño porque no falta un día, y cuando estoy a punto de preguntarle a Axel por él justo en el momento de subir al avión, este se disculpa por Leon diciendo

que no ha podido venir como prometió.

Se ha esfumado en el aire. De saber en todo momento dónde está, a desaparecer sin dejar rastro durante tres días. Algo que me suena demasiado a lo que ocurrió tras la primera y deprimente cita. Pero en este segundo caso, no he hecho nada mal…, ¿verdad? Repasando la última conversación, no se me ocurre lo que haya podido ofenderle.

—Lana… —llamo. Ella aparta la mirada de la estrecha ventanilla para atenderme. En el último momento me arrepiento—. Nada, tonterías.

¿En qué estoy pensando? ¿Ahora voy a pedirle consejo a la reina de los cambios de humor y el melodrama para ver si merece la pena llamar a Leon? Ni que fuéramos una pareja.

Sí, hemos pasado las últimas semanas yendo de un lado a otro, comiendo en casa, jugando al parchís, o la oca, o al *Jungle Speed* —lo que les apetecía a Axel y Lana, quienes viven en una no-relación—, hablando hasta las tantas en el laboratorio, o a veces solo estando en silencio; yo trabajando y él sentado, mirándome, hasta que decidía que ya había drenado su estrés…

Pero eso no nos convierte en nada, aunque me haya robado varios besos durante el proceso, recordándome de manera demasiado expresiva que esto nunca va a ser una amistad.

La azafata nos recuerda que tenemos que abrocharnos el cinturón, y eso hago, frunciendo el ceño ante mis propios pensamientos. Puedo cambiar a la Adrienne fría por la Adrienne que se derrite con el roce de un hombre que la ayuda a disfrutar todo lo que hacen juntos, pero no voy a convertir a la serena Adrienne en una bobalicona, llorona o lo que sea. Todo el mundo tiene sus límites, y yo no voy a cruzarlos por un bipolar.

CAPÍTULO 12

—Le he dicho que estoy enamorada de él —confiesa Lulú, mirándome con el cuerpo encogido por el pavor y la cabeza gacha—. Se lo he dicho, Non. En un arrebato… Fui a su despacho a enseñarle las nuevas páginas del libro, y se comportó como un estúpido diciendo que Marcel solo quiere acostarse conmigo, y que si soy una infantil por querer darle celos yendo de un lado para otro con él… Y le dije que era un imbécil, y… —Se cubre la cara con las manos—. Luego admití que no estaría con otro porque lo quiero a él.

Imaginaos cómo ha sido mi vida hasta que llegué a Múnich. Antes vivía en un pisito relativamente céntrico con un hombre enamorado de mí, que me contaba sus desvaríos amorosos esperando que un día le dijera «oh, Donatien, estoy tan celosa; déjalas a todas y ven conmigo»; trabajaba en un laboratorio muy humilde donde mi ayudante, la misma que la actual, lloriqueaba todos los días sin faltar uno sobre lo malos que eran los hombres con ella… Y luego salía en mis tiempos libres con mi grupo de amigas, que siempre dedicaban algún rato a exponer sus tristezas en el ámbito sentimental a la expectativa de que, o les resolviera la vida, o les diera una sacudida.

Volver a París, aunque sea para una despedida de soltera durante una noche, es revivir todo eso, y a la vista está: Lulú deshaciéndose en lágrimas porque su compañero de trabajo no sabe lo que es la gestión emocional, o el respeto, o ya de paso, el «tú por tu lado y yo por el mío, ya que no nos hacemos ningún bien».

Que conste que no me estoy quejando. Si tuviera que molestarme algo, es ese individuo en concreto y lo que es capaz de hacer con Lulú en un abrir y cerrar de ojos. Lucille Viel es bastante fácil de emocionar; no diré que llora con cualquier cosa porque Lana le ha robado ese puesto, soltando lagrimitas con los abrazos gratis de las *Ficzones*, pero cuando se trata de ese hombre, el llanto es irrevocable. Y eso es lo que me repatea.

Cada uno tiene su definición de amor, ¿no? Y no necesariamente debe coincidir con la mía. Pero es cierto que unos poseen una idea más justa con el propio individuo, una más sana, y claramente, Lulú no es de este grupo. Lulú es —y no creáis que no se lo digo—, una masoquista. Antes nos peleábamos porque estaba en contra, pero por suerte, de un tiempo al día de hoy y gracias a la aparición de Gael, ha terminado por aceptarlo.

—El mundo no se ha terminado. De hecho, creo que ha salido el sol para ti. Te has desahogado, has sacado de dentro lo que necesitabas vomitar, y ahora eres libre… ¿No te sientes más ligera? Hoy no tendrás tus mejores momentos, pero puede que mañana, al verlo con perspectiva, decidas que te importa un bledo. Ya has puesto las cartas sobre la mesa; has dejado claro lo que esperas y buscas. Es cuestión de que él se aclare para que todo marche bien.

Lulú asiente exageradamente y se seca las mejillas.

—Es verdad… Yo ya no puedo hacer más. Acepté a ser su compañera, y no pienso tolerar que se enfade porque rehago mi vida cuando encima me echa en cara mentiras. Parece que no conoce a Marcel, lo metiche que es y lo que le gusta un cotilleo… —bufa, más para sí misma—. Sí, tienes toda la razón. Y si no, pues te la voy a dar igualmente. No quiero pasarme esta noche llorando, cuando es un día muy especial para Jacques. Ni siquiera aunque el disfraz me siente fatal.

En realidad sería difícil que algo le sentara mal a Lulú. Al menos en la opinión masculina, cuando tiene todas esas curvas y esa sonrisa radiante. Le saco casi una cabeza, y ella me saca cuatro tallas de sujetador y dos de pantalón como mínimo. Aunque en este caso ninguna de las dos lleva vaqueros —Lulú en concreto no los lleva jamás—, sino una especie de kimono ceñido que hace referencia directa a la película *Memorias de una geisha*, preferida de la novia.

Una vez cerrado el tema de Gael, nos reunimos con el resto de las chicas para darnos unos últimos retoques. Nina no falta cantando *Maroon 5* a grito pelado, como si no fuera a pasarse toda la noche con la música elevada; Katia nos repasa los labios una a una con su especial labial de *Chanel*, y Lana… Lana solo se dedica a mirarme a través del espejo con los ojos entornados.

—Suéltalo ya, Lana —le pido en un susurro, cuando pasa media hora y asumo que no va a dejarlo pasar—. Estás empezando a inquietarme. Te falta pedirme que te pague para ser un cobrador del frac perfecto.

—Axel me ha dicho que Leon está muy raro, y visto que tú también estás muy seria, he pensado que podría haber pasado algo entre vosotros… —comenta, desplazando sus ojos por cada uno de mis rasgos—. ¿Tú también andas preocupada por si se larga después de visitar Mykonos?

—No ha visitado Mykonos. Simplemente ha dejado de hablarme y venir a verme durante unos días… —Chasqueo la lengua al ver que entorna los ojos—. De acuerdo, una semana y media… O algo así.

—Estará ocupado, Non. Apenas debes darle importancia.

Le lanzo una mirada irónica.

—Disculpa si no me tomo muy en serio el consejo e una mujer que le da importancia hasta a los segundos que su cita tarda en aparecer. —La ignoro para clavar mi mirada en el espejo, coger un lápiz y empezar a perfilarme los ojos. No soy ninguna fanática de este instrumental impuesto socialmente (diablos, empiezo a sonar como una activista), pero de vez en cuando no viene mal darse el gusto de verse sexy—. De todos modos, esa es una excusa patética. Ha estado igual de ocupado desde que nos conocemos y

nunca me ha ignorado abiertamente, salvo cuando lo hizo de forma deliberada. Y esa vez se parece bastante a esta, si quieres que te sea sincera.

—¿Y cómo te sienta eso? —pregunta Lana, apoyando el codo en el tocador para estudiarme con fijeza.

¿Que cómo me sienta? ¿Cómo os sentaría a vosotros un comportamiento tan increíblemente voluble, cuando para colmo, todo lo que ese receptor está ganando por vuestra parte es honestidad y compromiso? No compromiso del que estáis pensando, sino compromiso a no tener cambios de humor bruscos o a actuar como un kamikaze. Yo he sido clara en todo momento. Leon no puede decir lo mismo, con esas señales contradictorias… Y se supone que una relación, y ese apartado incluye también las *no-relaciones*, es un toma y daca a la misma altura. Igual porcentaje. Cesiones y ganancias de nivel equivalente… Así que no veo dónde entra el ignorarme, buscarme, luego aclarar que no le interesaría consolarme si me rompieran el corazón, después asegurar que me protegerá de cualquier mal… Por no hablar de lo que lleva taladrándome la cabeza desde los inicios y que no he querido sacar a colación por si me estaba volviendo loca.

Sé que el tipo es encantador por naturaleza, aunque recientemente haya descubierto que en el fondo tiene bastantes rarezas curiosas… Pero, si su objetivo no es enamorarme ni tener una relación, ¿por qué actúa como uno de esos locos por su chica? Leon ha estado visitándome por las noches al laboratorio solo por el placer de estar en mi compañía —no me echo flores, son sus palabras textuales—, hemos almorzado, desayunado y cenado varias veces juntos, ha venido a casa para jugar con Axel y con Lana —y conmigo, aunque he perdido en todas las partidas y eso no puede considerarse jugar—… Y luego están esas conversaciones en las que se esfuerza por conocerme y encima admite que quiere saber lo que hay en mi mente. ¿Es que eso no es un contrasentido?

Sí, le dije que debía ganarse mi confianza para obtener un hueco en mi cama, pero para eso solo tenía que presentarse a sí mismo y hablarme *de él*, no interesarse por mi pasado o mi futuro cuando está claro que eso le es indiferente. O eso dice, porque siendo sinceros, Leon no me mira con aburrimiento cuando hace su lluvia de preguntas. Todo lo contrario.

¿Entonces? ¿Se ha cansado de esperar? Podría entenderlo; ya sabéis que soy razonable, y por mucho que me moleste ser ignorada de la noche a la mañana, por muchos malos recuerdos que eso remueva, sé que Leon solo estaría defendiendo sus verdaderos deseos. Su deseo no era ni es conocerme, o ser mi amigo; ni siquiera era mi requisito. Por lo tanto, puede haberse dado cuenta de que estaba yendo en una dirección que no se correspondía con la fijada y haber tomado medidas drásticas.

¿Cómo lo llamó la última vez? Ah, sí… «Cortar por lo sano».

Pero… Joder, él ya sabe que no soporto que me cambie las rutinas. Me ha sacado de mi zona de confort con sus besos, sus caricias, sus visitas esporádicas, sus conversaciones, sus referencias a Pavese, sus dudas existencialistas y sus sudokus… ¿Y ahora quiere hacer como si nada hubiera ocurrido?

Lo siento si me estoy poniendo algo melodramática, ya sabéis que no es mi estilo en lo absoluto, pero comprenderéis que el asunto tiene sus descosidos. Ante esto, diréis: ¡llámalo y resuélvelo!, como si fuese tan sencillo. Y por si se os ha pasado por la cabeza que podría estar picándome el orgullo, dejad que os diga que no es así. Lo que me impide llamarlo va más allá. Es una promesa que me hice y que no pienso romper. Nunca, jamás, volver a arrastrarme.

—No me sienta mal —contesto al final, alisando las arrugas de la falda—. Pero tampoco me sienta bien, como es obvio. Los cambios de opinión a última hora, los giros drásticos y el poco compromiso, además de la falta de empatía, no son fruto de mi devoción.

—Eso ha sonado a la lista de insultos que le dedico a Axel cuando creo que me ha plantado, solo que en versión elegante —comenta Lana, riéndose. Me pasa un brazo por los hombros—. ¿Sabes? Voy a dejarte en paz… por hoy. Vamos a pasarlo bien, ¿vale? Estás demasiado sexy con el pelo suelto para desperdiciarlo. Yo que tú, pillaba cacho y le pasaba un vídeo. Y hablando de pasar cosas… Ven, échate una foto de cuerpo entero conmigo, que quiero que Axel se corra en los pantalones y me lloriquee por teléfono por no poder estar aquí.

No puedo evitarlo y suelto una carcajada. Y tampoco me salvo de tener un pensamiento rápido y al que no le encuentro significado: suena a algo que Leon no haría jamás. Lo de llamarme, principalmente, quizás por miedo a molestar o porque no quiere saber nada de mí. Y ya, llamarme llorando por no estar aquí… Simplemente imposible.

Aprovechando que Nina es especialista en todo lo relacionado con la imagen, la arrastramos para que nos haga una sesión de fotos. Lana le manda tres a Axel; una en la que salimos de cara, ella poniendo morros y yo luchando por no morir de vergüenza ajena; otra de cuerpo entero, cogiéndonos de la cintura, y una última de espaldas, ella sacando culo y yo… Siendo yo.

—Voy a por Jacques —avisa Nina—. Claude acaba de dejarla en la puerta…

—Y yo voy a por Marcel, que está esperándome en la parte trasera —anuncia Lulú, saliendo apresuradamente.

—¿En serio? ¿De verdad va a hacer un maldito *striptease* el diseñador de la editorial

en la que trabajas…? Es surrealista, es…

—Es perfecto —concluye Katia, elevando la barbilla—. Deja la negatividad a un lado, Non. Esta noche es mi noche con él.

Espero de todo corazón que así sea, y no solo porque quiera que sea feliz y ya de paso deje de dar la tabarra con que el tipo no le hace caso, sino porque está claro que mis amigas van a tener que divertirse por mí. Entre que las fiestas no me terminan de caer, soy abstemia y tengo la cabeza hasta arriba de preguntas, va a ser un tanto complejo encontrar inspiración de jarana. Y Marcel sin camisa no es una, porque aunque no le conozco, los hombres sin ropa no poseen el inestimable poder de subirme la moral.

El principio de la noche discurre sin problemas. Bueno, realmente hay varios detalles que no se me escapan. Nina y Marcel se ponen a bailar en cuanto este entra, buscando un entretenimiento mientras vestimos a la protagonista de la noche; algo que se suponía que debería haber enfadado a Katia por quitarle a su hombre de las manos, pero que por algún motivo solo la pone nerviosa. Incomprensible, ya que Nina no tiene intención de incursionar en el mundo hetero. Muy factible, por otro lado: ambas están peleadas por razones que desconozco y parece que Katia es la culpable, razón por la que supongo que no los habrá separado.

El siguiente dato curioso es que Lulú va a por más hielo y desaparece sin dejar rastro, así, de repente. Nadie va a buscarla porque aunque la noche solo haya dado inicio, mis amigas son rápidas emborrachándose, especialmente Jacqueline, que ya estaba empinando el codo mientras le poníamos su kimono.

Y por último… El momento *striptease*, al que asistimos solo Lana, Jacques y yo, además de la hermana de la segunda y otros amigos que no conozco; Lulú sigue perdida y Katia y Nina parecen discutir en un rincón. Una noche ideal para pelearse, ¿no? En fin, si hay alguien en este mundo con un don para hacer justo lo que nadie espera de ella, esa es Katia Cavellier.

Pero volviendo al asunto del *striptease*…

—¿Jacqueline?

La susodicha parpadea varias veces y se concentra en la cara del diseñador —*boy* solo por una noche—. He de decir que aunque beba como una cuba —o como dos, o como tres—, su lucidez mental en estos casos es asombrosa, y su expresividad facial también. Todas podemos ver cómo la mayor de las sorpresas desfigura sus facciones un momento antes de llevarse la mano a la boca.

—Ma… ¿Marcel? ¿Marcel Gautier? —pregunta tímidamente, acercándose a él—. Dios, eres… —Alarga la mano y le acaricia la mejilla, sin salir de su asombro—. Claro

que eres tú. Dijeron tu nombre mil veces y nunca se me ocurrió que pudieras… Pero…

En algún momento he mencionado que la infancia de Jacqueline parece haber durado mil años porque ir por la calle con ella es abocarse a largas horas de presentaciones; Adrienne, este es mi amigo de la escuela; Adrienne, esta es mi amiga del instituto; Adrienne, este es… En fin, se nota que fue la reina del baile y la más querida, y por eso no me extraña que resulte que acaba de reconocer en Marcel Gautier a un compañero de clase, o algo así. Y me habría gustado seguir curioseando, pero una llamada entrante hace vibrar el bolsillo del kimono.

«Número oculto».

Ruedo los ojos, pero tengo que ocultar una sonrisa.

—Mamá, eres la única persona que me llama en oculto. ¿No te has planteado, aunque sea una vez, que da igual que escondas el número si voy a asociarlo igualmente contigo…? —Al ver que no contesta, echo un vistazo a la pantalla por si se ha cortado… y nada. Salgo del local, apoyándome en el marco de la puerta, y vuelvo a intentarlo—. ¿Hola? ¿Ma…?

—Adrienne.

Todos mis músculos se encogen al oír su voz entrecortada, arrastrando la «r» más que nunca, como si le doliera pronunciar mi nombre. Me cuesta tanto salir de mi estupefacción que cuando lo logro, tardo otros cuantos segundos en fruncir el ceño. ¿Está borracho?

—¿Por qué me llamas a estas horas? —pregunto en su lugar, sonando tan inexpresiva como de costumbre.

—*Porque*… —Inspira hondo, y no porque lo necesite para confesar, sino porque le falta el aire—. *Porque quería escuchar tu voz.*

¿Sabéis qué? Ni soy una persona rencorosa, ni pretendo buscarle la ruina a nadie; por eso, en parte, no he colgado. Pero puede meterse esa cursilada y todas las que puedan seguir por donde le quepan. El problema crece tal cual lo he planteado: ahora sí quiero, ahora no quiero… ¡Por favor! ¡Se supone que de joven vivió solo, supo lo que era no tener un mísero céntimo…! ¿Por qué se comporta como un niñato caprichoso?

—Esto no funciona así, Leon —replico, esperando no sonar demasiado tajante. No se me dan bien los rapapolvos; la exageración es para cualquiera de mis amigas. Y teniendo en cuenta que está bebido, mañana no se acordará, así que es una estupidez hacer el esfuerzo. La cosa es que no puedo quedarme callada—. No puedes llamarme cuando te apetece e ignorarme cuando mejor te viene, y menos con excusas como esas. ¿En qué intentas convertirme? ¿En una muñeca a la que coger cuando quieres jugar…? Ya te lo dije el primer día. No voy a tolerar cosas así.

Es escucha el sonido de un cristal haciéndose añicos de fondo y la maldición en alemán de alguien que me suena… Podría ser Axel.

Sí, es Axel.

—*Justo esto quería evitar* —murmura, tan bajo que casi no lo entiendo. Añade algo más, pero no lo escucho.

—¿El qué?

—*Que te molestes conmigo, que… que te frustres.*

—No estoy molesta. —Y es verdad; más bien estoy confusa, estupefacta—. Simplemente te recuerdo que no me gusta que me traten así. Echas a perder sin querer todos tus esfuerzos por meterte en mi cama haciendo estas cosas.

—*Necesitaba…* —Inspira hondo. De fondo se oye una especie de barullo; más gente, y el sonido de los cristales arañando una superficie—. *Tenía que poner distancia. Tú… No me lo pones nada fácil,* liebe.

Me tenéis que perdonar, pero es imposible no estremecerse cuando te hablan con esa ternura y desesperación contenida en una sola frase… Y ahora que sé lo que significa esa palabra, tiene un efecto sedante en mis pobres y congelados miembros.

—No te entiendo. Soy sincera contigo, Leon, y muy directa. Nunca te he mentido.

—*Lo sé, créeme que lo sé, y por eso digo… que no es fácil. Justamente por eso me cuesta tanto…* —Casi puedo escuchar la saliva pasando por su garganta—. *Adrienne, escúchame, tú… Tienes que ser tú la que me deje, porque yo ya no puedo. Lo he intentado, pero si dejo la mente en blanco, si me descuido un momento… Te acabo llamando, justo como ahora.*

—Leon…

—*No quiero que me quieras.*

Eso me hace vacilar un instante.

—No te quiero —respondo con rapidez, arrugando la frente—. ¿Por qué dices eso?

—*Sí, sé que no lo haces, y por eso sigo contigo, en lo que quiera que sea que… estamos haciendo.* —Bueno, por lo menos no soy la única que está despistada en cuanto a la etiqueta—. *Pero tengo que decirlo y repetirlo para convencerme de ello. No quiero que me quieras. No quiero que me quieras. No quiero…* —Coge una bocanada de aire y la contiene —, *que me quieras. Es lo mejor, o será mi ruina. Ya lo está siendo.*

—No sé de qué estás hablando, Leon, pero me estás preocupando —confieso en voz baja. No parece estar como siempre; anda fuera de sí, afectado, y… La verdad es que no es tan raro que un hombre beba, pero su reacción no es la común en un borracho, y no me imaginaba a un hombre como Leon dándole a la botella. Se supone que era

abstemio, como yo, ¿no?—. Tampoco sé qué ha desencadenado todo esto. Si fueras sincero, simplemente…

—*Tú…* —corta. Una pausa—. *Tú, Adrienne Saetre, dijiste que me querías… en varios idiomas. Lo dijiste mirándome a la c-cara, y… Y sé que no fue deliberado, sé que solo me repetías, pero sin querer… Has despertado en mí algo que debería haber permanecido encerrado para siempre.*

—¿Qué?

—*No podía dejar de pensar en ti, diciendo eso, y quise… Por un momento quise… que fuera real. Ese es el problema, Adrienne, que deseé aún más que lo dijeras en serio que tener tu cuerpo para mí. Y tuve que separarme porque no… no es viable. No lo es, ¿verdad?*

Aguanto la respiración un instante, mordiéndome el labio. Bajo los escalones que suben a la discoteca y me apoyo en la pared de la calle, alejándome del ruido del interior.

—No lo es —murmuro—. No es viable.

Hay un silencio al otro lado de la línea.

—*Bien* —dice bruscamente—. *Eso es todo cuanto necesitaba oírte decir.*

¿He herido sus sentimientos? Lo siento, estoy un poco fuera de onda en todo lo relacionado con reacciones por parte de masculinos, sobre todo cuando andan borrachos.

—Leon…

—*No* —corta—. *No pidas disculpas. Acabas de salvarme el culo como no puedes ni imaginarte.*

—¿Qué? Por Dios… ¿Qué te pasa? —pregunto, preocupada. Imagino que no se puede ser Prince Charming las veinticuatro horas del día, pero esa expresión no es ni de lejos una que utilizaría él. Él nunca se enfadaría, ni tampoco haría referencia a mi culo. ¡Por favor! ¡Pero si es todo un señor!—. Estás borracho, ¿verdad?

Leon ríe sin ningunas ganas, unas cuantas carcajadas muertas que me dejan de una pieza.

—*Esta es mi oportunidad de arreglarlo, ¿no?* —espeta. Se escuchan los muelles de una cama al levantar todo el peso: se está moviendo—. *Sí, estoy borracho… Estaba en una fiesta con Axel, y le han llegado unas fotos de Lana contigo al lado. Me las ha enseñado. Y mi primer impulso ha sido coger el teléfono y llamarte para decirte que me muero por tocarte, que me mata que no me dejes hacerlo, y que ese tipo es un desagraciado con mucha suerte. Supongo que estará por allí, ¿no? Es francés.*

—¿De quién estás ha…? —me corto a mí misma rápidamente al entender a dónde quiere llegar—. ¿Ivan?

—*Ah, el afortunado tiene nombre… Sí, ese, imagino. Me alegraría saber que vuelves con él, ¿sabes? Me alegraría que arreglase lo que sea que te hizo, porque eso significaría tu marcha, y en realidad lo mejor sería que no volviéramos a vernos.*

—Leon, estás siendo demasiado grosero. Y raro —mascullo—. ¿Qué pasa contigo? ¿Cuál es el problema?

—*El problema es que no puedo dejar de mentir. Incluso cuando te digo que te miento siempre, estoy mintiendo. Soy lo peor que ha podido pasarte, y aun así, me comporto de manera egoísta queriéndote para mí. Las fotos tampoco ayudan, y que sigas al teléfono menos aún.*

—¿Y qué quieres que te diga?

—*Dime que has pensado en mí* —contesta al instante, con la voz ronca. Todo mi cuerpo se estremece—. *Dime que echas de menos mis manos, que quieres que te toque y que me deseas tanto como yo a ti. Cierra los ojos, imagina que estoy a tu lado, y dime cómo te sentirías si pudiera besarte.*

El aire escapa de mis labios, formando una nube de gas a mi alrededor. Me llevo la mano a la cabeza, pero no llevo el gorro, así que no puedo calármelo hasta las orejas. Y aunque no lo habría hecho si realmente estuviera a mi lado, obedezco. Cierro los ojos, lo imagino a mi derecha con su chaqueta favorita, bien peinado, con esa mirada penetrante que se debate entre lo incierto y la contenida diversión… El recuerdo de sus labios sobre los míos, en partes de mi cuerpo que nadie había prestado atención antes, hace todo lo demás.

—He pensado en ti —confieso. ¡A tirar la casa por la ventana! ¿Qué es lo peor que podría pasar? Los acontecimientos terribles se suceden con la mentira, no cuando se es honesto—. He pensado en ti todos los días, y echo de menos tus manos, y tu boca… —Carraspeo, notando cómo me sube el color desde la garganta—. Te deseo, y si pienso en besos… Si pienso en ti, besándome… me altero. Me siento sexy… —continúo, explorando esa sensación que me sobreviene al mantener los ojos cerrados—. Me siento única y venerada, y eso me hace querer más. Pero…

—*¿Más? ¿Cuánto más?* —corta, con voz gutural. En un movimiento involuntario aprieto los muslos—. *¿Me quieres en tu cuerpo, Adrienne?*

—Leon…

—*¿No eres tan honesta?* —me presiona—. *Dímelo.*

Pensaréis que no soy tan estúpida para caer en la trampa de la provocación… Pues la respuesta es: sí y no. No, no he caído en la provocación porque me he dado cuenta de

lo que es mucho antes… Ahora; sí que he decidido ser directa.

—Sí. ¿Y tú? ¿Puedes ser honesto tú, y decirme cuál es el problema, si es que lo hay y no vuelve a ser imaginario?

—¿Por qué no me dices tú si es real o es imaginario que estar enamorado de ti sea un problema?

Por poco se me cae el móvil de la impresión. El corazón se me para abruptamente, mientras que el silencio al otro lado de la línea hace una excelente apología a mi repentina incapacidad para hablar.

Nos quedamos callados un rato; no sabría decir cuánto, ni tampoco podría explicar cuáles son las sensaciones que me embargan. En realidad tengo la mente en blanco, y sus palabras se repiten en mi cabeza sin darme un solo respiro. Especialmente una: enamorado. Enamorado, enamorado, enamorado…

No puedo asegurar que haya meditado largo y tendido la contestación, porque mi cabeza se convierte en un caos y no logra pensar fríamente. Así, lo primero que se me cruza es un:

—Es un problema.

Otro silencio, y aunque es más corto, consigue hacerme daño.

—Eso mismo pensaba yo.

Y cuelga.

Aparto lentamente el móvil de la oreja y me quedo mirando cómo la pantalla va oscureciéndose hasta bloquearse. En nombre de Dios, o del Big Bang, o de lo que haya detrás de todo… ¿Qué ha sido esto? ¿No lo he soñado? ¿En qué clase de mundo Leon Dresner podría sonar abatido, mostrarse irascible o hablarme enrabietado? No me sorprenden esas sensaciones, no me malinterpretéis. Leon siempre ha tenido algo indescifrable en los ojos, como una alegría fingida en la que solo a veces se superpone la real, pero que en la mayoría de ocasiones únicamente puedo traducir como… resignación y abatimiento. Dos emociones que no se quedan muy atrás en la lista de peores; dos emociones que nunca pensé que exteriorizaría verbalmente. Pero está claro que lo he subestimado.

¿Enamorado? Eso es… Impensable. No te puedes enamorar de alguien en tres meses, o en cuatro, o en… No sé cuántos llevo en Múnich. ¿Han sido cinco? Sí, es probable, pero sigue siendo poco tiempo. Yo tardé en enamorarme de Ivan unos dos años. Tuvo que esforzarse muchísimo para entrar en mi corazón, mientras que yo no he hecho nada por Leon.

Ya he dicho que nadie coincide en la definición de amor con su prójimo, pero hay

unos mínimos, ¿no? El enamoramiento no puede salir del aire, de unos cuantos besos… Viene de pasar tiempo juntos, compartir buenos ratos, conocer los secretos del otro, reír y…

…y eso es justo lo que hemos estado haciendo. Joder, ¿cómo ha podido pasar? Tiene que estar riéndose de mí. Es un borracho en una fiesta, con Axel Volney al lado; harían una apuesta o algo por el estilo, y…

No, Leon no es de esos, y esto no es un libro juvenil en el que el protagonista se echa a suertes la virginidad de la nueva universitaria. ¡Mierda! ¿Y yo por qué estoy tan segura de que Leon no es de esos? ¡Si no lo conozco de nada! Lo único que sé es que es desordenado con las cosas pero muy meticuloso con su aspecto, que es de poca gente, que le gustan los últimos poetas románticos, que es fiel a la corriente existencialista, que la coliflor no le parece tan terrible, y que su padre murió de una enfermedad muscular terrible, motivo por el que se volcó en una investigación. Eso no es suficiente para poder decir con toda tranquilidad que conoces a alguien, ¿no?

—¡Non! —me llama alguien, tocándome el hombro. Me giro para mirar a Lana—. Te estaba buscando… Han puesto tu canción favorita. ¿Qué haces aquí fuera, con el frío que hace? Espera… —Entorna los ojos y me mira con fijeza. Paulatinamente, una sonrisa asoma a sus labios—. Te ha llamado Leon, ¿no? No, eso es ridículo. No tendrías cara de querer vomitar, o estar a punto de desmayarte. —Pierde la sonrisa de golpe—. Joder… ¿Ha pasado algo grave?

Dentro del shock, en el que pienso regodearme todo lo que queda de noche, me sigue sorprendiendo la capacidad expresiva de esta chica. Tan pronto se ríe como adopta un rictus serio.

—No, tienes razón. Me ha llamado Leon. Tranquila, no me ha dicho nada importante. Solo que ha estado ocupado y que ahora estaba en una fiesta con Axel.

Generalmente se me da fatal mentir, pero en este caso, cuela. O a lo mejor es porque Lana está demasiado afectada por el alcohol para darse cuenta de lo que he dicho.

—¿En una fiesta con Axel? —Arruga el ceño—. Pero si Ax me ha dicho que estaba en casa a punto de acostarse.

Procuro no expresar facialmente mi desconcierto, ni mi sospecha. No he tomado una sola gota de alcohol, y estoy muy segura de que he oído a Axel mascullando al fondo una maldición. Por el barullo que se oía, está claro que era una fiesta.

Y aunque estoy firmemente convencida de mis percepciones, no comento nada al respecto. Si le digo a Lana que Axel está balbuceando borracho en un guateque cuando él le ha dicho otra cosa, sería capaz de obligarme a adelantar el vuelo para plantarse en su casa y partirle la cara. O no… Según ella, no tienen ninguna relación. Se han

estancado en el «amigos con derecho a roce», cuando yo lo único que creo es que ha visto demasiadas películas sobre chorradas de alérgicos al compromiso. Salta a la vista que se gustan, ¿qué más les da definir el asunto como lo que es, una relación…? Se pasan el día juntos, se ríen y se acuestan, y saltan chispas al mirarse. ¿Qué demonios hay que…?

Acabo de entender por dónde vais. Sí, Leon y yo tenemos una relación similar. Pero no nos hemos acostado y yo no estoy enamorada de él. No lo estoy, y eso me afecta y pone un gran peso sobre mis hombros.

Se me han declarado hombres que no me interesaban muchas veces antes; Donatien, mi compañero de piso, sin ir más lejos. La solución ha sido siempre cortar de raíz o ignorarlo para seguir teniendo una convivencia agradable. El caso es que no quiero cortar nada con Leon. No quiero perderlo. Lo que no significa que sienta algo; es el primer hombre al que me acerco y en el que confío, el primero al que me he atrevido a entregarme —a medias— después de Ivan. Es lógico que no desee alejarme… Pero no va a quedar más remedio, porque no puede ser. ¿Verdad que no?

—He debido equivocarme —me oigo decir, mientras Lana me conduce al interior de la discoteca. Siendo sincera, no sé cómo es posible que me tenga en pie o pueda moverme cuando cada pensamiento destructivo me pesa un quintal, y cuando su «enamorado» me ha robado el equilibrio—. Habrían ido de fiesta hace unos días… No se le entendía bien, estaba medio adormilado. En fin… Voy a ir al baño, que necesito echarme un poco de agua.

—¿Para qué? ¡Si estás helada!

—Ya, pero… Ahora vengo.

Echo a andar hacia la zona de servicios, con la cabeza hecha un bombo y un extraño nudo en el estómago. Soy una persona muy racional, práctica y controladora… Y cuando digo «controladora», me refiero a que puedo gestionar mis emociones sin problema —a excepción de esas noches en las que das vueltas en la cama planteándote cuestiones metafísicas, claro—, pero en este caso, me siento inútil porque mire donde mire lo veo todo negro. Los sentimientos de Leon están completamente fuera de mis competencias, y es en parte porque contaba con que esto no pasaría.

Pero por favor, no soy tan fría como para restarle importancia, intentar ignorarlo o condenarlo al vacío porque no me sienta igual. Solo debo encontrar la mejor manera de tratar esto, y… ¡Joder! ¿Por qué me ha hecho esto? ¿Por qué *nos* ha hecho esto? Yo era muy feliz, o al menos era menos desgraciada, teniéndolo ahí sin saber para qué lo tenía ahí. Si tan acostumbrado está a mentir, o eso ha asegurado, ¿por qué no se lo ha reservado? Sí, ya, porque le he pedido que me diga qué problema tiene… Pero ni en mis más locos sueños habría imaginado que saldría con algo así.

Empujo la puerta del baño y la cierro tras de mí para poder suspirar a gusto. Cuando te labras una reputación de intocable y distante, o cuando te labras una reputación a secas, nadie quiere conocerte fuera de lo que supuestamente eres. Por eso no voy a ir proclamando a los cuatro vientos cómo me estoy sintiendo, ni pienso admitir que me preocupa. Ni siquiera a Lulú, que no sé dónde está. Los sentimientos de la gente son para mí algo sagrado, una cosa que me tomo muy a pecho. Nadie tiene por qué saber que Leon… que Leon…

—Me quiere —culmino en voz baja, tragando saliva.

Ese Leon con tantas contradicciones y que siempre ha parecido a mil años luz del resto de seres humanos, escondido tras esa armadura de caballero perfecto que en el fondo es un disfraz para ocultar… ¿Qué? ¿Qué es lo que quiere ocultar? La frustración estaba ahí incluso cuando me subí en su limusina la primera vez, mascullando que no podía ser pero al mismo tiempo agarrándome con firmeza, con una desesperación casi palpable, y que luego se desvanecía… Y que reaparece cada vez que me toca, para extinguirse repentinamente.

No lo entiendo. Ni a él ni a sus sentimientos.

Un sollozo desolador me saca de mis cavilaciones. Elevo la barbilla, en busca de la propietaria del lamento, y me encuentro con una figura encogida, con la espalda apoyada contra el lavabo. Me acerco con el ceño fruncido, fijándome en su disfraz, y reconozco a Jacqueline entre la mata de pelo castaño.

—¿Jacques? ¿Qué ocurre?

Ella niega con la cabeza, abrazándose a sí misma. Me aseguro de que no hay nadie más con nosotras, y me pongo de rodillas a su lado, procurando no pensar en toda la mugre que puede haber en el suelo de un baño público.

—Jacqueline… —pruebo de nuevo, apartándole el pelo de la cara—. ¿Ha pasado algo? ¿Por qué estás así?

Pasan unos cuantos segundos en silencio hasta que logra encontrar su propio aliento para hablar. Levanta la barbilla y me mira con los ojos inundados en lágrimas.

—Marcel. Es mi… mi Marcel —balbucea, lanzando miradas cargadas de aprensión a la puerta—. Marcel está aquí, Non, después… Después de años.

—¿De qué estás hablando? ¿A qué te refieres?

—Él es… —Al inspirar hondo, su respiración trémula hace que casi me estremezca —. Nadie sabe esto, iba a ser un secreto para siempre, entre él y yo, pero… Pero ahora que está aquí no puedo…

Debe ser porque esta noche ya me han llenado bastante la cabeza con enigmas por

resolver, pero empiezo a cansarme de que nadie hable claro o, ya puestos, acabe una frase. Y por eso temo sonar brusca cuando hablo; afortunadamente, el estado en el que Jacqueline se encuentra es lo bastante inspirador para que no se me ocurra soltar una barbaridad.

—¿Podrías ser más clara para que pueda entenderte?

Ella me mira con tanta desesperación que se me encoge el estómago.

—Marcel y yo estuvimos juntos hace muchos años… Y durante mucho tiempo —murmura—. A los dieciséis, él… Él apareció como amigo de Claude, y yo… Me enamoré. Por favor, no me juzgues —suplica, cogiéndome de las manos—. Yo no sabía cómo gestionarlo, lo que me arrastraba hacia él era demasiado intenso para poder cortarlo, y a él poco le importaban los sentimientos de su amigo. Así que estuvimos… Estuvimos juntos en secreto.

La confesión me deja un momento con el alma en vilo. ¿Jacqueline poniéndole los cuernos a Claude? Eso sí que es nuevo… E impensable. Jacques se desvive por su prometido, y es la persona más leal que conozco. Jamás haría algo así, cuando sus sentimientos son puros, únicos…

—¿Te acostaste con él una vez?

Ella aparta la mirada y niega muy despacio.

—Estuve con él hasta los veintidós. Seis años… Seis años teniendo dos parejas, solo que Marcel no era mi novio. No era nada. Esperaba que me lo pidiera, todos los días me levantaba con la esperanza de que dijera: «deja a Claude y ven conmigo». Lo habría hecho, lo juro, lo habría… —Su voz se extingue—. Pero no lo decía, y yo dependía de Claude. Sigo dependiendo de él, de un modo que no podrías imaginar.

—¿Depender? —repito, con los ojos redondos. Su mirada asustada me pone el estómago del revés—. ¿Cómo que depender?

La puerta del baño se abre, y mi instinto me empuja a proteger a Jacques de la mirada del nuevo visitante. Pero no contaba con que sería el mismísimo Marcel en persona.

La luz de los fluorescentes ilumina su cabello castaño desde atrás, aclarándoselo, pero sin llegar a convertirlo en ningún ángel. En todo caso uno vengador, porque al reparar en el estado de Jacqueline, aprieta los puños y la mandíbula de una manera que parece estar a punto de explotar. Si fuera me ha parecido un hombre desenfadado y amistoso, ahora es el peligro.

—Jackie —la llama, poniéndose en cuclillas y apartándome como si no existiera para acariciarle la mejilla—. Iba completamente en serio lo que te he dicho.

—¿Qué le has dicho? —pregunto, alarmada. Desplazo la mirada hasta Jacques, que me mira con terror—. ¿Qué coño te ha dicho, Jacqueline?

—Quiere que me vaya con él —contesta en voz baja—. Quiere que deje a… Claude y que me quede con él.

Por poco pierdo el equilibrio.

—No… No, no, no. No conozco la historia completa, pero es un poco tarde para eso, ¿no crees? —le espeto a Marcel, que no quiere saber nada de mí. Coge a Jacques por la cintura y la trae hacia sí, envolviéndola con una dulzura que me hace dudar un instante —. No puedes hacerle eso ahora. Ella está lista para dar el paso con Claude…

Marcel me silencia con una mirada letal.

—Si estuviera lista, no estaría llorando ahora mismo en mis brazos —declara, con esa clase de lógica aplastante que no deja espacio para réplicas—. Es algo entre ella y yo, Adrienne. Jacqueline es mayor para decidir por sí sola. Ha sido demasiado tiempo teniendo a gente eligiendo en su lugar. Ahora le toca a ella… —Vuelve a mirar a la susodicha, que ha dejado de llorar y lo observa como si fuera la primera vez que lo ve; como si hubiera regresado de entre los muertos—. Ven conmigo, Jackie.

Trago saliva copiosamente. Es cierto, Jacqueline es una mujer independiente y libre de decidir qué quiere que sea de su vida… Y yo no pinto nada entre los dos. Pero al ver cómo lo mira, cómo los ojos se le iluminan cuando empieza a susurrarle promesas al oído… Siento verdadero miedo, porque Jacques jamás ha mirado a Claude de esa manera.

Me cuesta encontrar mis piernas, pero una vez lo hago, me pongo de pie a trompicones y pego la espalda a la pared. Si salgo por esa puerta, me estoy arriesgando a que la noche termine con dos corazones rotos. Claude no se merece algo así, y Jacques será cruelmente despachada cuando Marcel se sacie… Su reputación le precede. Sin embargo, ¿a cuántos hombres no abandonaría yo por un instante con el que amo? ¿A cuántos hombres no plantaría en un altar, con la promesa de una vida perfecta, si a cambio tuviera un instante al que deseo con todo mi corazón?

La decisión no es mía, y esa historia de amor que Jacques me ha contado a medias… menos todavía. Pero la estoy sintiendo en mis propias carnes, y eso hace que me sea imposible actuar desde la objetividad pura y dura a la que me aferro en momentos delicados.

—Si queréis marcharos, yo os cubro —me oigo decir—. Pero por favor… No hagáis nada de lo que podáis arrepentiros —suplico, haciendo una mueca—. Y si lo hacéis… Apechugad con las consecuencias. Ah, y Jacques… Espero que me cuentes de qué va todo esto cuando volvamos a vernos —aclaro, dirigiéndole una mirada seria. Ella

asiente en silencio, y antes de que pueda ver cómo se reconcilian, salgo del baño.

Es muy posible que mañana tenga cargo de conciencia… O es muy posible que no lo tenga en lo absoluto. No es mi vida, y los sentimientos de Claude no son de mi incumbencia. Al igual que, en el fondo, y aunque pretenda protegerlos, los sentimientos de Leon tampoco lo son. Nadie ha venido al mundo para hacer de justiciero de la moral, ¿no? Y sé que os extrañará que sea precisamente yo quien lo diga, pero según estoy entendiendo —que no aplicando—, la vida es un conjunto de momentos que nos hacen sentir pletóricos. Si ese momento pletórico es más importante que la relación de toda una vida… Yo no soy quien para juzgarlo, menos cuando arriesgaría mi salud mental para volver a ver, solo un minuto, a mi propio Marcel.

CAPÍTULO 13

No penséis ni por un momento que no me pasé todo el viaje de vuelta regodeándome en mis remordimientos. Por la noche, los pecados parecen ser menores, parecen incluso perdonables; y con un poco de alcohol, se ven hasta con un humor. Motivo por el que pude pasarme toda la despedida de soltera entreteniendo a mis amigas, y cambiando de tema radicalmente o llenándoles más la copa cuando preguntaban por Marcel y Jacqueline. Y si alabo esas horas es porque la jugada surtió su efecto, pero cuando al salir el sol todas se extrañaron y quejaron por la ausencia de la protagonista de la fiesta, acabé viniéndome abajo.

Ya he dicho que se me da mal mentir y que nunca he sentido la necesidad de hacerlo, ¿verdad? Pues esa noche, la de hace un par de días, me estrené como lianta profesional. Fingí que no sabía dónde estaba y aparenté normalidad ante los hechos, mientras me auto-flagelaba mentalmente por haber sido el puente de unión de dos amantes prohibidos. Dicho así suena incluso bonito, pero, ¿sabéis a quién no le resultará encantador? Exacto, a Claude.

Aunque intenté llamar a Jacques para echarle la bronca y para, por supuesto, exhortarle que o dijese la verdad o la diría yo, ella no me lo cogió. Y maldita fuera su estirpe y la mía por juntarme con Lana, porque por ella entiendo que cuando una mujer no coge el teléfono después de haber pasado la noche con un hombre, es porque va camino de enlazar con la mañana, y con la tarde, y así sucesivamente hasta que… Hasta que consigo contactar con ella, tres días después de regresar a Múnich, cuando no puedo reprenderla cara a cara.

No tengo especial interés en mirar a mujeres adúlteras a los ojos, y menos sabiendo que pude detenerlas, pero dicen que mi presencia impone y cuando el objetivo es echarle en cara a alguien su comportamiento, no viene mal contar con el extra de la apariencia lobuna.

—*Claro que se lo voy a contar a Claude* —me dijo en voz baja—. *Solo tengo que encontrar el momento*…

Evidentemente no se lo piensa decir, aunque me lo jurase hasta convencer al propio teléfono.

Jacqueline es una persona muy práctica; no va a romper una relación de años por ese DESLIZ —en mayúsculas, porque creo que han sido varios y que la palabra no le hace justicia—. Lo único con lo que ha soñado desde que la conozco es con tener una vida tranquila junto a un hombre bueno, rodearse de niños a los que contar cuentos por las noches y seguir manteniendo vivo el negocio de su madre.

Hasta donde yo sé, jamás habría arriesgado su relación por una noche loca, por lo

que la respuesta viene implícita en la pregunta: no ha sido una noche loca, sino mucho, mucho más. Sobre esto solo puedo sacar en claro que dentro de toda mujer, por muy pusilánime que parezca, existe una diosa que desea ser elevada a la máxima potencia, y que a veces gana la batalla.

Estaréis pensando que soy un despojo humano… Adelante. Ya he tenido suficientes crisis existenciales en las últimas setenta y dos horas para que me afecten unos cuantos reproches. Quizá haya sido una mala amiga por separarla de la razón; quizá haya sido una mala Adrienne Saetre… Pero uno no puede andar metiéndose en la vida de los demás continuamente. Tarde o temprano te acaba salpicando, y no es que no quiera que el lío de Jacqueline me salpique: como amiga suya, estoy dispuesta a embarrarme hasta las rodillas… Lo que no quería era que se culpase toda su vida por no haberse ido con él, cuando era lo que quería.

—*Me ha dicho que me quiere… Ojalá pudiera creerle*.

Como lectora de mentes o intérprete de sentimientos soy pésima, pero si esas nueve palabras que me suspiró por teléfono no encerraban una pena de años, una pena oculta y cuya carga jamás pudo compartir con nadie, que baje Dios y me corrija. Adrienne Saetre puede decir que no a la estupidez y al masoquismo… Al amor, no. Y a las segundas oportunidades menos todavía, cuando es la primera que espera un milagro.

Suspiro dramáticamente y me hundo un poco más bajo el agua. Es el cuarto baño de espuma que me doy desde que he vuelto, en un vano intento por encontrar la paz mental… Y soluciones, claro. Soluciones sobre todo.

A mí también me han dicho que me quieren, y ahora que lo pienso con calma, tampoco sé si me lo podría creer. Estos tres días que he ido a trabajar no he visto a Leon por ninguna parte, así que de nuevo, está comportándose de manera extraña. De nuevo, está siguiendo sus caprichos. De nuevo, no lo comprendo.

Pero en cierta forma me alegro, porque así puedo pensar en una respuesta en condiciones a sus sentimientos. ¿Qué sería lo diplomático? ¿Qué sería lo agradable? ¿Y qué tendría que decirle para que sepa que es especial para mí, pero no a ese nivel? Cuando ya has aclarado equis asunto por activa y por pasiva, ¿realmente existen formas de repetirlo sin ser repetitiva, valga la redundancia?

Me gusta, y lo deseo. Es más de lo que podría haber dicho hace meses, cuando me lo quería sacar de encima a toda costa. Me gusta muchísimo; la tensión sexual es real, el magnetismo, el cambio de ambiente cuando nos rozamos… Eso es algo que no tenía con Ivan. Pero con Ivan tenía amor, y eso es incomparable.

Acomodo la espalda en la pared de la bañera, y apoyo la cabeza justo sobre el toallero. Y entonces, la gran duda me asalta.

Tenía.

Con Ivan *tenía* amor.

Pasado, y actualmente, sin ninguna posibilidad de presente… Salvo las grandes esperanzas que deposita un corazón roto en que haya habido una terrible equivocación y su hombre se marchara por motivos que poco tenían que ver con sus sentimientos.

En eso me he estado escudando siempre, en que Ivan tuvo que irse por algo superior a nosotros. Os extraña, ¿no? Una mujer objetiva como yo, pesimista y que siempre anda regañando a sus amigas por sus elecciones de pareja, aferrándose a un clavo ardiendo. Es de risa, lo sé. Pero yo no decido a quién espero… Aunque no recuerde bien su voz, o cómo se sentían sus manos.

Realmente es una sensación extraña e incómoda, querer a alguien que no sabes si va a volver. Cuando digo que necesito definir a quienes pasan por mi vida por «capítulos», con un principio y con un final, es porque la incertidumbre es el único concepto abstracto que de veras podría enloquecer al ser humano. Yo no soy la excepción, aunque me lo tome con calma… A fin de cuentas, Leon tiene razón. Soy toda serenidad, pero debajo de todo eso hay desesperación.

Y debajo de esa desesperación… ¿Qué «por qué» hay? ¿Echo de menos a Ivan, o echo de menos cómo me hacía sentir? Si Ivan no vuelve y desaprovecho la oportunidad de estar con Leon, ¿no me arrepentiré toda mi vida? Soy una persona dura de mollera y de perennes convicciones, pero, ¿podría ser lo suficientemente fuerte para ver marchar a Leon y estar orgullosa de haber elegido… a un fantasma? Se supone que todo tiene un fin, que somos animales de costumbres. ¿Y si me acostumbrara a estar sin Ivan, pero nunca pudiera acostumbrarme a estar sin Leon? No puedes comparar el amor de toda una juventud con una extraña e intensa relación de cinco meses a lo sumo, pero…

Pero lo estoy haciendo, porque si Ivan no existiera, Leon me habría conquistado. Y aunque su existencia sea un problema, ¿acaso no ha llegado Leon casi a mi corazón en todo el tiempo que Ivan tardó en sacarme una cita? Haciendo una media ponderada de sus acciones, y apartando a un lado e factor subjetivo, Leon podría ser el mejor caballo al que apostar.

—Pero, ¿quién eres tú y qué has hecho con Adrienne? —me espeto en voz baja, frotándome los brazos con ímpetu—. Llevas tres días desvariando sobre hombres y el futuro, dale un respiro a tu cerebro… Que no eres Oprah, joder.

Unos nudillos tocan a la puerta del baño, sacándome, gracias al cielo, de mis ruinosos pensamientos.

—¿Puedo pasar?

El estómago se me encoge repentinamente. Solo llevo unos días sin oír su voz, y por

el escalofrío que me me eriza la piel parecen que han sido años. ¿Puede pasar? Lo que podría hacer es encontrar su hueco en mi vida, decirme qué diablos quiere y dejar de jugar. Pero no respondo nada de eso, porque la primera que necesita orientación para ubicarse en algún punto de toda la historia, soy yo.

—Adelante.

Leon empuja la puerta suavemente y se queda un instante bajo el marco, conteniendo la respiración. No me doy cuenta de que yo también lo hago hasta que suspiro por lo bajo, en una especie de jadeo apenas perceptible… que aun así, él capta al vuelo, deteniendo su mirada verde en mis labios.

No me avergüenza mi desnudez; soy biomédica, por favor, estaría yendo en contra de mi naturaleza temerle a la piel expuesta… Pero me parece excesivo que un hombre así de guapo y con esa mirada tan interesada en el jabón que me cubre tenga que presentarse en estas condiciones ante mí. Si decide declararme la guerra ahora mismo, tengo las de perder, porque me ha dejado clavada en el sitio.

Me alivia verlo y no sé cómo tomarme esa sensación. Me alivia de un modo absurdo, como si acabara de salir del coma o hubiesen anunciado el nombre de su tocayo en la televisión por un accidente, y yo solo pudiera esperar que no fuera él… Y no es él.

Leon avanza lentamente hasta sentarse en el taburete que hay junto a la bañera, separando las rodillas y apoyando los antebrazos justo en los muslos. Un hombre así no podría verse rendido jamás, pero se le ve rendido. Se le nota que tiene más agujetas que nunca, porque hace una leve mueca al inclinarse hacia delante y mirarme con los ojos entornados.

No parece muy dispuesto a hablar. Nada que me moleste. Siento que nos comprendemos en silencio; hemos pasado mucho tiempo juntos sin decir una palabra, y ha sido igual de inspirador que una dilatada conversación.

—Leon…

—Venía a aclarar unas cosas —comienza en voz baja. No se me escapa el anhelo oculto bajo sus palabras—. Principalmente que acabo de enterarme de que Neumann te ha relegado a un segundo lugar en la investigación. Quería saber si estás conforme con eso, o si alguien ha vuelto a intentar quedar por encima de ti y ese ha sido el resultado.

¿En serio? ¿Llevo días pensando en su declaración y ahora me viene con Neumann, como si fuese lo más importante del mundo…? Porque sí, debería ser lo más importante de mi mundo, pero desgraciadamente no lo es y me gustaría que para él tampoco.

—Estoy conforme, papá —ironizo—, pero gracias por preocuparte.

Él se remueve incómodo en el asiento.

—¿Sigues molesta?

—Desconcertada —declaro sin tapujos, echándome el pelo mojado sobre un hombro. Él clava la vista en esa zona, más silencioso que nunca, y yo me siento tan poderosa que dedico un instante a recrearme en su mirada oscura—. ¿Qué está ocurriendo con nosotros?

—Ocurre que me faltaba llevarte a una cita antes de que venciera nuestro acuerdo —habla, muy despacio—, pero fuiste muy específica por teléfono la otra noche.

Sí, yo lo fui y siempre lo soy. Es a él a quien no hay quien lo entienda. ¿En qué diablos fui específica? ¿En que me quería acostar con él?

—Solo quería asegurarme de que entendí bien y no te achispó el alcohol, no te arrepientes y demás. Y aclarar que no deberías tener en cuenta nada de lo que salió de mi boca. No estaba en mi mejor momento y solo dije estupideces.

No existe palabra que englobe lo que estoy sintiendo en este momento. Estupefacción. Perplejidad. Rabia… ¿Decepción? ¿Cómo podría reconocer tantas emociones unidas en una sola? Y sería totalmente inapropiado que ahora me decepcionase que retirara su declaración, cuando en su momento deseé que la tierra me tragase.

—¿No estás enamorado de mí? —se me ocurre preguntar.

—No —contesta, mirándome a los ojos. Sus propias palabras retumban en mis oídos. «El problema es que no puedo dejar de mentir…». Las descarto sacudiendo la cabeza sutilmente. Si lo dice, será verdad—. Soy un hombre de negocios, Adrienne. Si hago un trato es para cumplirlo al pie de la letra, y eso no entraba en lo que hablamos la primera vez.

—No. No entraba —contesto como una autómata.

—Pero igualmente pienso… que hemos complicado demasiado todo esto para lo que es —continúa, sin apartar sus ojos de los míos—. Quizá debamos dejarlo aquí antes de que podamos confundirnos.

—¿Confundirnos? —repito, tragando saliva.

No me está gustando nada el rumbo que toma la conversación, y menos aún las sensaciones que me asaltan. El nudo que se forma en mi estómago solo puede relacionarse con una reacción, y es la que sobresalta al ser humano en situación de peligro. Sí, eso es, peligro. Estoy al borde de un precipicio y tengo… Tengo miedo. Es real. Tengo miedo a que este hombre se levante, se marche y no lo vuelva a ver.

Tengo miedo a que pase de nuevo.

—Yo creo que todo está muy claro —asevero—. Somos un hombre y una mujer que

salen, ríen y comparten su tiempo el uno con el otro porque pueden aportarse muchas cosas… y entre los que hay una gran atracción. ¿Hasta ahí bien?

Leon desplaza los ojos hasta el inicio de mis pechos, que quedan algo más expuestos cuando me incorporo un tanto para estar a su altura.

—Sí.

—¿Tú lo ves igual?

—Ajá.

—Genial, porque yo no voy a retirar nada de lo que dije por teléfono —declaro, mirándole a la cara directamente. Debe darse cuenta de que mi tono ha cambiado, porque eleva la vista enseguida y propicia un encuentro entre nuestros ojos—. Te deseo. No me avergüenza decirlo.

Y tampoco estoy mintiendo. Llevo bastante tiempo queriendo que me toque, y que lo haga hasta el final: vivir de besos no es suficiente, y menos cuando esos besos son tan sugerentes que despertarían la imaginación de una piedra, en este caso, yo. Pero aun así, soy plenamente consciente de que solo estoy dándole un incentivo para que se quede, para que el haberse equivocado eligiendo sus palabras por teléfono no le haga retroceder.

Decir que mi corazón es de Ivan y mi cuerpo es de Leon sería mucho hablar, porque nada mío le pertenece a nadie, solo a mí misma… Pero es verdad que quien tiene mayor potestad sobre mis reacciones ahora mismo, es él. Y llevo sabiendo un par de meses que no se me ocurriría arrepentirme al día siguiente de haberme entregado.

Lo confieso: si no he hablado con franqueza hasta ahora, es porque sabía y sé que nuestra no-relación acabará en cuanto los dos lleguemos al clímax. Es lo que buscaba y no va a cambiarlo por mí… Y es lo que yo busco, supongo… No voy a cambiarlo por él. Pero es cierto: no quería que acabase, no quiero que nuestra conexión se rompa. Aunque a la vista está que ha de ser así, y en ese caso, al igual que Jacqueline, no voy a irme sin catar lo bueno que puede darme «el otro»… Si es que de verdad es «el otro».

El roce de los dedos de Leon en mi barbilla hace papilla mi concentración. Desliza la yema del pulgar hacia arriba, presionando dulcemente mi labio inferior, y lo trae hacia sí con los ojos siendo todo pupila. Observo con el corazón en un puño cómo se va acercando a mí, apoyando una mano en el borde de la bañera, sin quitar los ojos de mi boca.

—Bien —murmura—. Porque lo único que quiero hacer es besarte.

—Entonces quítate la ropa y ven aquí conmigo.

Leon se quita la chaqueta lentamente sin dejar de mirarme, revelando una elegante e

impoluta camisa que da una idea de lo que subyace a ella. Mi estómago se agita por la anticipación, mientras mi mente vuela muy lejos de lo que simplemente puedo apreciar con la vista.

Mi respiración comienza a agitarse conforme se va desnudando. Después de la americana van los zapatos y calcetines, y luego regresa a los botones de la camisa, de los que se va desprendiendo con una seductora lentitud que me hipnotiza. Mantengo la vista fija en sus largos dedos, que siempre saben lo que hacer y tocar, hasta que murmura algo por lo bajo y mi visión pulsa el *off*. Leon acapara todo mi campo para besarme a cámara lenta; tanto así que siento cómo la energía va encendiendo las partes de mi cuerpo, una a una, poniendo mis células a hervir.

Apoyo los brazos sobre sus hombros, ignorando que voy a empapar la camisa, y lo traigo hacia mí en un intento desesperado por sentirlo donde hace tiempo creo que debería estar. Leon no se queda atrás en manitas rodeándome la cintura, sacándome lo suficiente del agua para que mi delantera le moje el pecho desnudo. Intento quitarle la parte de arriba, deslizándola por los brazos, pero mis manos tiemblan de expectación y el sofoco alcanza su punto álgido cuando me da un mordisco en el labio inferior. Gimoteo lastimeramente, incapaz de hacer nada que no sea dejarle jugar conmigo cuanto quiera, y él se traga ese sonido besándome con una caldeada furia que no había saludado antes. Todos mis músculos se contraen cuando encuentra, bajo mi cintura, las formas de mis caderas, y las impulsa hacia arriba para pegarme completamente a él. Clava las uñas en mi piel sensible, quizá queriendo marcarme, y yo, a modo de venganza, aprovecho que está sentado en el borde de la bañera para meterlo conmigo a traición.

Leon no llega a caer sonoramente, pero el estrépito es inevitable y parte del agua se desborda por los lados. Antes de que pueda pensar en cómo lo haré para vaciar todo ese río, Leon apoya las manos sobre cada lado de la bañera y serpentea sobre mí para seguir besándome. No solo en la boca, sino en las mejillas y el pelo empapado, en las orejas y el cuello… Cuando llega a uno de mis pezones, lo muerde, arrancándome un gemido de dolor. Convierte ese escalofrío repentino en un foco de placer, compensando el tirón con fervorosas lamidas que van enemistando mis rodillas, haciéndolas caer separadas y de este modo, ofreciéndole un mejor acceso a mi sensibilidad.

Atontada por sus atenciones, hago el esfuerzo de abrir los ojos y quitarle la camisa a manotazos, concluyendo en la semi-desnudez más sexy que he visto nunca. No tengo mucho con lo que comparar, es cierto, pero su pecho escultural y el fino vello rubio que nace en el esternón para culminar en el inicio de su cinturón logran secarme la boca. Sin poder resistirme, y atraída inevitablemente por lo bien que huele, llevo las manos a su tórax y lo acaricio primero con los dedos, para pronto llevar los labios a la zona pectoral y recorrerlo tímidamente. Sentir el latido de su corazón acelerado bajo el tacto de mi

boca, como si me lo pudiera tragar, es una experiencia que me descompone por completo, dejándome el cuerpo tan tenso como paradójicamente relajado.

Él me acaricia el pelo con los dedos y se lo enreda en la muñeca para tirar suavemente de mi cabeza hacia atrás. Nos miramos un momento, y no sé qué es lo que puede ver en mí, pero yo lo veo todo en el verde brillante de sus ojos. Solo la mirada que me dedica, abrasadora, podría secarme y mojarme de nuevo de una maldita tirada… Y no sé cómo interpretar eso.

Se desabrocha el cinturón impidiendo que aparte la vista, y lo arroja al otro lado del baño sin florituras. El pantalón es algo más difícil, por lo que lo deja para después y vuelve a acercarse a mí. Apoya los labios en mi mejilla, jadeante, y se va deslizando lentamente por ella hasta hablar contra mi oreja.

—Créeme que quiero tomármelo con calma y disfrutarlo… Créeme que quiero que no lo olvides jamás… Pero ahora mismo solo puedo pensar en enterrarme dentro de ti, sin preliminares ni caricias que valgan, y mirarte a la cara mientras duremos.

Inspiro profundamente y ladeo la cabeza para mirarlo a los ojos. Al momento siguiente, y pese a mi debilidad corporal y mis repentinos temblores, Leon está ocupando mi lugar con la espalda contra la bañera, yo sobre él, y el agua precipitándose sobre el suelo.

Apoyo las manos en su pecho y me estiro para sentarme sobre su regazo. Él agarra con fuerza el borde, incorporándose lo suficiente para que su cabeza quede a la altura de mi pecho, y me rodea por las caderas para situarme con propiedad.

—Hazlo, entonces —murmuro, moviéndolas hacia delante. Un músculo palpita en su mandíbula; un tic que se acentúa cuando repito el movimiento—. Hazlo, Leon.

—Sabes que basta con que digas mi nombre para que haga todo lo que me pidas, ¿verdad? —pregunta con voz gutural, hundiéndome las uñas en la cintura y tirando tan bruscamente de mí que el agua se agita trepidante.

No me habría creído lo que acaba de decir si sus ojos no me hubieran mirado tres veces más oscuros que de costumbre, y si no se presentara ante mí como un Poseidón en toda su gloria, invicto y poderoso, medio desnudo y empapado. El agua se desliza pecaminosamente por su amplio pecho y adorna en forma de lágrimas su perfecta fisonomía facial, y saber que en sus labios resbaladizos podría encontrar una nueva forma de pasión me activa el doble. Me siento afortunada; me siendo realmente afortunada porque este hombre me está lamiendo a mí, me está murmurando indecencias a mí…

Ahogo un suspiro cuando noto una protuberancia en la línea de mi placer. Busco los ojos de Leon desesperadamente, y reconozco el movimiento bajo el agua antes de que se

roce conmigo con una lentitud desgarradora. Un lamento quiebra mi garganta cuando apoya el prepucio sobre mi clítoris y lo frota suave pero inexorablemente, antes de deslizarse hacia abajo y amenazar con introducirse entre mis pliegues.

Me echo hacia delante, agarrándolo por los bíceps tensos, y él va en mi busca para succionar mi labio inferior. Vuelco la pelvis hacia delante, ardiendo por la necesidad de que vaya a mi encuentro de una vez por todas, y tan desesperada por la frustrante sensación que se apodera de mí que dudo sobre salir de la bañera y escaparme… Pero esto no es una opción, menos cuando su lengua absorbe las gotitas que penden de mi mandíbula, abriendo surcos de fuego en mi piel.

—Podría correrme solamente besándote —murmura, ronco, mordisqueándome el lóbulo de la oreja—. No te puedes hacer una ligera idea de lo que haces conmigo, Adrienne… Y quiero demostrarlo, pero ahora no puedo. Ahora necesito…

Leon se instala en mi interior de una sola y gloriosa embestida que me arquea la espalda y me echa el cuello hacia atrás. Mi cuerpo no esperaba la invasión, pero lleva semanas siendo preparado por él para disfrutar de este momento… Y eso hace. La tensión y dura envergadura de su miembro, junto con el agua haciéndome cosquillas, el picor del jabón aún untado en mi cuerpo y sus besos ardientes recorriendo mis hombros y mi cuello, resultan un cóctel afrodisíaco al que no puedo resistirme… Tanto así que soy yo misma la que busca acción.

Él se mueve conmigo encima, apartándose de la pared de la bañera y situándonos en medio. El sonido de las aguas es lo único que se escucha, además de nuestras respiraciones agitadas; Leon me envuelve con sus brazos, apretándome contra su pecho de un modo que me estremece hasta los huesos, y en lugar de mirarme durante el proceso, se esconde de mí repartiendo besos etéreos por mis clavículas. En principio enajenada por la sola y casi olvidada sensación de tener a un hombre en mi interior, tardo unos cuantos segundos en reaccionar a la tierna lujuria y pasmosa reverencia con la que me toca. Casi parece que no era esto lo que buscaba, que no quería simplemente levantarme la falda y hundirse dentro de mí, sino… saborearme, o como él dijo, ver realmente cuánta dulzura puedo albergar.

Hasta que nuestros labios vuelven a encontrarse en un choque ensordecedor y su miembro se endurece aún más cuando lo presiono entre mis paredes. Leon impulsa mis caderas hacia arriba y hacia delante, iniciando por mí un ritmo al que no necesito adaptarme porque nuestra compenetración va mucho más lejos de lo que podría revelar una sesión sexual. Mi vagina lo encorseta cruelmente, cerrándose a su alrededor cuando la deja albergarlo en su totalidad, y yo intento que nunca se marche apretando los muslos. Es el deseo de contenerlo y vaciarme lo que provoca la enérgica fricción que deriva en un rápido pero profundo vaivén con el que comienzo a sudar, mezclándose de nuevo la sensaciones contradictorias del agua fría, la piel caliente, y sus besos de otro

mundo.

—Muérdeme, *liebe* —gruñe contra mi cuello—. Muérdeme para que sepa que no es un sueño.

—¿Por qué i-iba a ser un sueño? ¿Has soñado c-conmigo? ¿Con… esto? —jadeo entrecortadamente, abrazándolo con desesperación por el cuello.

—Sí —sonríe contra mis labios, una sonrisa que parece un espejismo del amor… O quizá solo sea yo, queriendo imposibles—. Desde que te conozco he soñado con verte dudar, verte fuera de ese pedestal intocable tan tuyo, así que estás superando con creces mis expectativas; ahora incluso tartamudeas… —Se interrumpe para echar la cabeza hacia delante y jadear, poseyéndome con brutas embestidas—. He soñado… contigo. Ese es el resumen. Pero mis sueños no vienen con *Guerlain* incorporado, ni podrían haber supuesto que serías tan caliente… —Leon me recoge las piernas y se envuelve la cintura con ellas, profundizando nuestra unión inconscientemente. Me suelta un momento y se mueve en el agua para ir al otro extremo de la bañera, contra el que me apoya antes de crecerse una cabeza e instalarse dentro de mí con mayor firmeza. Ahogo un gritito al sentir uno de sus dedos sobre mi clítoris, presionándome, empujándome a la liberación—. Mis sueños no estaban preparados para ti, pero ahora son todo tuyos —concluye, con voz suave.

—¿Es entonces m-mejor… —Pierdo un momento el habla cuando me penetra bruscamente. El agua vuelve a salir de la bañera—, de lo que esperabas?

—Nunca me atreví a esperar una mujer como tú —susurra, acercándose a mis labios y recorriendo su contorno con la lengua. Abro la boca, esperando que me consienta, y eso hace, dándome un beso húmedo y sin censura que eleva el calor de mi cuerpo por encima de lo que debería estar permitido—. Y sigo sin atreverme a merecerte, *meine leibe*[6]. *Du bist der schönste Zufall, der in mein Leben gekommen ist*[7]. *Du bist das, was ich brauche*[8]*… Du bist das, was ich mein Leben nenne.*[9]

Me muerdo el labio para acallar el orgasmo, que me sacude desde las puntas de los dedos de los pies hasta el último pelo de la cabeza, concentrándose en deshacer mi estómago y derretir mis inútiles pensamientos.

—¿Qué significa lo que has dicho…?

Leon se aprieta contra mí, obnubilado por su propio clímax. Cierra los ojos y me muerde el cuello para soportar la oleada de placer que tensa sus músculos un segundo antes de hacerlos pesados. Y entonces se separa y me mira con esa misma resignación y abatimiento que he visto y que reconozco cada vez que lo veo… Oculta tras un velo de felicidad instantánea que me siento orgullosa de haber ayudado a construir.

—Significa… —murmura, antes de darme un beso suave en los labios—, que ojalá

pudiera hacer esto contigo siempre… y que ahí voy otra vez.

CAPÍTULO 14

Lo sabía. Sabía que acabaría arrepintiéndome, y aun así, no he podido frenarme. Estúpida, estúpida, ¡estúpida!

Sabía que me arrepentiría de volver a mandar a Lana a por mi almuerzo, cuando es evidente que va a seguir colando carne entre mi ensalada hasta que mueva el culo y me consiga yo misma lo que me guste del bufé.

¿Qué pensabais, mentes retorcidas? ¿Que me he arrepentido de acostarme con Leon? Porque sí, de eso también me arrepiento, no os quepa la menor duda. No por los motivos que podáis imaginar: Ivan no ha cruzado mi mente para hacerme sentir sucia, solo para hacerme comprender que estaba dándole demasiada importancia a algo que no la tenía. Bueno, creo que podría decir esa frase mejor sin que quede despectiva hacia las maniobras de Leon… Pero no se me ocurre nada mejor, y aunque ya sabía de antemano lo que iba a suceder después de que desapareciese de casa… He descubierto que no estoy preparada para su ignorancia.

Han pasado varias semanas desde el momento en la bañera, y Leon ha cumplido su palabra de dejarme en paz tras esa noche. No he podido echarle mucho de menos porque entre las llamadas a Jacqueline y los intentos por recomponer mi grupo de amigas después de que dijera la verdad sobre Marcel he estado ocupada, pero en cada momento libre he pensado en él. Y no precisamente alegrándome de su tercera, cuarta o quinta bomba e humo.

Debería estar contenta, dando palmas, porque por fin me he quitado de encima al hombre intenso que solo quería acostarse conmigo… Pero no lo estoy, ni siquiera aferrándome a ese frío «no te quiero» que me soltó con… ¿Con qué objetivo? En fin, pensar en eso es una estupidez. Primero, porque todo lo relacionado con esa siniestra llamada durante la despedida y la manera que tuve de resolver en el baño nuestra falta de comunicación, es un misterio indescifrable, al igual que el porqué de la mentira de Axel a Lana. Segundo: porque ya nada puedo cambiar. Y tercero… Tanto si retiró su declaración de sentimientos para arreglar su orgullo magullado como si no, ya ha demostrado que no significo nada para él. Hasta donde yo sé, la gente no ignora a otra gente si la aprecia, aunque su estúpido acuerdo haya concluido.

Entendedme, por favor… Sigo con la resaca post-sexo y me entran los siete males cada vez que recuerdo que se largó casi en cuanto terminó, como si fuera su maldita parada para repostar o, en este caso, descargarse. Tengo todo el derecho del mundo a seguir dándole vueltas a esto, porque cuando por fin me arriesgo a cambiar mi concepción del sexo, me anulan por completo la ilusión de volver a hacerlo…

Vale, eso ha sido una exageración. Obviamente lo repetiría, y solo con él; por las noches, en lugar de hacer un recorrido por todo lo que he hecho durante el día, me

estanco en el recuerdo de su cuerpo contra el mío, el agua corriendo por su pecho y la húmeda presión de su boca sobre mis partes sensibles… Y nadie puede sacarme de ahí, ni siquiera yo misma. Pero a donde quiero llegar es a que, aunque no ha conseguido hacer que me sienta sucia, me ha decepcionado después. Ha hecho que me arrepienta, y ese era mi único e inicial miedo, uno con el que aseguró que podría luchar.

Y una mierda.

Pero por si fuera poco, la boda de Jacqueline y Claude sigue adelante. Y diréis que no es para tanto, porque en fin, hay hombres que perdonan las infidelidades y mujeres que cuando juran no volver a hacer algo, hablan en serio… Pero Jacques no ha dicho la verdad, y para colmo de males, está embarazada. Dios sabrá quién es el padre, porque yo no, y es demasiado pronto para que Jacqueline pueda averiguarlo e informar al pariente, si es que piensa ponerle al corriente de esto… que lo dudo.

Aunque tampoco acaba ahí la historia. Katia, esa Katia obsesionada con Marcel y que planeaba declararse en la despedida de soltera, se ha enterado del desliz de Jacqueline —como ya he mencionado antes— y su naturaleza rencorosa ha hecho acto de presencia. Ni que decir tiene que, durante una de mis visitas en fin de semana a París —esa en la que, por petición mía, Jacques soltó el pastel—, debatimos acerca del asunto y Katia decidió darse en retirada dando taconazos. Aún no hemos tratado de contactar con ella, y mejor, porque creedme… Una Katia Cavellier enfadada es bastante peor que las diez plagas. Es peor que diez plagas elevadas a la centésima potencia.

En definitiva, todo es un caos. Me he acostado con un hombre que, a pesar de sus palabras bonitas, sus miradas intensas y sus manos mágicas, nunca ha estado interesado en mí del modo en que creí… y he descubierto que eso me afecta. Mis amigas están peleadas porque cada una ha adoptado una postura; yo me he metido en mi papel de enfadada y de cara al resto ando molesta con Jacques, cuando la llamo prácticamente todos los días para preguntarle por el bebé… Y en el trabajo, tampoco se puede decir que esté triunfando, porque Neumann no da señas de recordar que estoy ahí y suele excluirme de todas las grandes iniciativas que se llevan a cabo.

Pero al mismo tiempo, nada es un caos. Hay una posibilidad de que el bebé sea de Claude, en cuyo caso, la boda se celebrará sin problemas de ninguna clase y Jacqueline tendrá la vida que siempre quiso. Veo complicado que la rencorosa Katia perdone a Jacques, pero somos amigas y, Eventualmente, volveremos las unas con las otras… aunque algunas tarden años. Mi madre y su mujer van a pasarse por Múnich para hacerme la visita que prometieron hace tiempo y, de paso, prepararse para la boda en París —que sigo sin saber por qué no se ha seguido aplazando, o anulado directamente —. Y en cuanto a Leon… Nos hemos visto varias veces, y en esos momentos el aire se ha convertido en pintura y he podido sentir cómo él debía hacer un esfuerzo por apartar la mirada. Por lo que puede que no esté todo perdido…

Pero, ¿a mí qué más me da?

—¡Mi pequeño frasquito de hiel! —exclama mi madre, sacándome de mis pensamientos. Aparto la mirada de la revista científica que fingía leer y me pongo de pie, rodeando el sofá para ir a abrazarla—. ¡Qué guapa estás!

Para que más o menos os ubiquéis en el contexto, a mi madre la llamaban Liselotte cuando era joven. No sé mucho de historia, pero según me contó, este personaje fue esposa del famoso hermano gay de Luis XIV, la que este mismo le consiguió alegando que «por ser muy masculina, tendría que gustarle». Claro que el apodo se ha ido diluyendo con el paso de los años, igual que el de Parrilla… —*Joder, ¿por qué tengo que pensar en esto?*—, y ahora solo es una mujer desproporcionadamente alta, sin muchas curvas, pero a mi parecer, bastante guapa. Hanne Saetre mide un metro ochenta y cinco, tiene los ojos azules saltones y unos brazos que podrían abarcar la Torre de Pisa, y no solo desde la distancia para hacer la típica fotito estúpida. Por eso, porque puede abrazarnos a todos a la vez, Lana se une al gesto sonrojada por la emoción.

Mi madre es una persona entrañable y sencilla a la que es imposible no querer. Cualquiera diría que desde joven la estuvieron preparando para ser matriarca, porque no podría haberme enseñado lo que sé de mejor manera o con mejores métodos. Es amable y educada, es simpática y dicharachera, es lista y humilde; tiene la mente abierta a todo lo que no haga daño a la generalidad, y apoya cualquier causa que le parezca justa. Es sencillamente perfecta. Salvo por el minúsculo detalle de que siga llamándome «pequeño frasquito de hiel» cuando pronto voy a cumplir los treinta y uno.

Su esposa, Soren, es todo lo contrario a ella en físico. Es pequeña, muy delgada y frágil, con el pelo largo y rubio oscuro, y unos ojos vivaces y preciosos de una bonita tonalidad verdosa. En cuanto a personalidad, congenian a la perfección, porque son prácticamente iguales.

—Hola, Adrienne —me saluda, acercándose a darme un beso en la mejilla. Ella sabe bien que las muestras de afecto desmedidas y esporádicas no las encajo muy bien, a diferencia de mi progenitora—. Me alegro muchísimo de volver a verte, y más siendo una triunfadora.

Lo que sigue no hace falta que lo mencione. Charla de madre e hija en la que le cuento lo que he estado haciendo, lo que me gusta de estar aquí, lo que odio de estar aquí, lo que pretendo hacer una vez todo esto termine, lo que me voy a poner para la boda de Jacqueline; cómo está Jacqueline, cómo está Katia, cómo está Nina, cómo está Lulú… *Bla, bla, bla*. Así habríamos seguido si Lana no hubiera sugerido salir a hacer turismo, aprovechando que nosotras tampoco hemos visto los grandes monumentos… Aunque en realidad, lo único que le interesa a Lana es tener a mi madre y a Soren entretenidas para sonsacarme información, y ya de paso, tener una excusa para ir a

comprar *souvenirs* que obviamente no le hacen ninguna falta.

Ni a mí tampoco, dicho sea de paso, pero me gustan las tiendecitas en las que hay todo tipo de tonterías por un precio rebajado. No me gusta ir de compras, pero en esta clase de negocios una acaba entreteniéndose con las figuritas, los imanes, las huchas, las tazas, las postales, incluso los perfumes… Y eso es lo que necesito: entretenerme para no pensar en que estoy mosqueada. Sí, como se lee. Adrienne Saetre mosqueada.

—Me irás a decir que Leon no fue a Mykonos el otro día —canturrea Lana mientras me lanza una mirada indiscreta a través de un llaverito de recuerdo—. Cuando entré en el baño parecía que había estado allí Moby Dick. O eso, o te había dado un ataque esquizofrénico en medio de la relajación… Y a juzgar por el cinturón de hombre que vi, yo diría que ninguna de las dos.

—Creo que es incorrecto que digas que Leon fue a Mykonos porque no fue a tu cono, sino al mío —corrijo, sin darle mucha más importancia. No tengo ningún problema con los tacos, pero he pensado que sería mejor decir «cono» que «coño» en un local atestado—. Es como si digo que Axel fue a Mykonos, cuando no ha ido al mío…

—Claro que no, y como se le ocurra, le doy una paliza que se acuerda de mí para siempre —masculla, entornando los ojos.

—¿Eso ha sido una demostración de posesión? —inquiero, alzando la ceja. Le lanzo una mirada rápida de censura antes de volver a mis figuritas y peluches del *Oktoberfest* —. ¿Sois pareja?

—No. No quiere nada serio —contesta con voz lúgubre—. Pero eso no viene al caso. ¿Piensas hablar, o qué? ¿Te acuestas con uno de los quince hombres más ricos de Alemania y no se te pasa por la cabeza contárselo a tu pobre amiga? —Mi cara debe ser un reflejo fiel a lo que estoy pensando, porque Lana bufa y añade—: Sí, lo he *googleado…* como cualquier mujer que se preocupe por su mejor amiga haría. Es el primer paso que se ha de acometer cuando se conoce a un hombre, y en este caso, el resultado no ha sido malo, sino todo lo contrario. Así que sí, no era una exageración, es de los más ricos de Alemania. Y créeme, me interesa mucho saber qué transporte utiliza un millonario para ir a Mykonos, o lo que hace con las manos para entretenerse en el avión. —De acuerdo, si no se calla, voy a echarme a reír. Y no estoy precisamente *en el mood*—. Si tiene alguna preferencia de bufé, cuánto dura el vuelo…

Me encojo de hombros sin más, y acabo agarrando un peluche de oso vestido con un *dirndl* [10] y agarrando una jarra de *Hacker-Pschorr*[11].

—Dijo varias cosas en alemán.

Lana suelta un gritito ahogado.

—¿Él también lo hace? ¡Qué alivio! —suspira—. Pensaba que Axel era el único que

estaba programado para tener sexo en alemán, pero ahora veo que me equivocaba y es regla general: si eres hombre y estás ocupado sacudiendo el matambre, te sale el instinto primario y se te olvida traducir al cristiano…

—¿Qué has dicho?

—¿Qué he dicho? —pregunta, con el ceño fruncido—. Ah, ¿lo de sacudir el matambre? Es un sinónimo de Axel. Llevo seis meses conociéndolo y no ha repetido ni una sola expresión para referirse a eso… En fin, yendo a lo importante, ¿tú que opinas del *bilingüismo*? Porque a mí me jode.

—Sabes más alemán que yo.

—Sé fingir que sé alemán, pero no tengo ni puñetera idea. Solo insultos, y es porque me los estudié por si Axel estaba diciéndome cosas desagradables sin que me enterase. Vamos, se le ocurre llamarme puta en otro idioma o algo así, y no vuelve a ver amanecer, el desgraciado… —masculla por lo bajo, siguiendo mi camino para pagar el peluche—. ¿Qué le verán estos tíos de atractivo a hablar en alemán? Porque yo siento que me está susurrando al oído el jodido Hitler y me corta bastante el rollo.

—¿Y si te hablara en italiano pensarías en Mussolini? ¿En Stalin, si te susurrase en ruso? ¿En Franco si lo hiciera en español? No seas ridícula…

Lana sonríe perversamente, regocijándose en quién sabe qué. Si no he dicho nada, ¿no? ¿O es porque voy a comprar un oso de peluche? Tengo que poner algo en el sofá, y no está mal decorarlo con un detalle puramente alemán. Así me familiarizo con el entorno.

—¡Ja! —exclama, saliendo de la tienda en pos de mí. Ubico a mi madre en la acera, esperando un taxi—. ¡Te gusta que te hable en alemán! Es eso, ¿no? Te pone que…

—Lana. —Me giro bruscamente y la miro a los ojos. Eso casi le hace retroceder—. Generalmente me entretienen tus intentos de meterte en mi vida, y me divierte que te lo tomes tan a pecho, pero te digo desde ya que no hay nada donde rebuscar. Nos acostamos y se acabó, ahí ha acabado todo. ¿O es que no te acuerdas de lo que dijo en el laboratorio? Todo era por un viaje a Mykonos; ya lo ha visto, ya lo ha gozado, pues ahora vuelve a casa y fin de la historia. Lo mismo para mí, y espero que lo mismo para ti. porque no quiero que me sigan atosigando con esto. Pretendo recuperar mi vida, y él no está ni va a estar en ella, ¿de acuerdo?

Lana me mira como si acabara de romperle el corazón.

—Pero… Pensaba que estabais enamorados.

Bufo por lo bajo.

—¿Qué tienes, Lana? ¿Diez años? Si quieres formalizar tu relación con Axel, casarte

con él y tener cuatro hijos, hazlo. Así tal vez dejarías de intentar vivir tu sueño del hombre rico y la historia de amor perfecta a través de mí. No la voy a tener, ni estoy interesada en tenerla. Y menos con Leon Dresner, que no sabe de dónde viene, ni a dónde va, y antes de que lo preguntes… No, no estoy ni estuve enamorada de él. Se acabó, ¿vale?

Ya os he dicho que Lana llora por cualquier cosa, ¿verdad? Pues que no os extrañe que después de mi explosión, se le cuajen los ojos y se dé la vuelta brutalmente ofendida, dejándome sola en medio de la acera.

—Todo muy claro —comenta una inexpresiva voz a mi espalda.

Me doy la vuelta a cámara lenta, más por la impresión de que, de nuevo, esté en el mismo lugar y a la misma hora que yo, que porque me arrepienta de lo que he dicho. No soy de las que al explotar en caliente dicen cosas que no piensan; he sido sincera al pedirle a Lana, quizá de muy mala manera, que nos deje en paz a mí y a mi vida sentimental de una buena vez. Que Leon me esté mirando ahora bastante molesto me importa un rábano.

Las cosas han sucedido así porque ha querido. Si le duelen unas cuantas verdades, no haberse portado como un caprichoso. Es imposible enamorarse de una veleta, aunque viniera siéndolo desde el principio por motivos que ya conocemos. Lo de enamorarme, digo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, abrazando mi oso de peluche.

—Iba al hotel a supervisar unas cosas y he visto a Lana por la ventanilla. Me ha hecho un gesto para que me pare… —Encoge un hombro y se guarda las manos en los bolsillos. Esa actitud tan suya que me ayuda a imaginar cómo fue su época de universitario pelado—, y eso he hecho. Pensaba que quería que la llevara a alguna parte.

—Eso pregúntaselo a ella.

—Adrienne, ¿cómo funciona eso de los taxis aquí? —me llega la voz de mi madre. Aparece poniéndome una mano en el hombro—. He llamado uno hace un buen rato y no llega… Oh, disculpe si he interrumpido algo.

Leon esboza su sonrisa de amabilidad, y yo me encojo un poco más sobre mí misma. Pero no voy a agachar la mirada solo porque me moleste que sea guapo incluso cuando no se lo propone, incluso cuando sus gestos son de pega. Incluso cuando está seco, porque es obvio que lo que mejor le sienta es andar empapado.

—No se preocupe. Soy Leon Dresner, compañero de la señorita Saetre en los laboratorios. —Avanza y le estrecha la mano a mi madre, que asiente cortésmente—. Es complicado conseguir un taxi en hora punta. Si quieren, puedo llevarlas de regreso en

mi coche.

«No es un coche, es una limusina», estoy a punto de replicar. No lo hago porque sería pasarse de cansina. Demasiadas veces he repetido que restarle importancia a su riqueza no va a hacer que desaparezca, que deslumbre menos o que la inmensa mayoría deje de sentirse en inferioridad.

Mi madre no entra en esa mayoría, porque deja que la invite al interior de su «coche», junto con Soren y una Lana que no me dedica una triste mirada antes de acomodarse en la hilera lateral. A quien sí le sonríe es a Leon, como si tuviera que darle apoyo moral. Imagino que solo trata de mosquearme —como si eso fuera posible—, pero cabe la posibilidad de que algo se me esté escapando cuando él hace una inclinación de cabeza.

La predisposición de los asientos y mi propensión al mareo me obligan a colocarme al lado de Leon, en la pareja de lugares que dan al frente, mientras que las otras se acomodan delante de lo que parece el mini-bar.

—¿De qué va esto? —murmuro por lo bajo, abrochándome el cinturón—. No es justo. Mi madre es mil veces más impresionable que yo.

—Descuida —dice, en tono vacío. Levanto la mirada y lo pillo con la vista clavada al frente, rígido—. Mi objetivo no es impresionaros, ni a tu madre, ni a ti.

Mi cuerpo se tensa en cuanto se pronuncia, con una extraña suavidad cortante que me deja sin palabras. De acuerdo, lo nuestro ha terminado… Y sí, no me he referido a él con cariño hace unos minutos, pero, ¿es necesario ponerse borde?

—Si pensabas ser desagradable, podrías no haberte ofrecido a llevarme.

—Visto de ese modo, podría no haberme ofrecido a muchas cosas desde el principio.

Eso logra captar mi atención. Lo miro con el ceño fruncido, aún aferrada a mi oso de peluche, quien también pone los ojos en él totalmente desconcertado. ¿Algún problema con atribuirle personalidad a un objeto inanimado? Pienso usar a este falso úrsido de la familia de los mamíferos carnívoros para mi conveniencia siempre que pueda.

—Desde luego —replico, serena—. Cuando uno no está preparado para ciertos negocios, es mejor no embarcarse en ellos.

Él se decide finalmente a abandonar el frente y clavar sus ojos en los míos. Logro someter a tiempo el impulso de echarme hacia atrás, empujada por la potencia de su mirada rabiosa. Dios mío… ¿Se supone que este es el verdadero Leon? ¿El que por no querer nada de mí, me trata con la punta del pie e incluso me desprecia?

—¿Y me lo dice la que siempre ha estado preparada? —se burla. Enseguida aparta la vista—. Tengamos la fiesta en paz, Adrienne.

Eso se lo puedo conceder, aunque en el fondo hace mucho que he dejado de comprender por dónde va. ¿Se supone que la que no estaba preparada era yo porque venía de casa con el corazón roto? ¿Qué maldita potestad tengo yo sobre eso? No puedo elegir a quién quiero; él sí puede decidir cómo tratar a una persona, o en este caso, cómo *no* hacerlo. Del modo en que justamente está haciéndolo.

—Eres incomprensible —murmuro por lo bajo.

—¿Perdón?

—Que no sé de qué vas —repito, solo un poco más alto. Superviso por el rabillo del ojo que mi madre, Soren y Lana están demasiado ocupadas charlando a viva voz—. ¿Por haber conseguido lo que querías ahora tienes que comportarte como un auténtico estúpido? ¿Eres cortés solo cuando te conviene? Ni siquiera me estás mirando a la cara.

Leon me desafía girando la cabeza en mi dirección. No me había dado cuenta de que estamos tan cerca, pero su nariz prácticamente roza la mía. Mi corazón se queda estancado a medio latir, y sé por qué. Porque es muy posible que el hombre al que haya conocido estos meses, sea un disfraz para agradar y llevarme a su terreno… Pero aunque ese hombre empiece a ser estúpido, el deseo de besarlo sigue venciendo mis recelos. Por lo menos tengo el consuelo de que a él le pasa algo similar, porque le cuesta despegar los ojos de mi boca.

—Usted lo ha dicho, señorita Saetre. Se acabó —deletrea. Trago con la esperanza de que la saliva se lleve el nudo que se acaba de formar en mi garganta—. ¿Por qué tendría que ser ahora encantador con usted?

—Porque no todo en esta vida es o blanco o negro, señor Dresner —casi escupo su apellido—, del mismo modo que no todo es tener sexo fantástico o ni dirigirse la palabra. Pensé que podríamos… —«que podríamos seguir así», me gustaría decir. Pero su expresión no colabora a que abra mi corazón—, que podríamos ser amigos, o como mínimo buenos conocidos. Pero ya veo que eso es mucho, que le subestimé y que tal y como dijo una vez, es un mentiroso. Juró que no me arrepentiría después de estar con usted, y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—Ah, ¿sí? —Se gira para mirarme de nuevo, con los ojos echando chispas—. ¿Te arrepientes? Porque en su momento te vi bastante emocionada.

¿Acaba de decir eso?

—En su momento tampoco parecía que irías a comportarte como un gilipollas —espeto.

Él retrocede, como si acabara de golpearle. Me mira con los párpados entornados. Parece que va a decir algo, pero al final aparta la mirada para echar un vistazo por la ventanilla.

—Odio ese maldito gorro —masculla por lo bajini.

—El gorro no tiene ninguna culpa de tengas problemas de bipolaridad. Ve a que te diagnostique un maldito doctor y deja de joderme.

—O sea —ironiza, cortante—, que joderte no era el objetivo inicial.

—¿Tú qué opinas, frasquito de hiel? —interviene mi madre, justo a tiempo.

Me aparto de Leon rápidamente, aunque no estuviéramos *tan* cerca, y le devuelvo la mirada a ella, que me sondea con sus grandes ojos azules.

—¿Sobre qué? Lo siento, estábamos discutiendo unas cosas el señor Dresner y yo.

—Que si te gustaría que fuéramos a la apertura del *Oktoberfest*. Es toda una leyenda aquí, en Múnich, y una de las fiestas más grandes y famosas del mundo. Cuenta con tradición histórica, incluso. Hay barriles y desfiles, y creo que también música. Lana y Soren sienten curiosidad… ¿Vendrías?

—No tiene desperdicio —comenta Leon, mirándome—. El festival dura dos semanas y recibe casi siete millones de visitas anuales… Y se celebra al aire libre, en el Theresienwiese. También se conoce a mucha gente…

Espero pacientemente a que la limusina frene delante del edificio donde vivo para contestar.

—Soy abstemia, solitaria, alérgica al polen, detesto las multitudes, la historia me aburre y no estoy interesada en meterme en ningún disfraz. Pero id vosotras —concluyo, abriendo la puerta—. Seguro que es divertido.

No me detengo a mirar atrás, aún con el peluche de oso apretado entre mis brazos. Mi caminar es tranquilo hasta el portal, medio turbulento hasta las escaleras, y apresuradamente despistado hasta la puerta del apartamento. Tengo que tomarme un segundo para respirar, apoyando la frente en la pared. Sacudo el llavero ruidosamente, esperando que sirva para distraerme de mis pensamientos, de mi frustración, de mi inquietud…

¿Por qué es así conmigo? ¿Por qué soy así con él? Y lo que es más importante que todo eso… ¿Qué me importa? Está claro que Ivan no es lo mismo para mí desde que Leon entró en mi vida; antes era la constante de mi mente, cuerpo y corazón, y ahora únicamente está en este último… creo. Pero lo mal que me sienta la actitud de Leon me confunde tanto que hasta Ivan parece borroso.

Tengo treinta años, es imposible que me haya pillado de un hombre solo porque me haya acostado con él. No es lógico, aunque en mi caso solo haya compartido intimidades con aquellos por los que tuve, tenía y… ¿tengo?, sentimientos.

—Adrienne… —Las manos de mi madre me arrullan por detrás. Me planteo

apartarme de la pared rápidamente y hacer como si no hubiera estado planteándome darme un cabezazo, pero sé que sería una estupidez, así que me quedo ahí—. No me habías dicho que había alguien especial en tu vida. Imagino que no estáis en vuestro mejor momento, pero no te puedes hacer una idea de cuánto me emociona que así sea…

Sacudo la cabeza y me aparto para meter la llave en la cerradura.

—No quiero hablar de eso ahora. *Venligst*[12] —añado. Ella duda un momento, pero acaba asintiendo y pasándome un brazo por los hombros.

—Anda, vamos dentro. Esta noche van a echar una película de Spielberg. *Inteligencia artificial*, creo que se llama… Cosas de ciencia, de las que a ti te gustan.

Me río sin ganas y suspiro.

—La pondrán en alemán, y si no hay opción de subtítulos no me voy a enterar de nada.

—Eso no importa, Soren sabe alemán. Puede ir traduciéndolo… Y si no, la ponemos de fondo mientras me cuentas qué significa eso de ir o volver a Mykonos, que no me he enterado bien.

Ya con el pijama puesto, las palomitas hechas y tanto la madre, como la hija, como la esposa, como la amiga mosqueada y el Espíritu Santo acomodados en el sofá, empieza la película. Nada que ver con *Inteligencia artificial*, porque Lana ha decidido aprovechar su enfado monumental para elegir otra, cambiándola por *P.D: Te quiero*, uno de esos dramas insoportables en los que da igual cuánto te esfuerces porque acabas soltando unas lágrimas.

Yo no soy la excepción. Me hago la dura cuando me entero de que Gerry ha muerto, sigo irreductible tras los primeros *flashbacks*, esquivo la sensibilidad al ver a toda mi familia llorando —sí, Lana entra en familia— y… No sirve de nada, porque cuando llega la última carta de Gerry, acabo explotando a lo grande.

—Me hiciste un hombre al amarme, Holly. Y por eso me siento tremendamente agradecido. Si puedes prometerme algo, prométeme que cuando estés triste, o te sientas insegura, o pierdas por completo la fe, que tratarás de verte a ti misma con mis ojos. Gracias por el honor de ser mi esposa. Soy un hombre sin arrepentimientos. Tengo suerte que seas mía. Tú haces mi vida, Holly, pero yo solo soy un capítulo en la tuya. Habrá más. Lo prometo. Aquí viene el grande. No tengas miedo de enamorarte de nuevo. Ten cuidado con esa señal, no vaya a ser que termine. Posdata, siempre te amaré.

Maldición, yo no estaba preparada para esto. Y menos todavía para que a alguien se le ocurra llamar al timbre ahora, obligándome a arrastrar mi nariz mocosa, mis ojos hinchados, mi corazón roto —que ahora palpita por ti, Gerry— y todos mis desgraciados huesos al recibidor.

—Nunca te perdonaré esto, Lana —le espeto.

—¡Te jodes!

Sorbo por la nariz de manera poco femenina y abro la puerta, quedándome de piedra al ver de quién se trata. Él tiene una reacción similar al verme hecha un guiñapo.

—¿Qué ocurre, *liebe*? —pregunta, alarmado.

¿Ahora me viene con «liebe»? ¡Que se lo meta por el…!

—Que Gerry está muerto —digo al final, rompiendo a llorar de nuevo como una imbécil y dejando que me envuelva en un abrazo. Lo que me hace doblemente imbécil.

—¿Quién es Gerry?

—El protagonista de *P.D: Te quiero*. —Me quedo en silencio un momento, y entonces oigo que sofoca una carcajada. No estoy en condiciones de separarme, pero sí arrugo la frente—. ¿Te estás riendo?

—Lo siento. Es que no te imaginaba la clase de mujer que llora con películas románticas… Creía que eras más insensible, pero ya veo que me equivocaba.

—Una vez más —recalco, con retintín.

—Una vez más —cabecea, muy a su pesar.

Me separo un poco y lo miro a los ojos, parpadeando para retener las lágrimas. Él se toma la libertad de secar las que han escapado de donde deberían haberse quedado, con una delicadeza y suavidad que casi me hace olvidar que es un imbécil. *Casi*, ahí está la clave.

—No… Basta. Estoy cansada de que vayas y vengas, Leon. No puedes aparecer aquí cuando te apetezca, ser cariñoso, y luego pasarte semanas sin mirarme a la cara. Eso no funciona así. No voy a volverme loca por ti, ¿entiendes?

—¿Acaso no lo estás ya? —pregunta en voz baja, tirando de mí para sacarme del recibidor, cerrar la puerta y apoyarme contra ella. Cose su pecho al mío, pegándose y rozándome la sien con los labios—. ¿No estás loca por mí…? Porque sé que no me quieres ni estás enamorada, lo has dejado muy claro esta mañana, pero sé que puedo hacerte delirar y eso… Ese es el gran problema. Que sabiendo que puedo derretirte, me es imposible irme.

La oscuridad parcial del corredor a medianoche le impide apreciar cómo trago

saliva, pero por desgracia, las sensaciones pueden transferirse sin necesidad de tener los ojos abiertos. Y él siente la corriente de mi cuerpo, al igual que el endurecimiento de mis pezones al notar su semierección clavada en mi vientre.

Vaya… Sí que es fácil excitar a un hombre.

—¿Quién te ha dicho que te tengas que ir? —murmuro, apoyando las manos en su pecho. ¿Este hombre no se quita el traje ni para dormir?—. Leon, si es por Ivan, yo… Ya sabes que no puedo darte ciertas cosas, pero… Eres especial, no te lo puedo negar.

—No me digas eso, Adrienne —musita, herido.

—Pero es que es verdad. Lo quiero, ¿entiendes? Lo que no significa… que no pueda sentir algo fuerte por ti también. Una cosa no excluye a la otra.

—Basta —pide, embistiéndome contra la puerta—. No quiero que vuelvas a decir eso, ¿de acuerdo? Prefiero vivir en la ignorancia, creyendo que me ves de otro modo.

—No seas ridículo. Es a esto a lo que tienes que atenerte si decides…

—He decidido que no quiero escucharte hablar sobre lo que sientes por mí —concluye, sobre mi boca. Mis labios se despegan involuntariamente para captar ese aliento sabor a menta, para reclamar un beso a oscuras—. Lo único que tenía que decirte es que ya no puedo seguir intentando apartarme. Así que… Lo siento.

Leon aplasta sus labios contra los míos. Su desesperación me inquieta, pero también me derrite hasta la férula de los huesos. Lo tomo de las mejillas, acariciando esa finísima barba incipiente, mientras su lengua explora en el interior de mi boca con una sabiduría que le ha concedido la experiencia. Sus caderas acometen las mías, y sus manos hacen una demostración de dominio levantándome por las nalgas. Le rodeo las piernas tal y como me pide al profundizar el beso, casi como una llamada de atención, sintiendo en mi centro su dureza cada vez más marcada.

—¿Cuánta gente vive en este pasillo? —pregunta jadeante, empujándome contra la pared para poder sostenerme con una mano, mientras la otra se cuela bajo mi pantalón. Comprueba, con un gruñido de satisfacción, que solo con sus besos puede tenerme donde quiere.

—No lo sé… —murmuro, de nuevo siendo asediada por su boca imparable. Tan pronto está en mi mandíbula, como en mi barbilla, en mi nariz, en mi escote—. Los edificios son relativamente n-nuevos, creo q-que fui de las primeras en mudarme aquí, y no recuerdo q-que tenga vecinos… ¿Por qué?

No tiene que responderme, porque ya lo sé y… Mierda, estoy completamente de acuerdo. Cosa que por supuesto, él también sabe muy bien y le alienta a prepararme penetrándome con un dedo.

—Estás loco… —gimoteo, contoneándome para soportar el ardor que se va apoderando de mi centro—. Mi madre puede salir en cualquier momento…

—¿Y no es eso lo que más te excita? —susurra, invadiéndome con un segundo y largo dedo. Apoya toda la palma en la zona del pubis, protegiéndola y calentándola, arropándola con su caliente magnitud—. La primera vez te besé en una limusina donde el cochero podía vernos. La segunda, también… Una de ellas tuvimos la suerte de estar a solas en una suite, pero el resto… Te corriste por primera vez en mis manos habiendo dos universitarias al otro lado de la puerta; en la segunda, decías que Lana estaba por llegar y no se lo pensaría a la hora de interrumpir, y ahora, con toda tu familia en el interior de la casa… Te entregas a mí sin ninguna vergüenza. He aprendido a conocerte un poco, *liebe* —asegura, mordisqueándome el labio inferior. Me muevo nerviosamente conforme sus dedos comienzan a imitar el movimiento del coito, entrando en mí para empaparse, abandonándome para tomar aire… Quemándome durante el proceso al utilizar el pulgar como pulsador y torturador condecorado de mi botón de placer—. Y sé que detrás de esa fachada de serenidad y control, nada te atrae más que la emoción fuerte de una aventura que puede salir mal.

—Es verdad —confieso. Ya, no hace ninguna falta porque lo sabe muy bien, pero mi delirio está alcanzando niveles para los que no tengo otras palabras. En el momento en que se retuerce con saña, encontrando el umbral del dolor para convertir la línea que lo separa en un coma de placer, ahogo un grito y me abrazo a él para contener el grito liberador de un orgasmo—. Oh, Leon… Eso ha sido…

—Eso ha sido un intento de compensación por lo de esta mañana. No tenía derecho a hablarte así por estar enfadado —susurra. Saca los dedos de mi interior, y antes de apartarlos, recorre la hinchada hendidura con las yemas—. Y ahora viene el segundo para compensar que hayas estado llorando.

—Una extraña manera de exhortarme a no volver a hacerlo —bromeo en el mismo tono, sin darle importancia a que sigo temblando entre sus brazos—. Pero va a ser difícil si Lana sigue poniéndome películas c-como esa. Gerry era…

Pierdo el hilo de mis pensamientos cuando Leon empieza a acariciar mis pliegues distraídamente, mirándome con fijeza. Esas cosquillas llegan hasta el fondo de mi estómago, haciéndome contraer los músculos y apresar su mano entre mis muslos. Es solo una manera de distraerme mientras se desabrocha el pantalón, una manera de… de…

—¿Gerry era?

—Él le dice… —Cierro los ojos y presiono los párpados, dejando que mis caderas sigan el viaje de sus dedos—. Están casados y son felices, y de repente él… Se muere… Y ella tiene que rehacer su vida cuando aún lo sigue queriendo. Es ho… rrible —jadeo,

aferrándome aún más a sus hombros—. Es…

La mano de Leon me abandona, siendo rápidamente sustituida por la envergadura de su erección. Me colma muy despacio, haciendo que todo mi cuerpo sufra una tiritona de sofocos y no pueda respirar hasta que se instala profundamente. Lo acojo entre mis paredes succionándolo con los músculos internos, y mis muslos parecen asustados porque decida marcharse, puesto que se envuelven en su cintura casi rabiosamente.

Lo que me hace rabiar a mí es no entender la emoción que opaca sus ojos un instante, haciendo marchitar esa primavera viva y única de la que no me puedo desembarazar, que la sangre tanto me altera y me llega directa al alma, si es que aún queda algo de ella. Es una expresión parecida a la de esta mañana, a la que imagino que habría en su rostro cuando me llamó. Y quiero preguntarle de dónde sale toda esa pena, por qué tanta aflicción escondida, pero no me deja.

—Eso nunca te pasará a ti —declara suavemente. Su seguridad me deja pasmada. Me eleva por el trasero, haciéndome resbalar sobre él. Y aunque la sensación de estar piel con piel, de ser una unidad… Aunque el fuego me esté consumiendo… Son sus ojos donde atraco—. *Du bist das Beste was mir in meinem Leben passiert ist.*[13] *Du bist das, was mich glücklich macht…*[14]

—Sabes que no tengo ni idea de alemán… Podrías tener la amabilidad d-de traducirlo.

—Si quieres entenderme, tendrás que aprender —me sopla en el oído, embistiéndome contra la puerta. Cualquiera podría abrirla en cualquier momento, y entonces los dos caeríamos sobre la alfombra de la entrada… Pero eso no me avergüenza, sino que me anima, al igual que su mirada brillante—, aunque solo he dicho que me vuelves loco.

—Has dicho m-más cosas… —Me muerdo el labio para no gritar cuando clava las uñas en mi trasero, hundiéndose más dentro de mí—. No me mientas.

—*Du gibst meinem Leben einen Sinn*[15]—insiste en mi oído. No pudo quejarme cuando me está catapultando a uno de los mejores orgasmos que he tenido, dejándome con la piel de gallina cada vez que pierde un beso en mi cuello—. Con eso quería decir que eres preciosa… Y tienes unos ojos extraordinarios. ¿Lo sabías? —pregunta cariñosamente, volviendo a penetrarme nada cariñosamente—. ¿Sabías que tienes unos ojos llenos de dulzura para todo el que sabe apreciarlos?

—¿Y tú sabes apreciarlos?

—Soy un hombre de poesía. Por supuesto que sé apreciarlos… —Medio sonríe —. *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*, Lola Bunny.

Y con el verso de Pavese en la cabeza, estallo en mil pedazos, arrastrándolo a él con sus curiosas frases en alemán conmigo.

CAPÍTULO 15

Hacía años que no dormía con un hombre, e incluso cuando estaba con Ivan, era rara la ocasión en la que despertaba con él a mi lado. No era nada personal, por supuesto, no os tiréis encima suya; simplemente tenía que trabajar a horas indecentes y para eso debía madrugar. Y no, que se levantara a horas indecentes no significa que su empleo fuese indecente, no vayáis a imaginároslo como un proxeneta, o un camello, o un mafioso… O a saber en lo que estáis pensando.

El caso es que es una sensación extraña, que unida a la añoranza de lo bien que me sentaba de vez en cuando sentirme querida desde el inicio de la jornada, hace que me incorpore con el ceño fruncido. No estoy diciendo que sea malo, ni que me moleste que Leon esté despatarrado en mi cama… Solo que parece un nuevo amanecer.

—*Guten morgen, meine liebe* —murmura con voz soñolienta. Me giro, envuelta entre las sábanas y echo un vistazo a su gloriosa desnudez.

—¿Qué dices de la morgue? ¿No es un tema un tanto turbador para tratar a las seis en punto?

Leon se ríe y tira de mí para tumbarme a su lado. En un abrir y cerrar de ojos, lo tengo encima, acariciándome las piernas desnudas desde la rodilla a la cadera.

—Podría ponerme a hablar del holocausto a las siete de la mañana, contigo desnuda a mi lado, y nada podría empañar mi felicidad —le susurra a la cara interna de mi muslo.

Y así es como acabamos teniendo una sesión de sexo bastante ruidoso. No me molesto en dar explicaciones cuando me siento a desayunar en la cocina; mi casa, mis normas, mis polvos. Creo que todos los que han invadido las habitaciones colindantes son bastante mayorcitos para no escandalizarse o venir a darme codazos… Y ese *creo* viene porque una siempre tiene sus reparos, unos que no me han caído nada mal cuando descubro a mi madre, a Soren y a Lana cuchicheando entre ellas y lanzándome miraditas salidas.

No, aparentemente no son lo bastante maduras.

—No me imaginaba a tu madre como una mujer graciosa y con aire juvenil —comenta Leon, que en lugar de desayunar, apoya los codos sobre la mesa y me mira fijamente.

Un poco incómodo cuando llevas tres *croissants*, pero no he venido al mundo para quedarme con las ganas.

—Yo tampoco te imaginaba a ti como un poderoso millonario de pelo rubio —comenta la susodicha, sentándose a mi lado y rodeándome la cintura.

—¿Por qué no?

—Bueno… Ivan era muy moreno y estaba más bien pelado —ríe ella. No debe darse cuenta de que me tenso, porque continúa—. Era un hombre muy inteligente, y no digo que tú no lo seas, pero él vivía de ello.

No me atrevo a mirar a Leon a la cara. Y lo siento, siento si estoy siendo infantil, siento si estoy decepcionando a mi lado curioso y ahora insatisfecho, pero es demasiado pronto para ser primera espectadora de uno de sus legendarios cambios de humor.

—Ah, ¿sí? —pregunta, interesado. A priori no detecto ninguna irritación en su tono —. ¿A qué se dedicaba?

—Eso ya te lo contaré yo en otro momento —zanjo, levantándome con la intención de vestirme… y de huir, por supuesto, pero esta es mi coartada perfecta—. Mamá, Jacqueline suele llamar sobre las nueve o nueve y media, cuando abre la floristería… No voy a estar porque tengo que trabajar, así que dile que me envíe un mensaje con las noticias o si no, la llamo más tarde.

Ahí parece que estoy preocupándome por mi amiga la adúltera —nunca dije que las etiquetas tuvieran que ser cariñosas o hacer referencia a sus virtudes—, pero en el fondo es un fútil intento de desviar la conversación. Fútil, y recalco, porque mi madre continúa mirando a Leon con interés.

—¿Entonces? ¿Sois pareja?

—Creo que ya sabrá, señora Saetre, que en los últimos años se han complicado bastante las cosas a la hora de definir a una pareja.

—Ah, sí, típico hoy en día… Que si «estar de rollo», que si «follamigos», que si «conocidos con derechos»… Me parece muy bien todo esto, pero creo que eso sí que es complicarlo, y no llamar las cosas por lo que son.

—Creo que lo complicado es tener que darle explicaciones a tu madre de lo que haces con treinta años —intervengo, incisiva—. No me pienso casar, mamá. Nunca. Así que no es necesario que «apruebes al novio», que en cualquier caso, no existe.

—No le hagas mucho caso, tiene mal despertar —insiste mi madre, haciendo un gesto despreocupado—. En fin, cambiemos de tema antes de que se enfade de verdad…

Interrumpe el sonido del móvil de Leon, que se saca de los pantalones y se lleva a la oreja rápidamente.

—Sí… Todavía no porque he dormido fuera, pero ahora mismo voy a casa y me lo tomo. Nos vemos para el… entrenamiento. A la hora de siempre, claro. —Medio sonríe —. No seas gilipollas, Axel. Venga, hasta luego. —Cuelga y me mira al guardar el móvil —. Se pone pesado si no me tomo mis batidos, ya lo conoces… ¿Por dónde íbamos,

Hanne?

—Solo me preguntaba si vas a ir al Oktoberfest.

—Eso depende de cómo me pille de trabajo, pero en principio sí, no suelo perderme los macro festivales. ¿Y tú? Puedo llevaros, a ti y a tu mujer… Ir en taxi con toda la gente que habrá pidiéndolos será un suicidio.

Genial, de un día para otro han pasado del trato cortés al tuteo, a las invitaciones y al… compartir el zumo de naranja. Esto es un sueño hecho realidad, aunque no es lo peor. Lo peor es que puedan ir juntos a la dichosa fiesta y ponerse a hablar de mí a mis espaldas, contando información que si yo no he sacado a colación, es porque prefería reservármela.

—¿Es el fin de semana? Yo también voy.

¿Qué? Es lo que toca. Más vale prevenir que curar, y tampoco es tan drástico mi cambio de opinión, ¿no? Mi madre y Soren han venido para estar conmigo. Estaría muy feo que me quedara en casa mientras ellas hacen turismo o van a festivales con mis actuales no-novios.

Pero ni mi progenitora ni este último se lo toman en ese sentido, porque ambos me lanzan una mirada de «pillina» que casi me hace enrojecer. Termino suspirando y saliendo de la cocina para meterme en mis fríos vaqueros… Una vez más, un día más.

Así suceden unos cuantos. Ya he comentado por qué mi madre me ha hecho una visita, ¿verdad? Pretendía conocer en qué ambiente me muevo y, ya de paso, unir con el viaje a París para celebrar la boda de Jacqueline… que espero con todo mi corazón que se cancele. Tengo mis viajes programados a la capital francesa durante las semanas que siguen, en los que me reúno con la solitaria y avasallada Jacques, quien pese a encontrarse en un dilema moral —o un dilema a secas, la moralidad la ha perdido, y yo también, y prácticamente todo este grupo roto de amigas—, no duda a la hora de decir que va a casarse con Claude pase lo que pase. Y lo peor de todo es que me la creo.

La salida al Oktoberfest en grupo, a la que también se apuntan Axel y Lana, no cuenta como la última cita que nos queda a Leon y a mí. Aun así, no nos separamos el uno del otro durante todo el festival, pasando gran parte del día dando paseos por el Theresienwiese o Prado de la Teresa, un lugar con historia propia que, cómo no, Leon me tenía que contar.

—Se llama así porque es donde se casaron Luis I de Baviera y Teresa de Sajonia-Altenburgo en el siglo XIX —empezó, señalando un templo a lo lejos—. Fueron ellos los que implantaron en el año 1810 la tradición de las fiestas de octubre, que tienen su nacimiento en el banquete que se sirvió en honor a la pareja. Y esa estatua que ves ahí… No tiene mucho que ver con esto, pero es Bavaria, la figura femenina que simboliza el

distrito de Baviera. Detrás, el templo que quisieron erigir como ejemplo griego, por ser el arquitecto de la escuela neoclasicista, y… Te estoy aburriendo.

—Es lo justo. —Me encogí de hombros y continué acariciándole el pelo, apartándoselo de la frente para poder mirarlo a los ojos al inclinarme hacia delante. Estaba encajado entre mis piernas, recostado sobre mi pecho—. Yo hablo demasiado de lo mío.

—Es injusto comparar una cosa con la otra, porque adoro escucharte hablar. Incluso aunque no me esté enterando de un carajo.

—¿Significa eso que no tendremos la custodia compartida en los temas de conversación? ¿Vas a tenerme hablando todo el tiempo?

—No… Pero ahora te toca contarme algo interesante sobre ciencia para igualar el porcentaje.

Echó la cabeza hacia atrás para que viera cómo me guiñaba el ojo. Me reí suavemente y clavé la mirada en el cielo.

—De acuerdo… ¿Sabes que cuando explotó el volcán Krakatoa, el impacto fue tan grande que se escuchó en Australia? O sea, como a cinco mil kilómetros de distancia.

—Qué barbaridad —comentó, sonando forzadamente entusiasta. Me tuve que reír —. ¿Qué más?

—No podrías eructar en el espacio porque no hay gravedad. Nuestros estómagos serían incapaces de separar el gas de los líquidos.

—Eso ya empieza a sonar a dato curioso que todo el mundo sabría. Dame algo científico, Lola Bunny.

—De acuerdo… —Puse mi cerebro a trabajar—. ¿Has oído hablar del comportamiento anómalo del agua?

—Creo que ese es un tema más difícil de comprender para mí.

—Tonterías, es sencillo. Sabrás que la densidad es la medida que se utiliza en física y química para medir la masa de un elemento, ¿no? —Él asiente y se tumba más, apoyando la cabeza en mi bajo estómago, para poder mirarme a la cara—. Por lo general, un elemento tiene mayor densidad en estado sólido que en estado líquido. Por ejemplo… El hierro, que es menos denso cuando se funde. ¿No te has fijado en que en un vaso de agua con un par de cubitos de hielo, los cubitos salen a flote por encima del líquido? Tiene que ver con que el líquido es más pesado. Curioso cuanto menos, y ni que decir tiene que gracias a eso, la vida fluye como se conoce. Es una anomalía exclusiva del agua.

Leon se incorporó para ponerse de rodillas entre mis piernas, y así juguetear

descaradamente con el borde de mi disfraz. Mi madre había insistido en que me pusiera el famoso *dirndel*, y por lo visto, a Leon le hacía tanta ilusión que lo llevara que no había podido tener las manos quietas durante todo el día.

—Yo creo que no es exclusiva del agua, porque si te toco aquí… —Coló las manos debajo de falda y enrolló los dedos en las tiras de la ropa interior, que luego deslizó lentamente por mis piernas. Eché un vistazo a mi alrededor, solo para cerciorarme de que estábamos ocultos entre el entramado de varios árboles—, te haces agua. Te derrites. Y eso hace que te pese mucho más la conciencia por no poder quererme a mí, el que te está tocando, a diferencia de lo que piensas cuando eres toda sólida… ¿Me equivoco?

Estudié a fondo sus ojos, sabiendo que por cortesía de mi madre y de Lana, que no habían parado de mencionar a Ivan en los últimos días, ahora estaba realmente interesado en conocer la historia con mi ex. Y lo mencionaba bastante, como si no tuviera yo suficiente con recordarlo a veces… Porque ahora solo lo recordaba a veces. Muy de vez en cuando.

—¿No debería pesarte a ti esa misma conciencia, por haberme prohibido quererte desde el principio cuando ahora quieres que lo haga, y desearlo especialmente cuando estamos sudando… es decir, en estado líquido? —Arqueé una ceja—. En todo caso, seríamos anómalos los dos.

—Las anomalías no son nuestras —me corrigió, un segundo antes de meter la cabeza bajo mi falda—. Nosotros solo somos imanes en continua atracción. Se trata de las anomalías del amor.

Y podría haberle dicho que de amor nada, que esa palabra seguía significando demasiado para mí para que la utilizara con tanta facilidad, y que mis sentimientos no se correspondían con aquel concepto… Pero no lo hice porque no tuve muy clara mi respuesta, y menos aún cuando me besó y devoró íntimamente.

Volviendo a la actualidad, y retomando el asunto de esa última cita nuestra, no me he podido quejar. Es decir… Puedo quejarme, porque Leon sigue sin tener ni idea de lo que es el romanticismo, pero no se puede decir que no haya tenido en cuenta mis deseos.

—Sé que no es Auschwitz, pero Dachau fue el primer campo de concentración que se abrió al público. Data en el año 1933, y te aseguro que lo que te va a contar el guía no te va a dejar el estómago tal y como lo trajiste. Sus castigos poco tenían que envidiar a los del campo más grande de la Alemania nazi. Más de cuarenta mil personas murieron aquí.

—Fueron asesinadas, querrás decir —corrijo, caminando de su mano por el pasillo hasta la entrada—. Pues así, tal cual veo el edificio, no parece muy impresionante.

—Aquí no hay cámaras de gas que ver; nada demasiado impactante. Solo el museo… —Me mira con una sonrisa acariciándole los labios. Al parecer, mi expresión decepcionada es demasiado evidente—. ¿Te apena no ver cámaras de gas?

—Por supuesto que me apena. He venido a ver la barbarie, no a quedarme a medias.

—Si lo que temes es quedarte a medias, créeme que conmigo nunca te pasará.

Lo miro con una fingida mueca de ofensa.

—Estamos pisando un lugar donde fueron vilmente asesinadas más de cuarenta mil personas, entre ellas, numerosos niños. No bromee en camposanto, señor Dresner, y menos sexualmente.

—Conociendo su tendencia al escándalo público, señorita Saetre, creo que no debería darme lecciones de ese tipo, y también que tendría que alegrarse de que no pueda acceder a las cámaras. Estoy seguro de que habría sido capaz de cometer una indecencia en… ¿Cómo ha dicho? —Me acerca la oreja a la cara—. ¿Camposanto?

Lo miro por el rabillo del ojo.

—Simplemente diré que Bonnie no habría sido nada no nadie sin Clyde.

—Y acepto mi parte de culpa como pervertido.

—Todo esto sin entrar… —comento, airada—. ¿Me esperan chistes de humor negro en el museo? Es para ir preparando mi mejor semblante escandalizado. Tengo familia judía, ¿sabes? No conocí al hermano de mi bisabuelo, pero podría ser duro para mí ver instrumental de tortura o fotos de lo que se les hacía imaginando que fue uno de los maltratados… siendo apenas un niño —puntualizo.

—Es duro de ver aunque no se tenga familia relacionada, pero igualmente, mi abuela estuvo en Auschwitz. Me he recorrido cada campo de concentración con ella. Dice que es importante tener presente lo que ocurrió para no permitir que pase de nuevo.

—Eso es… increíble. Y cierto. Y admirable —añado, mirándolo con los ojos muy abiertos—. No sé si yo tendría agallas para volver donde me hicieron daño.

La sonrisa triste que esboza me da una idea de que acabo de decir una soberana estupidez que, para colmo, no es aplicable a mi persona. Es evidente que no vuelvo a donde me hicieron daño porque sigo en ese lugar, con el gorro calado hasta las orejas cuando no hace tanto frío.

—Más agallas hay que tener para volver a donde hiciste daño, y sabes que vas a causar un sufrimiento aún peor.

—¿Lo dices por los que fueron soldados nazis y han venido por aquí…? —Exagero

un estremecimiento y me pego a su costado—. Espero que en caso de haber alguno merodeando, lleven una chapa o un distintivo para que no me acerque. Ahora que ya estoy puesta en aviso sobre eso, ni se te ocurra separarte de mi lado, ¿de acuerdo? No sé cómo reaccionaría delante de un nazi.

Él me estrecha contra sí y deja un beso en mi coronilla.

—No te preocupes, Lola Bunny. Ni se me ocurriría separarme… *Ich würde mein Leben dafür geben, immer an deiner Seite sein zu können*.[16]

Levanto la barbilla y lo miro con los párpados entornados.

—¿Y ahora qué has dicho?

—Que yo reaccionaré ante los nazis por ti.

Salvo unos días en los que Leon estaba demasiado cansado por los duros entrenamientos, y un par de días en los que tuvo que guardar reposo por un resfriado, no nos hemos separado en las dos semanas anteriores a la boda de Jacqueline.

Tengo mis serias dudas sobre Jacques siguiendo adelante con la que podría ser la gran miseria de su vida, pero cuando insinúo que nada la ata a Claude y que puede romper el compromiso si no se siente cómoda, cambia de tema radicalmente. Es evidente que no va a permitir que le comamos el coco, y en cierta parte me alegro, porque eso significa que Marcel no se lo está comiendo por allí… *que yo sepa*, porque ahora parece que el que fue su amor juvenil se ha convertido en un asunto tabú.

Nada que no pueda manejar sola; palabras textuales suyas, no mías. Ya sabéis que yo no lo tengo tan claro. Pero como dicen por ahí… No se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado. Me conformo con tener la certeza de que, aunque no exista una gran fuerza cósmica comprometida con la tarea de guiar nuestro camino hacia la libertad, sí que eventualmente, nuestros actos tendrán una consecuencia, una reacción, y afrontarla podrá suponer una gran mejora. Confío en que Jacqueline, tanto si se equivoca como si no, sabrá encontrarse a sí misma.

La que no termina de encontrarse soy yo. Haberme mudado me ha pasado factura en el justo momento en que mi madre ha decidido invadir mi habitación de invitados. Y entre la presencia de mi infancia y adolescencia, la casi constante compañía de un hombre que parece haber salido de la nada y la ciudad en la que aún me tengo que mover con *Google Maps*, no termino de ubicarme en una parte del mundo concreta. Y sabréis que no hay nada peor que no tener un hogar establecido, pero también tengo

muy presente que no hay nada más importante que sentirse cómodo entre los demás, y en ese aspecto estoy salvada.

Aunque Leon cada vez pase más tiempo con Axel y aunque Lana ande irascible porque está viendo que no va a ninguna parte con el fisioterapeuta, y aunque mi madre no deje de sabotearme mencionando a Ivan cada vez que puede, esa es mi familia, y los quiero tal y como son, haciendo exactamente lo que hacen. Y sí, como veis, he incluido a Leon en ese querer. Aún no sé cómo ni cuánto lo quiero, no sé si puedo amarlo, ni si estoy enamorada, pero mi momento favorito del día llega cuando se reúne conmigo en el laboratorio solo para charlar un poco, mientras me mira como si temiera que fuera a desaparecer.

Justo como ahora.

—He traído un crucigrama en francés de terminología científica. Seguro que no es ningún reto para ti…

—Estoy ocupada —corto, sin mirar—. Mañana le echo un vistazo.

—Eso ha sido especialmente grosero. ¿Hay algún problema con el gorro?

Por instinto me llevo la mano a la cabeza, donde la prenda de lana sigue haciendo su función.

—No, solo que aparentemente te parece espantoso, porque no puedes dejar de mencionarlo.

—¡Se lo parece a él y a todo Múnich! —grita Lana, pasando por la galería exterior. La ignoro y me centro en mis anotaciones.

—Eso acaba de constatar lo que me venía temiendo. Los que tenéis un problema con el gorro sois vosotros, no yo.

Leon sacude la cabeza y se sienta frente a mí, en uno de los escasos taburetes del laboratorio. Antes me parecía encantador, amplio y perfecto, pero conforme han ido pasando los meses y he visto que no hemos avanzado apenas, se me ha empezado a antojar una trampa mortal. Y que no haya suficientes asientos recrudece el problema.

—Nada de eso… Olvídalo. Eres libre de vestir como quieras. Solo me pregunto si tiene algo que ver con tu estado anímico.

—Anímico, no; más bien físico. Cuando lo llevo no se me enfría el cerebro y tengo menos posibilidades de morir de hipotermia, o de una congestión…

—¿Ves? Ahora que lo llevas eres irónica y punzante. Cuando te lo quitas eres extremadamente dulce. Así que… ¿Qué pasa con el gorro? —Al ver que no contesto, suspira y apoya los codos en la mesa, inclinándose hacia delante—. De acuerdo, lo preguntaré de un modo menos directo y más objetivo. ¿Por qué llevas el gorro en

interiores, estando la calefacción puesta?

—No lo sé —miento. ¿O digo la verdad? Sinceramente, estoy bastante perdida con todo el tema del gorro. Leon lo detesta, Lana se pasó toda la «ruptura» con Ivan intentando escondérmelo hasta que comprendió que lo necesitaba… De acuerdo, ahí hay una pista—. Me lo regaló él. Pero no me lo pongo por eso —aseguro, mirándolo a los ojos. Su expresión es serena, salvo por el minúsculo detalle de que aprieta la mandíbula. Me quito el gorro con cuidado de no despeinarme—. Me lo pongo porque estoy acostumbrada a llevarlo, nada más. Y en su tiempo fue bonito, realmente me gustaba.

—Estoy seguro de que eso podría tener un trasfondo psicológico —comenta. Parece relajado, pero es difícil saberlo. Sé que lo conozco, pero también siento que… que no lo conozco en absoluto. A fin de cuentas, sigo esperando a que se le crucen los cables y se pase otras tantas semanas sin dirigirme la palabra, cosa que no parece que vaya a pasar porque…—. ¿Alguna vez vas a hablarme de él?

—¿Por qué lo dices como si lo hubiese estado llevando en secreto? Sabes de su existencia desde el minuto uno, y no es como si me hubieras preguntado directamente. No iba a abrirte mi corazón por gusto y por nada, sentándome un día delante tuya y diciéndote: ¡oye! ¿Sabes que tuve un novio llamado Ivan y que no sé dónde está…? —Al darme cuenta de que me he puesto a la defensiva, cuadro los hombros y le lanzo una mirada de disculpa—. Es posible que me hubiera resistido un poco si hubieses abordado el asunto, pero porque no es mi tema de conversación preferido, no porque pretendiera ocultártelo.

—¿Y es un buen momento para que me cuentes la historia?

—¿Ahora? —pregunto en voz baja. Él asiente—. Vaya… —Suelto el lápiz y me seco las manos en los vaqueros, que han empezado a sudar. Carraspeo un par de veces, clavando la vista en el microscopio—. Eso es un poco precipitado, ¿no?

—No necesito que me lo cuentes en versión anecdótica, con un «érase una vez» para empezar y un «colorín colorado» al final. Ni siquiera estoy seguro de querer la historia completa. Solo saber si alguna vez vendrá a buscarte, o si sigue vivo, o…

Lo corta antes mi mirada que mis palabras.

—No lo sé —confieso, con una sonrisa resignada—. Eso es lo único que no puedo decirte, porque no lo sé. Simplemente… Puedo exponer el resumen. Fue lo que le conté a mi madre, a Lana y a Lulú. Le conocí, me enamoré, salimos juntos, me pidió matrimonio, y un día desapareció sin más.

—¿Sin más? —repite un segundo después—. ¿No dijo nada?

—Sí, dijo algo… Verás.

Inspiro hondo y retengo el aire en los pulmones antes de soltarlo en un suspiro. Bueno, no se puede vivir eternamente con los pesares abrazando el alma, ¿no? De vez en cuanto hay que dejar que sean los seres humanos, aquellos capaces de dar amor y sentir, aquellos dispuestos a ayudarte a llevar la carga, quienes te cuiden. Bastante me ha custodiado ya el fantasma de Ivan.

—Lo conocí en mi primer año de universidad. También era el suyo, claro… Se estaba estrenando como profesor de genética humana, y también impartía algunas asignaturas de molecular, y farmacología… Eso es lo de menos. Era mi superior y tenía diez años más que yo, así que no pudimos salir oficialmente hasta que acabé mis estudios. Él dejó la enseñanza también, y entramos a trabajar en un laboratorio biomédico, yo como su ayudante.

—¿A eso te referías cuando dijiste que te lo enseñó todo?

—Dije que me lo dio todo —corrijo—, y es verdad. No me gusta que cuando hables de él, lo hagas con esa condescendencia. Nunca me ha tratado mal, y gracias a que nuestros caminos se cruzaran, encontré mi vocación, aprendí a sentir y salí de una depresión. Sé que suena mal, y es horrible romantizar las enfermedades mentales; evidentemente, no fue él quien me sacó del pozo en el que me sumí cuando le diagnosticaron cáncer a mi madre, sino la terapia, anti-depresivos y demás… Pero siempre estuvo a mi lado —concluyo—. Cuando aún no podía tocarme porque era mi profesor y se tomaba muy en serio las normas, cuando aún no podía salir conmigo seriamente, cuando se suponía que estaba prohibido que nos viéramos fuera de clase… Me acompañaba. Él nunca sintió esa necesidad de acostarse conmigo para demostrarme que me quería o se interesaba por mí —explico. No quería sonar despectiva, ni arrojar una indirecta, pero es tarde para cambiarlo—. Simplemente estuvo en mi peor momento y en todos los que siguieron, cogiendo mi mano, secando mis lágrimas… Fue mi mejor amigo, mi gran apoyo, mi confidente, y luego… Mi novio, mi amante y mi prometido. El quince de septiembre hicieron cuatro años desde que me lo pidió. Se arrodilló debajo del Arco del Triunfo de París, cuando me pasé meses dejando caer que quería una pedida típica en la Torre Eiffel… —Medio sonrío por el recuerdo—, y estuvimos comprometidos siete meses hasta que se fue.

—¿Por qué?

—No lo sé, ya te lo he dicho —murmuro—. Pero después de tantos años he aprendido a hacerme mis teorías. Ninguna ha llegado a satisfacerme nunca, aunque ahí están: el laboratorio tenía problemas económicos y nos costaba llegar a fin de mes, así que podría haberse hartado de pasar penurias. La diferencia de edad le afectaba muchísimo. Hacía muchas bromas sobre mí empujando su silla de ruedas cuando fuese un carcamal… Pero sé que en el fondo le dolía, y es posible que eso le acabara consumiendo. Me he machacado mucho con eso: ¿estaba sufriendo y era incapaz de

verlo? —pregunto en voz alta, mirando a Leon como si pudiera responderme—. Acostumbraba a descartarlo porque… Éramos mejores amigos ante todo. Confiaba en que si eso le atormentaba, me lo diría. De él aprendí a ser honesta bajo cualquier circunstancia, por eso nunca tuve problemas de comunicación. Ivan me dio todo lo bueno que tengo y que soy, todo de lo que estoy orgullosa, Leon. Si lo odias, o lo desprecias, o crees que es un desgraciado… Que sepas que estás odiando y despreciándome a mí. Él era sincero, objetivo, sabía escuchar; era emprendedor, inteligente, estaba muy comprometido con su trabajo, le apasionaba la vida en general…

—Es como si te hubieras descrito a ti misma.

—Puede ser; me gusta pensar que se me pegaron sus virtudes después de ocho años juntos. Pero te equivocas por una parte, porque a mí nada me ha apasionado desde que se fue. Y antes de que lo preguntes otra vez… No puedo decirte más que eso. Se fue, Leon, simplemente se fue. Una tarde recibí un par de llamadas suyas que no atiné a contestar porque no había cobertura; los mensajes que me mandó llegaron tarde, y cuando vi que me necesitaba, que tenía que ir para allá corriendo… Él ya no estaba, y algunas de sus cosas tampoco.

»Sé lo que estás pensando. Lo normal es insultarle, odiarle por haberme dejado sin una sola explicación concreta, pero Ivan no era así, nunca habría hecho eso si no hubiese ocurrido algo grave. Así que me culpé a mí por no haber cogido la llamada a tiempo, no haber leído los mensajes a tiempo, y no haber llegado a casa a tiempo. Si hubiera querido abandonarme, Leon, me lo habría dicho. Él jamás, en la vida, me mintió. Nunca. Por eso teníamos muchas discusiones: qué feo tienes el pelo hoy, esa falda te sienta fatal, te han salido insípidos los fideos… Siempre le daba un toque divertido, pero yo me enfadaba. Y aunque me enfadaba, él insistía: «las mentiras y los halagos vacíos son para los idiotas, Adrienne, y te tengo demasiado respeto para tratarte como tal»; «los embustes no llevan a ninguna parte, solo al fraude, y el fraude, a la falsedad, y la falsedad, a una vida de mentira. ¿Quieres una vida de mentira?»; «no quiero darte un mundo bonito con mentiras, mi amor, quiero darte el mundo que mereces, y mereces que no te traten con condescendencia».

—¿No lo buscaste?

—¿Cómo? Lo llamé mil veces por teléfono, pero estaba apagado, puede que roto, así que… —Mi voz se va apagando—. Así que puede que esté muerto. O a lo mejor está casado con otra mujer, siendo feliz, en algún rincón del mundo. No lo sé. Lo único que siento real en todo este asunto es que llegar veinte minutos tarde fue mi perdición. A veces, más real que el propio Ivan.

Leon rodea la mesa al verme caer sin ánimos sobre el taburete. Me roza la cadera al

pasar por mi lado, y se agacha para mirarme a los ojos.

—Adrienne, escucha… Puedo no saber los motivos por los que se fue, pero los dos sabemos que fuera cual fuere, el resultado es que se marchó sin decirte nada. Dices que te llamó dos veces y te envió tres mensajes, ¿no? Pues yo creo que cuando amamos a alguien, nunca dejamos de llamar. Llamamos hasta que nos lo cogen. —Y suena tan seguro de sí mismo, que parte de mi frustración se desvanece—. Si se nos gasta la batería, compramos una nueva, y si no tenemos dinero, empeñamos nuestro corazón para que salga más barato. Sea cual sea el impedimento, nunca perdemos la esperanza ni el deseo de estar con quien queremos. A ti te ha mantenido viva la posibilidad de que él volviera; eso es esperanza. ¿No debería haber tenido Ivan la esperanza de que respondieras, aunque hubiese tenido que marcar tu número dos o tres veces más?

—¿Crees que no tengo como posibilidad que me abandonara porque simplemente lo quisiera? Estos últimos años ha sido la que más presente he tenido. Y aunque todo encaje así, aunque tengas razón, siempre sentiré que la culpa es mía porque no llegué antes. ¿Quién te dice que no esperó cinco minutos más por si aparecía? Hay demasiados «y si…» que contemplar.

—¿Has pensado en si estaba dispuesto a marcharse a toda costa, y solo te llamaba para decírtelo?

—Por supuesto. Pero, ¿qué más da? A lo mejor, si hubiera llegado antes… Quizá él no se habría marchado. Podríamos haberlo arreglado, fuera lo que fuese; podríamos haber…

—*Liebe*, no… —Alarga la mano y me acaricia la mejilla con el pulgar. Nuestros ojos se encuentran un instante, y veo algo tan desgarrador en los suyos que casi olvido de lo que estábamos hablando—. Si alguien realmente quiere irse, se irá sin atender a razones. No puedes cambiar lo inevitable.

Eso último lo dice como si le doliera por mí.

—Lo sé, pero la incertidumbre puede conmigo. Si me hubiera abandonado especificando por qué, o quizá sin especificarlo, solo diciéndome que se iba… Hace años que lo habría olvidado. No entender nada de lo que estaba pasando, y seguir sin entenderlo hoy, tiene la culpa de que no sepa cómo sentirme.

—Es que hay cosas que no tienen sentido. Imagino que eso debe ser duro para cualquier alma científica, pero dado que estás siendo más irracional que nunca ahora mismo, y que lo has sido desde que Ivan te dejó, creo que con el tiempo acabarás comprendiendo que para estas cosas no existe explicación. Ocurren y ya está.

—¿Crees que pudo haberme dejado de querer de un día para otro?

Su expresión se suaviza.

—Me cuesta creer que alguien pudiera dejar de quererte alguna vez, así que ese breve lapso de tiempo me parece extremadamente ridículo. Pero es posible que no te dieras cuenta de que ese sentimiento se había marchitado, o puede que realmente ocurriese una urgencia y tuviera que irse. No lo sé, Adrienne. No busques en mí las respuestas, porque no las tengo.

En realidad, sí que las tiene. Tiene respuestas a muchas de las cosas que me han estado atormentando durante muchísimo tiempo, y no solo eso… También cuenta con las soluciones.

Sus conversaciones, su compañía, su paciencia, sus manos; todo eso ha sido una terapia de choque contra mi tristeza. O quizá no sea correcto llamarlo tristeza, porque en realidad, el sentimiento más acentuado en toda esta historia ha sido la incertidumbre: no saber dónde estaba, a dónde iba, y si podría ser feliz en ese nuevo destino. Ahora, mirándolo a lo ojos y viendo en ellos mi propia desesperación, como si fuera posible transmitirla en un apretón, comprendo que él es y lleva siendo desde el principio, una brújula. Una brújula que, paradójicamente, se señala a sí mismo como puerto donde estacionar… Por quién sabe cuánto tiempo. Las dudas iniciales seguirán ahí para siempre; las dudas sobre mí y las dudas sobre él, en cambio, ya están resueltas.

Y vamos en el mismo barco, a toda vela.

—Estoy algo cansado y me duele la cabeza. Voy a ir a descansar, ¿de acuerdo?

Asiento enseguida. No sé cómo le ha podido sentar todo esto, e imagino que es una excusa para poder meditar acerca de la cuestión de Ivan y cómo procederá ahora… Pero es inevitable que tenga miedo de que salga por esa puerta y no vuelva a verle, porque ya ha habido demasiados simulacros y le temo al abandono. Que conste que podría haber superado que se marchase sin decir nada si lo hubiera hecho ayer, pero si lo hace hoy, ahora, cuando sabe todo por lo que he pasado, no podré digerirlo nunca.

—Leon, espera… ¿Qué opinas de todo esto? De que siga teniendo esperanza.

Él se gira para mirarme en silencio. Por unos instantes no dice nada, hasta que finalmente encoge un hombro.

—Si la esperanza es lo que te hace ser como eres, espero que no la pierdas nunca —dice—. En realidad, es eso lo que nos mantiene en equilibrio a todos, ¿no? La ilusión de que las cosas no sean tan malas como parecen.

CAPÍTULO 16

Durante toda mi vida he sido bastante reservada con mis cosas. Tímida no, e introvertida menos; cuando he debido tener una conversación, la he desarrollado sin problemas, sin tartamudeos, sin sonrojos, etcétera. Simplemente, nunca me ha gustado ponerle palabras a mis demonios, y eso la gente de mi entorno lo ha acabado asumiendo de tal modo que jamás me han preguntado por mi estado de ánimo, salvo contadas ocasiones.

Antes de que digáis que es algo triste no tener con quien desahogarte, por favor, pensadlo dos veces: claro que tengo con quien hacerlo. Os estoy diciendo que el tema es que me gusta que así sea. Mis sentimientos y mis frustraciones son mías, no tengo por qué hacer partícipe a nadie de lo que pasa por mi cabeza o lo que hay en mi corazón. Por eso pensaba que después de hablar de Ivan en voz alta y estando Leon presente, me arrepentiría e incluso llegaría a frustrarme. Además de, por supuesto, el temor a que se lo tomase demasiado a pecho y decidiera hacer lo que mejor se le da: bomba de humo.

Pero no. Me siento ligera, y cada vez más cómoda con él. Ahora tengo la impresión de que nada nos puede separar, porque nos conocemos enteramente el uno al otro, entendemos de qué pie cojea cada uno, y eso nos acerca a un nivel espiritual.

No quiero ponerme mística o sentimental en exceso. Las palabras y emociones no son lo mío. Pero sí es verdad que ahora nuestra relación es distinta, más profunda, y aunque él no lo diga ni yo tampoco utilice el título oficial… Siento que no lo empleamos porque no somos una pareja, sino una unidad. Ahora él forma parte de mí, y por raro que parezca echando la vista atrás, estoy a gusto con ello.

Y él también, porque ha decidido acompañarme a la boda de Jacqueline, junto con mi madre, Soren y Lana. Axel, por supuesto, se ha quedado en casa, pero vistos los morritos de mi ayudante, yo diría que no era esa la intención inicial. Estos morritos de los que os hablo los ha cargado durante todo el viaje en avión, todo el trayecto en taxi, y los sigue teniendo ahora, cuando estamos esperando a que la novia termine de acicalar su peinado para entrar en el vestido.

—¿Sabes qué? —suspira ella, apoyando la mejilla en una mano y clavando la vista en el infinito. Perfecta para la portada de un libro de romance apasionado—. Soy como la protagonista de *27 vestidos*. Desde pequeña me han encantado las bodas, he soñado despierta y dormida con que me invitasen a una y así poder llevar el velo o la cola de la novia, o ser la niña de las flores… Y me han invitado a muchísimas, no creas que no, pero realmente solo intento llenar mi vacío con ramos, barra libre y… polvos bastante normalitos con padrinos casados —bufa. Levanta la barbilla y me mira directamente—. Quiero ser la protagonista por una vez, Non; quero casarme… y ni siquiera he encontrado al hombre perfecto para ello. ¡Se me va a pasar el arroz!

—Vaya, eso es agradable de escuchar cuando viene de parte de una mujer a la que le sacas cinco años.

—Estoy buscando desesperadamente a mi Gran Dama particular —continúa, ignorándome—, y solo doy con cerdos con miedo al compromiso que pasan más tiempo con el tipo al que entrena que conmigo. Sé que Prince Charming es inigualable, pero no tiene mi culo, ni mi desparpajo, ni mis ojazos verdes.

Bueno, no tiene los *suyos,* aunque unos ojazos verdes a secas sí que le sobran… Información que prefiero reservarme para no ponerla histérica.

—Tampoco tiene tu inigualable humildad, una de tus muchas extraordinarias cualidades.

—¿Y si están liados? —pregunta de golpe, pasando olímpicamente de mi ironía—. Bah, no me sorprendería. Tengo un imán de gays, ¿sabes? En el instituto tuve un novio que resultó ser una locaza, cosa que debería haber sospechado porque en fin, conjuntaba mejor que yo… Que sí, que es un estereotipo muy feo, pero, ¿yo qué le hago si la mayoría tiene un estilazo…? Y en la universidad —prosigue, alzando la voz—, tuve otro que hacía *drag* a mis espaldas. Fui el hazmerreír durante meses… Porque la gente es imbécil e intolerante, claro, yo me muero por la nueva temporada de *RuPaul's* y no creo que haber tenido un novio gay sea para tanto. Visto por otro lado, son más guapos, son sensibles, y como te quieren de tapadera, no temen definir la relación, por lo que tienen más huevos que los heteros. Además… Fíjate si soy divina, que hasta los homosexuales me quieren como novia.

—¿Y todo esto viene a cuento de que…?

—…Axel y yo hemos discutido por décima vez por todo el asunto del noviazgo.

—Lana, si el hombre no quiere etiquetarlo, no lo presiones. Tienes que aprender a dejar de pensar en ti misma.

—¡Eso mismo me ha dicho él! ¿Ahora estáis compinchados? —suspira dramáticamente y me mira con ojos tristes—. Adrienne, no quiero morir sola. Le tengo miedo a la soledad. No estoy hecha para vivir en un ático polvoriento, trabajar en un bar de autopista y no tener ni para hacerme las uñas… Un aciago destino que tocará a mi puerta si no encuentro a mi propio príncipe azul.

—El destino no toca a tu puerta, Lana, tienes que cogerlo por los cuernos tú misma.

—¡Cuernos! —exclama, abriendo mucho los ojos—. ¡Esa es otra! Creo que Axel no quiere estar conmigo porque hay otra… U otras. Me los está poniendo, pero bien puestos. Estoy segura. ¿Qué clase de hombre pasa casi un año acostándose con la misma mujer y sigue sin proponerle salir formalmente? ¡Solo un pervertido y psicótico mujeriego, que encima se tira al tío al que entrena a escondidas!

—Lana, estás empezando a desvariar… —Antes de que abra la boca de nuevo, me pongo delante de ella y la cojo por los hombros—. Escúchame bien. No todo en la vida son los hombres, el amor y la compañía.

—Claro que no —responde con vehemencia—. También están las series de Shonda Rhimes y los zapatos de tacón.

—No… No, Lana, sácate eso de la cabeza. Hay que realizarse personalmente, ¿entiendes? Encontrar algo que te satisfaga, que disfrutes tú sola y puedas decir que es tuyo y de nadie más…

—No lo entiendes, Non. El sueño de tu vida es ese trabajo, ¿no? Pues el sueño de mi vida es ser amada. No es porque sea una loca exagerada, ni porque tenga la cabeza hueca. Solamente soy una romántica. Quiero al hombre que me trae el desayuno a la cama, me regala flores sin motivo, me hace visitas sorpresa, se ofrece a masajearme los pies cuando me duelen después de horas en el laboratorio, y…

—Esos hombres no existen, Lana.

—¡Deja de repetir mi nombre como si me hubiera vuelto loca! —exclama, poniendo los brazos en jarras—. Sí que existe, y te lo voy a demostrar… No solo eso, sino que lo vas a conocer, porque estará loco por mí. Ese es mi destino, mi futuro, mi sueño. Un hombre que me quiera con locura y se desviva por hacerme feliz.

—Muy bien —corto, cansada—. ¿Y Axel lo es? ¿Es ese hombre?

—Hace muy buenos masajes y se pasa a saludar de repente cuando quiere sexo, pero lo demás no lo cumpliría ni aunque le pagasen, así que no.

—Entonces deja de perder el tiempo con él y busca a tu príncipe azul. Difícilmente encontrarás a ese hombre soñado si andas con el equivocado.

—¿Otra vez hablando de hombres? —corta Nina, apareciendo con los párpados entornados. Luce increíble dentro de su vestido de dama de honor color lila—. Luego intentáis haceros las difíciles diciendo que vuestra vida no gira en torno a ellos, pero miraos… Cuando están, babeando. Cuando no están, cotillando y tramando. Sois insufribles.

—¡Guau, Jacques! —exclama Lulú—. ¡Estás guapísima!

Me doy la vuelta para juzgar por mí misma, y concuerdo con mi mejor amiga en cuanto le echo un vistazo a la novia. Su suegra insistió en que se pusiera el vestido que usó ella en su boda, y aunque no es el modelo más espectacular, está radiante… Todo lo radiante que se puede estar de blanco, peinada, maquillada y perfumada, pero con el dolor grabado en los ojos.

Lana se acerca apresuradamente para darle la enhorabuena y otras mil cosas más,

mientras que Lulú, ajena a todo lo que no es la pompa de su felicidad, suelta un cumplido tras otro.

Como si Jacqueline los necesitara…

—Si Marcel no entra por la puerta del puñetero juzgado e impide esta locura… —masculla Nina a mi lado—, iré a buscarlo yo misma y lo despedazaré vivo.

—Estás un poco mosca hoy, ¿no? ¿Qué ha pasado?

Nina me mira como si fuera estúpida. Los mismos ojos que su hermana, las mismas cejas, el mismo aire de fingida superioridad… Las dos guapísimas, exóticas. con ese bronceado natural y pelo negro. Las dos igual de exageradas, dramáticas y temperamentales.

—¿Que qué ha pasado? Primero: una de mis mejores amigas se va a casar con un pringado del que no está enamorada, y ni siquiera ha servido contratar a una gitana para que le eche una maldición, para disuadirla de la idea. Segundo: Katia no ha venido a la boda porque sigue resentida porque Jacques se acostó con su amor platónico e inalcanzable, como si las personas tuvieran escrito en la frente a quién pertenecen y Marcel fuera suyo. Tercero: llevo un vestido más feo que Picio, y pica como sus putos muertos. Lo único que se salva es que Lulú y Gael por fin han hecho las paces y se la ve tan feliz que evita que esto parezca un velatorio. Ya podría aprovechar ella toda esta parafernalia de floripondios y sedas para tomar como esposo al burro ese, y dejar que Jacques sea libre como el viento para trotar al lado de Marcel… O sobre Marcel, como os venga mejor.

—De acuerdo… —murmuro, intentando no reírme—. Creo que ya hemos aclarado tu punto.

—¿Qué tal estoy? —interviene Jacqueline, bajando del escalón y dando una vuelta sobre sí misma. Intenta mantener la sonrisa en su sitio, pero se le caen los alfileres cada cinco segundos.

—Feísima. Horrible. Espantosa —enumera Nina por lo bajo.

—Perfecta —aclaro en voz alta—. Pero… ¿Estás segura?

—Por supuesto que sí —asiente, cuadrando los hombros—. Llevo diez años esperando este momento.

—Oh, ¿llevas diez años esperando desgraciarte viva tú solita? Qué bien planeado lo tenías, Jackie… —Le doy un codazo a Nina en las costillas, callándola a tiempo—. La libertad de expresión es un derecho humano, Adrienne. Cuando eras tú la que soltaba las frases pesimistas y nos hundía en la miseria con su visión fatalista de las cosas, nadie decía nada…

—Pues si «la fatalista» aquí presente no suelta barbaridades como esa, tú tampoco. Fin del capítulo —zanjo. Echo un vistazo rápido al reloj—. Vamos a tener que ir sentándonos… Bueno, Lana y yo. Las damas de honor quedaos aquí, y procurad que no decaiga el ánimo.

Me llevo a Lana de la mano a la sala del juzgado, que pese a haber sido profusamente decorada para compensar el deprimente escenario, sigue viéndose escaso para lo que debería ser la boda de una florista.

—Disculpe… —llama una voz suave a mi espalda—. ¿Sabe cuándo sale la novia?

Me giro en redondo con una sonrisa y miro a Leon, que está más guapo que nunca con su traje. Sé que esto no tendrá ningún impacto en vosotros porque llevo un buen rato diciendo que es lo que siempre se pone, pero después de tener una educativa y fructífera conversación con Lana al respecto, he descubierto que lo que lleva a diario no puede denominarse traje.

—Ponerte una camisa y una americana cara no puede considerarse ir trajeado, Adrienne —me dijo, como si fuera la persona más estúpida del mundo—. El traje es el conjunto de pantalón, camisa, chaqueta y corbata o pajarita.

Por eso ahora estoy segura de que va de traje, porque una pajarita negra adorna su cuello.

—No estoy segura, señor. Pero creo que debería ir tomando asiento.

—Por supuesto… ¿No habrá venido sola, por casualidad?

Miro a mi derecha y a mi izquierda, fingiendo buscar a alguien.

—Había venido con un poeta en desuso que siempre sabe lo que decir para desarmarme, amante de la coliflor y friki de la historia, pero parece que me ha abandonado.

—Entonces no era para tanto. Ningún hombre, por muy lunático que sea —remarca, haciéndome sonreír—, dejaría en la estacada a una mujer como usted.

—Pero bueno, señor, está cruzando la línea del descaro… No puede hablarle así a una desconocida.

—Así, ¿cómo? ¿En francés? —pregunta, acercándose a mí y robándome un casto beso en los labios. Su brazo se enreda en mi cintura, acercándome a él—. ¿Debería hablar en mi idioma natal? Podría encontrar una frase perfecta para usted.

Me aparto un momento para mirarlo con las cejas alzadas. Él clava sus ojos verdes en los míos, con una intensidad que me derrite hasta los huesos.

—¿Cuál sería?

—*Ich liebe dich von ganzen Herzen.*

Medio sonrío, solo por no frustrar a mi guapo desconocido con la pregunta insolente de qué diablos ha dicho, y lo despido un momento para pasar por el baño antes de sentarme en la grada. Voy a necesitar el estómago vacío de cualquier sustancia líquida para no excretarla durante el «sí, quiero» más ofensivo de la historia de la humanidad.

Pero entonces, alguien se interpone en mi camino y tira de mi brazo para arrastrarme al corredor de la planta baja. Las uñas de Lana son inconfundibles, porque como de costumbre, las lleva larguísimas y decoradas con brillos.

—¿Qué haces?

—No, ¿qué haces tú? —exclama en voz baja, con los ojos redondos—. Leon se te acaba de declarar, ¿y te quedas como si nada? Ni un «yo también», o «y yo», o…

—¿De qué hablas?

—De lo que te acaba de decir. Te ha dicho que te quiere en alemán. De hecho, te ha dicho, y cito textualmente, «te amo con locura». ¿Cómo has podido no responder a eso? Estás oficialmente desheredada como amiga…

Mantengo su mirada furiosa sin pestañear, completamente segura de que he echado raíces en el suelo.

—Pero, ¿qué dices? —consigo articular—. ¿Cómo sabes tú eso?

Ella hace una sonrisa que acaba transformándose en una mueca.

—Digamos que me aprendí todas las expresiones cariñosas del diccionario en alemán para ver si Axel decía alguna por inspiración divina, pero no he estrenado mis conocimientos hasta hoy, con Prince Charming. ¿Por qué no te sorpr…? Vale, sí estás sorprendida, pero… ¿Por qué no le has respondido nada? ¿No lo quieres de vuelta?

—Claro que lo quiero. Lo quiero muchísimo.

—Entonces, díselo.

—Pero no de esa manera… —Bajo la vista a mis manos—. No es tan fácil. Dios, Lana, no tenía ni idea de que se sentía así. Yo… Tengo que decirle algo, pero no sé el qué, porque…

—¿Que no lo sabes? Non, no hay nada más fácil que leer los sentimientos propios. O estás enamorado, o no lo estás. En esto no hay medias tintas.

¿Estoy enamorada de él? Porque ya he dicho que lo quiero. Es mi confidente, la persona a la que recurro en mis ratos libres, el hombre que ha conseguido que me desnude en todos los sentidos que puede abarcar la palabra… Me ha devuelto la pasión por las cosas, o parte de ella. Una parte razonablemente importante para empezar a

construir.

Ahora, ¿estar enamorada? Eso es mucho más difícil, porque no sé si recuerdo cómo se sentía estarlo.

—Es posible que…

La puerta del juzgado se abre, dándome un golpe en el codo. Retrocedo mordiéndome el labio; ha tenido justo que clavarse en el hueso de la alegría, que da de todo menos risa y emoción. Afortunadamente no me ha tocado un borde, sino un educado caballero de voz grave.

—Vaya, lo siento. No sabía que había alguien aquí detrás.

Levanto la cabeza y sonrío para quitarle la importancia que Lana le está dando mascullando por lo bajo, y entonces…

Entonces, lo veo. Lo reconozco. Es él, él en persona, en vivo y en directo… Después de cuatro años sin verlo.

Mi corazón parece respirar aliviado cuando nuestros ojos se encuentran y el reconocimiento, el amor y la emoción asoman a los suyos.

—¿Ivan?

—Adrienne…

No me da tiempo a detallar los cambios que ha sufrido con el tiempo, mínimos en apariencia. Ivan se acerca a mí y me rodea con un brazo, estrechándome contra su cuerpo. Apenas lo pienso: le echo los brazos al cuello y, en cuanto reconozco el olor familiar del perfume masculino que siempre llevaba, me relajo. No se trata de una relajación momentánea, o simple comodidad ante el contacto… Se destensan todos esos músculos que llevan encogidos por la inquietud desde que se fue.

—Aquí estás… —murmuro, separándome lo suficiente para darle un beso en la mejilla, otro en el puente de la nariz, otro en la sien… No me atrevo a retroceder por miedo a que desaparezca, pero no lo va a hacer: a diferencia de como sucedía en mis sueños, este Ivan es sólido, y me mira con la misma emoción que está recibiendo por mi parte—. Dios mío, e-estás aquí, tú… —Vuelvo a abrazarlo, enterrando la nariz en su pecho. El latir de su corazón da fuerzas al mío para seguir su ritmo—. ¿Qué haces en…? ¿Por qué…? Oh —corto yo misma—. Claro, es verdad. Siempre fuiste muy amigo de Claude y Jacqueline… Aunque no imaginaba que… vendrías. No sabes cuánto me alegro de verte.

Y es verdad, nunca podría llegar a imaginarse lo que es volver a tenerlo delante. Lo que significa para mí estar ahora segura de que no está muerto, de que no huía de mí, y que aunque se marchó… Parece que ha estado siendo feliz todo este tiempo. O puede

que el brillo de sus ojos azules no venga de su vida actual, sino del reencuentro conmigo.

Aunque, ¿por qué iba a ser así? Aún no sé por qué se fue. Ante un choque tan inesperado solo he podido arrojarme a sus brazos y soltar todo lo que mi corazón ha estado callando, que le he echado de menos y que la gloria de los ángeles es nuevamente mi fuente de fe ahora que está conmigo… Pero volviendo a la racionalidad de siempre, ¿cuál es la explicación?

—No esperaba encontrarte aquí —murmura, separándose para mirarme de arriba a abajo—. Pensé que estabas viviendo en Alemania, y que ahora trabajabas en un estudio feroz al que no puedes faltar un día.

Está casi como siempre. Los mismos cimbreantes ojos color cobalto, el pelo castaño oscuro ondulado peinado hacia atrás, la barba perfectamente recortada, y esa sonrisa tan afectuosa que me curó de la desidia hace años. Solo un par de dedos más alto que yo, y con el mismo estilo de vestir de siempre; elegante, pero informal, vistiendo una americana y una camisa sencilla.

Era el hombre más guapo del mundo para mí, y es posible que lo siga siendo. Aún recuerdo cómo se pusieron mis compañeras de clase cuando descubrieron tras la graduación, que su profesor preferido estaba pillado… nada más y nada menos que por mí.

—¿Cómo sabes lo de Alemania?

El shock es tal que no se me ocurre preguntar lo que realmente me está atormentando. «¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste? ¿Cómo te atreves a plantarte aquí como si nada, y tratarme como siempre, cuando ha pasado tanto tiempo…?»

Él me conoce mejor de lo que me conozco yo misma, y en el momento en que su sonrisa decae, caigo en la cuenta de que me ha vuelto a leer el pensamiento. Mi inexpresividad jamás ha sido un misterio para él, sino todo lo contrario.

—Llamé a Claude hace medio año para preguntarle dónde estabas. Fui a casa, al laboratorio y a todos los lugares en los que pensé que podrías estar, y me dijo que ya no vivías en París. Te habías trasladado a Múnich porque el gran Neumann acababa de incluirte en plantilla. —Y sonríe muy feliz, transmitiéndome un conocido calor que se extiende por todo mi pecho—. Estoy orgulloso de donde estás y lo que has conseguido, Adrienne. Siempre supe que serías la mejor en lo que quisieras hacer.

—Y yo siempre supe que lo sería si estabas a mi lado —apostillo. Su sonrisa vuelve a torcerse, pero mi corazón es demasiado débil para ver eso, tanto si se lo merece como si no. Lo cojo de las manos y niego con la cabeza, suplicando de algún modo que no se sienta mal—. ¿Por qué te fuiste de repente? ¿Qué pasó, Ivan? Pensaba que eras feliz

conmigo.

—Lo era. Soy feliz ahora que te he vuelto a ver. Te lo decía y no mentía, sabes que jamás lo hago. Siempre me has dado algo inexplicable y que necesitaba para seguir respirando. Si me fui de repente no fue porque quisiera, sino porque me llamaron diciendo que le habían detectado leucemia a mi padre y tuve que coger el primer avión. Intenté llamarte, incluso cuando cogía el metro, pero un tipo me empujó y el móvil se me cayó a las vías.

—¿Qué…? Lo siento —murmuro, apretando sus manos—. Ojalá hubiera podido estar contigo, pero… Bueno, ya sabes lo que tus padres opinaban de mí —recuerdo con amargura. Ellos eran los que criticaban la diferencia de edad—. ¿Y por qué no volviste?

Él esboza una sonrisa amarga y tira de mi mano para sentarme en un banco cercano a la salida. Parece que Lana ha tenido la amabilidad de retirarse y dejarnos en la intimidad, porque el pasillo está desierto salvo por nosotros.

—Adrienne… Llevo intentando contactar contigo alrededor de un año. Dejé de hacerlo cuando descubrí que estabas en Alemania, imaginando que ya me habías olvidado, que habías empezado una nueva vida con otra persona y… Es lo lógico, ¿no? Ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que nos vimos. Cuando desperté y vi que era 2016 y que no estabas a mi lado, todas mis esperanzas se desvanecieron. Pero aun así, me di una última oportunidad, y aunque había perdido unos años, fui a por ti. Y ya podemos remontarnos al inicio: me enteré de que no estabas y deserté, antes de irrumpir en tu vida como si nada.

Mi corazón se acelera.

—¿A que te refieres con que despertaste?

Ivan agacha la cabeza, clavando los ojos en mi mano. La cubre con la suya propia, casi del mismo tamaño que la mía, y mi corazón va dejando de latir muy lentamente. El vértigo se apodera de mí cuando debo admitir, aunque sea para mis adentros, que sus manos se sienten cálidas… pero desconocidas, como si ya no encajasen.

—En el camino a Étretat, un coche se cruzó por la paralela de la avenida y tuve un accidente. Pasé a quirófano en cuanto la ambulancia me rescató, y según consta en los informes médicos, tuve que entrar un par de veces más. Tenía tantas lesiones a causa de los cristales y del impacto que es un milagro que siga vivo, aunque tampoco se puede decir que saliera indemne. —Señala con un gesto de barbilla su brazo derecho—. Disfunción del nervio radial. Ya no puedo moverlo.

—Dios mío, Ivan… —jadeo, acongojada. Aprieto su mano, sabiendo que es inútil intentar transmitirle fuerzas.

—No pasa nada. Objetivamente, y desde un punto de vista optimista, podría haber

sido peor. Podría haber muerto. Mi vida podría haber acabado en ese momento, y aunque he tardado años en recuperarme… Ahora estoy casi ileso. Es incómodo no poder usar el brazo, sobre todo cuando te reencuentras con el amor de tu vida y quieres abrazarla hasta que se te rompan los huesos… —Los dos sonreímos, con un rastro de lágrimas en los ojos—, pero uno acaba acostumbrándose.

—¿Por qué no me llamaste desde el hospital? ¿Por qué no llamaste a tu madre, o…?

—Porque entré en coma y no desperté hasta casi tres años después —contesta con pesar—. Luego tardé un tiempo en reponerme, pero pude llamar a mi familia. El hospital estaba a unos cuantos kilómetros de mi casa, por cercanía me pareció más lógico contactar antes con ellos. Sobre todo porque lo primero en lo que pensé al despertar, fue en que no estuve con mi padre durante su enfermedad. E imaginando que habría fallecido, pensé que a mi madre le alegraría saber que su hijo desaparecido estaba vivo…

—Claro que sí, Ivan, lo entiendo, pero… ¿Cómo es posible que el propio hospital no llamara a tus familiares? Llevabas tu identificación, ¿no? ¿No podrían haber buscado números de contacto que…?

—Eso se hace normalmente cuando el susodicho lleva el móvil encima. Basta con marcar el número de emergencias e informar, pero cuando solo se tiene el documento personal, a no ser que te toque una enfermera realmente apañada, estás… jodido, con perdón por la palabra. ¿Y cuántos Ivan Villeneuve crees que puede haber en Francia? Bastante hicieron por mí no desconectándome antes de que pudiera tener una segunda oportunidad.

Asiento, notando la cabeza embotada por el exceso de información, por la presencia de Ivan —que bien podría ser un espejismo, un sueño hecho realidad— y por lo que mis sentimientos parecen sugerir. Hacía años que no era tan feliz, y es porque ahora sé qué ha pasado, por qué se marchó y cuáles fueron los motivos por los que nunca volvió. Me siento de maravilla por haberme mantenido fiel a la imagen de Ivan, y no haber cedido, salvo en momentos de debilidad, a la idea de que me había abandonado sin más. Aun así…

—Deberías haberme esperado. Si hubiera ido contigo, nunca habrías estado solo en ese hospital, nunca habría sufrido por ti, y…

—O podemos verlo desde este punto de vista —corta suavemente—. Si hubieras venido conmigo, es posible que ahora no estuvieras aquí. El coche embistió por la derecha; de haber habido un copiloto, este habría muerto en el mismo momento del impacto. Créeme, Adrienne, habría sido así. Es a lo que me he aferrado durante muchísimo tiempo para alegrarme de haber estado solo en esto.

Asiento sin tenerlas todas conmigo, e inspiro hondo para decirle… ¿Qué? ¿Decirle

qué? ¿Hay realmente algo que decir? ¿Es necesario ponerle palabras a algo que de seguro ya estás expresando con solo mirarlo, y sería obligatorio cuando esa persona te conoce tan bien que puede ver a través de tu alma?

A un lado todo eso, lo miro a los ojos y me preparo para expresar lo que llevo teniendo planeado decir desde que se fue; ese discurso que tomó forma en mi mente en caso de que volviera algún día. Y sin embargo, en el último momento, esas palabras cambian para formar una confesión totalmente distinta.

—Te estuve esperando —admito en voz baja, sin querer pestañear para no perderme un solo segundo—. He vivido con la esperanza de que regresaras muchísimo tiempo, Ivan. He dejado de hacer cosas que me gustaban o que me llenaban de ilusión porque tú ya no estabas ahí, porque habían perdido su encanto… No me arrepiento de quererte, pero es cierto que he desperdiciado muchos momentos, muchas oportunidades e incluso a personas, porque creía que si las tomaba estaría, de algún modo, traicionando tu memoria. Tan preocupada he estado de mantenerte vivo en mi pensamiento, de no olvidar jamás de dónde venía, que hubo veces en las que no supe a dónde diablos iba. Y me he sentido… Perdida, vacía, como una muñeca rota que sigue la rutina.

—Lo siento —dice, mirándome a los ojos. Y sé que lo siente de todo corazón, porque Ivan es pura verdad—. Siento que te hayas sentido así y que las cosas hayan sucedido de esta manera. Nunca habría esperado, ni te habría pedido jamás, que me quisieras hasta el final. No es lógico, mi amor. —Medio sonríe, aunque sin ganas—. Cuando en época universitaria aún no podíamos estar juntos, ¿qué te dije?

—Que viviera mi vida y no me privase de nada que quisiera hacer solo porque tú estuvieras ahí, esperando.

—Exacto. Y si por el camino te enamorabas de otra persona, que así fuera. —Encoge un hombro—. Adrienne… Te quiero y siempre te querré —confiesa sin tapujos—, pero no deberías haberme esperado tanto tiempo.

—Lo sé —me escucho decir—. Pero no podía dejarte ir hasta no saber con total certeza qué fue lo que pasó. Me conoces… Sabes que necesito respuestas para dejar de hacerme preguntas. Y también quería volver a verte para definir mis sentimientos, para saber con exactitud dónde quedabas en mi vida. Siempre he tenido claro que ibas a ser tú y solo tú, pero últimamente he dudado, y ahora… Ahora me alegro de verte tanto, tanto… —Vuelvo a abrazarlo y me corto un instante para no derramar una lágrima—. Necesitaba cruzar miradas contigo una sola vez aunque fuera, para asegurarme de que estaría enamorada de ti hasta el fin de mis días, o si por el contrario…

—…Ya me habías olvidado —concluye él, separándose suavemente.

Asiento con la cabeza, y Ivan corta de raíz cualquier temor a su reacción volviendo a sonreírme. Me acaricia la mejilla con cuidado.

—No voy a mentirte. Sabes que no es en absoluto mi estilo. Te sigo queriendo más de lo que he querido nunca a nadie, y será así por mucho tiempo, porque para mí no hace más de unos pocos meses que te despedí. Pero entiendo que las cosas no siempre salen como queremos, e imaginaba que, aunque en el fondo seas todo corazón, tienes una inteligencia emocional y un lado objetivo que te habría impedido pasarte toda la vida esperando. Y viéndote ahora, más guapa que nunca… Entiendo que eres feliz. Eso es suficiente para mí, Adrienne.

—No es que no te quiera, Ivan. Yo… Te voy a querer toda la vida, ¿entiendes? Eres una de las personas más importantes para mí, por lo que hiciste. Es solo que… Hay alguien más —admito finalmente—. Me confunde porque lo conozco desde hace apenas un año, o menos, y me hace sentir especial. Pero no sé si es lo correcto, porque ahora que has aparecido, y… No es justo lo que ocurrió, no es justo que tenga que dejarte ir otra vez cuando no tuviste la culpa.

—Ninguno de los dos la tuvo, y es cierto que es injusto, pero no debes verlo de esa manera. La vida tiene sus métodos para darnos lo que merecemos, y quizá yo no sea lo que mereces. No te quedes conmigo solo porque las circunstancias sean las que son. De hecho… No voy a dejar que te quedes conmigo porque creas que me debes algo. Tú misma lo has dicho sin querer. Tu corazón está en otra parte.

Quizá tiene que ver con que Ivan siempre fue mi mentor, y por eso todo lo que sale de su boca me parece algo a tener en cuenta… O a lo mejor el asunto encuentra su dirección en que está, simplemente, diciendo en voz alta lo que yo he sido incapaz de ver durante estos meses. Lo que quizá vosotros hayáis estado intentando decirme y a lo que he hecho oídos sordos porque antes de empezar un libro, tenía que saber el final del anterior…

Pero el caso es que al terminar de hablar, al decirme adiós sin haberme dicho hola siquiera, veo la luz. Y me duele que se vaya cuando acabo de recuperarlo. Los ojos se me cuajan porque ciertamente ha sido muchísimo tiempo desperdiciado, porque la vida es injusta y las mayoría de las cosas no entran en nuestra jurisdicción… Pero también me siento libre, ligera, nueva. Me siento realmente bien, porque no estoy en tierra de nadie, sino que hoy me conozco mejor que nunca.

Hoy sé lo que quiero y a quien amo.

—Gracias por ser quien eres —murmuro, echándome a sus brazos—. Te quiero, Ivan, lo sabes. Olvidar al primer amor es imposible, al menos y menos para mí, cuando has sido y sigues siendo mucho más que eso. Dime que estaremos en contacto… Y que te cuidarás ese brazo, y que serás feliz…

—Por supuesto que sí, Adrienne.

Me separo y lo miro siendo consciente de que no es la mejor noticia que le he dado,

pero aun así, sigue queriéndome lo suficiente para alegrarse por mi futuro. Lo cojo de la mano y tiro de él para ponernos en pie y volver a la boda, que seguramente ya habrá empezado —o incluso acabado—, y justo al apartar la mirada de mi pasado, reconozco la familiar figura de Leon.

Él, apoyado en una de las columnas de la entrada al juzgado, me estudia con fijeza. A mí y a mi acompañante. Hay interrogaciones, curiosidad y temor en sus ojos, y antes de que pueda buscar las palabras para decirle que es Ivan pero no tiene de lo que preocuparse; antes de que pueda decirle lo que acabo de descubrir, él se da la vuelta sin mirarme.

—¡Leon! —llamo, soltando la mano de Ivan. Me giro para darle una explicación. No la necesita. Asiente y me anima a seguirlo—. ¡Leon, espera!

Del uno al diez, correr con tacones es un menos cinco. Así pues, después del tercer o cuarto tropiezo, me los quito y los llevo en la mano para seguirlo con total comodidad. Todo lo cómodo que se puede estar persiguiendo a un tipo por la calle, entiéndase.

Jadeando por el *sprint*, llego a su altura y me aseguro de que no se mete en el coche cogiéndolo de la chaqueta.

—Leon, para… —balbuceo. Él se da la vuelta y me mira con una expresión imposible de interpretar.

—Solo dime una cosa. ¿Era Ivan?

—Sí —asiento sin vergüenza—. Pero eso no es todo…

—No lo digas —me corta, abriendo la puerta del coche. Abro la boca para preguntarle a dónde diablos cree que va, pero vuelve a callarme con una mirada extraña—. No lo digas, Adrienne.

No me da tiempo a replicar. Se mete en el interior del taxi y cierra con un portazo, perdiéndose a los pocos minutos en el tráfico de París.

—¿Estás de broma? —balbucea Lulú, mirándome con los ojos tan abiertos que parece que se le van a caer—. P-Pero… No os estabais besando ni nada de eso, ¿no? —Niego con la cabeza—. ¿Solo un abrazo? —Asiento, hundiendo los hombros—. Y… ¿Se ha enfadado por eso? —Vuelvo a asentir, viendo venir el dolor de cabeza—. No lo entiendo, Non… Puede que yo me hubiese puesto algo celosa, pero al verte venir hacia mí e incluso correr detrás… Creo que habría llegado a la conclusión de que querías decirme algo importante.

—Sí, como que pretendía dejarlo —concluyo en tono lúgubre. Echo un vistazo al interior de mi cubata, componiendo una mueca al acercar la nariz. Seguro que huele a alcohol en veinte kilómetros a la redonda—. Que yo sepa no hemos reservado en ningún hotel o albergue para poder encontrarlo y tiene el móvil apagado, así que no puedo contactarlo ni ir a verlo porque no sé dónde está. Parece que se repite la historia.

Lulú sacude la cabeza y se pone de puntillas para llegar a sentarse en el taburete colindante al mío. Estamos en el elegante pub-restaurante donde se celebra la fiesta tras la boda. Barra libre, padrinos guapos a rabiar —eso ha comentado Lana, entre otros improperios por volver a «babear por Ivan»— y música buena para variar…

Y estoy pegada al bar siendo abstemia, contando mis penas. Es de chiste.

—Tienes que darme unos minutos para digerir toda esta información que me has dado… Ya verás que doy con una solución. Entiéndeme, acabas de soltarme que llevas meses saliendo y acostándote con un hombre, cuando al verlo en la boda pensé que era tu amigo gay.

—¿Mi amigo gay? ¿Tiene pinta de gay? Porque Lana ya ha insinuado bastante que puede estar enrollado con su no-novio, y aunque no me haría ninguna gracia, por lo menos dejaría de sentirme como una zorra… Cuando evidentemente no lo soy.

—¡Claro que no lo eres! ¿Desde cuándo es un delito abrazar a tu ex, cuando encima acabas de enterarte de que ha estado en coma estos años? —bufa ella, peinándose el flequillo con ese nervio de culo inquieto que tan bien la define—. Y no tiene pinta de gay, ni mucho menos… Es solo que no imaginaba que aparecerías con una cita, y si lo hacías, pensé que sería un hombre comprometido, o de una orientación sexual distinta a la tuya, o qué sé yo. Pero eso es lo de menos. —Agita la mano y coge su copa para darle un sorbo—. Si no lo pillas hoy en alguna parte, siempre puedes buscarlo cuando vuelvas a casa. Sabes dónde vive, ¿no?

Arrugo la frente, buscando una dirección en algún rincón de mi mente.

—Ahora que lo dices, no.

—¿Su oficina?

—No tiene oficina, va de un lado para otro… Creo.

—Bueno, pero sabrás dónde puedes encontrar a algún amigo suyo para preguntarle, o un familiar…

—Eh… En principio no, aunque Lana puede interrogar a Axel.

—¡Leches, Non! ¿Es que no sabes nada de tu novio?

Le respuesta iba a ser afirmativa. Sin embargo, si me paro a meditarlo en profundidad, ¿sé algo verdaderamente importante sobre él? Es decir… Leon conoce a

mi madre y a mi madrastra, sabe que no tengo padre, cuáles fueron las circunstancias de mi nacimiento; conoce a mis amigas, sabe la historia de mi ex, lo que me mueve en la vida, y un largo etcétera. Y yo solo sé que su madre está viva y le gustan los zapatos caros, que Axel es su amigo de la infancia y que su padre murió por una enfermedad de las que estoy estudiando.

Que por cierto, ni siquiera sé cuál es, así en concreto. ¿Hermanas? ¿Alguna pareja, además del fallo de Carleigh? ¿A qué se dedica realmente cuando dice que trabaja en el hotel…? Porque lo he visto hablando con Viveka y atendiendo a una embarazada en la cocina de la planta baja, lo que no sé si lo define como animador… o qué diablos.

—Supongo que nunca llegamos a conocer del todo a la persona con la que estamos… —Apoyo los codos en la barra y dejo caer la cabeza entre las manos, masajeándome las sienes—. ¿Sabes? Es un poco desagradable darte cuenta de que quieres a alguien y que no te haya dejado decírtelo.

—¿Me lo dices, o me lo cuentas?

La miro de soslayo, sorprendida porque haya utilizado ese tono entre divertido y resignado. Nuestros ojos se encuentran; los míos llenos de interés. Los suyos, cargados de sabiduría.

Normalmente he sido yo la que ha aconsejado a Lucille Viel en sus andanzas por el mundo emocional. Cuando no sabía lo que hacer con sus sentimientos o con su futuro, ahí estuve yo para guiarla, para darle un poco de equilibrio… Para, especialmente, quitarle las ideas románticas de la cabeza y poner un poco de orden y concierto en su caos pasional. Ni que decir tiene que, aunque la advertía de lo malparada que podría salir si seguía adentrándose en los oscuros rincones de la mente de Gael, ella nunca me hizo ningún caso. Y viendo la mirada que el susodicho le dirige desde la pista de baile, donde charla con Nina, no parece que le haya salido especialmente mal seguir sus impulsos.

—He ido a preguntarle a Newton por las matemáticas, ¿no? —bromeo—. ¿Qué hago, Lulú? ¿Tú qué harías?

En toda su gloria expresiva —que no es poca—, levanta las cejas. No hace falta que abra la boca para que la entienda: «¿me estás pidiendo consejo? ¿Tú, a mí…?» Afortunadamente no lo dice en voz alta, sino que se mete en su recién estrenado papel de consejera y contesta.

—Paciencia. —Encoge un hombro—. Es la madre de la ciencia, ¿no? Y siendo tú la hermana de esta misma, quizá deberías hacerle un poco de caso a la que te trajo al mundo. A mí me sirvió… Esperar, digo. Fue un proceso largo y doloroso, y me desesperé muchísimas veces, pero dio sus frutos y no me arrepiento.

»No es el mismo caso ni de lejos, porque en este, es Leon el que está en mi lugar. Yo pasé mucho tiempo pensando que nunca sería suficiente, que Gael nunca llegaría a quererme tanto como a su fantasma… Y cuando quise retirarme, él me demostró con creces que no solo me quería, sino que lo haría para siempre. A veces es tan sencillo como eso, Non. Ir a por esa persona, enfrentarla y decirle «te quiero». Aunque lo tengas que agarrar por la corbata y sacudirlo un poco… A mí Gael me tuvo que encerrar en una azotea para que me lo creyera —ríe, encantada con el recuerdo—. Así que ese es mi consejo. Mientras veas en sus ojos que te corresponde, dan igual las veces que se vaya… Insiste y dile lo que sientes, y si no está convencido, demuéstraselo. Pero sobre todo, paciencia. Hay que tenerla tanto para esperar que ese alguien que adoras se levante un día queriéndote, como para ir drenando el veneno que se instala en el corazón de una persona que no se siente querida.

—¿Crees que no se siente querido?

—Por lo que me has contado, yo diría que se ha sentido un segundón desde el primer minuto. Justo como yo. Y créeme, Adrienne… —Hace una mueca—. Sentirte insuficiente para alguien que lo significa todo, no es en absoluto agradable.

—Tienes razón en lo que has dicho antes; no es la misma situación. Tú nunca fuiste la segunda, solo estabas obsesionada con escucharlo de sus labios cuando el hombre te lo estaba demostrando a lo grande… Él sí que lo ha sido de veras. Ha sido el segundo —murmuro—. Va a ser difícil convencerlo…

—Espero que no hables de sacarla a bailar —interrumpe una voz lánguida y profundamente masculina. La mano del propietario se desliza por la cintura de Lulú, apretándola con los dedos. Elevo la mirada y observo que sus ojos están puestos en ella —. No se me da bien intentar convencer a las mujeres de hacer el ridículo en la pista conmigo.

Lulú sonríe de oreja a oreja. Sé que me creéis y sabéis perfectamente a lo que me refiero cuando digo que todo su cara empieza a brillar cono una bola de discoteca.

—No seas mentiroso. A mí nunca me has tenido que convencer de nada… —Entorna los ojos—. ¿Estás borracho?

Gael suela una ronca y ligera carcajada.

—¿Cómo si no iba a sugerir que bailáramos? Aunque si lo prefieres, podemos jugar a Marco-polo.

Lulú y yo nos echamos a reír por la referencia con historia propia. Intercambiamos una rápida mirada, en la que ella me pregunta si estaré bien, y yo prácticamente la fulmino para que se largue. En el fondo necesito pasar un rato sola. Reencontrarte con el que creías que era el amor de tu vida, descubrir por qué se fue y perder al hombre del

que actualmente estás enamorada en un solo día necesita, como mínimo, unas horas de reflexión.

Pero Lana no me iba a dejar en paz con tanta facilidad.

—Creo que voy a llamar a Axel y le voy a decir que me he tirado al padrino, a ver si así se decide —espeta, tambaleándose peligrosamente antes de poner el culo en el asiento. Lleva dos cubatas en cada mano, y no me preguntéis cómo lo hace porque yo tampoco lo sé—. No lo entiendo, Non. Se me han insinuado todos los tíos de la fiesta. ¡Todos!, y ese cerdo patético alérgico al compromiso no se atreve a dar el paso. ¿Qué se cree, el gilipollas? ¿Que voy a esperar toda la puta vida a que le salgan bolas o le crezcan lo suficiente para echarlas al ruedo y pedirme salir en serio? No soy el jodido Marco, y él no es mi maldita madre… Estoy en la flor de la vida para esperar o andar con tíos de diez años mentales. ¿Acaso cree que va a encontrar algo mejor? ¡Ja! ¡Le deseo muchísima suerte en eso!

—Lana… ¿No habíamos hablado ya de eso? Llámalo y dile que lo dejas, y estarás libre. Si el tipo no quiere, no puedes obligarlo —repito por vigésima vez—. No todo el mundo sueña con la boda, la casa, los masajes en los pies y el resto de fantasías que tienes.

—Escúchame bien, guapa —espeta, inclinándose sobre mí con los ojos cruzados y el dedo índice arriba—. Puede que no quiera la boda, pero *yo* soy la fantasía, ¿te enteras? YO. Y por eso debería tomarme de una vez por todas… Aunque eso de llamarlo me parece buena idea, le diré que vaya haciéndose a la idea de que sus vacaciones en Mykonos han tocado a su fin.

Opto por no contestar y devolver la vista al cubata que no me voy a tomar. A veces —en la inmensa mayoría de los casos—, lo único que quiere Lana es quejarse de todo y de todos, y no necesariamente recibir un consejo como compensación. Le importa bastante poco la opinión general sobre su vida, solo quiere desahogarse… Y conmigo está a salvo en ese aspecto, porque ahora mismo no estoy de humor para contenerla.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunta de repente.

—¿A qué te refieres?

—Pierdes el culo por un tío que pierde el culo por ti, ¿y no haces nada? —bufa—. Me tienes aquí lloriqueando porque no me quieren de vuelta, ¿y no se te ocurre tomarlo como una indirecta para que no acabes como yo, o como un «haz el favor de valorar lo que tienes»? Cada día lo tengo más claro… Dios le da pan a quien no tiene dientes. —Menea la cabeza, cansada—. Al final voy a tener que darme por vencida…

Lana se calla cuando el timbrazo de un mensaje nuevo hace vibrar mi bolso… Si es que se le puede llamar bolso a eso, lo cual dudo bastante. Abrirlo me toma unos

minutos de más, y para lo que me encuentro cuando lo hago, habría preferido no verlo.

Leon: Voy a coger el próximo avión.

Y ya está. Eso es todo.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —exclama Lana, con voz de urraca. Aparta la cabeza, que había asomado a la pantalla, y me mira con los ojos muy abiertos—. No puedes dejar que se vaya… Si se va, se lo va a tomar a pecho y…

—Lana, no se va a Cancún. Como muy tarde lo veré pasado mañana en el laboratorio…

—Pamplinas, Non. Esto es puro simbolismo, ¿entiendes? Te está dando indirectamente un ultimátum. Si vas a buscarlo e impides que se vaya, todo volverá a su cauce… Si esperas al lunes, todo estará perdido.

No sé si es el tono fatalista que utiliza Lana, o que siento que tiene toda la razón del mundo, o es que me está sentando mal llevar unas cuantas horas sin comer, pero me tomo tan en serio su mirada profunda que casi me estremezco de miedo.

Perder a otra persona que quiero no está en mis planes, eso os lo puedo asegurar.

—Cogeré un taxi para ir al aeropuerto —decido sobre la marcha. Lana me deja sorda con un chillido importante—. Dios… Pretendo presentarme ante él con los cinco sentidos intactos, Lana.

—Lo siento, es que esto es muy emocionante. ¡Es como en la peli de Only you! ¡Tendrás que correr hasta la puerta de embarque y pedirle que se quede…! —exclama, batiendo las palmas—. ¿Puedo ir contigo? ¿Puedo? Por favor… *Porfi, porfi… Pleeeeeeeeaseeeeee…*

Pongo los ojos en blanco.

—De acuerdo, pero te quedas unos cuantos metros por detrás mientras hablo con él. ¿Estamos?

—*¡Yuhuuuu!*

Da un saltito con el puño en alto y me agarra de la mano para llevarme a la puerta. Por el camino, veo que Lulú me hace un gesto con una mano, colgada de los hombros de Gael. En cuanto le sonrío, ella levanta el pulgar. Así es como logro salir de la fiesta con la barbilla alta, sabiendo que estoy haciendo lo correcto.

Aunque está lloviendo a cántaros —¿a quién se le ocurre celebrar una boda en invierno?—, los taxis se amontonan en las paradas y no tenemos que esperar para coger uno. Lana se sienta en el asiento del medio de la segunda fila, dándole órdenes y más órdenes al pobre taxista, mientras que yo me hago la desentendida ocupando el

copiloto.

—Más le vale ir rápido, tenemos un asunto importante que arreglar —amenaza—. Si tardamos más de veinte minutos, se queda sin propina.

Le lanzo una mirada de disculpa al hombre, que se encoge de hombros inicialmente y luego pisa el acelerador para llegar antes a su destino. Imagino que con el frío que hace, no le viene mal esa propina para un café, o para poner la calefacción…

Inspiro hondo y me acomodo en mi asiento, apretando bien el cinturón. Se me da bastante bien ocultar mi estado de ánimo, pero es porque, en parte, de unos años a la actualidad había olvidado cómo se sentían ciertas emociones. Ahora que las tengo todas a flor de piel a causa del «simbolismo» de la situación, es distinto, y no sé si necesito gritar, o correr, o abrazarlo.

Me da miedo que no me crea, porque tal y como dice Lulú, ha sido demasiado tiempo envenenándole con ese «nunca te querré» que he dicho por activa y por pasiva, directa e indirectamente. Así que tal vez debería haber traído a Ivan conmigo, y ya no solo para que él se lo diga, sino para que me calme. Lana no es la mejor tranquilizando a los demás: en todo caso, es la mejor poniéndonos histéricos.

Y es Lana la que termina de crisparme los nervios cuando, a causa de una curva mal cogida, el derrape de las llantas y el choque trasero con un camión, grita hasta desgañitarse… No, no hasta desgañitarse, sino hasta que sale disparada hacia delante, donde los airbags no pueden rescatarla y yo, que poco a poco pierdo la conciencia, tampoco.

CAPÍTULO 17

—Creo que está despertando… —murmura una voz que se me hace conocida—. Apartaos, no creo que le haga gracia ver de repente cuatro caras a su alrededor.

—No le hará gracia ver la tuya en concreto —espeta otra, que estoy a punto de reconocer… Pero no, no alcanzo a asociarla con nadie.

Jamás me ha costado madrugar, así que si los párpados me pesan tanto debe ser porque se trata de algo considerablemente más grave que el sonido del despertador. No sé muy bien dónde estoy, pero el pitido regular de fondo, el olor a antiséptico y no reconocer las sábanas como las que uso para forrar mi cama, me da una ligera idea de que no salí ilesa del choque con el camión.

Después de batallar durante minutos contra el peso de mis párpados, logro abrir los ojos. Los cierro de inmediato, cegada por los fluorescentes y la luz del nublado exterior… Y pruebo de nuevo, observando a través de una rendija que, en efecto, hay cuatro caras a mi alrededor. Una chica con un corte de pelo al estilo pixie, otra con dos trenzas colgando de los hombros, una tercera con la melena negra casi por la cintura y el flequillo recto, y esa última casi rubia, con los labios pintados de rojo…

—¿Katia?

—¿En serio? —bufa Nina—. ¿De todas las que estamos aquí, es a ella a la primera a la que saludas?

—No os peleéis —pide Jacques con voz trémula. No estoy segura, pero creo que es su mano la que me agarra con firmeza—. No es un buen momento, e imagino que le dolerá la cabeza…

Ahora que lo dice, sí que me duele. Siento como si me estuvieran clavando miles de pequeñas agujas en el cráneo, una tortura que poco tiene que envidiarle a las de la China antigua. Me llevo una mano a la zona de la sien, pero desisto en cuanto me la rozo y un dolor insoportable hace que me maree. Cuando logro acostumbrarme más o menos a la sensación, abro los ojos de par en par y reconozco finalmente a las mujeres que me acompañan.

—¿Cómo estás, Non? —pregunta Katia, sentándose en el borde de la cama.

Parpadeo una sola vez para asegurarme de que es cierto y no estoy alucinando: Jacqueline Bon Varlet y Katia Cavellier en la misma habitación. Ha sido necesario un accidente automovilístico para reunir a la peña al completo… Lo que no quiere decir que me alegre de tener la cabeza como un bombo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz pastosa.

—Que, huyendo de la boda de Jacqueline con mi hermana, os arrolló un camión —

contesta Nina, que no pierde el tono agresivo, pero a la que noto demasiado tensa para estar como siempre—. El médico nos dio tu diagnóstico hace unos días… Creo que Lulú se lo ha aprendido de memoria.

—Latigazo cervical… No muy grave, aunque tendrás que ponerte collarín unas semanas por si acaso —empieza ella, mirándome con miedo—. Fractura del cúbito. Llevarás vendaje alrededor de mes y medio, dos meses, y luego pasarás a rehabilitación por si acaso… Y te diste un golpe en la cabeza muy fuerte, pero no tienes contusiones craneales ni nada por el estilo. El airbag hizo su trabajo, aunque tienes algunas quemaduras en el cuello, el pecho, los brazos y la cara… Nada que no se vaya a ir con el tiempo.

Asiento lentamente con el ceño fruncido.

—Calculo que en tres meses estaré como nueva, y que me darán el alta en unos días. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Inconsciente solo un día y medio, el resto del tiempo has dormido —contesta Jacques—. Han pasado setenta y dos horas desde el choque.

—Tres días… —murmuro, rozándome la venda del brazo con los dedos. Tardo unos cuantos minutos en salir de mi embotamiento mental, pero cuando lo hago, el primer recuerdo que me viene a la mente no es agradable. Lana saliendo despedida hacia delante. Lana…—. ¿Dónde está Lana?

Hay un breve silencio en el que todos los ojos, incluidos los míos, se posan en Nina.

—Ella no ha tenido tanta suerte como tú —dice, sin expresión. Entonces me fijo, y veo que tiene colorado el cerco de los ojos, unas ojeras que le llegan a las rodillas y, sobre todo, que viste el pijama, como si llevara días durmiendo aquí—. No se puso el cinturón.

—¿Y? —insisto, impaciente.

—Está en la UCI. La tuvieron que intervenir en cuanto llegó, y esta tarde van a revisarla para ver si es necesario que entre una segunda. Ella… —Le toma unos minutos encontrar las palabras, y ahí es cuando tengo que incorporarme, con el corazón latiéndome acelerado, para prestarle atención—. Llegó con laceraciones por todo el cuerpo, varios huesos rotos, esguince en una muñeca… Una costilla le perforó el bazo y se lo han extirpado sin problemas, pero… Tiene un traumatismo craneal muy grave, Non —balbucea, parpadeando para contener las lágrimas—. Puede que tenga problemas de memoria, o cambios de personalidad, o… En general, podría no volver a ser la misma.

—Pero… ¿Qué zona del cerebro ha afectado? Eso depende de la parte, del… —Niego con la cabeza, mareada—. ¿Por qué dices que van a intervenirla otra vez?

—Están estudiando exactamente en qué parte del cerebro están los… problemas —murmura Lulú—. Y ver si pueden… arreglarlo. No lo sabemos muy bien, el cirujano no sabe utilizar palabras que no sean técnicas. Pero por ahora no podemos hacer nada, solo esperar.

Cierro los ojos un momento, intentando no imaginarme a Lana en un quirófano. Eso no tendría ningún sentido, ¿verdad? Lana Douves tumbada, llena de vendas y heridas, con una parte de la cabeza rapada, con lo que a ella le gusta su pelo… No, definitivamente eso es impensable. Preferiría morir a que le cortasen el pelo.

Estará bien, tiene que estar bien. Si estuviera aquí ahora mismo, se reiría de las caras que tenemos todas, o se habría puesto a hablar de su vida amorosa para darnos una lección de lo que es «deprimente de verdad».

—¿Dónde está? Quiero verla, y hablar con el médico.

—No puedes entrar ahora mismo, están…

—¿Ya está despierta? —interrumpe mi madre, entrando a paso ligero en la habitación. Aparta no muy amablemente a Katia para colocarse a mi lado, y después de echarme un rápido vistazo de arriba a abajo, sonríe—. No tienes muy mal aspecto. Dice el médico que te recuperarás muy rápido. Has tenido muchísima suerte, Adrienne. ¿Cómo se te ocurre pedirle al hombre que vaya a cien por hora cuando está lloviendo a cántaros? El taxista ha muerto en el quirófano y a Lana le costará incorporarse…

—Si es que se incorpora —murmura Lulú, en voz tan baja que solo la escucho yo. Busco sus ojos para reprenderla, pero no se me ocurriría hacerlo cuando está llorando en silencio.

—Estábamos yendo al aeropuerto para que Leon no se fuera… Lana le pidió al taxista que fuera más rápido, que si no llegábamos a tiempo no habría propina, y estaba tan emocionada que no se puso el cinturón. Iba prácticamente dando saltos sobre el asiento, colgada de nuestros respaldos, y…

—Esa niña estúpida… —solloza Nina, dándose la vuelta de golpe y saliendo de la habitación.

—¿Tan grave está? Se puede vivir sin el bazo, y un golpe en la cabeza es peligroso, pero… —Mi voz se va apagando—. Tengo que llamar a Neumann para decirle que estoy aquí, y que Lana está grave, y…

—Ya hemos llamado nosotras —interviene Jacqueline—. Le mandamos al doctor una copia del diagnóstico para justificar tu ausencia. Te mandó un abrazo y te deseó que te recuperases lo antes posible para incorporarte. De Lana no hemos dicho nada porque tuvo un momento de lucidez antes de volver a desmayarse y pidió… Bueno, le pidió a la enfermera que por favor no se lo dijeran a un tal Alex. Lo repitió tantas veces

que la mujer casi se nos echó encima cuando fuimos a comentárselo a Neumann.

—Axel —corrijo, sin poder enfocar la mirada—. Es Axel, no Alex. Increíble… Incluso a las puertas de la inconsciencia no se le ocurre nada mejor en lo que pensar que en ese hombre. —Esbozo una sonrisa sin ganas, al tiempo que aparto la sábana con cuidado para salir de la cama—. Eso, sin lugar a dudas, es una garantía. Si hubiera preguntado por cualquier otra persona me habría asustado…

—Eh, eh, ¿dónde crees que vas? —corta mi madre, haciendo escudo humano delante de la puerta—. Métete en esa cama, o te meteré yo a la fuerza. Soren aparecerá de un momento a otro con el té de jengibre, Ivan está llegando y Lulú ha ido a por la enfermera, así que entra ahí y no te muevas.

—Mamá, tengo que hablar con el médico de Lana. No seas…

Dejo de hablar en cuanto asumo la gravedad de la situación, caigo en la cuenta de lo que significa que hayan contactado con Neumann y, en definitiva, doy de golpe con la realidad.

Lana está a punto de entrar por segunda vez al quirófano, y es muy probable que Leon esté enterado de mi accidente, lo que significa que no le he importado lo suficiente para venir. No ha podido dejar a un lado sus celos estúpidos para estar conmigo mientras me debatía entre la vida y la muerte… Vale, quizá estoy exagerando, pero he estado inconsciente varios días, y se suponía que se llevaba muy bien con Lana. Siendo tan galante, educado y preocupado como es él, ¿no se ha planteado presentarse a enterarse de lo que está pasando? Tiene dinero de sobra para permitirse un boleto de última hora, e incluso puede que tenga un avión privado… ¿Qué excusa de mierda puede tener para no estar aquí?

—¡Ya estás despierta! —exclama Ivan, asomándose por la puerta. Se acerca a mí con una media sonrisa, y se sienta en la silla que Katia acaba de dejar libre—. ¿Cómo te sientes? He revisado tu informe médico y todo está en orden. También he revisado el de Lana, y… Es más complicado —cabecea, mirándome directamente—. El porcentaje de que le queden secuelas de por vida es muy elevado…

Mi madre bufa y lo fulmina con la mirada.

—¿No ves que el momento es muy delicado? Ahora lo que queremos escuchar es que Lana va a salir del quirófano con su propio pie, con una sonrisa y una frase mordaz, no que le quedarán secuelas. Por estas cosas no me terminabas de caer bien, Villeneuve —espeta—. No tienes ni idea de lo que es el tacto, ni sabes nada de mentiras piadosas para subir los ánimos…

—Es que yo no quiero mentiras piadosas. Quiero que me digan la verdad —declaro, silenciando a mi madre. Devuelvo la vista a Ivan, que ni se inmuta por la pullita—.

¿Qué secuelas son esas?

—Problemas conductuales, sobre todo. Baja capacidad de concentración, falta de conciencia sobre sus limitaciones, lo que la llevará a tener un comportamiento obstinado…

—¿Más obstinada? —Medio sonríe Katia, aunque sin ganas. No despega los ojos de la puerta—. Eso sí que sería digno de ver.

—Podría desarrollar su sexualidad exageradamente, o quedar inhibida hasta no sentir atracción alguna… Le costaría tener reacciones emocionales, o por el contrario, manifestaría una volatilidad emocional grave. Además de los problemas básicos, como la pérdida de memoria total o parcial.

—No en este caso —interviene el médico, que había estado apoyado en el marco de la puerta escuchando a Ivan. Se acerca al borde de la cama, y clava en mí sus inquietantes ojos transparentes—. Soy Constantin Danot, oftalmólogo. Hemos revisado a la paciente y, aunque es cierto que el impacto craneal ha sido determinante, no tendrá problemas de memoria, ni consecuencias a nivel conductual. En principio, el único problema que ha traído el golpe ha sido un desprendimiento de retina de los dos ojos. Por supuesto, esto puede que vuelva a su lugar con el paso de los días, aunque haya probabilidades de que sea crónico. Aunque por desgracia, parece que al impactar con el airbag se abrasó la superficie de la córnea.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Jacques, con los ojos redondos.

—Significa que la paciente ha perdido la visión.

No me lo terminé de creer hasta que no me presenté en la habitación de Lana y comprobé por mí misma que tenía un parche en cada uno de los ojos. Y ni por esas llegué a asimilar lo que podría conllevar, algo que sin duda refleja la clase de médico que estoy hecha. Sí, ya, no estudié medicina sino biomedicina, pero a efectos prácticos es deprimente que no sepa encajar un diagnóstico cuando llevo diez años laborando como científica racional.

El problema es que se trata de mi amiga, y que mientras estuvo inconsciente no hubo problema, pero cuando despertó y se dio cuenta de que no volvería a ver sus desfiles de moda preferidos, no podría cuchichear sobre el trasero de los tipos que se le ponían por delante y ya ni hablar de trabajar como mi ayudante, todo cambió. Y cuando digo todo, no me refiero solo a su vida, sino a quienes estábamos y seguimos estando a su alrededor.

En realidad es una gran tontería hablar de desfiles y retaguardias masculinas cuando el problema va mucho más allá, y ni siquiera ella es tan superficial para lamentarse de minucias, pero es lo que prefiero pensar para no caer en depresión. No sería justo que nos viniéramos abajo con ella cuando necesita que seamos fuertes en su nombre, cuando le hace falta que le echen una mano y le suban el ánimo. Así que utilizo este tonto placebo mientras ella se repone y va asumiendo poco a poco que su vida va a cambiar.

Han pasado ya unas cuantas semanas desde el accidente. Me dieron el alta tres días después de despertar y encontrarme el pastel, aunque lógicamente he estado yendo y viniendo para no dejar sola a Lana ni un momento. Entre intentos de conversación por mi parte y mugidos de la suya, cafés dejados en la mesilla en completo silencio y unas cuantas lágrimas contagiadas al ver que se deshacía en llantos inconsolables cuando pensaba que estaba sola, ha pasado más de un mes.

Neumann sabe de mi situación: tal y como Lana pidió, hemos respetado el secreto de su paradero y he utilizado como escudo mi propio accidente. Me puedo imaginar lo que pasará si descubre que estoy mintiendo —y esta vez, el señor Dresner no se saldrá con la suya protegiéndome, estoy segura—, pero sinceramente, me importa mucho más el estado de ánimo de Lana después de perder la visión y su recuperación que un trabajo. Por muy maravilloso que sea.

Aun así, llevo desde que nos metimos en el taxi para ir a por el hombre que no merece la pena —he decidido empezar a llamarlo así— sin hablar con ella. Y creedme cuando digo que casi un mes y medio sin Lana, se nota. Se nota demasiado.

Por si no os habíais dado cuenta, más que mi ayudante o amiga, es la que le pone el picante a mi vida: una persona que, bien puede no ser la que más quieres en el mundo, y por supuesto que puede no ser tu mejor amiga, pero es absolutamente imprescindible. Hace tanto ruido y te llena tanto, que cuando falta, sufres de manera inevitable. Y sé que es egoísta decir que he sufrido su pasotismo cuando su problema es mil veces mayor, pero mientras lo reserve para mí no habrá guerra, ¿no?

—Tienes que irte, Non —me dice Nina, por décima vez—. Le van a dar el alta en una semana, y no está sola. Cuenta conmigo, con Jacques y con Lulú. Tú debes volver a Múnich.

—¿Por qué? Soy mucho más cercana a Lana que Lulú y Jacques…

—Lo sé, pero su colaboración tiene lógica, la tuya no. Ellas viven en París y pueden permitirse venir al hospital todos los días sin pausar su vida, dejar su trabajo y, en general, desvivirse por alguien que lo está pasando mal. Lana se ha quedado ciega, Non, pero no tiene un cáncer terminal —declara, cuadrando los hombros—. He estado hablando con psicólogos, leyendo cosas en Internet y viendo documentales, y es

negativo para un paciente que le traten como si estuviera moribundo cuando no es así. Si queremos que recupere su vida… O al menos, que no sienta que la tratamos de un modo distinto y confiamos en su recuperación, tenemos que dejar de darle palmaditas en la espalda.

—Solo han pasado dos meses desde entonces, Nina… Tienes que darle tiempo para que se adapte a su situación. A partir de ahora va a tener que vivir con cuatro sentidos. Es tan duro como perder una pierna, o incluso peor… Para la pierna podrían haber encontrado un reemplazo.

—¿Te crees que no me cuesta llegar a su habitación y hablarle como si nada? Quiero meterme en la cama con ella y abrazarla hasta que llore todo lo que tenga que llorar. Haría cualquier cosa por ser yo la que perdió los ojos, Adrienne —dice, seria—. Pero hay que hacerlo por ella. Tenemos que seguir adelante y dejar que Lana se incorpore a su debido tiempo. Tú incluida. Vuelve, Non; aunque solo sea para dejar en regla tus asuntos laborales, dar de baja a mi hermana y aclarar las cosas con tu novio, que vaya cara tienes tú también.

Me gustaría tener mis prioridades lo suficientemente bien estructuradas para decir que, al lado de Lana, el problema con Leon no significa nada… Pero no es cierto; de un tiempo al día de hoy me he convertido en una adolescente que pierde el culo por su amor platónico, aunque en este caso no seamos platónicos sino más bien una pareja fallida.

Es cierto que quiero quedarme aquí con Lana: es mi deber, y antes que eso, es mi deseo… Pero también pienso en él. Demasiado a menudo, si queréis que sea honesta. Antes de dormir me pregunto qué estará haciendo, si respondería mis mensajes en caso de que le mandara alguno…

Obviamente no le voy a enviar nada, claro. Es muy probable que Neumann le haya puesto al corriente de mis ausencias y él se pasara por el forro mi problema personal. Y no debería sorprenderme porque, en fin… ¿Acaso es la primera vez que lo hace?

Me duele, no voy a negarlo. He retomado el estado de modorra en el que me dejó Ivan después de irse, y no sabéis cuánto lo detesto. Es deprimente que un hombre tenga el poder de debilitarte, pero supongo que es a lo que te expones cuando abres tu corazón. No te queda más remedio que asumir que, al igual que buenos momentos, vas a tener que soltar unas lágrimas de vez en cuando. Y si encima añades la ausencia de Leon, a la ausencia de Lana y a la ausencia de ti misma, el resultado es verdaderamente devastador.

Por suerte, cuando aparezco en la habitación de Lana para dejarle el café de siempre, rompe su voto de silencio conmigo. Lleva un mes largo sin hablar: por eso debe carraspear y tragar saliva varias veces antes de que entienda su pronunciación.

—¿Qué ha pasado con Leon?

Me doy la vuelta, sorprendida por el sonido de su voz y, sobre todo, porque eso sea lo primero que se le ocurre preguntar. No cómo estoy y qué tal anda mi brazo, o decirme cómo se siente, o qué le preocupa… Me pregunta específicamente por él.

Me planteo sacarla de la cama por el pelo y zarandearla un poco, esperando que ya que un accidente no es suficiente para sacarle de la cabeza las tonterías del amor en pareja, al menos sirva un buen sopapo. Pero no lo hago; en su lugar, respondo dócilmente.

—Estará en Múnich, supongo. ¿Cómo has sabido que era yo?

—No lo sabía, solo he probado suerte y he dado en el clavo —contesta, tensa—. ¿Por qué está en Múnich y tú estás aquí?

—Porque no estamos juntos. ¿Cuál es el drama ahora, Lana? ¿Estando como estás vas a seguir preocupándote por mí y por Leon, como si no tuvieras mejores cosas en las que pensar?

—No me estaba preocupando, créeme. Sé muy bien que tengo cosas mil veces más importantes en las que pensar —asevera, sin ilusión en la voz—. Solo quería saber si ha merecido la pena que me quede ciega, y en vista de que no has resuelto tu mierda, parece que no. Me subí en un taxi lloviendo a cántaros y estando borracha para nada, y ahora soy una puta invidente.

La amargura que arrastran sus palabras, y sobre todo, la rabia frustrada con la que me las espeta, hace que el corazón se me encoja y me plantee algo que no se me habría pasado por la cabeza jamás.

—¿Crees que tengo la culpa de lo que te ha pasado? —pregunto en un susurro. Enseguida me arrepiento, porque reconozco no estar preparada para una respuesta afirmativa.

—Por supuesto que no. La culpa la tengo yo, por ser una imbécil que solo piensa en gilipolleces —masculla—. Es un poco estúpido que me incorpore para hablar contigo cuando no te puedo ver, ¿no crees? Si no te importa, me voy a acomodar.

—Como quieras. Ya sabes que si me necesitas puedes…

—No he terminado de hablar. Quiero que te vayas y arregles eso, Adrienne —suelta sin tapujos—. Vuelve a Múnich, retoma tu trabajo y habla con Leon, aunque solo sea para dar sentido a mi futuro de mierda. Haz que valiera la pena ese accidente. Te lo pido como favor de amiga.

—Lana… —Me acerco a la cama, negando con la cabeza—. Ese accidente no podría valer la pena bajo ninguna circunstancia.

—Lo sé, pero ya que voy a ser una desgraciada toda mi vida, creo que entenderás que quiera evitar que lo seas tú también, ¿no? Que yo me haya quedado ciega no significa que ahora tú tengas que echar por la borda todo lo que has conseguido.

»No sé dónde estás y llevo mucho tiempo sin caminar, así que no puedo ir a por ti y darte una paliza para asegurarme de que obedeces, pero si no lo haces, me vas a decepcionar muchísimo. No necesito que estés velándome, ni que cuchichees con las demás lo preocupada que estás por mí cuando crees que no os escucho, básicamente porque no quiero daros pena. Esta es… —Su voz tiembla—. Esta es la mayor mierda que me ha pasado y que me pasará, pero es *mi* mierda, y nadie excepto yo misma tiene el derecho a sufrirla. Así que, por favor… No hagas que te lo pida de nuevo.

—Eres de mis mejores amigas —empiezo, intentando hacer que entre en razón—. Va contra mis códigos y…

—Me importan una mierda tus códigos. Cuando por fin has conseguido olvidar al hombre que te abandonó o que simplemente te hizo daño, cuando por fin te has arriesgado por un hombre que te merece la pena, cuando por fin te están valorando como lo que eres en una investigación que está a la altura de tus expectativas e intelecto, no vas a abandonar —declara, tan segura de sí misma que llego a la conclusión de que ha estado preparándoselo mucho tiempo—. No vas a hacerlo, como que yo me llamo Lana Douves. Por encima de mi cadáver calcinado, pisoteado y escupido. ¿Estamos? He estado años viéndote infeliz, y no voy a ser la causante de que sigas siéndolo. Así que ve, repito, y pon tus asuntos en regla. Cuando todo esté bien, y si crees que hay algo importante por aquí, vuelves. Y aviso desde ya que, como se te ocurra venir con la cara de perro que seguro que estás poniendo ahora y sin haber resuelto nada, tú y yo habremos acabado.

Es increíble que incluso estando tendida en una cama y sin ejercer todo el poderío de su mirada chispeante sobre mí, tenga fuerza de sobra para convencerme de su voluntad. Aunque en este caso no es solo que se conjugue su tono inapelable, sino que lo que dice tiene sentido.

—Tengo miedo de volver porque no va a ser lo mismo sin ti.

Si esperaba que se relajara y me dedicara unas cuantas palabras bonitas tras mi confesión, estaba pidiendo demasiado.

—¿Estás de coña? —espeta, incorporándose. Su tono entre incrédulo y herido me hace daño—. Que sea la última puta vez que dices que tienes miedo de que algo no va a ser lo mismo; al menos la última vez que lo dices en mi jodida cara de ciega.

»¿Sabes lo que es tener miedo? Miedo es ser plenamente consciente de que vas a vivir en la oscuridad durante el resto de tu vida, que no vas a ver a tus amigos, ni los amaneceres después de ir de fiesta, ni tus películas favoritas; ni podrás conocer a gente

nueva porque la gente no querrá involucrarse contigo, ni podrás ir a bailar, ni podrás ir por la jodida calle con la seguridad de que no te va a pasar nada. Miedo es que te hayan quitado el sentido con el que apreciabas todas las cosas que te gustaban en la vida, no perder a tu ayudante manazas y bocazas. Miedo es…

No puede seguir hablando. La voz se le termina de quebrar, y rompe a llorar como una niña. Tardo exactamente un segundo en volar hasta ella, sentarme a su lado y abrazarla con fuerza. Siguen sin gustarnos las muestras de cariño, pero en ocasiones como esta no se puede hacer nada mejor.

—De acuerdo, lo siento mucho —murmuro, dándole un beso en la coronilla—. Te quiero, Lana. Sé que a ti te va a importar siempre, pero para mí no es un impedimento que ya no puedas ver o verme. Si me necesitas, yo voy a ayudarte en todo lo posible. Pídeme que no me separe de ti, y lo cumpliré.

—No se me ocurriría pedirte eso, porque si tú me lo hubieras pedido a mí en esta situación, habría pasado de tu cara. —Suelto una carcajada, y ella casi llega a unirse—. Te estoy pidiendo que te vayas, le patees el culo a todos esos imbéciles y te quedes con el príncipe encantador. Yo… Yo ya no puedo tener el cuento, ni el final feliz. Pero tú lo tienes al alcance de tu mano, así que tómalo. Hazlo por mí aunque sea.

Asiento, aun sabiendo que no puede verme, y me reservo el comentario sobre lo que me separa de Leon. No es solo que se marchara por los celos, sino que me ha abandonado en mi peor momento por ese estúpido motivo. De todos modos, si Lana quiere que vuelva, es lo mínimo que puedo hacer por ella. Volveré, arreglaré las cosas rápido, y regresaré a París para ayudarla a habilitar la casa para su reincorporación al mundo, acompañarla a los psicólogos y todo cuanto sea necesario para que vuelva a ser la Lana que conozco y adoro.

Le doy un beso en la mejilla y me despido. Acto seguido, me levanto y me dirijo a la salida, pero ella me retiene un momento diciendo mi nombre.

—Dime.

—¿Puedo pedirte un último y gran favor?

—Por supuesto.

—No le digas a Axel lo que me ha pasado —pide. Da igual que no pueda ver sus ojos o el arco de sus cejas; sé que habla desde la seriedad más profunda.

—¿Qué dices? ¿Estás segura? ¿Y si pregunta por ti?

—Llevo un mes ignorando sus llamadas, y hace unas semanas que se ha cansado de mandarme mensajes. No creo que pregunte. Y si lo hace… No le cuentes la verdad. Por favor, Adrienne. Es lo único que te pido en esta vida. Da igual cuántas veces insista,

solo dile que me quedo en París. Si quiere saber más, invéntate que he empezado a salir con alguien o que me voy a casar. Dudo que llegue a tanto como para interesarse por eso, pero por si acaso… Ahí tienes un respaldo.

—Lana, eso es muy cruel, no entiendo que…

—¿No lo entiendes? ¿De verdad no lo entiendes? —corta bruscamente—. Adrienne, si se entera de que me he quedado ciega, va a seguir afincado en su puñetera casa, con el añadido de que me mandará a la mierda. Un tío como ese no va a perder el tiempo con una minusválida, y yo pretendo evitarme el mal rato de averiguarlo y adelantarme a sus pasos. Por favor… No me hagas suplicártelo.

Trago saliva y asiento, aún sin el completo convencimiento de estar haciéndolo bien.

—Supongo que… Sí, podría hacerlo.

—Promételo. Prométemelo por lo que más quieras. Por tu madre, por la ciencia, por tu amor propio, por el té de jengibre o por todo junto. Júralo.

—Lo juro. Por mi madre, la ciencia, el amor propio, el té de jengibre y todo junto.

Solo entonces, me dedica el primer intento de sonrisa que le he visto desde el accidente. Y no es una sonrisa aliviada, sino una sonrisa de «ojalá estuviera muerta».

CAPÍTULO 18

El vuelo ha sido bastante tranquilo, comparado con lo que la línea tiene por acostumbrado servirme —patadas de mocosos, y un largo etcétera—, pero no he dejado de sentirme culpable hasta que no he pisado tierra firme… Y aun ahora sigo pensando que he cometido un gran error dejando a Lana. Ya sé que no está sola, que no me necesita, que me ha pedido expresamente que me vaya y bla, bla, bla, pero eso no quiere decir que esté conforme con mi decisión. Aunque por el momento supongo que puedo aferrarme a que es lo que Lana quiere, y que en el fondo, necesito terminar lo antes posible con Leon.

Sí, he dicho «terminar», pero no os lo toméis como un adiós definitivo. Quiero acabar con esta sensación de incertidumbre que cada vez me agobia más, no con la relación. De todos modos, y siendo cien por cien sincera, no creo que vaya a alegrarme especialmente ver a alguien que lleva ignorándome dos meses. Por no añadir que está a punto de finalizar mi contrato, y a no ser que acuerde con Neumann seguir invirtiendo indefinidamente, tendré que coger mis maletitas y volver por donde he venido.

En principio no me parece tan terrible, pero sé que es porque no he tenido el placer de mirarlo a la cara aún. Es muy fácil tomar decisiones determinantes cuando la persona que quieres no está delante de ti, pero al cambiar esto, todas tus convicciones se pueden tergiversar. Y aunque las mías en concreto hayan sido inamovibles durante años, ya no sé si ante unos ojos verdes podría seguir en mis trece.

En contra de mi voluntad, me entristece salir del aeropuerto y ver que Leon no está esperándome, igual que me he pasado todo el trayecto conteniendo las lágrimas porque Lana no berreaba a mi lado. Y digo «en contra de mi voluntad» porque si por mí fuera, si de mí dependiera, haría que ese hombre me importase un rábano… O tal vez no. No es justo borrar todos los buenos momentos porque se haya perdido uno de los malos, ¿verdad?

Al carajo. Le mandé un mensaje diciendo que estaba camino a Múnich, incluso le dije el número del vuelo y cuándo aterrizaba para que viniese… ¿Qué hay más elocuente que una ausencia?

—¿Adrienne? —me llama alguien.

Levanto la vista y, por la alegría genuina de volver a ver a Axel, sonrío. Pero el gesto se congela en mis labios cuando al mirar hacia abajo veo que tiene en las manos un ramo de rosas blancas. Un ramo que, evidentemente, no es para mí.

—Hola, Ax…

—Me alegro de verte. —Se acerca y me da un cariñoso beso en la mejilla, pero no se me pasa por alto que busca con la mirada a alguien—. ¿Lana está en el baño? ¿No ha

venido…?

«No le digas a Axel lo que me ha pasado».

«Prométemelo, Adrienne».

«Un tío como ese no va a perder el tiempo con una minusválida».

Me armo de valor, cuadrándome de hombros, y lo miro a los ojos. Mi ánimo decae cuando reconozco en su mirada algo muy similar a la esperanza; la esperanza disolviéndose lentamente en el remolino negro de sus pupilas, al asumir que nada va a ir tan bien como pensaba.

—Lana ha encontrado un trabajo mejor en París y ha decidido quedarse —explico, con voz estrangulada—. No va a volver… Le voy a mandar las cosas que tiene aquí por correo.

Intento no fijarme en que baja la mano en la que sostenía el ramo de flores y aparta la mirada. Yo lo imito, huyendo del desamparo de estar destrozando sus ilusiones, y me centro en las rosas. En el precioso y tupido ramo, que debe haberle costado una fortuna y parte de otra.

Una frase que Lana pronunció no hace mucho tiempo acude a mi mente. «Quiero al hombre que me trae el desayuno a la cama, me regala flores sin motivo, me hace visitas sorpresa…»

—¿Y no pensaba decírmelo? ¿No se le ha ocurrido responder a un puto mensaje para…? —Levanto la cabeza y lo miro, temiendo un estallido de rabia. Pero no hay rabia en su expresión, solo desesperación—. ¿No te ha dado ningún mensaje para mí? Porque no es para nada su estilo no tener la última palabra, o quedarse callada… —Niego con la cabeza, y él asiente secamente—. Es por lo de definir la relación, ¿no? Seguro que te contó que discutimos porque no quiere estancarse en «el medio de nada» —bufa, cambiando el peso de una pierna a otra—. Ya, como si estuviéramos ahí… ¿Sabes si ha cambiado de número?

—¿Por qué? —pregunto con temor.

—Pues para llamarla. ¿Se cree que esto va a quedar así? Porque está muy equivocada. La conozco, sé que solo intenta llamar mi atención. Me lo dijo una vez: «un día de estos me voy a largar, y hasta que no te arrastres como un gusano y sufras como el perro indeciso que eres, no volveré». Bueno, llevo arrastrándome dos meses —señala con amargura—, así que creo que es un excelente momento para…

—No —corto, avanzando unos pasos con las mando por delante—. Axel, ella…

Pero él no escucha.

—Si no me dices su número, iré a buscarla yo mismo. Se ha salido con la suya,

Adrienne, como siempre hace… Iba a pedirle que saliera conmigo, o que fuéramos lo que le hiciera más ilusión. Me ha costado dar el paso, ¿y ahora pretende hacerse la difícil? Y una mierda.

—Axel, escucha… —empiezo, alarmada.

—Esa niñita caprichosa me va a oír antes de tomar una decisión. Estoy seguro de que todo esto solo era un toque para que la echara de menos y actuara. Y mira por dónde, ha servido…

—Axel —corto, poniéndole una mano en el pecho. Él deja de hablar y me mira con el ceño fruncido. Es mi momento: el momento de romper un corazón por orden directa de la propietaria. Y creedme, ser intermediaria obligatoria no me hace ninguna ilusión—. Lana tiene a alguien en Francia. Si decides llamarla… No será nada agradable. Yo misma puedo decirte lo que te respondería si contactaras con ella, y es que sigas tu vida. Lana está muy feliz en París con su pareja.

¿Os habéis dado cuenta de la evolución? Hace unos meses, casi un año, no había soltado una trola en mi vida, y miradme ahora: siendo la reina de las viles patrañas.

Como ya he dicho antes, no me siento orgullosa. Quiero retractarme en el mismo momento en que reconozco en los ojos de Axel la traición más profunda… Pero esto es lo que tenía que hacer. Puede que no esté de acuerdo con Lana, porque ir por delante es lo mínimo que se puede hacer en estos casos. Sin embargo, aunque Axel se haya presentado con un ramo de rosas y una promesa de amor, ¿quién dice que hubiera seguido manteniendo la pose al enterarse de la verdad? Ni siquiera Lana está segura de quererse tal y como está; ¿cómo iba a hacerlo Axel, un ególatra redomado que se enamora de las mujeres por trimestres, y únicamente teniendo en cuenta su físico?

Como es natural, saber que hago lo correcto a medias —solo a medias— no me libra de la incómoda tortura que se manifiesta en forma de silencio después de la mentira. Axel se ha quedado de una pieza. No sabe cómo reaccionar, y por el modo que tiene de mirarme, no parece encontrar especialmente divertido estar revelando su lado inseguro, puede que deprimido, delante mía. Delante de alguien, a secas.

Para evitar un ambiente más violento, decido ofrecerle una vía de escape saliéndome por la tangente.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí, que llegaba justamente hoy y a esta hora?

—Estoy recibiendo las llamadas de Leon por él —contesta, perdido. Parece que va a añadir algo en relación a la conversación anterior, pero debe verlo como una demostración de debilidad, porque aprieta la mandíbula y vuelve al tema—. Vi tu mensaje, pensé que venías con… Y vine. Puedo llevarte a casa, si quieres. Leon está ocupado, por eso no ha aparecido.

—¿Y lleva mucho tiempo ocupado? —pregunto. Se me escapa una nota de ironía que él caza al vuelo, poniéndole el cuerpo en tensión.

¿Perdón? ¿A qué ha venido eso…? Es como si no le gustara que le preguntase por Leon porque sabe que va a tener que darme una respuesta desagradable. Y si os acordáis, Axel y Leon son mejores amigos: es muy posible que el Parrillas le haya contado que he ido detrás del culo de mi ex en cuanto he vuelto a verlo, y por eso, me mire con precaución.

—He vuelto para hablar con él, coger las cosas de Lana y negociar mi renuncia —señalo—. No va a detenerme que me ignore.

Axel asiente y no dice nada más. Repentinamente ha enmudecido, cuando por lo general tiene cháchara para dos. Y aunque me gustaría sacarle conversación solo para evitar que se hunda en la miseria del abandono, no voy a hacerlo porque yo, en su lugar, también necesitaría reflexionar en silencio. Así pues, nos dirigimos tranquilamente al Mustang aparcado en doble fila, que también había decorado con flores.

Por el rabillo del ojo percibo que, lo que pensé que sería solo motivo de rabia por el «patetismo» de la situación, es más bien frustración acallada, e igualmente desconsolada. Axel no toca esas flores, sabiendo que le tomaría demasiado tiempo quitarlas, pero antes de acomodarnos en los asientos, observo que se acerca a la papelera más cercana y arroja el grandioso ramo de rosas con resignación.

Ese gesto me encoge el corazón, sobre todo porque cuando se da la vuelta para caminar hacia el coche, veo en sus ojos una nueva determinación a olvidar a la mujer por la que iba a arriesgarse. Algo que, en parte, es un alivio: si se ha rendido tan fácilmente, es porque no la quería tanto.

O a eso decido abrazarme para no desatar mi lengua y contarle toda la verdad.

Leon acaba de desmontar un interesante mito sobre los millonarios, y es que a diferencia de lo que pensaba, no vive en una casa enorme, con amplios jardines y veinte habitaciones de invitados. Tampoco pasa sus días en un apartamento con vistas a la ciudad. Por el contrario, se ha conformado con un piso en un edificio más bien apartado. Sigue sin estar en un barrio ruinoso, pero definitivamente, sus vecinos tienen que sorprenderse al verle ir y venir en limusina.

Pero no he venido a inspeccionar su casa, y ya de paso, tampoco a quedarme delante de la puerta cmo un pasmarote. Axel me ha indicado el piso y el número, sin dejar de

mirarme con ese recelo y preocupación tan extraños, como si temiera que fuera a decirle a Leon que me quedo con Ivan, y luego se ha marchado a limpiar el coche… O eso me ha parecido. Ergo, estoy sola delante del timbre, sin ni una sola idea del discurso que voy a soltar.

Por lo menos parto de una base: estoy enfadada porque se ha perdido en el mapa, estoy confusa porque no haya vuelto ni me haya enviado ningún mensaje en sus épicos regresos a mí tras ignorarme exageradamente, y por encima de todo, estoy ilusionada por volver a verlo. Así de puñetero es el amor, ¿no? Nunca estás molesta del todo, porque siempre brilla una ilusión por encima de lo demás.

Esa ilusión concreta no sabe si palpitar con más fuerza o partirse en dos cuando Leon abre la puerta, con los hombros hundidos y la barba de unas cuantas semanas. Me sorprende tanto verlo de esa guisa, cuando ha cuidado su aspecto en todo momento, que por un instante no se me ocurre lo que decir. Está bien así, porque de este modo puedo apreciar su asombro al verme parada delante suya, además de una extraña emoción que podría asociar al temor si eso hubiera tenido algún sentido.

—¿Por qué te fuiste? —pregunto sin miramientos. Hay cosas que nunca cambian, y mi capacidad de ser directa, diga la verdad o suelte una mentira, es una de ellas.

—Adrienne, no estoy de humor —murmura con voz pastosa, vulnerable. Eso me para un poco, pero no me disuade—. Hablaremos mañana…

—No, no hablaremos mañana. —Meto el pie antes de que cierre la puerta, y la empujo para cruzar y plantarme en medio del recibidor. No me molesto en buscar una sala donde sentarnos: ahí mismo me giro y lo encaro, mientras él, parece que resignado a perder la batalla, cierra y se acerca a mí con los hombros muy tensos—. Deja que te diga una cosa, Leon. No, mejor deja que te diga varias.

»Desde que te conozco te has estado comportando como un kamikaze, yendo de un lado para otro, sin terminar de decidirte… Y lo he entendido en todo momento, porque no es fácil estar con alguien que piensa en otra persona. Te lo he tolerado pensando que podría justificar tus cambios de humor, y después de haber demostrado que podías tener la misma actitud conmigo durante varios meses, creí en ti. Confié en ti. Y tienes que tomarte en serio mi palabra cuando te digo que comprendo perfectamente tu retiencia a devolverme esa confianza, porque siempre he estado con el nombre de mi ex pareja en la boca… Pero no tenías derecho a marcharte de esa manera sin escucharme, y menos cuando no sabías lo que te esperaba.

—Podía hacerme una idea.

—No, no te la podías hacer.

—Sí —insistió, con los ojos oscurecidos—. Créeme que sabía muy bien lo que ibas a

decirme…

—No tienes ni idea, Leon. Pero eso no es todo, porque puedo ponerme en tu lugar, y sinceramente, es posible que yo hubiera hecho lo mismo. Lo que no te puedo perdonar es que hayas estado dos meses sin contactar conmigo sabiendo perfectamente que había tenido un accidente, en el que el conductor murió y… Y el otro pasajero estuvo a punto de seguir el mismo camino. ¿Qué dice eso de ti, Leon? ¿Puedes estar para acostarte conmigo y utilizar tu ingenio para sorprenderme en cada cita, pero no para velar por mi supervivencia?

No sé si estaba pálido cuando ha abierto la puerta, pero en caso afirmativo, ahora ha pasado al siguiente nivel, convirtiéndose en un fantasma de rostro lívido.

—¿De qué estás hablando? —pregunta, con voz trémula y un trasfondo de tono feroz. Da un paso torpe al frente—. ¿Qué diablos pasó?

—Ahora no intentes quedar bien delante mía. Llamé al doctor Neumann para notificarle el porqué de mi ausencia. Es sencillamente imposible que no te lo transmitiera, a no ser que prefirieses ignorar las razones de mi prolongada estadía en Francia para centrarte en… —Doy una vuelta a mi alrededor. Todas las puertas están cerradas a excepción de una, a través de cuya rendija se ve la cama deshecha—, en pasarte el día tumbado a la bartola.

Un grave temor me asalta: ¿y si he sido yo la que ha provocado todo esto? Me quiero justo como merezco, ni más ni menos, y siempre reconoceré mi valía, pero no creo ser lo bastante importante para él —ni ser suficiente, en general— para condenarle a unas cuantas semanas bajo las sábanas. Básicamente porque creo que nadie vale más que la salud mental de alguien. Pero si de veras he ocasionado todo esto, no me va a quedar más remedio que pedir disculpas… O zarandearle por sacarlo todo de quicio. O todas a la vez.

—No lo sabía, Adrienne —dice, sonando tan sincero que dejo pasar mis sentimientos—. Si lo hubiera sabido, yo… —Deja las palabras al aire para respirar—. Eso ya no importa. Hace unas semanas que no hablo con Neumann, cada uno está en unos asuntos, y de todos modos, él es quien se encarga del personal, no yo. De todos modos, lo siento muchísimo. Te veo muy bien… —Sus ojos se pasean, cansados, por mi cuerpo—, así que imagino que no te pasó nada grave.

—No, solo me rompí el cúbito y llevé collarín unas semanas, pero todo está en orden… —Hago una pausa, inquieta. Quiero contarle lo de Lana. Necesito decirle lo de Lana… Pero él se lo confesaría a Axel, y yo perdería a una amiga. Una amiga que está en su peor momento y me necesita—. Lo único que no está bien, somos nosotros. Leon… —empiezo, mirándolo a los ojos. Camino hacia él, y él, apoyado contra una estantería pegada al recibidor, me ve venir sin mover un músculo. Sus ojeras y pesadez

me preocupan, pero ya descubriré más tarde qué está ocurriendo—. Es cierto que volver a ver a Ivan ha sido una de las mejores cosas que me han pasado nunca… Pero eso no significa que siga enamorada de él. De hecho, en cuanto me agarró la mano, tuve que admitir para mí misma que me equivocaba, y que no era…

—No lo digas —murmura.

—No era a él a quien quería en mi vida. No es a él a quien quiero, ¿entiendes? —insisto, parándome casi a punto de rozar su pecho—. Lo quiero y lo querré siempre, pero ya no lo amo; solo es un viejo amigo y una persona a la que recordaré con afecto. En cambio, tú…

—No.

—No se me dan bien las palabras bonitas, pero teniendo en cuenta que eres un fanático de la poesía, imagino que no te conformarás con cualquier cosa, así que lo intentaré. Tú… —retomo, mirándole a los ojos—, has llenado mi vida sin quererlo. Debería haber imaginado que serías especial en cuanto dejé que me besaras sin saber aún tu nombre, y aunque eso no hubiera sido así, aunque el Solaray no hubiera hecho de lqs suyas, tengo la sensación de que habriamos acabado en este mismo punto. Te las has ingeniado de maravilla para meterte bajo mi piel.

—Adrienne… —Me mira entre asustado, culpable y complacido, una extraña combinación que, aun así, no logra callarme—. No sigas.

—¿Por qué no? Sé que me quieres. Me lo dijiste en la boda de Jacques, en tu idioma… Tal vez para no presionarme a sentir lo mismo, o para no recibir otro rechazo por mi parte. Eso es lo de menos, porque ahora lo sé, y quiero compensar todo el tiempo que he tardado en darme cuenta de que…

—¡Cállate! —grita de golpe, dando un puñetazo al mueble de su espalda.

Impresionada por su salvaje y también vulnerable reacción, retrocedo un paso; tal es el impacto sobre la cómoda, que caen al suelo varias de las decoraciones sobre la tabla. Logro dominar la consternación y me agacho para coger las figuritas, además de una caja hueca que parece ligera en mis manos.

Cuando vuelvo a mirar a Leon, descubro que me observa con los ojos muy abiertos, tan preocupado por quién sabe qué y pendiente de mis dedos que yo misma me intereso por ese algo. Y entonces entiendo por qué traga saliva copiosamente: porque en mi mano derecha hay una caja de pastillas Avinza. Parpadeo solo para asegurarme, y así es. Aunque abro y cierro los ojos una y otra vez, sigue habiendo una caja casi vacía de derivados de la morfina en su casa.

—¿Por qué tomas esto? —pregunto. Oigo mi voz ajena, y más ajeno lo siento a él, que parece mirarme desde lejos—. ¿No vas a responder ¿Por qué cojones tomas esto,

Leon? Es un medicamento muy fuerte para malgastarlo con dolores abdominales o fiebres. ¿Por qué lo tienes…?

Mi voz va perdiéndose lentamente. Avinza. Es un analgésico que he estado estudiando estos meses, y que se utiliza solo en pacientes que sufren un dolor severo y crónico, de ahí su alto componente opiáceo.

Levanto la mirada de la caja y lo miro a él. Sigue tan ojeroso, pálido y mustio como cuando abrió la puerta, pero ahora me parece doblemente enfermo. Al avanzar un par de pasos y tocarle la frente, pese a que intenta apartarme un par de veces, anoto la fiebre como síntoma.

—¿Qué tienes? —pregunto. La alarma atraviesa mi voz como un cuchillo—. ¿Qué coño es, Leon?

Él inspira lentamente, pesándole y doliéndole el pecho. Suelta el aire despacio, sin quitarme la vista de encima. Sus ojos huyen de los míos, pero no de mi cara, que escruta como si en algún rincón pudiera esconderse de mi pregunta. Aún no sé por qué —o tal vez sí lo sepa pero no quiera saberlo—, pero los ojos se me cuajan al tiempo que los suyos enrojecen.

—Sarcoma del tejido blando en estadio III, diseminado a los ganglios linfáticos. —Apoya la espalda en la pared, rendido, y se estira para mirarme con la cabeza descolgada hacia atrás. Sus ojos son dos rendijas verdes enmarcadas por cercos rojos—. Un cáncer extendido por todo el estómago, inoperable e incurable.

—Ahora no intentes quedar bien delante mía. Llamé al doctor Neumann para notificarle el porqué de mi ausencia. Es sencillamente imposible que no te lo transmitiera, a no ser que prefirieses ignorar las razones de mi prolongada estadía en Francia para centrarte en… —Doy una vuelta a mi alrededor. Todas las puertas están cerradas a excepción de una, a través de cuya rendija se ve la cama deshecha—, en pasarte el día tumbado a la bartola.

Un grave temor me asalta: ¿y si he sido yo la que ha provocado todo esto? Me quiero justo como merezco, ni más ni menos, y siempre reconoceré mi valía, pero no creo ser lo bastante importante para él —ni ser suficiente, en general— para condenarle a unas cuantas semanas bajo las sábanas. Básicamente porque creo que nadie vale más que la salud mental de alguien. Pero si de veras he ocasionado todo esto, no me va a quedar más remedio que pedir disculpas… O zarandearle por sacarlo todo de quicio. O todas a la vez.

—No lo sabía, Adrienne —dice, sonando tan sincero que dejo pasar mis sentimientos—. Si lo hubiera sabido, yo… —Deja las palabras al aire para respirar—. Eso ya no importa. Hace unas semanas que no hablo con Neumann, cada uno está en unos asuntos, y de todos modos, él es quien se encarga del personal, no yo. De todos

modos, lo siento muchísimo. Te veo muy bien… —Sus ojos se pasean, cansados, por mi cuerpo—, así que imagino que no te pasó nada grave.

—No, solo me rompí el cúbito y llevé collarín unas semanas, pero todo está en orden… —Hago una pausa, inquieta. Quiero contarle lo de Lana. Necesito decirle lo de Lana… Pero él se lo confesaría a Axel, y yo perdería a una amiga. Una amiga que está en su peor momento y me necesita—. Lo único que no está bien, somos nosotros. Leon… —empiezo, mirándolo a los ojos. Camino hacia él, y él, apoyado contra una estantería pegada al recibidor, me ve venir sin mover un músculo. Sus ojeras y pesadez me preocupan, pero ya descubriré más tarde qué está ocurriendo—. Es cierto que volver a ver a Ivan ha sido una de las mejores cosas que me han pasado nunca… Pero eso no significa que siga enamorada de él. De hecho, en cuanto me agarró la mano, tuve que admitir para mí misma que me equivocaba, y que no era…

—No lo digas —murmura.

—No era a él a quien quería en mi vida. No es a él a quien quiero, ¿entiendes? —insisto, parándome casi a punto de rozar su pecho—. Lo quiero y lo querré siempre, pero ya no lo amo; solo es un viejo amigo y una persona a la que recordaré con afecto. En cambio, tú…

—No.

—No se me dan bien las palabras bonitas, pero teniendo en cuenta que eres un fanático de la poesía, imagino que no te conformarás con cualquier cosa, así que lo intentaré. Tú… —retomo, mirándole a los ojos—, has llenado mi vida sin quererlo. Debería haber imaginado que serías especial en cuanto dejé que me besaras sin saber aún tu nombre, y aunque eso no hubiera sido así, aunque el Solaray no hubiera hecho de lqs suyas, tengo la sensación de que habriamos acabado en este mismo punto. Te las has ingeniado de maravilla para meterte bajo mi piel.

—Adrienne… —Me mira entre asustado, culpable y complacido, una extraña combinación que, aun así, no logra callarme—. No sigas.

—¿Por qué no? Sé que me quieres. Me lo dijiste en la boda de Jacques, en tu idioma… Tal vez para no presionarme a sentir lo mismo, o para no recibir otro rechazo por mi parte. Eso es lo de menos, porque ahora lo sé, y quiero compensar todo el tiempo que he tardado en darme cuenta de que…

—¡Cállate! —grita de golpe, dando un puñetazo al mueble de su espalda.

Impresionada por su salvaje y también vulnerable reacción, retrocedo un paso; tal es el impacto sobre la cómoda, que caen al suelo varias de las decoraciones sobre la tabla. Logro dominar la consternación y me agacho para coger las figuritas, además de una caja hueca que parece ligera en mis manos.

Cuando vuelvo a mirar a Leon, descubro que me observa con los ojos muy abiertos, tan preocupado por quién sabe qué y pendiente de mis dedos que yo misma me intereso por ese algo. Y entonces entiendo por qué traga saliva copiosamente: porque en mi mano derecha hay una caja de pastillas Avinza. Parpadeo solo para asegurarme, y así es. Aunque abro y cierro los ojos una y otra vez, sigue habiendo una caja casi vacía de derivados de la morfina en su casa.

—¿Por qué tomas esto? —pregunto. Oigo mi voz ajena, y más ajeno lo siento a él, que parece mirarme desde lejos—. ¿No vas a responder ¿Por qué cojones tomas esto, Leon? Es un medicamento muy fuerte para malgastarlo con dolores abdominales o fiebres. ¿Por qué lo tienes…?

Mi voz va perdiéndose lentamente.

Avinza. Es un analgésico que he estado estudiando estos meses, y que se utiliza solo en pacientes que sufren un dolor severo y crónico, de ahí su alto componente opiáceo.

Levanto la mirada de la caja y me centro en él. Sigue tan ojeroso, pálido y mustio como cuando abrió la puerta, pero ahora me parece doblemente enfermo. Al avanzar un par de pasos y tocarle la frente, pese a que intenta apartarme un par de veces, anoto la fiebre como síntoma.

—¿Qué tienes? —pregunto. La alarma atraviesa mi voz como un cuchillo—. ¿Qué coño es, Leon?

Él inspira lentamente, pesándole y doliéndole el pecho. Suelta el aire despacio, sin quitarme la vista de encima. Sus ojos huyen de los míos, pero no de mi cara, que escruta como si en algún rincón pudiera esconderse de mi pregunta. Aún no sé por qué —o tal vez sí lo sepa pero no quiera saberlo—, pero los ojos se me cuajan al tiempo que los suyos enrojecen.

—Sarcoma del tejido blando recidevente en estadio III, diseminado a los ganglios linfáticos. —Apoya la espalda en la pared, rendido, y se estira para mirarme con la cabeza descolgada hacia atrás. Sus ojos son dos rendijas verdes enmarcadas por cercos rojos—. Un cáncer extendido por todo el estómago, inoperable e incurable.

Retrocedo un par de pasos con la garganta atascada, mirándolo con los ojos redondos. Repentinamente, no existe nada en esa habitación: nada excepto Leon, mirándome con aprensión, y los latidos acelerados de mi corazón confuso. Allí me llevo una mano, como si presionándome el pecho pudiera detener ese furioso palpitar.

«Lo único que puede hacer la ciencia es darme tiempo».

«Ojalá pudiera hacer esto para siempre».

«Eso es lo que nos mantiene en equilibrio, la ilusión de que no sea tan malo como

parece».

Doy otro paso atrás, chocando la espalda con la puerta. Ni me inmuto cuando me clavo el picaporte en las lumbares. Lo que me saca del estado de shock es el zumbido entre mis sienes, y el avance de Leon en mi dirección.

—Eso es imposible —murmuro, con la mirada perdida—. Es imposible…

—Lo superé hace cuatro años y ahora ha vuelto con más fuerza.

—No te creo. —Niego con la cabeza, parpadeando muy rápido para contener unas lágrimas que saben mejor que yo que es cierto, que hasta los detalles más estúpidos, encajan—. N-no te creo, si… Me habría dado cuenta de que tomabas medicación, me…

—Y la he tomado para reducir el tumor, que me diagnosticaron hace casi un año, pero las células cancerígenas se han reproducido salvajemente en los últimos meses. Axel se encargaba de llamarme para que no olvidara las dosis.

Un mareo vertiginoso hace que me tambalee y tenga que apretarme contra la pared, alejándome, de un modo u otro, del cuerpo de Leon.

Enfermo. Está enfermo. Y no tiene una enfermedad cualquiera, sino una enfermedad sin cura. Por eso tantas veces puso pegas para salir, por eso tantas veces cogió un resfriado, por eso tantas veces se quedó con Axel «entrenando»… Leon se va a morir, y yo voy a tener que ver cómo lo hace sin poder hacer nada al respecto.

Terminal. Enfermo terminal.

Un gemido reverbera en mi interior antes de salir propulsado con rabia ciega. Me abalanzo sobre él, con los puños por delante, y lo golpeo en el pecho. Leon casi tropieza, sorprendido por el arrebato, pero logra agarrarme antes de que le haga daño.

—¡Hijo de puta! —grito, con la boca torcida—. Eres un miserable y un despreciable cabrón… ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido ocultármelo?

—Adrienne, no era tan f…

—¿Cómo puedes ser tan egoísta y perverso? —continúo aullando, forcejeando con él para golpearlo. Las lágrimas me queman en los ojos, aunque aún no logre asimilar del todo la noticia. Mi voz pierde fuerza, pero no fluidez al desahogarse—. ¡Sabías que estabas enfermo cuando me conociste y no me dijiste nada! ¡Sabías que te ibas a… y te callaste como una puta! ¿Cómo te has atrevido? ¿Por qué has sido tan rastrero? No puedo creérmelo, no puedo…

Entre la continua negación y los ojos empañados, no atino a pisar con propiedad el suelo y casi me caigo hacia atrás al tropezar con la alfombra. Leon me coge por los codos antes de que eso suceda, y aunque no puedo verlo, lo fulmino con la mirada y lo empujo.

—¡No me toques! ¡Eres un mentiroso! Llevas desde que me conoces… Mintiendo como un bellaco. Ni Axel era tu entrenador personal, ni tomabas batidos proteicos, ni hablabas de tu padre cuando te venían esos discursos sobre la muerte, ni estás invirtiendo por él, ni… Ni eran agujetas, ¿no? —Mi barbilla tiembla violentamente antes de señalar su estómago—. Era dolor de verdad.

Leon me mira con ojos tristes. Intenta volver a tocarme alargando un brazo, pero se lo impido dándole un manotazo y abrazándome a mí misma. El corazón se me parte en dos al mirarlo a la cara; no porque tenga los hombros hundidos ni porque no se parezca en nada al hombre que conozco, sino porque la certeza de que perderé sus ojos más pronto que tarde punza mi pecho hasta hacer el dolor insostenible.

—Eres tan egoísta —murmuro, despreciándolo con la mirada y, al mismo tiempo, siendo incapaz de irme—. ¿No pensaste que podrías destrozarme en el proceso…? ¡Has hecho que te quiera, que abandone una vida desidiosa e incluso dependa hasta cierto punto de ti, para ahora abandonarme! ¿Es que no se te ocurrió que me estarías matando haciendo algo así? ¿Por qué no me dejaste elegir contándome toda la verdad…? Ah, ya, claro… Porque querías tenerme a cualquier precio, y no te importaba si ese precio era mi salud mental.

—No es así, Adrienne… Se suponía que iba a dejarte mucho antes de que esto sucediera, de que…

—Ibas a desaparecer sin más, ¿no? —replico con amargura—. Por eso tantas bombas de humo. Porque querías dejarme, pero al final te podía el egoísmo y volvías… De ahí tantos cambios de humor, ¿me equivoco? Dios… —jadeo, secándome las lágrimas con el dorso de la mano. Le lanzo una mirada reprobatoria—. Me hiciste pensar que era una zorra marchándote así de la boda de Jacqueline, y me has hecho sentir como una mierda por no estar enamorada de ti, cuando en realidad el problema era todo tuyo. Casi me mato en un taxi para ir a buscarte porque creí que lo había hecho yo mal, cuando solo te largabas de nuevo para no tener que contarme la verdad… Lana se ha quedado ciega por tu incapacidad para decirme qué coño está pasando. Eres un desgraciado, Leon —espeto, arrancando a llorar con más fuerza. Milagrosamente consigo vocalizar entre los sollozos—. ¿Y sabes qué te digo? Ojalá no te hubiera conocido —escupo, empujándolo por el pecho. Pero no llego a soltarlo, sino que agarro su camiseta con fuerza, arrugándola entre mis puños. Quiero añadir algo más, algo solo la mitad de cruel de lo que acaba de hacerme… Sin embargo, no existe, así que simplemente me desahogo apoyando la frente en su pecho—. Me has curado el alma para arrancármela de nuevo. Eres peor que el diablo, ¿me oyes? Te odio. Te odio…

—Lo sé —musita lacónicamente—. Lo sé, y lo siento.

—¿Que lo sientes…? —espeto, separándome y mirándolo con incredulidad. Pronto

descubro que mirarlo a la cara me afecta, y que si no quiero volver a casa arrastrando los pedazos de corazón roto, lo mejor es apartar la vista—. Se acabó. Yo… No puedo con esto. No puedo con tus mentiras.

—Lo entiendo. Nunca te pediría que te quedaras.

Una palabra hiriente se estanca en mi garganta, y ahí se pudre para siempre, en pro de sostenerle la mirada a sus ojos llenos de sufrimiento. Todo mi ser se estremece brutalmente, odiándolo por sugerir que se me ocurriría quedarme después de esto, que tan siquiera lo contemplaría como una opción, y, al mismo tiempo, queriendo abofetearlo por no creer en mí. Pero está bien que no lo haga, porque lo único que veo ahora es muerte, abandono, soledad, dolor; dolor y más dolor, sin saber dónde o cuándo empieza, y dónde o cuándo va a acabarse…

Y asustada por toda esa nueva realidad que nos envuelve, y que Eventualmente va a llevarse de nuevo a alguien que quiero, paso por su lado con las piernas temblorosas y huyo de la casa, parándome en el pasillo varias veces para apoyarme en la pared y llorar todo lo que seguiré llorando para siempre.

CAPÍTULO 19

No sé cómo fui capaz de llegar a casa ese día; solo recuerdo que me costó encontrar las piernas para desplazarme, y que entrar en el apartamento y no encontrarme a Lana viendo la televisión con un bol con palomitas solo acentuó el dolor de mi pecho.

Imaginaba que con el paso de los días y poniendo distancia, todo mejoraría, pero ya no lo tengo tan claro. Ha pasado más de una semana y aún carezco de la fuerza necesaria para levantarme, cruzar la puerta e ir… ¿A dónde? ¿A dónde iría…? Tal vez ese sea el problema, que en realidad no sé qué voy a hacer ahora. Ni siquiera cómo sentirme al respecto, dentro de la crisis del pozo en el que estoy sumida.

Me habría gustado descolgar el teléfono y llamar a Lana, pero tampoco sabría qué decirle. Durante las primeras horas posteriores a la conversación con Leon, me sentí ultrajada, vendida, rota. Es duro darte cuenta de que has construido la parte más bonita de tu vida sobre una mentira, y no solo eso, pues siendo razonable podría perdonarlo… El problema es que además de ser un cúmulo de falsedades, me lo van a arrebatar. No podré crear nuevos recuerdos, y eso, lejos de desconcertarme como le pasaría a cualquier ser humano en periodo de negación, ahora está escrito en mi corazón.

Ya estoy acostumbrada a que las personas que quiero se vayan, o que amenacen con dejarme, y aunque sepa que Leon es un mentiroso despreciable, me lo he creído todo en cuanto ha salido de su boca… porque encaja. Los síntomas y las rarezas, todo lo que no comprendía de él, ha cobrado sentido. Y si bien llevaba un tiempo deseando encontrarle una explicación lógica a su extraño comportamiento, ahora debo admitir que habría preferido seguir en la inopia.

No soy una persona que se regodee en su propia tristeza, sino que la asimila y la lleva como mejor puede y sabe, procurando que no entorpezca su día a día ni condicione sus acciones. Cuando Ivan se fue, seguí adelante. Unos días costaba más y otros menos, pero lo conseguí. Y sin embargo, con Leon no es lo mismo. Porque con Ivan guardaba esperanzas, y con Leon… ¿Qué esperanza puedo guardar de que no se vaya cuando su condición es determinante? Además de que no quiero acompañarlo después de lo que me ha hecho, ni deseo volver a pasar por el calvario de estar al lado de una persona que se irá perdiendo lentamente. Y aun así, ¿qué me asegura a mí que él me dejaría quedarme a su vera?

En el momento no se me ocurrió nada más que decirle lo que estaba sintiendo, y evidentemente, no estaba muy feliz por haber descubierto semejante trola. De hecho, nunca en mi vida me había sentido tan impotente, tan desgraciada… Pero ahora que lo veo con cierta perspectiva —dentro de lo que cabe—, las sabias palabras de Lana vienen a mi cabeza: «Que sea la última puta vez que dices que tienes miedo de que algo no va a ser lo mismo; al menos la última vez que lo dices en mi jodida cara de ciega».

¿Cuán injusto es que me regodee en la auto-compasión en la soledad de mi sofá, cuando es él quien está pasando por una enfermedad horrible? ¿Y cómo se me pudo ocurrir tratarlo de ese modo en un momento así…? Aquí, en la intimidad de mi mente, puedo decir que me arrepiento de haber sido tan dura; de haber pagado con él el miedo apabullante que me poseyó y carcomió desde dentro al pensar en perderlo de repente…

Pero eso no quita que me haya engañado. No quita que me haya ocultado algo contra lo que podría haber luchado. Porque podría haberlo hecho, ¿no? Ese cáncer no pudo ser terminal desde el principio. Si me hubiera dicho que superó el sarcoma en el mismo instante de nuestra presentación, me habría ocupado personalmente de mandarlo a revisiones periódicas, y yo misma le habría metido las malditas pastillas en la boca.

Ahora soy una bola de frustración y tristeza que no deja de agravarse con el paso de los días. Siempre he tenido las cosas muy claras, así que es lógico que la indecisión de lo que hacer frente a esto me esté afectando hasta impedirme abrir la boca. He hecho voto de silencio durante dos semanas, ignorando los intentos de parte de Leon por hablar conmigo, al que solo se me ocurre mirar como si se hubiera vuelto loco por levantarse de la cama. Y es que se ha vuelto loco por ese motivo concreto… Está enfermo. Está muy enfermo, y yo… Yo no sé a dónde debo ir, porque mis principios y mi lealtad están con él, pero tengo tanto miedo que cuando se acerca, me paralizo. Me paralizo y todo lo que oigo, huelo y palpo es… muerte.

Sé que no estoy en el derecho de vivir encerrada en el salón salvo cuando arrastro mis patéticos huesos al laboratorio, donde un feliz Neumann por el renovado contrato da órdenes y consejos sin callar en todo el día. Estar aquí nunca fue el sueño de mi vida, sino el deseo de los demás, y aunque con el tiempo he ido apreciando y valorando la suerte que he tenido, lo que realmente me llenaba era la compañía. Con Lana, Axel y Leon cerca, el trabajo era más llevadero, y un horario que superar cada día para volver a verlos.

Pero Lana no está, no sé si quiero que Leon esté y Axel no hace ni el amago de estar, más allá de los momentos en los que voy a su consulta para que supervise las mejoras del hueso que se me rompió. Ya no me gusta trabajar, odio ese dichoso laboratorio, porque es un recordatorio continuo y punzante de que no daremos nunca con la cura, y de que en caso de encontrarla, será demasiado tarde.

No albergo ninguna esperanza y no quiero a Leon cerca de mí, odio el ambiente de las ciencias, que solo me han dado tiempo, y detesto no poder estar con Lana, no poder estar con él, y no poder coger el maldito teléfono para desahogar mi frustración con alguno de mis seres queridos… Pero aun así sigo adelante, cargando con un peso desconsolado sobre los hombros. Y no solo eso, sino que me encierro en el laboratorio todos los días para centrarme en encontrar algo imposible.

No puedo dormir porque tengo pesadillas, no puedo vivir porque siento que estoy envenenándome a mí misma con veleidades sin sentido y no puedo tampoco dejarme vencer por la tristeza porque eso sería traicionar a Lana y romper mi promesa de ser feliz por ella. Pero, ¿cómo serlo, cuando de pronto mi vida ha quedado reducida al arrepentimiento, a la tristeza y al pesimismo? Lo único que se me ocurre es seguir con los codos pegados a la mesa, mirando mis anotaciones, estudiando las reacciones, observando muestras… Hasta que los ojos se me hinchan por llevar conteniendo las lágrimas quince días, o porque han apagado las luces y tengo que continuar buscando, o porque son más de cuarenta y ocho horas, o quizá más de setenta y dos, sin cerrarlos para descansar un poco.

Es inútil y lo sé. Los milagros no existen; no en estos casos. Pero no se me ocurre nada mejor para placar los males de mi conciencia, ni para ayudar y estar con Leon en la sombra, ni para honrar la oportunidad que se me dio hace un año. Y es curioso, porque jamás se me habría ocurrido desafiar las necesidades del cuerpo humano —como dormir, o comer— por un imposible… Ahora, sin embargo, todo es posible. Mis manos no pueden parar, mi cabeza tampoco…

—Adrienne —murmura una voz masculina, sobresaltándome. Trago saliva sin apartar la vista de mi libreta, pero puedo sentir cómo su presencia llena la estancia con lo sencillo de su paseo hasta la mesa—. Adrienne, tenemos que hablar.

Habla con tal suavidad, con una emoción burbujeante tan conmovedora, que todo mi cuerpo se tensa en contraposición, y es porque necesito contener el deseo de romperme.

—Solo tienes que saber que… No te buscaría si no te viera destrozada, porque no pretendo convencerte de que estés conmigo: ni siquiera castigarte obligándote a verme todos los días. Por eso apenas me paso por aquí. Pero me preocupas —añade, acercándose. No llega a rodear la mesa, sino que se queda frente a mí, con la gran extensión separándonos por medio.

—Estoy ocupada —articulo, sorprendiéndome por lo gutural que suena mi voz. Lógico; hace semanas que no la utilizo.

—Adrienne, escúchame. Nunca te lo dije porque no había nada que hacer. No tiene sentido que ahora te esfuerces en dar con una cura que no será efectiva… Vuelve a casa —musita, en tono de ruego—. Quédate aquí o regresa a Francia, donde creas que puedas ser más feliz, pero no te pases las noches en el laboratorio porque creas que puedes salvarme.

Alzo la cabeza de golpe, encontrándome con sus ojos. Quería fulminarlo con la mirada, de verdad que sí; quería estrangularlo, si se diera el caso. Pero con esos ojos tan bonitos, y peor… Con esos ojos *tan tristes*, solo puedo pensar en cuánto lo quiero, y

cuánto más estaría dispuesta a sacrificar, además de mi equilibrio mental, por darle cien años de vida.

—Esto no es por…

Corto en medio de la oración para tragar saliva y hundir de nuevo los hombros. ¿Qué sentido tiene mentirle? Él ya lo ha visto en mis ojos. Cuando quieres a alguien, lo llevas escrito, y en mi letra pequeña viene que no me puedo conformar aunque sepa que no hay otra salida.

Agacho la barbilla y vuelvo a lo mío, con las lágrimas quemándome los párpados.

—Déjame sola.

—No quieres estar sola.

—Te equivocas —mascullo, casi sin vocalizar. Agarro un lápiz esperando controlar así el temblor de mis manos—. Lo único que necesito es que me dejes en paz, Leon, y que tú y tus mentiras os larguéis de aquí para que pueda seguir trabajando…

—Intenta entenderme —suplica—. Al principio éramos la pareja perfecta. Tú nunca te enamorarías de mí porque ya te habían robado el corazón. No podía aspirar a estar contigo para siempre, pero demostraste que yo era la última persona con la que pasarías el resto de tu vida, así que me aproveché de ese tácito acuerdo no-sentimental y… Y poco a poco vi que no salía bien por mi parte. Pero no me iba a retirar solo porque te empezara a amar, Adrienne. Lo pensaba y no veía una forma más bonita de marcharme que habiéndome enamorado de una mujer para la que no existe comparación. Lo admito: fue egoísta seguir ahí para satisfacer mi última voluntad, pero nunca pensé que podrías llegar a quererme. Nunca, Adrienne —recalca, mirándome fijamente—. Pensé que podríamos cortar nuestra relación en cualquier momento y que no te afectaría en nada porque un corazón no se puede romper dos veces, y Ivan ya tenía tus pedazos. Supongo que nos subestimé, y por eso lo siento. Y sé también que… que mis métodos para alejarme no han sido los mejores, ni los más efectivos. Pero solo intentaba protegerte de la verdad, porque aunque sepa que la valoras por encima de todas las cosas, entiendo que hay asuntos en los que a veces conviene… —Él mismo deja de hablar, al ver que por ese camino no conseguirá tener la razón—. Lo siento, Adrienne; te juro que nunca he sentido tanto lo que he hecho contigo, y no solo a nivel de arrepentimiento. Te quiero, y aunque no es lo que quieres oír ahora y probablemente planees olvidarme lo antes posible, necesitaba que lo supieras. Te quiero tanto que tuve que irme en la boda de Jacqueline porque vi en tus ojos que ya no estaba Evan, sino que el propietario de tu ilusión era yo mismo… Y no podía permitirlo. No puedo, ni he querido nunca, hacerte sufrir.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —espeto, presionando los labios para mantener a raya los pucheros. No sé qué más añadir: ¿puedo culparlo por buscar el

amor en alguien que se suponía que sería incapaz de enamorarse…? Visto así, éramos la pareja perfecta, pero pese a eso… Sigue doliendo—. Has sido rastrero adrede, poniendo sobre mis hombros toda la culpabilidad, para proteger un secreto que… Dios, ¿en serio pensabas que podrías ocultármelo para siempre? Aunque no me hubiese enamorado de ti, te habría querido igual, porque eras importante para mí. ¿Por qué clase de bruja sin corazón me tomaste? ¿O es que te tienes en tan poca consideración que no se te ocurrió que podrías merecer mi aprecio…? —Sacudo la cabeza y me doy la vuelta para caminar hacia el extremo opuesto del laboratorio, con los tobillos muy flojos—. Déjalo, no… No quiero verte, Leon.

Me agarro a una de las baldas de la estantería empotrada y cierro los ojos, como si así pudiera ignorar su presencia. Pero él me sigue y se coloca a mi espalda, invadiendo de nuevo mi espacio, mis pensamientos… Destruyendo las barreras que necesito erigir para expulsarlo definitivamente de mi corazón.

Ya, como si eso fuera posible.

Me doy la vuelta y lo encaro, temblando por la rabia acumulada, por la tensión y la vulnerabilidad de no haber dormido en días, y… Y porque estar cerca de él siempre me producirá una incongruente sensación de poder, con la que fácilmente puedo creerme capaz de cualquier cosa. Cualquier cosa, excepto salvarle la vida.

—¿Crees que así me estás ayudando? —murmura, acariciándome la cara con lentitud. Da igual cuánto me esfuerce, porque mi mejilla quiere seguir el paseo de sus dedos—. Seré un pobre infeliz durante el resto de mis días si tengo que verte sufriendo por mi culpa.

—¿Y qué quieres que haga? Me has mentido, me has dejado, me has… Me has hecho revivir mi peor pesadilla —le recrimino, cerrando la mano en un puño—. Casi no salí de ver a mi madre postrada en una cama, Leon. ¿Cómo se supone que podría superar que…? —Me muerdo el labio para no romper a llorar, y es en vano, porque igualmente las lágrimas se deslizan por mis mejillas—. Y yo que pensaba que la muerte era mejor que el abandono voluntario…

—*Liebe*… —murmura, envolviéndome con los brazos—. Esto era de lo que intentaba protegerte. ¿No lo ves? Tú eras toda serenidad y reina calma, y te he convertido en una sombra. Sospechaba que esto podría ser lo que te rompiera, lo que te haría gritar y llorar… Y así ha sido. No quería que sucediera de este modo, Adrienne, pero yo no he elegido estar enfermo, ni tampoco he elegido quererte…

—No lo digas… —balbuceo, agarrándome a su camisa y negando con la cabeza. Las lágrimas me impiden ver más que una mancha borrosa. Mi corazón se debate entre dejarse pisotear hasta el final o quedar exento de emociones, y mi cuerpo se rebela contra sus brazos zarandeándose violentamente, aunque derritiéndose también al entrar

en contacto con él—. No puedes decirme que me quieres ahora. No quiero que me quieran así, con falsedades y…

—Nada ha sido falso salvo mi salud…

—Déjame. Déjame ya, déjame…

Pero no quiero que me deje; es lo último que deseo, y tal vez por eso espero que la psicología inversa se traslade al deseo de la naturaleza y, de tanto suplicar en contra de lo que he estado rezando cada noche, se cumpla mi deseo de estar con él para siempre. Le digo que me deje, y le empujo, y le insulto, porque no se me ocurre cómo drenar mi angustia, pero en el fondo no permito que se aleje teniéndolo bien sujeto por las solapas de la chaqueta.

Y así podría haber seguido para siempre, odiándolo por hacerme esto, pero sin poder borrar el amor que supera con creces cualquier otro sentimiento, si mis tobillos no hubieran cedido a la tortura de permanecer en pie durante varios días seguidos. Leon intenta agarrarme, pero está tan débil como yo: ambos acabamos abrazados en el suelo, yo temblando y él intentando calmarme con susurros cariñosos y palabras de amor. Pero, ¿de qué me sirve el amor si no va a estar conmigo para celebrarlo?

No lo quiero de ser así. No lo quiero…

Sin embargo, cuando acerca su boca a la mía para darme cortos y dulces besos, mi mente desconecta y solo soy un alma derramándose en las manos de quien quiere abarcarla. Me aferro a sus hombros, hundiéndole las uñas hasta hacerle daño, y él me aprieta con la misma bruta necesidad, cuando los besos que vuelan por mi rostro son tan volátiles como el aire.

—Te quiero —sollozo, vibrando entre sus brazos. Ya lo estoy sosteniendo, pero quiero abarcar mucho más: quiero protegerlo del mal que le acecha—. Te quiero con todo mi corazón.

—No pasa nada, *liebe* —susurra sin voz contra mi barbilla. Besa el hueco donde una lágrima se resiste a caer—. Sé que ha sido sin querer.

CAPÍTULO 20

Es una suerte que tenga por costumbre invadir el laboratorio cuando no hay nadie, porque después de confesarle a Leon mis sentimientos y recibir como doloroso regalo una lluvia de besos, finalmente me rendí al sueño. Caí en la absoluta inconsciencia, tanto así que, al despertar, descubrí que estaba sola en mi cama.

Se lo agradecí mentalmente a Leon, porque en realidad, ninguno de los dos podría haber sabido cómo me despertaría. Poco importaba que le hubiera dicho que le quería; la espina seguía ahí, y aunque cada vez su traición me importaba menos y la necesidad de estar con él solo crecía, continuaba teniendo mis reticencias. Así sigue siendo hoy, unos cuatro días después.

Me gusta pensar que Leon no pisa las instalaciones porque quiere dejarme espacio, pero en el fondo sé que es porque está muy débil. He conocido a la señora Dresner, solo de vista, porque es la que se está encargando en persona de gestionar el hotel mientras él… descansa; una mujer muy rubia, grande y ancha, ojos pequeños y mandíbula dura. Toda una alemana. Además, Axel, que sigue ayudándome con la rehabilitación del brazo, ha admitido después de dar diez vueltas alrededor del tema, que cada día que pasa está peor, aunque se esfuerza muchísimo por levantarse y hacer un poco de ejercicio.

—Es un hombre muy fuerte y decidido —me dijo, mientras palpaba mi antebrazo—. Tú misma lo habrás comprobado, con todas las molestias que se tomó para tener una oportunidad contigo… Ni siquiera la enfermedad puede tenerlo acostado las veinticuatro horas.

Hablamos muy a menudo de él. Un día me confesó qué papel tenía en toda la tramoya, y cómo lo llevaba.

—Fatal. Es mi mejor amigo desde los dieciéis años, Non. —Me miró con una sonrisa sin emoción—. Hemos pasado casi dos décadas juntos… Pero después de tanto tiempo pendiente de sus progresos, o más bien de la falta de ellos… Después de haberme hecho a la idea de que se iría hace cuatro años, cuando se lo detectaron por primera vez, ahora me siento más capaz y fuerte para estar ahí, apoyándolo.

—Nunca lo habría adivinado. Pareces la clase de hombre que no se toma nada en serio.

—Y no acostumbro a tomármelo, pero cuando se trata de alguien que quiero, la cosa cambia. Nunca se me ocurriría dar de lado a un ser querido si está pasándolo mal —aseguró, sin mirarme—. Aunque si tú lo dejas, Adrienne… No te juzgaré. Y él tampoco. En mi caso, de hecho, creo que deberías haberlo mandado a la mierda. Mentir sobre una cosa así es lo más rastrero que podrías hacerle a alguien. Seguro que te sientes estúpida

e inútil, e impotente. Por eso lo siento. Lo siento en su nombre y en el mío —especificó, lanzándome una mirada de soslayo—. Quería contártelo, pero él me lo impedía constantemente, y mi lealtad siempre estará con mi amigo.

Me tocó asentir porque entendía su postura muchísimo mejor de lo que podría llegar a imaginar. Aunque no mencionamos a Lana jamás, puesto que yo intento no sacarla a colación y cada vez que parecemos a punto de recordar un día en el que ella estaba aquí, yo la tengo muy presente. Él… No tanto. O sí. La verdad, no sé qué pensar. Por un lado están todas esas mujeres con las que lo he visto saliendo y entrando, y por otro, la tristeza y rabia que empaña sus ojos cuando estoy cerca de decir su nombre.

Es un alivio que ni él quiera hablar de ella, ni ella me pregunte por él, o de lo contrario me habría tenido que tomar la justicia por mi mano. Sinceramente, después de lo que Axel dijo sobre no abandonar a un ser querido en un momento difícil, no he sabido encasillarlo.

Es posible que esa afirmación tuviese un doble filo, porque, en un principio, me hacía sentir incómoda con mi mentira. Pero por otro lado… ¿Entraba Lana en la categoría de ser querido? Al final termino descartándolo. Leon está muy enfermo, en Múnich, y Lana está mal, en París. Apuesto cualquier cosa a que si Axel tuviera que elegir, se quedaría con su amigo. Al fin y al cabo, él mismo ha dicho que su lealtad está a su lado.

En cuanto a Lana, hay días en los que no me quiere coger el teléfono. Nina no se separa de ella y sus amigos van a verla muy a menudo, pero a veces se viene abajo brutalmente y acaba encerrada en su habitación sin querer ver a nadie. Saber que está siendo duro para ella hace que quiera coger el primer avión e ir para allá, pero cuando pienso en Leon… Ya no sé lo que hacer. Ninguno de los dos está solo; la diferencia es que uno se recuperará, y otro… no.

—Es una mierda, Non —sollozó Lana al teléfono cuando le conté lo que estaba pasando. Lloré con ella, sabiendo que se desahogaba por lo injusto del mundo, por su minusvalía y por mí—. Es… Es la mayor mierda que me han contado nunca. ¿Cómo va a ser eso posible? Hace unos meses estaba muy sano, salvo por esas veces que enfer… Oh, Dios —jadeó—. Ha estado malo siempre, ¿verdad? Por eso tantas ausencias… ¿Cómo no lo pudimos haber visto venir?

—Eso ya no importa. Lo que intento decirte es que no sé qué hacer. Quiero estar a tu lado y ayudarte, y quiero también…

—No lo dejes —resolvió de inmediato—. Ha sido un mentiroso cabrón y un sucio traidor, pero se está muriendo. No puedes abandonarlo ahora, Adrienne, no si lo quieres. Aunque sientas que no puedes, debes quedarte a su lado, porque Eventualmente acabarás arrepintiéndote y eso ya no podrás arreglarlo, porque no

estará.

Asentí y sorbí por la nariz, odiándome por haberme convertido en un condenado grifo.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

—Desde que soy una ciega de mierda y solo puedo acostarme con ciegos de mierda. Estos tíos no pueden verme, y eso de que tocando una cara puedes saber si alguien es guapo o no, es mentira, así que me toca desarrollar mi personalidad para ligar. —Su tono divertido, o intento de él, me hizo medio sonreír—. No te necesito, Non; por el contrario, te adoro, y quiero que hagas lo que pueda hacerte sentir mejor contigo misma. Yo estoy bien. Voy a un grupo de apoyo para invidentes y soy la reina por allí. Nos reímos bastante.

—Pero…

—En serio, no insistas. Si hasta estoy flirteando con un camarero que tenía una esposa ciega, y que se ve que palmó porque la atropelló un coche… Una cosa horrible, ya te digo, pero el hombre es majo y dice Nina que tiene un buen culo, así que no lo estoy… pasando mal. —Su voz tembló levemente, pero lo percibí—. Por favor, no te sientas culpable. Bastante tengo con mi hermana pegada como una lapa para que ahora vengas tú.

Al final he optado por hacerle caso. Es perfectamente factible que pese a haber insistido en que me quede, me la guarde por no haber estado con ella. Lana es así: se supone que las cosas se tienen que hacer porque uno quiere, no porque uno debe, pero si lo que ese uno desea hacer no le viene bien a ella, es suficiente para echarle la cruz. De todos modos, confío en que, dándose circunstancias tan especiales, haya sido cien por cien sincera.

Así pues… Aquí estoy, sentada en el sofá en posición de loto, con un bol de palomitas entre las piernas que no voy a tocar. Tengo el estómago cerrado desde que volví a Alemania, y aunque me fuerzo a comer, llegando a tomarme la libertad de ofrecerme únicamente chocolatinas y tonterías que deberían caer bien, me da náuseas todo lo que no sean yogures y batidos. Y a veces, incluso estos me molestan.

El timbre suena repentinamente. Me levanto, suspirando con amargura, y me arrastro hacia la entrada. Me da miedo que se trate de Leon, porque aún no me atrevo a enfrentarlo de nuevo: creo que he decidido quedarme con él pase lo que pase —y sé lo que va a psar—, pero necesito unos días para hacerme a la idea. He de estar preparada física y mentalmente para ver partir a una persona que quiero, y reunir toda la entereza requerida para ello no es sencillo.

Cuando abro la puerta, no es él.

—¿Mamá?

Mi madre se aparta un poco. Así, una segunda invitada consigue agrandar el nudo que se ha formado en mi garganta. Lulú me sonríe, intentando transmitirme la fuerza que no logro retener más de unos minutos… Y segundos después, estamos las tres fundiéndonos en un abrazo en medio del recibidor.

—¿Qué…? ¿Por qué…? —balbuceo, sin poder contener las lágrimas—. ¿Cómo es que est-estáis aquí?

—Nos necesitabas —explica mi madre, acomodándome el pelo detrás de las orejas —. Y tienes demasiadas cosas en la cabeza para contárnoslo, por lo visto. Pero una madre tiene un sexto sentido muy desarrollado y sabe lo que pasa cuando su hija no la llama…

—Además de que Leon nos ha avisado de que no estabas bien —tercia Lulú. Me mantiene abrazada por la cintura, echando la cabeza hacia atrás para mirarme con los ojos cuajados—. ¿Por qué no nos lo has contado? No puedes con esto tú sola… La última vez tuviste a Ivan.

—Lo sé, lo sé… Es solo que… Tenía miedo de que al decirlo se hiciera más real, e igualmente no he intentado nunca llevarlo sola. Se lo dije a Lana para desahogarme y explicar mi ausencia, y… Y sigo sin estar segura al cien por cien de que quiera estar aquí, en esta posición, así que…

Ellas intercambian una mirada antes de tomarme de la mano y llevarme al sofá, donde nos acomodamos en silencio. Lulú me pide que cuente la historia dese el principio, cómo me enteré de lo que estaba pasando… Tardo más de lo estimado por culpa de los hipidos.

—Incluso llamé a Ivan —confieso—. Lo llamé para preguntarle varias cosas sobre los medicamentos, para informarme a fondo del sarcoma, para que me diera una maldita respuesta y… Y ni él, mi profesor, la persona más inteligente del mundo, ha sabido contestarme. Estoy perdida.

—Adrienne… —Lulú apoya la mano sobre la mía—. No tienes por qué hacer eso. Lo sabes, ¿no? Esa no es tu guerra, no estás obligada a quedarte con él y a seguir sufriendo…

—Sí que lo estoy, estoy condenada a seguir sufriendo hasta el final. Incluso después seguiré sufriendo… Por eso lo odio. Me hizo compartir intimidades con él sabiendo que algún día tendría que dejarme. Pero tampoco puedo simplemente… dejarlo.

—Solo quiero que sepas que ese «puedo» al que te refieres es puramente sentimental, porque en realidad, puedes dejarlo; si lo acompañas será una decisión tuya. No le debes nada, ¿entiendes? Aunque comprendo que tus emociones se interponen y…

Contra eso es difícil luchar.

Mi madre se acerca a mí para abrazarme de nuevo. Su perfume juvenil me envuelve y por un momento me siento mejor, porque no perdí la esperanza con ella… Pero saber que no me servirá de nada tenerla en este caso me devuelve al punto inicial. Acabo desahogándome en su hombro.

—Eres la mujer más fuerte que conozco —me susurra—. Sobreviviste al cáncer de tu madre con dieciocho años, sin separarte un solo día de su cama, tragándote todos los dibujos animados que correspondían a la zona infantil sin pedir que arreglaran ese fallo técnico, pero desafiaste a las enfermeras cada vez que quisieron largarte de la habitación.

»Soportaste verme morir con una fuerza impropia de una niña de tu edad, y a día de hoy estoy segura de que sucedió el milagro gracias a ti, a tu resistencia.

»Después viste partir a la persona que más querías sin ninguna explicación, y seguiste adelante sin compadecerte de ti misma un solo segundo. Nunca te vi llorar o pausar tu vida por él, aunque por dentro estuvieras devastada.

»Una de tus mejores amigas ha perdido la vista, y aunque lo que quieres hacer es estar con ella y ayudarla, tienes la entereza de cumplir con lo que te pide y buscar tu felicidad, sabiendo que será muy difícil, solo porque sabes que así podrás hacerla sentir mejor.

»Y ahora estás pensando en quedarte con un hombre que te va a dejar, más temprano que tarde, porque no puedes ver solo el lado oscuro de la relación. Porque no te conformas con tacharlo de egoísta y mentiroso… Porque lo quieres y esa eres tú, pura lealtad. Adrienne Saetre, eres mi heroína —concluye, con la voz ronca.

»Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas; tanto si te vas como si te quedas, vas a serlo, porque en esta vida, tal y como yo la entiendo, sacrificarnos por amor no nos hace más libres ni eleva nuestros sentimientos a lo máximo. En esta vida, sacrificarnos por amor es aceptable cuando es lo que queremos hacer; cuando no nos vemos haciendo otra cosa.

»Así que la respuesta a todo esto, es sencilla. ¿Dónde te ves tú ahora mismo?

CAPÍTULO 21

Inspiro hondo y me froto las manos un par de veces, mirando la puerta que me separa de mi decisión con cara de circunstancia. Al otro lado se oyen las voces de Axel y Leon, aunque las paredes están suficientemente insonorizadas para que no acierte a descifrar el mensaje. Lo importante es que no está solo: Axel va a verlo en cuanto sale de trabajar, y eso me deja muy tranquila.

Toco a la puerta con el corazón en vilo. Desde mi punto de vista, es él quien se ha equivocado, pero en cuanto mi madre y Lulú se fueron a los dos días de aparecer, empecé a contemplar otras posibilidades… Y es que Leon pudiera sentirse defraudado por mi reacción y me mandara a hacer puñetas. En el fondo sé que no tengo motivos para desconfiar de su reacción, puesto que él mismo se sinceró admitiendo su parte de culpa, pero muchas cosas han podido cambiar en la semana que hemos pasado separados. Imagino que cuando uno está… en su situación, no quiere perder el tiempo amargándose la existencia con la pregunta de si su mujer volverá.

Su mujer… En caso de que yo sea esa, claro, cosa que dudo bastante.

—Eres tú. —Sonríe Axel, apartándose para dejarme pasar. No sé por qué, pero me detengo a medio camino para mirarlo, como si necesitara su aprobación. Él asiente—. Sabía que acabarías viniendo. Eres una buena persona, Adrienne.

—No era mi intención —contesto llanamente. Recuerdo las últimas palabras de mi madre: «¿dónde quieres estar tú?»—. Solo quiero ser yo misma, y esto es lo que me pide el cuerpo.

Axel cabecea y me señala la habitación contigua antes de despedirse y advertirme que a las cuatro de la tarde se pasará su madre para asegurarse de que cena. No me extraña: cuando el paciente se niega a comer, es cuando estamos en una situación crítica. Y por lo que veo al entrar, detallando una bandeja vacía sobre la mesilla, aún no estamos en ese momento.

Leon tiene la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Lleva puestas las gafas de leer, y hojea distraídamente un pequeño libreto. Sonrío sin querer al leer el nombre de su poeta preferido en la portada.

—«También tú eres el amor» —recito suavemente, captando su atención. Leon levanta la vista de golpe, y sus ojos parecen el doble de grandes al verme avanzar—. «Eres de tierra y de sangre/como los demás. Caminas/como quien no se aleja/de la puerta de casa./Miras como quien espera/y no ve. Eres tierra/que sufre y que calla…» —Me siento en el borde de la cama, a su lado, y absorbo la alegría genuina de su silencioso escrutinio. No se me pasa por alto que sus ojos brillan—. He tenido tiempo para leer detenidamente a Pavese. No me he sentido identificada con ningún poema,

pero ese me gustó.

—Es lógico que no te aludieras. Pavese rara vez escribe sobre cosas bonitas —replica dulcemente, apartando el poemario—. Aunque sí me he acordado de ti leyendo algunas cosas. Sobre todo ahora. —Su mirada se intensifica—. «En tu plácido rostro tienes un claro pensamiento que en tus hombros imita la luz del mar. Tienes en el rostro un silencio que estruja el corazón con un impacto y le hace destilar una pena antigua…»

Medio sonrío, pero no contesto. Busco su mano a tientas, y cuando la encuentro, me aferro a ella entrelazando los dedos con los suyos. Él nota mi temblor y yo su debilidad, y siento que así nos complementamos.

—Estoy aquí —murmuro, mirándolo a los ojos—. Para ti. Esperando a que me digas lo que quieres hacer conmigo.

Él inspira profundamente.

—Se me ocurren muchas cosas que hacer contigo —responde en el mismo tono. Acaricia el dorso de mi mano con el pulgar, poniéndome la carne de gallina—. Pero no siento que las merezca, *liebe*… Y tengo miedo de ir al infierno por eso.

El corazón se me rompe en mil pedazos al oírle hablar de ello con tanta resignación. Si algo puedo encontrar bajo su tono pausado, además de la aceptación de su futuro, es pavor. Apenas se nota, pero está ahí. Realmente lo tiene; miedo a morir. Y quiero golpearme a mí misma por no haber estado lo bastante fina para pensar en ese aspecto.

—No vas a ir al infierno. No por eso… Porque te entiendo. —Le aprieto la mano—. Al igual que yo, no pensaste que la relación se nos pudiera ir de las manos. Solo actuaste por instinto. Y cuando te sentiste acorralado, era demasiado tarde para ser sincero. Tenías miedo, ¿verdad? —pregunto suavemente. Él parpadea rápido, con los ojos rojos—. Cuando me llevaste a la universidad, dijiste que los hay que prefieren no saber si sus seres queridos estarían a su lado en un momento así, porque podrían decepcionarles. Y no querías que te decepcionara.

—No es eso. Nunca podrías haberme decepcionado, Adrienne. —La honestidad me sonríe desde sus ojos—. Simplemente, las probabilidades de que te quedaras conmigo al decírtelo de primeras, eran nulas. Era demasiado pronto para contarlo, y yo quería una oportunidad contigo. La necesitaba, porque desde que te vi por primera vez en el hotel, me sentí en paz.

—No te creo… Estaba gritando por las toallitas de pH.

—Te vi antes de que bajaras; estaba en recepción cuando Viveka cargaba las múltiples maletas de Lana, y tú mirabas a tu alrededor con una interesante expresión que parecía decir: «¿acaso pretenden comprar mi talento con todo este lujo…?» —Medio sonríe un momento, para luego volver a su semblante serio—. Lo siento, Adrienne.

Realmente he sido egoísta, y he convertido tu vida en un infierno. Sé que no es suficiente, dado que no puedo repararlo, pero espero que puedas perdonarme con el tiempo. Nunca pensé en hacerte daño.

—No has convertido mi vida en un infierno —corto—. En todo caso, son los sentimientos los que me están matando, y lo prefiero. ¿Recuerdas cuando me subiste a la azotea del edificio donde vivo? Te dije…

—Que era mejor sufrir que sentirse vacío.

—Muy bien, señor Dresner, eso le ha sumado unos cuantos puntos —bromeo, dándole una palmadita en el dorso—. Exacto, eso dije. Y yo lo prefiero. Desde que se marchó Ivan, he estado sintiendo que había perdido el corazón y que nunca más podría recuperarlo. Luego apareciste tú, y aunque… —Contengo la respiración—, aunque te vayas, nada hará que vuelva a esa inapetencia y desidia, porque me has enseñado a odiarla. Estoy dispuesta a estar triste toda la vida si eso significa mantener vivo lo que me has dado.

Leon niega con la cabeza.

—No… No puedes decirme eso. Eres joven, inteligente y preciosa. Decirme que estarás sola durante el resto de tu vida por mi culpa, es… Es castigarme cruelmente. Cuando esto se acabe, tienes que encontrar a alguien que te haga feliz. Quizá puedas volver con Ivan —sugiere, mirándome con ojos tristes pero muy determinado y seguro —. Retomar esa boda, tener hijos…

—Si vas a decir esas tonterías, me voy —interrumpo bruscamente, dolida—. Aún tengo que hacerme a la idea de que un día no estarás, ¿y ya estás arrojándome a los brazos de otro? Claro que me esforzaré por ser feliz, y si un hombre bueno se cruza en mi camino, puede que le dé una oportunidad. Si algo me ha enseñado la vida, es que el mundo no se va a parar solo porque yo esté triste. Pero ahora mismo, contigo aquí… —Alargo el brazo y le acaricio la mejilla, ahuecando la mano cerca de su mandíbula—, no puedo pensar en nada ni nadie más. Te quiero a ti, y si has podido ser egoísta para no decirme nada, sé egoísta ahora para dejarme seguir queriéndote hasta que me recomponga.

Leon me coge por la cintura, haciendo un gran esfuerzo para tirar de mí y sentarme en su regazo. Sin dejar de mirarme, tira de mi rodilla para tener mejor acceso a mis pies, y me quita las sencillas bailarinas para dejarlas en el suelo.

—¿Quieres que sea egoísta? Porque podría serlo aún más —declara en voz baja, tomándome de la barbilla—. Podría pedirte que te casaras conmigo solo para ir con un billete directo al Cielo.

Trago saliva para deshacerme del nudo en la garganta. En vano. Sus ojos y sus

brazos me tienen sujeta a su regazo.

Si hubiera pronunciado esas palabras en otras circunstancias, me habría sentido halagada. Confusa y quizá algo reticente, porque mi fallida boda y la boda de Jacqueline no son grandes ejemplos de que las cosas pueden salir bien, pero… A lo mejor habría aceptado.

Sin embargo, escucharle decir eso sabiendo que me dejaría como viuda, que juraría que estaría conmigo para siempre sabiendo que luego me dejaría… Es demasiado para mí. Me rompe, y no puedo reprimir el llanto.

—No, no… No llores —murmura, secándome las mejillas con los pulgares.

—Y-yo no soy p-precisamente un ángel para c-conseguirte el Cielo…

—Tienes razón. Es difícil ir al Cielo cuando está en la Tierra; cuando ya me lo has dado aquí. —Se acerca para besarme en las mejillas, la nariz y la barbilla, borrando el rastro de lágrimas—. Lo decía porque así podrías quedarte mi dinero y mis acciones, y con todo ello sería fácil que invirtieras en los experimentos y estudios que te pareciesen importantes en el futuro.

Futuro. Futuro sin él.

—Pues no… Me importa una mierda tu dinero —gimoteo, frotándome los ojos—. No quiero hablar de lo que pasará cuando no estés, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me acerca a él empujándome suavemente por la nuca, y me da un beso lento y tierno que me encoge el pecho. Se separa un instante, lo suficiente para mirarme a los ojos, y decir:

—Te quiero, y te habría hecho feliz hasta el final si hubiera podido.

Antes de que pueda quejarme, vuelve a reducir la distancia entre nosotros con un beso cálido que va tornándose febril con mi respuesta. Lo abrazo por los hombros, trayéndolo hacia mí, y sigo el juego de sus labios y su lengua contoneándome sobre su regazo. Mi cuerpo se va relajando lentamente, y cuando dejo la mente en blanco, ya no hay vuelta atrás.

Aparto las sábanas y me siento en su regazo, estirándome al máximo. Le cojo la cara con las manos, y le hago crecer conmigo para profundizar un beso infinito. Cuando me quedo sin respiración, me separo de su boca; pero no de su piel. Empiezo a dejar una línea de pequeños besos desde su mentón fuerte hasta su pecho, que desnudo sacándole la sencilla camiseta por la cabeza. Empujo las caderas hacia delante, sintiendo la cercanía de su semierección gracias al chándal que ambos vestimos. Él me recibe gustosamente, con un gruñido de satisfacción. Sus palmas ahuecan mi trasero, grandes

y firmes, y yo gimoteo cuando noto uno de sus dedos jugando sobre la fina tela que cubre mi sexo.

Abandono su caricia echándome hacia atrás para seguir con mi lenta expedición. Deslizo la lengua desde la base de su cuello hasta el ombligo, alrededor del cual dibujo un círculo de besos. Mi mano no espera a la culminación del recorrido y trastea en el interior de sus pantalones, donde da con la rigidez de su pene. Me parece que dice mi nombre, aunque no estoy segura; todos mis sentidos están en su gloriosa erección, que me recibe caliente y vital.

—Si por casualidad se baja… No es por ti, sino por la medicación —me avisa, acelerado. Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos oscurecidos, su pecho nervioso, toda su preciosa cara pendiente de lo que hago con las manos. Aprieta la mandíbula—. Dios…

Envuelvo la mano alrededor y lo acaricio desde la punta hasta la base. Lo siento ardiente y suave, al igual que noto bajo mi tacto el levísimo relieve de las venitas. Repito el movimiento hasta que estoy sobre sus piernas; me inclino, buscando el prepucio, y lo succiono. Su sabor inunda mi boca, y su jadeo me llena los oídos, alentándome a darle placer. Y así lo hago: mi boca se va deslizando hacia abajo, pujando por albergar la totalidad de su miembro, hasta que casi desaparece. Las paredes de mi garganta lo presionan al descender y volver a subir. Rodeo la punta con la lengua, sumergiéndome en la humedad que supura. Jadeo y soplo al recorrer su longitud con los labios, dándole pequeños besos húmedos, y me sorprendo tan excitada como él.

—Ven aquí —pide con voz gutural. Levanto la barbilla, mirando directamente la mano en la que sostiene un preservativo—. No quiero hacerlo en tu boca, sino dentro de ti.

No se me ocurre ninguna buena réplica, así que cojo el preservativo y lo cubro con el corazón acelerado. Leon tira de mí para sacarme los pantaloncitos y la ropa interior, que colaboro a dejar en el suelo abandonando la cama un momento. Ya desnuda, coloco una temblorosa pierna a cada lado de su regazo, y él mismo me ensarta empujándome por las caderas. Me colma de una sola embestida, creando una cadena de calientes estremecimientos que se anudan en mi nuca erizada.

—Eres… perfecta —murmura, abrazándome firmemente por la cintura y besándome en el cuello, en el mentón, en el pezón… Sube a mi boca y me da un mordisco, para succionarlo hasta que me arranca un gemido—. Me haces tan feliz con tan poco, *liebe*… Te quiero. Te adoro. Te amo.

Mi corazón se para al escucharlo de sus labios de ese modo, con tanta pasión que parece que se le van a escapar unas lágrimas. Me agarro a sus hombros y dejo que me mueva hacía donde desee, balanceando las caderas de delante hacia atrás, sintiéndolo

más duro y grande, más capaz, más profundo.

Los músculos de mi vagina lo contienen y succionan hasta que casi yo misma me hago daño. Él me clava las uñas en el trasero, volcándome la pelvis, y no deja que cierre los ojos atravesándome con los suyos. Ahogo un suspiro ahogado cuando apoya la nariz en mi clavícula y me acaricia la línea del cuello para besarme ahí, justo sobre la carótida.

Lo abrazo por la cabeza, pegándolo a mí, sin dejar de cabalgarle a un ritmo imposible.

—Quédate conmigo —suplico, sin voz. Apoyo los labios entre los mechones de su coronilla, y lo beso con fervor—. No te vayas y… y quédate a mi lado.

Leon besa el canal entre mis pechos y se incorpora lentamente para mirarme a los ojos. Me agarra con firmeza para detener el vaivén, retomando la fricción de nuestros cuerpos desde una nueva perspectiva: con lentitud, pero profundamente, dándome tiempo para saborear cada embestida.

—Voy a estar para siempre contigo, mi amor —promete, mirándome a los ojos. Los míos se humedecen ante la firmeza de su juramento—. Para siempre.

Y aunque sea ese preciso momento el que elijo para morirme de pena, aunque rompa a llorar unos segundos después, llego al clímax casi al mismo tiempo que él, abrazándolo como si me fuera la vida en ello. Porque en realidad, se me está yendo la vida en ello.

El sonido de una alarma me saca del sueño profundo del que estaba disfrutando. Me estiro hasta que me cruje la espalda, notando la calidez del cuerpo de Leon pegado al mío, y abro los ojos para encontrarme con los suyos. Sé que no estoy en mi mejor momento porque entre el orgasmo y las lágrimas que me sacudieron durante la hora siguiente, estoy agotada, pero él me mira como si fuera la mujer más bonita sobre la faz de la tierra… y me lo creo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto en voz baja, sin moverme un ápice. Él tampoco hace ademán de levantarse.

—Me tengo que tomar la pastilla. Le dije a Axel que no estaría solo hoy, así que ha tenido la amabilidad de ponerme un aviso en el móvil para que no lo olvide… Como si eso fuera posible. —Rueda los ojos—. Pero ahora mismo no me apetece incorporarme.

—Ah, no, de eso nada… Tienes que tomarte las pastillas.

—¿Para qué me serviría? —pregunta. Todo mi cuerpo se tensa, y el suyo sigue el mismo camino al darse cuenta de que lo acaba de insinuar—. Quiero decir… ¿Para qué, si me encuentro perfectamente? Son algo muy parecido a la morfina, y ahora mismo no siento ningún dolor insoportable. Además… Creo que ya he vaciado la caja.

—¿Cómo? ¿No te quedan pastillas y no se te ocurre pedirle a Axel que vaya a por más…? Dios, eres realmente un desastre. Y mira cómo tienes la habitación; normal que no me quisieras meter aquí en la primera cita —bufo, observando la de platos sucios que se amontonan en la mesilla. Devuelvo la vista a su cara y frunzo el ceño al pillarle medio sonriendo—. ¿Por qué eres así? ¿Has convertido a Axel en tu niñera y limpiadora por morbo?

—Claro que no. Dice que por ni aunque me vea agonizando va a encargarse de mi colada o la reunión de gérmenes anónimos en el que vivo. Literalmente lo llama así… Está obsesionado con la limpieza. A veces lo pillo barriendo, aunque nada serio. Lo demás lo tengo que hacer yo.

—Me alegro. No quiero que te apalanques… —Y no tiene sentido que diga eso, porque me acurruco entre sus brazos con las piernas encogidas—. Pero ahora iré a por tus medicinas a la farmacia. ¿Qué te ha dicho el médico? ¿Puedes o debes salir, o…?

—Suelo ignorar lo que me dice el médico, pero le parece bien que me mueva. Y las pastillas no las venden en la farmacia, tendrías que ir a la consulta. —Él sonríe sin enseñar los dientes al ver que arrugo la frente—. Sé que suena raro, pero me atiende una especialista privada y los medicamentos van incluidos en el precio.

Asiento y me separo con todo el dolor de mi corazón para empezar a vestirme, tratando de ignorar la punzada que me atraviesa el pecho al girarme y verlo con los ojos cerrados. Inspiro hondo. Me pongo los pantalones, me calzo las botas y, cuando estoy preparada para salir, Leon me coge de la muñeca y tira de mí para tirarme sobre la cama.

—Dios, ¿cómo es posible que tengas tanta fuerza…? Voy a mancharte las sábanas con las suelas, no seas tonto.

Él se limita a sonreír, relajado.

—Dame un beso.

Acabo copiando su gesto. ¿Cómo no hacerlo? ¿Y cómo no obedecer, cuando se ve increíblemente sexy y también enternecedor, tumbado desnudo en la enorme cama de matrimonio? Me lo quedo mirando un momento, absorbiendo la imagen de su pecho escultural y su estómago definido a medio cubrir por la sábana. Un impulso está a punto de lograr que me saque la ropa y vuelva a abrazarme a él, o que al menos me quede ahí y vuelva a ponerle el pelo en su sitio, que apunta en todas direcciones… Pero

me contengo y obedezco, dándole un solo beso corto. Él no me deja escapar, atrapando mi labio inferior. Me coge por la nuca y me da un beso largo y profundo que me deja jadeando.

—Quédate —me pide, con ojos de corderito—. No quiero que seas mi enfermera. Tengo más probabilidades de curarme estando contigo que tomándome esas pastillas que me hacen polvo. Si alguien tiene que hacérmelo, o echármelo, ya puestos…

—No seas tonto —repito por segunda vez. La voz me sale estrangulada—. Dame la dirección de la consulta. Estaré aquí en unos minutos, no te dará tiempo a echarme de menos.

—Eso lo dudo, liebe.

—No te pongas adulador ahora… No vas a convencerme. Soy conocida por mi determinación.

Leon suspira porque sabe que es cierto. Me da la dirección de la consulta, además del teléfono de Axel por si quiero que me acompañe, y repite unas cinco o seis veces que no tengo por qué desplazarme, que él mismo puede ir. Lo ignoro, como es natural, y mantengo la sonrisa hasta que cruzo el umbral de la puerta. Logro seguir recta y medianamente relajada todo el trayecto al ascensor, pero cuando intercambio una mirada con mi yo del espejo, mis ojos vuelven a humedecerse.

—No, ya basta —le ordeno a mi reflejo, sorbiendo por la nariz—. No puedes pasarte el día llorando. Él no se merece esto, y tú tampoco.

Inspiro hondo. Agarro la camisa por el dobladillo y tiro de ella, cubriéndome hasta medio muslo. Asiento, como si acabara de hacer un trato conmigo misma, y medio sonrío. Pero me conozco lo suficiente para saber que no podré contenerme si no hay nadie vigilándome, y por eso acabo tecleando el número de Axel.

—¿Por qué una clínica privada? —pregunto, mirando a mi alrededor con ojo crítico —. Leon dice que la escuela pública es mejor; imaginaba que diría lo mismo de los especialistas de la medicina.

Axel se encoge de hombros y yo decido no reincidir por el momento. Lo he llamado para que me distraiga con su típica e incontrolable verborrea, pero parece que no está de humor para conversar. En principio pensaba que era por Leon, pero teniendo en cuenta que sabe que está enfermo desde que se lo diagnosticaron, debe haber otra razón. Y sinceramente… Si ese motivo es Lana Douves, prefiero no tentar a la suerte preguntándole qué anda mal.

Saco el móvil del bolsillo trasero, aún absorbiendo los detalles del pasillo, y echo un vistazo a los nuevos mensajes. Uno es de Lana, contándome que está harta de tener que pedir ayuda para entrar en la bañera, pero que no le hace falta ver El diario de Noa ni tampoco escucharlo porque se lo sabe de memoria. Hay algunos de mi madre, de Lulú y las chicas… Un par de Jacqueline, preguntándome cómo estoy y por qué no se lo conté —pues porque tenías bastante con lo tuyo—, y uno de Ivan, mandándome información sobre el sarcoma. Sonrío al verlo, sin creerme que pudiera haber pensado mal de él cuando está ahí para mí… Y también porque no sirve de nada todo lo que pueda recopilar. Es un juego perdido.

—¿Ese es el ex? —pregunta Axel, mirando la pantalla con el rabillo del ojo—. Ya sé que eres muy introvertida y hermética con tus asuntos, pero siento curiosidad. Leon ha despotricado sobre él tantas veces que es como si lo conociera, al muy cabrón.

Frunzo el ceño y guardo el móvil de nuevo.

—Eso no suena como Leon. ¿En serio se metía con él…? Y no lo llames cabrón, porque no lo es. Está en Francia haciendo su propia investigación para ayudarme con… —Aparto la mirada y me concentro en mis pies—. Da igual. ¿Se puede saber qué te decía de él?

—Tranquila, Leon no es de los que llegan, le dan un puñetazo a la pared y dicen muchas palabrotas. Lo de «cabrón» es la marca de la casa. —Mete una mano en el bolsillo del pantalón, del que cuelgan unas cuantas cadenas, al más puro estilo *rock 'nd roll*—. Decía que no entendía por qué un tío iría a dejarte. Y a veces se ponía celoso. Eso tenía bastante gracia —comenta, aguantándose la risa—, salvo cuando no la tenía en absoluto, claro. Cuando estuviste en la despedida de soltera de tu amiga y La… Lana me mandó vuestras fotos y se las enseñé, estaba medio sedado en el hospital. No tuvo ninguna gracia verlo hecho polvo balbuceando sobre Ivette, o Evan, o como se llame.

—¿Estabais en el hospital? —murmuro, mirándolo con los ojos muy abiertos—. Dios, pensaba que estabais drogándoos en una fiesta.

—Bueno, técnicamente él lo estaba. Drogado, digo. Pero no… Por favor, Non, ¿en serio crees que Leon… iría a una fiesta donde hubiera drogas? —exclama, exagerando el acento. Bufa sonoramente—. ¿Acaso no sabes que es un hombre elegante?

Medio sonrió y niego con la cabeza.

—Sí, lo sé… —asiento, clavando los ojos en el techo. Parpadeo para escapar de las lágrimas—. Lo voy a echar de menos. Muchísimo.

—Y yo. Somos como Asterix y Obelix. Él el listo, y yo el tonto que es feliz gracias a él. De no ser por Leon, estaría dándome cabezazos con las piedras de una cantera… Y no, por todo lo que ha hecho y sigue haciendo por mí, soy un tío decente. Casi un héroe,

como si me hubiera caído dentro de la poción mágica —comenta, con la mirada perdida —. Es la persona que más quiero en el mundo.

—A ver si va a ser verdad lo que decía Lana de que en el fondo estás enamorado de él —bromeo, sorbiéndome la nariz. Él me lanza una mirada entre risueña y seria.

—Si estuviera enamorado de él, créeme, bonita… Ahora sería yo la viuda devastada. —Suelto una carcajada y él sonríe de lado—. Aunque confío en que tú tampoco lo serás. Volverás con Ivan cuando esto acabe, ¿no?

Me abrazo a mí misma, reservándome la opinión de que está tratando el asunto con demasiada frialdad. Es mi hombre dejándome sola sin retorno, no cualquier pelea estúpida o viaje temporal.

—¿Por qué decís eso los dos? —mascullo, negando con la cabeza—. Quiero muchísimo a Ivan, pero ha pasado mucho tiempo. No podría ser lo mismo entre nosotros porque yo no soy la misma persona, y mis sentimientos han cambiado.

—Los sentimientos son lo que hace voluble al ser humano; la parte de nosotros que más cambia, experimenta y evoluciona. ¿Estás segura de que quieres estancarte otros tantos años, habiendo perdido casi cinco de tu vida —los mejores a mi parecer— esperando a alguien por quien no ha merecido la pena privarse de todo?

Dejo de caminar, plantando los talones justo detrás de él. Axel se da la vuelta con las cejas alzadas.

—Ha merecido la pena porque para mí, Ivan no era ningún tipo más en mi lista de polvos o un novio de tantos. Ivan ha sido mi primer amor, el amor de mi juventud, mi mejor amigo, mi hermano y mi amante, además de, por muchísimo tiempo, el hombre de mi vida. Esperarlo y creer en él no era un sufrimiento, ni algo que me frenase, porque lo quería tanto que su recuerdo era mucho más valioso para mí que cualquier posibilidad de carne y hueso. Prefería al fantasma de Ivan que el calor de las manos de Leon, hasta que dejó de ser así, y entonces cambié. Y no me costó adaptarme. Nunca me he arrepentido de cómo he actuado, Axel. Ni me he avergonzado de lo que era… Ni he intentado cambiar mis sentimientos. Parecería insano querer a alguien que no estaba, pero, cuando no necesitabas que alguien estuviera porque ya había gente a tu alrededor, ¿realmente es triste que retuvieras lo que te hizo una vez feliz?

—Lo es. Es muy triste —insiste, encogiendo un hombro—, porque te hizo una vez feliz; tú misma lo has dicho. Llegó un momento en el que dejaste de serlo por ir arrastrando una sombra. Por eso te enamoraste de él, porque te cansaste de querer a un imposible; porque el calor de las manos de alguien vivo es mucho mejor que la imaginación o el recuerdo.

—Puede serlo para ti, pero no todos somos como tú. No me conoces, Axel.

Él sonríe.

—Te sorprendería saber cuánto he podido conocerte solo escuchando hablar de ti a la gente que te quiere. —Se da la vuelta y me señala la puerta del final del pasillo—. La médico de cabecera de Leon es la señora Schell. Dile que vienes a por lo de siempre, enséñale el justificante firmado y ya lo tendrás. Nos vemos a la salida. Voy a hacerle una visita a una amiga.

—¿Una amiga? —se me escapa.

Es la costumbre de sonsacar información para Lana, una que ya no me servirá para nada. Aunque tampoco es que Axel esté dispuesto a complacerme, porque me lanza una mirada de soslayo que parece querer decir: «¿importa?»

Realmente no, no importa. Lo único que ha cambiado en los últimos meses no es solo la salud de Leon, ni mis inclinaciones amorosas. Me consuela saber que, de haber conocido Lana al lado sentimental de Axel, lo habría mandado al cuerno bien rápido. Siempre ha tenido que ser ella la dramática de la relación. Cree que los hombres sensibles son un fraude. Aunque viendo marchar a Axel, con todo ese pelo despeinado y el cuero, podría achacarle cualquier virtud excepto la de los sentimentalismos a deshoras.

Entro en la consulta de la profesional y la saludo con una de las pocas palabras que sé en alemán. Le tiendo la receta, explicando el discurso que me he estudiado de memoria para señalar lo que me falta, y ella sonríe exageradamente. Eso es algo que no entiendo ni he entendido nunca de los médicos. Los pediatras pueden permitirse ser rosas hasta decir basta, pero, ¿por qué el médico de un adulto debe tratar a su paciente con condescendencia, como si fuera medio estúpido?

Schell me tiende los medicamentos en una bolsa. Pronuncio el forzado «gracias» y procedo a sacarlos para asegurarme de que está todo correcto. Ella dice algo en alemán que no entiendo, así que me tomo la libertad de ignorarla. Abro una de las cajetillas y una vez comprobado, vuelvo a acomodarlas y la miro. Su sonrisa parece crispada. Dice unas cuantas cosas cuyo significado sigo sin comprender.

No sé por qué lo hago. A lo mejor es porque tengo costumbre de hacerlo, después de la oleada de equivocaciones que hubo hacía unos años, o tal vez tenga que ver con su extraña expresión, pero el caso es que estreno otra de las cajas y saco las pastillas sin estrenar. Le doy la vuelta, bajo su atenta mirada, y frunzo el ceño al ver que el forro plateado no tiene la inscripción del medicamento, ni tampoco el prospecto.

Schell rodea la mesa precipitadamente y me lo quita de las manos, murmurando palabras que me suenan a «error», «perdón»… O idos a saber. Ser yo, la negada de los idiomas, quien va a por algo tan importante, ha sido una tremenda equivocación. Por eso la aviso —en francés, claro—, de que voy a ir a por Axel, pero ella me lo impide

levantando una mano. Desaparece en otro despacho, dejándome en medio de la consulta con el ceño fruncido. Y no solo por su actitud, sino porque, ¿quién diablos se equivoca en una cosa así? Literalmente ha metido las pastillas que no son en la cajetilla equivocada, como si pretendiera dar el cambiazo.

Pensar en eso me cambia el chip de un solo clic. Echo un vistazo a mi alrededor, con una mala sensación en oprimiéndome el estómago, y me acerco a la vitrina donde están todos los cajones con la medicación de cada paciente. Tiro del asa de la que está señalada como Dresner, y empiezo a sacar las cajas una a una, revisándolas con ojo crítico. Guardo unas cuantas en los bolsillos, decidida a averiguar de qué están compuestas exactamente. No ha sido un error: ni una sola de las pastillas que supuestamente Leon ha estado tomando coincide con el nombre de la caja.

Schell aparece con el teléfono en la mano. Me mira con los ojos muy abiertos, y en el momento en que se precipita sobre mí con una mueca, confirmo mis sospechas. Le están dando medicación errónea, pero, ¿por qué? ¿Será un medicamento más fuerte y con efectos adversos muy marcados, o uno que lo debilita…?

Rodeo la mesa rápidamente, apartándome de ella, y echo a correr hacia la puerta. La doctora se tira sobre el picaporte para que no pueda salir. Me agarra de la coleta, obligándome a retroceder, y silencia a tiempo mi gemido de dolor poniéndome la mano en la boca. Dice algo, pero no logro descifrarlo; y tampoco me hace falta. Me arrastra hacia la mesa, a pesar de que intento clavar los pies en el suelo, y allí me empuja, haciéndome daño en la cadera al pegarme a la esquina. Estamos a punto de empezar a forcejear, cuando la puerta se abre y aparece un hombre vestido enteramente de negro.

—¿Qué coño pasa? —espeta Axel, avanzando hacia mí. La doctora me suelta antes de que tenga que obligarla—. ¿De qué va esto?

—Creo que están engañando a Leon —explico, alejándome de ella—. Las pastillas que se está tomando no son las que corresponden. Si lo fueran, tendrían el sello de la farmacia en la caja y en la parte de detrás, el papel plateado que contiene las cápsulas. Es una manera de distinguir los laboratorios oficiales de los que no lo son… Y no dudaría de que sea un buen medicamento si no estuvieran intentando hacerlo pasar por uno que ha existe…

De repente me doy cuenta de que estoy sin aliento, y la cabeza me da vueltas. Tengo que tragar saliva tres veces antes de que verdaderamente corra algo líquido por mi garganta. Carraspeo y observo, hiperventilando, cómo Axel se asegura de lo que he dicho metiendo la mano en el cajón y revolviéndolo todo. Aprieta la mandíbula al leer el exterior y hacer la comparación. Da un puñetazo sobre la mesa, captando la atención de la atemorizada doctora, y se enzarza en una discusión en alemán.

Apoyo la espalda en la pared y los miró alternativamente sin poder descifrar una

sola palabra. Él hace muchas preguntas, grita muchas cosas, y ella solo niega con la cabeza, hasta que reacciona bruscamente al verle agarrar su teléfono móvil.

—¿Qué haces? —balbuceo—. ¿A quién vas a llamar?

Él me mira muy serio.

—Dice que está todo aquí. Solo tengo que mirar el registro de llamadas para saber quién ha sido.

—¿Quién ha sido?

—Lo han estado envenenando, Adrienne —asevera, con un tono tan profundamente furioso que cruza la línea para sonar relajado—, y el responsable es el tío o la tía que responda a este número.

Camino a casa de Leon, mi cabeza es un cúmulo de dudas que no se me ocurre por dónde empezar a resolver. Estoy en estado de shock desde que Schell me ha agarrado, con una alta probabilidad de que su intención fuese borrarme del mapa: por eso no despego los labios durante el trayecto, cuando lo único que hace Axel es darle patadas a todo lo que se le cruza por banda.

No quiero emocionarme. Tampoco me había hecho a la idea de que Leon esté enfermo, pero si es cierto que lo voy a perder, no me viene mal seguir en el proceso de superación. Además de que no es como si fingir los síntomas de un sarcoma en el tejido blando fuera algo sencillo, ¿no? En realidad, no se trata de una enfermedad que pueda confundirse con otra. Obviamente, Leon no sabe nada de medicina y podrían haberlo engañado sin que pudiera siquiera imaginárselo —yo tampoco me lo habría podido imaginar, y por la reacción de Axel, diría que él tampoco—… Pero ya tuvo cáncer una vez. Sabría reconocer los síntomas que ya tuvo con anterioridad… Supongo.

Ahora que lo pienso, la manifestación de un tumor cerebral o un cáncer de pulmón es fácil de reconocer. El sarcoma, en cambio, varía. Hasta donde yo sé, Leon no tiene un solo bulto en el cuerpo, y el resto de síntomas pueden coincidir perfectamente con un envenenamiento. Heces negras, vómitos, dolor abdominal y fiebre… Suena al cuerpo humano queriendo expulsar sustancias tóxicas.

Poco a poco, voy saliendo del trance y haciéndome a la idea de que podría estar bien. Todo podría estar bien. Y lejos de emocionarme, pues aún tengo el miedo instalado en el cuerpo, voy poco a poco poniéndome roja de rabia. Aprieto el paso, con el único pensamiento en mente de que pudieran haberlo llegado a matar metiéndole quién sabe qué en el cuerpo. Axel y yo llegamos al apartamento jadeando por haber

hecho casi corriendo el último tramo de escaleras, y en cuanto cruzamos la puerta, sé que Leon no está solo.

Axel va a la cabeza, pero lo adelanto en el último momento y entro en la habitación con los músculos encogidos. De pie, al lado de Leon y con una falsa expresión de lástima, está Neumann. Ladea la cabeza para saludarme, y antes de que pueda preguntarse por qué me abalanzo sobre él, dejo la marca de mis nudillos en su mejilla. Neumann aúlla y Leon grita algo, pero no le presto atención a los sonidos, solo a la cara de ese desgraciado hijo de puta.

—Le has estado dando las pastillas equivocadas, y quién sabe si tu compinche mintió en el diagnóstico —espeto, con la boca torcida. Todo mi cuerpo tiembla, y aunque Axel se me acerca por detrás para apartarme suavemente, no lo permito. Sigo ahí, encarándole, sin quitar los ojos de los suyos, sorprendidos—. ¿Con qué coño lo has estado envenenando, cabrón? ¿Qué le has estado dando?

—Señorita Saetre…

—Ni se te ocurra fingir que no sabes de lo que estoy hablando —siseo, avanzando un par de pasos. Lo agarro de la perchera de la camisa—. Schell lo ha confesado todo, he visto los medicamentos con mis propios ojos y sobre todo, he sido testigo de cómo empeoraba. No lo repetiré, hijo de puta. ¿Qué. Le. Has. Dado? Si no me lo dices tú, utilizaré los laboratorios para sacarlo yo misma. Y por mentir te va a caer una pena de cárcel aún mayor que si solo confiesas.

Neumann se queda en silencio. Sí, este es el cabronazo que respondió al número de Schell. Este es al que Schell llamó para, seguramente, comunicarle que iba camino de ser descubierta.

—Sabía que me traerías problemas —dice en su lugar, mirándome con desprecio—. Por eso deberías haberte largado en cuanto Weber te tiró el ácido.

Ni siquiera me sorprende. Olía demasiado a chamusquina que me quisiera ver morder el polvo desde el principio, y que todos se esforzasen tanto por devolverme a casa.

—Tenías miedo de que por estar con él, averiguase lo que estabais haciendo, ¿no? —mascullo, apretando el puño. Me duelen los nudillos de haberle dejado la mejilla morada, pero no me importará hacer el esfuerzo de repetirlo. Han sido demasiados años siendo buena y pasiva; ahora viene mi desahogo—. Pues te ha salido mal la jugada, porque aquí está tu pesadilla. Te vas a pudrir en la cárcel. Solo espero que haya merecido la pena hacerlo por el dinero, o por lo que sea que lo hicieras.

—Claro que era por el dinero —repone, tenso—. Dresner nunca habría invertido en mi estudio si su vida no hubiese dependido de ello.

—Le hiciste pensar que estaba terminal para que se solidarizase con los enfermos. Eres un psicópata —murmuro, apartándome de golpe—. Cabrón hijo de puta…

—No soy un psicópata. Soy un hombre que haría cualquier cosa para la salvar la vida de muchas otras personas con esta dolencia. Si para ello había que sacrificar una, bienvenida fuese. Y de todos modos, no lo íbamos a matar. Le dábamos la dosis exacta para que sufriera, pero no ha llegado a afectar sus órganos de manera irreversible. Me temo que todo esto ha sido un ejercicio mental fascinante por su parte. Que hubiera padecido ya una vez cáncer, sin duda colaboró con lo que pretendíamos…

—*Arschloch!* —grito, volviendo a asestarle un puñetazo en el tabique nasal. La adrenalina amortigua bastante el dolor que me comprime los nudillos—. Eres la persona más desagradecida que he conocido en mi vida, un psicópata y un enfermo… —Mi voz se rompe a la mitad, justo cuando voy a empujarlo por el pecho—. ¿Quién te has creído que eres para jugar con la salud y los sentimientos de alguien de esa manera? ¿Es que estás loco…? ¿Cómo has podido hacerle eso a una persona que te ha colocado dónde estás, miserable? Eres…

Unos brazos me envuelven por detrás. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que, al parpadear, distingo mejor los rasgos de Neumann.

—Ya está, tranquila —susurra Leon, dándome un beso en el cuello—. Relájate, por favor… Axel —llama. Dice algo en alemán: lo único que distingo es mi nombre y el de Neumann, al que Axel se lleva cogiéndolo por el pescuezo.

Me doy la vuelta, temblando violentamente, y lo abrazo con toda la fuerza que puedo reunir. Él me devuelve el gesto besándome la coronilla con cariño y cuidado. Es en este momento, estando entre los brazos de una persona con la que puede que ahora me sea posible estar para siempre, cuando me doy cuenta de algo terrible. Una verdad que me sacude y me hace estremecer por el significado que encierra: habría muerto con él si todo hubiera sido cierto. Una parte de mí, la que yo más valoro, se habría perdido cuando se hubiera marchado. Y esa certeza me asusta tanto que por un buen rato, no puedo moverme. Leon tampoco lo hace, tal vez superado por la situación. Por eso pensaba que lo primero que diría a continuación, sería una estupidez sin pies ni cabeza, o quizá algo relacionado con Neumann y su proceso de encarcelamiento.

—Gracias —musita, pegando los labios a mi sien. Su voz suena tan débil que el corazón se me para. Cuando levanto la barbilla, descubro que está llorando—. Gracias por salvarme de nuevo.

No se me ocurre nada que decir, solo apretarlo contra mí con firmeza, transmitiéndole las fuerzas que le han robado por egoísmo.

—Quiero que lo ajusticien como se hacía durante la Revolución Francesa —murmuro, presionando la mejilla contra su pecho, queriendo esconderme de todo de lo

que no sean sus latidos. Un mareo me hace perder el equilibrio, pero me mantengo sobre los dos pies agarrándome a su camiseta—. Con la guillotina.

—Yo no puedo pensar ahora mismo en muerte o venganza. Solo tengo en mente que eres lo mejor que me ha pasado en la vida, y que te quiero… Y que me alegra que hayas aprendido conmigo. Has utilizado el insulto alemán que te enseñé —añade, con un tono divertido que se pierde en el intento.

—Se debía reservar para ocasiones especiales, ¿no? —Sorbo por la nariz, cada vez con la voz más lejana, el cuerpo menos mío y la cabeza en… quién sabe dónde—. Leon, no puedo…

Hasta ahí llega la que iba a ser mi confesión. Superada por la situación y desbordada por las emociones, pierdo completamente la noción de mí misma, desmayándome entre sus brazos.

CAPÍTULO 22

Me ha costado entender la gravedad del asunto y asumir la realidad unos cuantos días, al alto coste de mi salud física y mental. Entre la detención de Neumann al ser demostrada su mezquindad y el paseo que me he dado por cada consulta médica de Múnich, tirando de la mano de Leon —más vale prevenir que curar—, he acabado baja de hierro, e incluso he sufrido algún que otro ataque de ansiedad. No me siento yo misma, sino una patética versión de Adrienne Saetre, y ni que decir tiene que para alguien con mi actitud a la hora de enfrentar la vida, tener dolores de cabeza constantes y taquicardia no es en absoluto agradable. Es decir… Dudo que a alguien le guste haber perdido la cabeza y no saber por dónde empezar a buscarla, pero definitivamente, no soporto esta sensación de estar en la cuerda floja constantemente.

Y diréis: ¡pero si ya ha pasado todo!, ¿por qué estás así…? Bueno, es difícil de explicar. En un lapso de tiempo de mes y medio, he perdido a una ayudante barra amiga del alma barra luz de mis días a causa de un accidente que, si bien no le ha quitado la vida, le ha quitado las ganas de disfrutarla, un aspecto de su personalidad que siempre he admirado por encima de todas las cosas. Aparte, mi trabajo ha resultado ser un fraude, porque si bien los resultados obtenidos van a utilizarse para un buen fin, me siento sucia por haber estado en ese laboratorio a costa de la salud de Leon. He descubierto, además, que el hombre del que pensé que siempre estaría enamorada, ya no tiene mucho más que un hueco en mi corazón. Y el plato fuerte: me han mentido sobre un estado físico, luego he tenido que aceptar a un novio terminal y hacerme a la idea de que me convertiría en un alma en pena por los próximos… ¿Cinco años? ¿Diez?; y por último, he descubierto que todo era mentira. ¿No es para echarse las manos a la cabeza? ¿No es para volverse loco?

Aun así, he tenido presente en todo momento que había quien estaba peor que yo. Aunque nos han mentido a todos a la cara —a Axel, a él, a mí—, definitivamente es Leon el que se ha llevado la peor parte. Por eso he insistido en pedir cita con todos los médicos de la región —y cuando digo todos, creedme… Son todos—, invirtiendo dos semanas y tres días del mes en asegurarme de que todo estaba en regla. Y lo está. El diagnóstico más preocupante que le han hecho ha sido que tiene bastante machacados los riñones por haber estado digiriendo durante meses unas cuantas sustancias tóxicas, pero nada que con vitaminas y una vida saludable no se pueda mejorar.

De todos modos, ¿quién dice que porque ahora todo esté en regla, yo tenga que batir las palmas y ser más feliz que una perdiz? El miedo sigue instalado en mi cuerpo, la sed de sangre me está consumiendo y… No soy ninguna persona vengativa, y ni mucho menos tan emocional para seguir aferrada a mis malas vibraciones. No obstante, ha sido todo tan intenso que no puedo relajarme. No puedo sentarme al lado de Leon y preguntarle qué está leyendo sin recordar que estaba a punto de cambiar toda mi vida

por él.

En el momento lo vi muy claro. Lo quiero, lo adoro; nunca lo habría dejado solo estando enfermo, y no tanto por pena como por el deseo de aprovechar hasta el último aliento a su lado. No me paré a pensar largo y tendido en las consecuencias que pudiera tener para mí, aunque me pasara unas cuantas semanas encerrada en mi habitación. Ese cuarto de esa casa que una vez compartí con Lana, solo vio mis lágrimas de rabia y traición, por haber sido vilmente engatusada para, se supone, evitarme el sufrimiento. Ante lo precipitado del cáncer y el pánico a perderle, lo perdoné casi a la fuerza y, a partir de ahí, se me olvidó todo. Pero ahora vuelve a mi pensamiento lo que me hizo, y aunque no lo odio ni le guardo rencor, sí que tengo miedo. Si fue capaz de mentirme en algo así de grave, ¿cuánto más podría engañarme? No me ha demostrado que pueda confiar en él en ningún maldito momento, y por mucho que lo quiera, no voy a embarcarme en una relación en la que no estoy segura… Cuando, para colmo, tengo pesadillas todas las noches y ansiedad frecuente.

No, no estoy en condiciones de actuar como si no hubiera pasado nada; como si estos últimos meses no hubieran sido los peores de mis treinta años de vida. Y no creáis que no va a dolerme distanciarme por un tiempo, porque joder, sigue siendo la persona con la que deseo estar, pero no a costa de mi estabilidad emocional.

—¿Te vas?

Empujo el último jersey sin planchar al interior de la maleta, y me doy la vuelta para mirarlo. Su madre ha estado encargándose del hotel mientras él terminaba de reponerse, por eso viste unos vaqueros y una chaqueta sencilla. Dejar de tomar esas pastillas le ha sentado de maravilla: ya no tiene las mejillas ahuecadas, ni los ojos vidriosos por la droga. Está como lo vi la primera vez, tan sexy que duele.

—Sí —asiento, procurando que no me afecte su cambio de expresión—. Hace mucho tiempo que no veo a Lana, y aunque la llame a menudo, necesito asegurarme de que le va bien. También quiero ver a mis amigas. No estamos en nuestro mejor momento. —Hago una pausa al ver que se acerca, pero retomo el hilo enseguida—. Y ahora que has cerrado el laboratorio, no tengo manera de ganarme el pan si no es volviendo a mi antiguo trabajo o aceptando una plaza en el hospital en el que ahora trabaja Ivan. Tendría que hacer unos estudios complementarios, pero no me tomaría mucho tiempo… —Contengo la respiración cuando para delante de mí y me acaricia el borde de la mandíbula con un dedo. Sigo el trazo de la yema con el rabillo del ojo—. En definitiva, necesito poner espacio entre todo lo que acaba de pasar. No me encuentro bien, no soy yo misma, y…

Reconociendo su intención de besarme, cierro los ojos y dejo la frase a la mitad para recibirlo. Leon toma mis labios con delicadeza, rozándome distraídamente la barbilla.

Las piernas me tiemblan cuando nuestras lenguas se encuentran en un baile apasionado, y él, sabiéndolo, me rodea por la cintura y me empuja con suavidad para tumbarme sobre la cama.

—Leon… ¿Me has escuchado? —balbuceo en cuanto se separa. Sus aliento choca con mi cuello al descender para llenar de besos mi escote—. Leon, no vas a convencerme de quedarme con esto, yo no… No puedo, esto ha sido demasiado intenso para mí. Yo era una persona tranquila y me has… Esto me ha llevado al límite. Lo ha propasado. Y te quiero, eso no ha cambiado, es solo que necesito tomarme unas vacaciones.

—Buscar un trabajo fijo no suena a vacaciones —murmura contra mi pecho. Sus manos descienden al dobladillo de mi camiseta, que me quita muy despacio. Siseo en voz baja al sentir el frío de la temperatura ambiente en el estómago.

—Serán unas vacaciones largas —explico, con la voz entrecortada—. Leon, tienes que respetar mis… —Me silencia desnudándose de cintura para arriba, tirando la chaqueta y el jersey al otro lado de la cama. Se supone que la desnudez no debería sorprenderme, y menos la suya, pero tengo que morderme el labio cuando lo veo flexionar los codos para ponerse sobre mí—. Y… He olvidado lo que quería decir.

Él sonríe con ternura.

—Respeto tus decisiones. —*Ah, sí, eso era*—. Solo te estoy despidiendo en condiciones.

Asiento con un nudo en la garganta. Apoyo las palmas en su torso, notándolo cálido y vital, sobre todo vital.

—¿No te importa que me vaya?

—Claro que me importa que te vayas. Estaré contando cada minuto… —Me besa en los labios—, de cada hora… —Su boca resbala por mi barbilla para morderme la piel sensible del cuello, robándome un gimoteo nervioso—, de cada día… —Me da la vuelta, poniéndose encima, y me desabrocha el sujetador al primer intento. Al segundo siguiente tengo sus labios sobre la oreja—, hasta que vuelvas. Pero no voy a decirte que no, ni voy a decir que no me parece bien; entre otras cosas porque no tengo nada que ver en tus decisiones. Te he cambiado, aún no sé si para bien, y estás en tu derecho de decidir si quieres que siga haciéndolo o no. —Escucho el tintineo de la hebilla del cinturón cediendo, y luego cayendo con un sonido sordo sobre la alfombra—. Sé muy bien que no te merezco —añade en un susurro, cogiéndome de la barbilla para tirarme de la cabeza hacia atrás y hablar, de nuevo, muy cerca de mi oreja—. No me merecía que vinieras a buscarme y que te quedaras conmigo pese a todo… Lo tengo muy presente. Así que no pienso darte razones para que te des cuenta y me dejes, Adrienne… —Suspiro ruidosamente cuando me saca los pantalones y las bragas al mismo tiempo, y me levanta por la cintura para ponerme sobre mis rodillas—. En

resumen… Voy a echarte de menos a todas horas, pero no quiero que te quedes por obligación. No quiero que seas mía. Quiero que si estás conmigo, sea por gusto.

Inspiro hondo, extendiendo por todo mi cuerpo la sensación de serenidad y la trepidante emoción que me llena el pecho. Ladeo la cabeza, buscando su mirada, y él me facilita la recompensa por su pequeño discurso pegando sus labios a los míos. Se aparta relativamente rápido y me acaricia la curva del trasero, poniéndome a delirar. Me incorporo, poniendo el peso sobre las manos, y aun así, él insiste en hacerme perder el equilibrio con atrevidos recorridos que nacen en mi nuca y terminan en el coxis. Leon rodea mi cuerpo con una de sus enormes manos, descendiendo ahora desde los pechos al ombligo, y del ombligo, a mi sexo. Debe gustarle cómo lo recibe, porque murmura una palabra en alemán y me besa el hombro.

—Oye… —murmuro sin voz—. Basta de alemán. Cuando vuelva, no quiero oír una sola expresión en el idioma… A mí me hablas en… *Ah*, Dios. —Me muerdo el labio con fuerza, sin aliento. La punta de su palpitante miembro dibuja una línea desde mi zona lumbar hasta penetrarme de una sola vez. Mis caderas se mueven solas, pero él me vacía antes de que pueda acostumbrarme y tengo que empujar el trasero hacia atrás para buscarlo—. ¿A q-qué estás jugando? Leon…

Me callo en cuanto vuelvo a notar la suave envergadura de su polla humedeciéndome la piel. Me provoca introduciendo el prepucio en mi entrada, sin llegar a conectar con mi centro, y dejándome sin nada de nuevo. Jadeo de pura indignación, mirándolo por encima del hombro y buscándolo con las caderas.

—Desde que te alteras por cualquier cosa vivo por y para sacarte de quicio —admite, pegando su pecho a mi espalda. Apoya todo el peso con una mano, y con la otra, conduce su erección para instalarse en mi interior—. En el fondo estás orgullosa de ser capaz de enfadarte, de estar irritada, de gritar… Solo necesitas aprender a gestionarlo porque nunca has estado furiosa. Nunca has sentido algo tan fuerte por alguien —continúa, ladeado la cabeza para buscar mi mejilla, mi sien y mi oreja, que mordisquea poniéndome el vello de punta—, ¿a que no? Nunca has sentido la necesidad de golpear a otra persona, de insultarla, de mandarla al infierno… Solo conmigo —susurra con orgullo palpable.

No puedo hablar: el vaivén de sus caderas poseyéndome es tan intenso que pierdo la conciencia de lo que sucede a mi alrededor. Aun así, sus palabras van calando dentro de mí, muy despacio, entran con cada penetración, con cada beso robado en mi espalda, cada caricia entre mis muslos temblorosos… Su boca húmeda recorre cada esquina de mi rostro, y deja su marca con pequeños mordiscos a lo largo de mis hombros. Le escucho, pero no asimilo lo que transmite hasta que el primer orgasmo me atiza. Casi caigo de boca sobre el colchón, aún sintiéndolo en el fondo de intimidad.

«En el fondo estás orgullosa de ser capaz de enfadarte, de estar irritada, de gritar… Nunca has sentido algo tan fuerte por alguien, ¿a que no?».

Algo dentro de mí se desborda en cuanto lo comprendo, y llevada por fuerzas renovadas, por el derroche de adrenalina y una necesidad desbordante, me aparto y lo aparto a él. Lo encaro como si estuviera desnuda, y me acerco a él, sin perderme detalle de su postura y su desnudez. Su gloriosa erección apunta en mi dirección, y aunque me tienta agarrarla y darle una buena lección, acabo empujándolo por el pecho y tumbándolo boca arriba. Apoyo las manos en su tórax, y me abro de piernas sobre él, empalándome hasta la empuñadura.

—Sí, estoy furiosa —confieso, con la garganta desgarrada. Lo tomo por la nuca, acercándolo a mí, de modo que mis pechos quedan a la altura de su cuello. Él se acerca a uno de los pezones y abre la boca para succionarlo, pero no se lo permito alzándole la barbilla—. Estoy furiosa contigo, Leon. Me mentiste —le reprocho, apretando los labios —. Jugaste conmigo creyendo que no me enamoraría de ti… Cuando eso es una excusa de mierda.

—¿Y qué más? —murmura, con los ojos entornados. Me pone las manos en las caderas, pero yo de las aparto, conteniéndolas por las muñecas.

—Eres un egoísta, un embustero y un cabrón —prosigo, acercándome a sus labios. Atrapo el inferior de un mordisco, y tiro de él hasta que gime. Lo contengo entre mis piernas y empiezo a cabalgarlo—. Eres la única persona que he odiado de verdad.

—Sí, sigue. Dime todo lo que sientes, mi amor.

—Me hiciste creer que yo era la culpable de tus cambios de humor… —continúo entre jadeos, aumentando el ritmo—. Si hubiera sido un poco más débil, si hubiese sido vulnerable, podrías haberme destrozado. Podrías haberme hecho pensar que era insuficiente, y eso me habría anulado como mujer.

—Lo hice. Soy un hijo de puta. Desahógate.

—Estoy tan enfadada contigo que no me dejas dormir. Por tu culpa he salido de mi zona de confort tantas veces que ya no sé cómo se vuelve. De hecho, ya no sé ni si quiero volver a entrar. No sé si vivir en paz merece la pena… —Suelto sus manos amarradas, que no tardan ni un segundo en agarrarme por los cachetes—. Lo único de lo que estoy segura es de que a pesar de todo, estoy loca por ti. —Sus ojos brillan al oírlo, y eso me da fuerzas para continuar—. ¿Y crees que es algo bueno? Es bueno hasta que te das cuenta de que habrías vendido tu alma al diablo por unos minutos más con esa persona. Hasta que comprendes que te ha convertido en todo lo que eres ahora y, si se fuera, te perderías por el camino… —Parpadeo rápido para contener las lágrimas—. Me has hecho pasar más miedo y rabia del que he experimentado en toda mi vida, y no estaba preparada para eso. No estaba preparada para ti.

—Yo tampoco, mi amor… —Me seca las lágrimas con los pulgares—. Pero me tiré de cabeza en cuanto te vi y no me arrepiento de nada. Te puedo asegurar que el amor no es locura; solo nos ha tocado vivir una historia llena de altibajos. Pero haré que recuperes todo lo que eres, y sé que tú te esforzarás por volver a tu tranquilidad inicial, porque esa es la Adrienne por la que yo daría cualquier cosa.

—¿Crees que yo me arrepiento? Has sacado de mi corazón la desidia, y has remplazado toda la tristeza y la nada con la que me he protegido por la felicidad más contagiosa. Puede que prefiera estar tranquila, pero es porque no sabía de los beneficios de las emociones. Si quererte me hace sentir así… Viva, permanentemente en estado de alerta… Bienvenido sea. Pero tienes que dejar que me haga a la idea, porque ahora mismo soy un detonador.

Leon me sostiene la mirada un solo segundo, empapándome de verde y excitación, y después la toma con mis labios. Me da un beso salvaje y lleno de matices que resulta ser el precedente de un segundo orgasmo brutal. Él se corre conmigo, callando su propio grito liberador en el hueco de mi clavícula y mi hombro.

Arropa mi cuerpo tembloroso con sus brazos y me contiene contra su pecho. Se asegura de que no me duermo mirándome a los ojos con determinación.

—Si no has vuelto en tres meses, iré a por ti —susurra, inapelable—. No he burlado a la muerte para aprender a vivir sin mi pequeño frasquito de hiel. Eso —apostilla—, sería para mí otra forma de perder el alma.

No soy una persona de sorpresas, pero por esta vez, quería hacer la excepción apareciendo repentinamente en casa de Lulú. El problema es este: no sé a dónde diablos se ha mudado Lulú, y preguntarle ya mandaría al carajo la visita esporádica, así que no me ha quedado más remedio que ser recibida en el aeropuerto con los brazos abiertos.

Repito: no soy una persona de sorpresas, ni suelo tomar decisiones aleatorias sin previa consulta con una lista de pros y contras. Por eso mi intención de viajar sin decir nada tenía un motivo. No quería ver cómo mis amigas, las que antes no se separaban ni para atrás, renunciaban a venir a verme porque son demasiado orgullosas para arriesgarse a cruzarse. Y se supone que arreglamos las cosas antes de la boda de Jacques… Pero que Katia faltara a la ceremonia recrudeció el problema, y ahora, Jacqueline y ella se hacen el vacío, Nina está muy ocupada con Lana, Lana no puede moverse sola, y… En fin, solo me queda Lulú. Que no es poco. Ni mucho menos.

—¿Cuánto te vas a quedar? Es para hacer un plan de quedadas. Me han dado las

vacaciones en la editorial y puedo pasarme estas dos semanas acompañándote a cualquier parte. Puedo —repite—, y lo voy a hacer. Ya que estás aquí, además, podrías enseñarme a conducir, que tengo que sacarme el carnet. Gael está harto de llevarme y traerme a todas partes, y no tiene paciencia para ponerse conmigo. Además… —añade, toqueteándose el borde del vestido—. Al final no sé cómo lo hago, que acabo encima suya y con el claxon incrustado en la espalda. Así no voy a mejorar nunca.

Decido darla por perdida después de soltar una carcajada. Antes de tomar el vuelo, le dije que no quería hablar de Leon ni nada relacionado con él para desconectar completamente, y que esperaba que me enterrase en anécdotas aburridas sobre su vida en pareja. Eso no me va a ayudar, lo sé: de hecho, que haga referencia directa a la cama no me ayuda a borrar de mi mente la despedida de Leon… Pero por lo menos puedo volver a los viejos tiempos, cuando éramos Lulú, sus problemas, y yo. Yo, claro está, en calidad de psicóloga. Algo que, sinceramente, me encantaba hacer.

—Vamos a pasar por mi casa para que coja dinero, luego recogemos a Lana y a Nina, y nos vamos por ahí un rato, ¿vale?

Dicho y hecho. Lulú se ha mudado recientemente con Gael a un apartamento diminuto muy cerca de donde trabajan… Sí, como lo oís, donde trabajan. No os hagáis los sorprendidos, ya lo sabíais. Lo que hace que me pregunte: ¿no se aburren de verse la cara? Se despiertan y acuestan juntos, hacen sus horas laborales juntos, y pasan el tiempo libre juntos. Lo normal sería cansarse.

Pero Gael no parece cansado cuando coincidimos entre una muralla de cajas por desembalar. Más bien parece un poco mosqueado.

—Hola, Adrienne. Me alegro de verte —saluda, inexpresivo.

Se alegre de verme tanto como se alegra de la bajada de impuestos en Sídney; el hombre es la falsa cortesía personificada. Y eso con quienes le caen bien. Quienes le caen mal solo reciben cinismo en cantidades industriales.

—Lo mismo digo. Tenéis una casa muy bonita.

—Y muy asequible. Lulú tuvo la gran idea de alquilársela a David el Gnomo. Parece que a ella no le molestan los techos bajos —comenta por lo bajo, pasando por mi lado—. Voy a discutir con ella, ahora te la devuelvo.

—¿Me tapo los oídos?

—No servirá de nada. En esta casa se oye todo.

Entonces espero que no tomen la llamada de la pasión o algo así, no sé si tengo ganas de escuchar gemidos varios… Especialmente si vienen de mi mejor amiga.

—¿Has puesto la lavadora, o has puesto la matanza de Texas versión pastilla de

jabón?

En efecto, se oye perfectamente.

—Hola a ti también, eh —ironiza Lulú—. Ya sabes que no sé poner lavadoras. Si no quieres que te estropee la ropa, ponla tú. O enséñame, en lugar de… Bueno, ya sabes.

—No tiene gracia, Minúscula. Es el tercer jersey que va a la basura por tus manazas.

—Perdona, pero en todo caso, serían manitas —replica, arrancándole a las malas una risa-bufido a su novio—. Ahora voy a salir. Pararé a comprarte otro como ese, ¿vale?

—Déjalo. Si vas a salir, pásatelo bien y no te preocupes ni entretengas en eso. Pero aprende a usar esos cacharros de una vez; no es tan difícil. Y ponte otros zapatos, que va a llover y no quiero que me pegues otro virus.

—Sí, papá —se burla. Se oye el sonido de un azote y luego una carcajada amortiguada. Un par de pasos retrocediendo, algo de metal cayéndose al suelo, unos murmullos que no alcanzo a oír y un ronroneo coqueto—. Vale, mejor papi chulo… Pero no te pongas tontorrón, que tenemos visita.

Lulú aparece unos segundos después, alisándose el vestido y humedeciéndose los labios. Gael sale de la habitación un minuto más tarde, le echa un vistazo de arriba a abajo a mi amiga y tras repetir «los zapatos» como si le diera igual, desaparece en otro cuarto. Lulú pone los ojos en blanco, decidiendo pasar olímpicamente del consejo. En cuanto coge la cartera y su bolso con flecos —su horrible bolso con flecos—, salimos a la calle y tomamos un autobús a casa de Nina.

—Lana está mucho mejor —comenta Lulú—. Sigue siendo muy duro para ella, pero ha superado más o menos la primera fase de duelo.

—¿Duelo?

—Ya sabes, duelo por la pérdida. No es una persona, pero igualmente siente que le falta algo. Y no es para menos —murmura—. En cuanto a Jacques… Ahora mismo está muy ocupada, pero cuando tenga un momento libre te llamará.

—¿Ocupada con qué?

—¿No lo sabes? —murmura—. Su madre se ha puesto muy enferma. Es Ivan quien la está tratando, ¿sabes?

—¿Estás de broma? ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

Lulú me lanza una mirada culpable.

—Sé que no quieres que lo mencione, pero… Estabas agobiada con tus propios problemas, y ninguna quería molestarte con los suyos. Lo mejor en este caso creo que era que cada lidiase con su tema por separado.

—Pero no es justo. La pobre Jacqueline estaba sola, y… ¿Por qué le pasa todo a ella? No es justo.

—Bueno… Parafraseándote: se lo ha buscado.

Asiento en silencio. Nadie sabe que en realidad he estado apoyando a Jacques en todo momento, y que la cubrí aquella noche, muchísimo menos. No sé muy bien por qué, pero no quise que supieran que estaba de su lado; quizá porque sabía que Katia me daría la espalda también, y no habría sido justo. Para lo que me ha servido… Según me ha contado Lulú, Katia se ha ido de año sabático a España, como siempre que «necesita pensar». Marcel debió darle fuerte…

Llegamos a la casa de Nina con unos minutos de antelación. Lulú tiene llave, de la misma manera que Nina tiene llave de la casa de Lulú, y así con todas. Una tradición «familiar» que empecé yo cuando vivía con Donatien.

—¡Chulo! —escucho gritar a Lana—. Chulo, ¡ven aquí!

Solo con oír su voz, me siento mejor. La sonrisa se me escapa, y antes de saludar a Nina, que está en la cocina trabajando duro en la merienda, sigo el pasillo y me asomo bajo la puerta del salón. Y ahí está ella, mi Lana Douves en persona… Quizá algo cambiada.

Lleva unas mallas de deporte y una sudadera ancha que le cubre hasta las rodillas. Se ha cortado la larguísima y lisa melena negra, y ahora lo lleva un poco por debajo de los hombros. No está maquillada, lo que es sorprendente porque siempre iba a todas partes con, al menos, un poco de rímmel.

Un perro enorme aparece detrás del sofá con un pañuelo en la boca. Lo escupe y se acerca a ella, rozándole la mano con el hocico para que la acaricie. Lana sonríe y le da unas palmaditas en la cabeza.

—Ahora tienes que venir más rápido. Me ha dado tiempo a entrar en Jumanji y salir en todo lo que has tardado. Si estuviera a punto de atropellarme un coche, ¿qué…? Así, buen chico. Ahora le diré a la zorra de tu tía que te dé algo. ¿Qué te apetece? ¿Tallarines? Joder, a mí también.

Aprieto los labios para no reírme y me acerco con cuidado de no hacer ruido. Ella ni se inmuta. Es ajena a mi presencia hasta que decido presentarme.

—Creía que no te gustaban los perros.

Lana da un respingo que casi la tira del sofá.

—Me cago en tu puta madre, Adrienne Saetre —espeta, poniéndose de pie de golpe. Bufa—. Lo siento, es que me has asustado. No puedes hacerle eso a un ciego, ¿sabes? Y no, no me gustaban los perros, pero necesito uno para no morir mientras bajo a comprar

el pan. ¿A que es guapo? Bueno, no sé si es guapo, pero me he asegurado de que fuera un pastor alemán para aterrorizar a las envidiosas. Por las noches le pongo un pañuelo con perfume caro en el hocico para que sepa a quién atacar. Ugh, todo ese club de petardas en el que estaba merece que Chulo le babee las caras mientras se hacen un shiatsu.

—¿De qué estás hablando?

—Ah, nada. ¿Recuerdas mi grupo de lectura romántica? Pues cuando volví, había caído en manos de la pija de turno, y… Bueno, da igual. ¿Qué te parece mi chucho?

No es nada sorprendente que Lana pase olímpicamente de expresar sus sentimientos, de abrazarme o darme la bienvenida. Ya os he contado que aunque sea una persona muy expresiva y emotiva, prefiere evitar el contacto físico y cualquier derivado de él.

—¿Por qué lo has llamado así?

—¿Chulo? Ah, en realidad viene de Chulazo, pero los perros no se llevan bien con los nombres largos y tuve que acortar. De todos modos ese es el significado. Él es mi chulazo, dependo de él como las putas del suyo. No es muy poético, pero nunca he dicho que me interesara la poesía.

Eso me suena.

—Es muy mono… —murmuro, acercándome para acariciarlo. Chulo me olisquea la mano antes de decidir que soy una presencia grata. Sellamos nuestra relación (o él la sella) lamiéndome la mano—. ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? Me ha contado Nina toda esa tramoya de Neumann, pastillas falsas y demás. Qué fuerte me parece. La gente está loca… ¿A que está loca, Chulo? —repite, poniendo la voz en falsete—. Muy, muy loca…

—Sobre eso… He venido para tomarme un tiempo de relajación. Ha sido todo muy repentino, demasiado intenso, y necesitaba desconectar con unas vacaciones. Leon lo sabe, antes de que preguntes. Y no, no sé qué va a ser de nosotros, no preguntes eso. Ni si viviremos felices para siempre.

—Claro que no viviréis felices para siempre —repone, tan segura de sí misma que me desarma—. He aprendido unas cuantas cosas en los últimos meses, ¿sabes, Adrienne? Créeme cuando te digo que mi vida ya no gira en torno al príncipe azul, o la pareja perfecta, o los tulipanes amarillos. —Medio sonríe, sin ganas—. Me he tenido que quedar ciega para descubrir que me preocupaba por auténticas gilipolleces. Y mira que me lo repetías… No podía actuar para siempre como una niña caprichosa, ni tener sueños de amor utópicos. En la vida real, eso no pasa. Lo tengo muy claro.

—¿Por qué dices eso? ¿Es por Axel?

—¿Qué tiene que ver Axel aquí? —masculla, con el ceño fruncido—. Solo te decía que ahora tengo otra perspectiva. Si no sois felices para siempre, tampoco pasa nada. A veces, con ser feliz por un rato, es suficiente.

Me la quedo mirando un buen rato, intentando decidir si me creo lo que parece insinuar —que está bien— o insisto en sacar a colación algo que dejó atrás hace casi medio año. No tiene sentido, ¿no? Ahora Axel sale con otras mujeres y ella estaba interesada en un tipo de su grupo de… ciegos.

—Lana… —Me siento a su lado y le pongo una mano en la pierna, que noto más delgada—. ¿Eres feliz?

Ella exhala sonoramente, evocando una especie de carcajada. Aparta la vista del suelo, donde ha tenido los ojos todo el tiempo, y me mira a la cara. El corazón se me para al cruzarme con sus ojos vacíos, sin vida.

—Por ahora, no. Pero voy a serlo, Non. Soy como Harrison Ford dijo que era Carrie Fisher: a lo mejor no tengo los ojos de una cierva. A lo mejor no tengo ojos. Pero tengo más pelotas que un samurái. Y voy a utilizarlas para seguir adelante… Así que no te preocupes por mí. Estaré perfectamente.

CAPÍTULO 23

La verdad es que poner distancia siempre sirve. Al menos en mi caso. Me ha ayudado a darme cuenta de que no es que me gustara estar en Múnich, sino que me gustaba de quién estaba acompañada. En el momento en que me faltó Lana y supe —bueno, *pensé*— que Leon acabaría dejándome, me empecé a sentir incómoda. Las ganas de huir no hicieron sino crecer conforme fueron pasando los días, y ahora que estoy en París, lo veo todo de otro color.

No es que no eche de menos a Leon. Después de dos meses y medio sin saber nada de él salvo por unos cuantos mensajes vía *iMessage*, estoy que me subo por las paredes. Pasar por una situación tan problemática como la de su supuesta enfermedad me hizo depender de él de un modo que aún no comprendo, y necesitaba quitarme eso de encima, curarme y volver a ser yo… Perdonarlo por su mentira y averiguar si podríamos ser una pareja. A fin de cuentas, no lo hemos sido en ningún momento. No hemos tenido una relación propiamente dicha, y aunque a estas alturas importen muy poco las etiquetas, a menudo son estas justamente las que arruinan los noviazgos.

En definitiva, mis sentimientos no han cambiado. Solo me siento mucho mejor. Neumann está entre rejas, junto con su par de ayudantes; han cerrado el laboratorio, han indemnizado a Leon por el engaño con la mitad de lo que invirtió, y según me cuenta por mensaje, ha hecho un estupendo viaje a las Islas Canarias con Axel para ponerse moreno. Es posible que se me hiciera la boca agua de imaginarlo, pero por supuesto, eso no se lo dije. No ha tenido reparo alguno en decirme que, con una palabra exacta de mis labios, cogería un avión y se plantaría en la puerta de mi casa.

¿Mi casa? Ese es el gran problema. No iba a volver a vivir con Donatien, así que he alquilado un apartamento con mis ahorros en una calle céntrica que da a mis negocios favoritos. Lana no se equivocaba cuando decía que soy muy poco patriota, pero eso no significa que no me guste París. Antes la veía como una ciudad gris y triste, pero porque habría renegado de cualquier lugar del mundo en el momento en que Ivan me dejó. No obstante, ahora, me parece mucho más inmensa y bonita, llena de posibilidades… Y lo que es importante: en ella viven las personas que más quiero, aparte de las dos grandes excepciones, por supuesto. Lo que significa que no sé si quiero volver.

Ivan está trabajando en el hospital central como cirujano. Poco a poco va recuperando la movilidad de la pierna, y aunque no parece con la intención de rehacer su vida, no lo veo deprimido por haberse abrazado a la soledad. Quedamos a menudo para charlar, como antes de todo, y me alegra ver en él a la persona que siempre supe que tendría a mi lado. Últimamente nos vemos mucho más porque ha decidido colar a la madre de Jacqueline en su lista de operaciones pendientes. No podría estar en en mejores manos.

En cuanto a Jacqueline…

—Me encanta este sitio —comenta, mirando a su alrededor con una sonrisa melancólica—. Creo que no hay parisino que pueda resistirse a un café dentro de la Torre Eiffel.

—Yo creo que sí. Hay muchos parisinos que no quieren gastarse un dineral por un té de no muy buena calidad.

—Bueno, eso es verdad —ríe sin ganas, meneando la cucharilla dentro de la taza—. Yo solo vengo cuando tengo mucho en lo que pensar. Un poco tonto, ¿no? Venir a una cafetería que siempre está llena y en la que hace un ruido horrible…

—¿En qué tienes que pensar?

—En lo mucho que han cambiado nuestras vidas en cuestión de un año, o año y medio —responde, apoyando el codo en la mesa y reposando la mejilla. Agarra la manga con los dedos para que no la roce el frío de invierno—. Hace dos años, tenía una vida muy tranquila. Iba a la floristería de lunes a viernes; los jueves, Claude venía a pasar el rato conmigo. Mi madre estaba ahí para ayudarme con cualquier cosa, y mi hermana me contagiaba su despreocupación. Todas estábamos juntas y unidas, y mi único problema era que Claude tardaba demasiado en pedirme matrimonio. Y ahora… —Desvía la mirada hacia las vistas—. No quiero ir a trabajar porque no están ni mi madre, ni mi hermana. Mi madre porque está enferma, y mi hermana porque no puede dejarla sola. Claude y yo no estamos en nuestro mejor momento, pese a estar casados, y… Katia me odia y probablemente lo haga para siempre.

Espero un segundo a que añada algo más sobre el bebé, pero no lo hace. E imagino por qué. No es su tema preferido… Y el mío, tampoco.

—¿Por qué no subimos hasta arriba? —propone de repente, medio sonriendo—. Hoy hace un día muy bonito, y quiero hacer una foto del paisaje para enseñársela a mi madre.

No tengo muchas ganas de hacerlo, pero no puedo negarle nada, y menos sabiendo que está sufriendo. ¿Sinceramente? Puede que se lo haya buscado. Pero entre vosotros y yo… ¿Quién no se ha equivocado una vez? Y en este caso, creo que Jacques no se equivocó engañando a su marido, sino que su error fue elegir a Claude desde el principio. Quién sabe por qué lo hizo. Quién sabe lo que hay en su cabeza… No existe una persona ni la mitad de extraña y hermética que Jacqueline, y que se le dé tan bien fingir ser todo lo opuesto.

Lulú es la más expresiva, yo la más sincera, Katia la más directa, Lana la más dramática y Nina la más cruel… Todas tenemos la honestidad en nuestras manifestaciones. Pero, ¿y ella? ¿Qué es ella?

Jacqueline ha sido siempre la amiga perfecta, la novia perfecta, la dependienta perfecta, la mujer perfecta… Hasta que pasó aquello, tirando de una manta que nadie sabía que estaba ahí. ¿Vosotros os habéis enterado de qué pasa con ella, de por qué lo hizo cuando no estaba en su naturaleza, de qué es lo que escondía…? Porque a día de hoy, sigo sin saberlo. No sé qué significa exactamente Marcel para ella, ni lo que es Claude.

En definitiva, para mí es un misterio. Pero la quiero, del mismo modo que quiero a las demás. La quiero, aunque sea… ¿Cómo la llamaba? ¿Mi amiga la adúltera? En fin, pese a ser lo que sea, la protegeré haga lo que haga. Porque lo importante en todo esto es no hacer daño gratuitamente, y sé, en el fondo de mi corazón, que ella nunca ha herido a nadie adrede. De hecho, sospecho que ella ha sido herida mucho más de lo que merece, y tengo un claro ejemplo. Un ejemplo visual que acaba de quedar a la vista, cuando deja de agarrarse la manga y veo en su muñeca una marca de abuso.

—¿Jacques? —la llamo, frenando a medio camino. Ella se da la vuelta y me sonríe con dulzura—. Jacqueline… ¿Qué está pasando?

—Nada —contesta, encogiendo un hombro. Pero se pone nerviosa cuando ve que clavo los ojos en ese punto concreto de su brazo. Abro la boca para replicar, y ella, en lugar de sincerarse, me corta. Se vuelve a bajar la manga rápidamente—. Adrienne, estoy bien. Si no estuviera bien, te lo habría dicho. Lo juro.

—Pero…

—Solo… Déjalo pasar. Es una tontería, de verdad —insiste, frotándose la muñeca—. Ven, vamos a ver el atardecer.

Sin tenerlas todas conmigo, la sigo en su camino hasta la última planta de acceso de la Torre Eiffel. En efecto, el atardecer es maravilloso, pero no puedo concentrarme en la belleza de la naturaleza cuando Jacques tiene que forzar una sonrisa para calmar los ánimos.

—Soy feliz —repite, cogiéndome la mano. El sol le acaricia las mejillas, haciéndola ver como un ángel—. Todo lo que puedo serlo ahora mismo. No te preocupes por mí. Siempre he sabido buscarme la vida. Y ahora… —Se aparta un poco y señala la puerta —. Me voy para que podáis hablar.

—¿Para que podamos…? ¿Quiénes? Jacques, esto no va a quedar así…

Mi voz se extingue en cuanto me cruzo con unos brillantes ojos verdes. Aún estoy demasiado sorprendida por lo que he visto en la piel de mi amiga, y por eso el shock está a punto de tirarme al suelo al reconocer a Leon. Avanza hacia mí, tranquilo y seguro de sí mismo. Y es ahora, al tenerlo de frente, cuando reparo en lo muchísimo que lo he echado de menos.

—¿Qué haces aquí? —murmuro, buscando a Jacques a mi alrededor.

Nada; se ha esfumado.

—Te dije que vendría a por ti si no volvías.

—Tres meses… Solo han pasado dos y quince días.

—Y tres horas —añade, consultando su reloj de pulsera. Eleva la barbilla para mirarme, orgulloso—. Que lleves la cuenta como yo es esperanzador.

—Leon…

Nada más que añadir. Antes de ver cómo su expresión muda a una de preocupación, reduzco el espacio entre los dos y me abrazo a él plantándole un beso en los labios. Leon reacciona tan rápido que me parece asombroso estar envuelta entre sus brazos en un instante. Su boca me toma con la pasión contenida de meses, y como siempre que está cerca, mis rodillas flácidas amenazan con ceder.

—¿Por qué has venido ahora? —pregunto, alterada. Me agarro la coleta para que el viento no haga de las suyas. En la parte transitable más alta de la Torre Eiffel no hace precisamente buen tiempo.

—Me parecía importante que supieras… —Mete la mano el bolsillo trasero del pantalón y saca… ¿Un paquete de toallitas?—, que en el hotel ya disponemos, oficialmente, de toallitas con pH. Estupendas para no matar a ningún alérgico a la neomicina.

Lo cojo sin saber si echarme a reír.

—Toallitas con pH… La clave para llegar al corazón de una mujer.

—Imaginaba que no sería suficiente, así que… —Vuelve a llevarse la mano al bolsillo trasero, sacando lo que parecen dos billetes de vuelo—, he traído conmigo un viaje a Auschwitz. La barbarie a lo grande, para que no puedas quejarte de no haberla conocido en todo su esplendor.

Puede que ahora me haya reído un poco.

—Cámaras de gas… Un sueño hecho realidad.

—Y por último… —Esta vez mete las manos en los bolsillos delanteros del vaquero, y saca dos amasijos de tela. Uno es gris, con un pompón medio raído en la punta; otros es blanco y parece nuevo—. He venido en calidad de fantasma de la vida pasada —Levanta el gorro que me resulta muy familiar—, y la vida futura.

Me enseña el nuevo, sin apartar los ojos de mí.

—Creía que no te gustaba mi gorro.

Se pone un dedo en los labios, haciéndome callar.

—Normalmente preferimos lo que ya conocemos. ¿No hay un refrán sobre eso? «Más vale malo conocido, que bueno por conocer» —empieza, jugando con el pompón —. El ser humano es un animal de costumbres. Eventualmente acabará viviendo en un infierno, o en el limbo, si esa es la opción menos difícil. Si eso conlleva afrontar muchos menos problemas. El pasado siempre nos acompaña en el presente, forma parte de nosotros: ¿te acuerdas de Ortega y Gasset? Yo soy yo, y mis circunstancias. Y a veces, esas circunstancias se repiten en el futuro porque en lugar de llevar nuestros recuerdos en mente, los anudamos al corazón. Esto es lo que conoces, y no te sienta mal. —Se acerca a mí y me pone el gorro que me regaló Ivan—. Me enamoré de ti siendo un fantasma de lo que fuiste. Pero…

»Un gorro viejo puede perder su eficacia, igual que ser feliz aferrándote a algo que ya no eres. Este gorro… puede presentar agujeros, rotos, pelotillas por los lavados… Ya no te lo pones, y no ya por estética, sino porque el frío te sigue aguijoneando aunque lo lleves. Su función ha desaparecido. Ahora solo es una sombra de lo que fue. Y ante esto, ¿qué puedes hacer? —Levanta el gorro nuevo—. Seguir adelante e ir a por otro. Va a doler dejar atrás esa costumbre de jugar con el pompón cuando estás distraída; va a ser doloroso superar a la gente que veías cuando lo llevabas, asumir que ya no tiene el mismo color. Pero puedes hacerlo. No tienes que reemplazarlo. Ahora… Es posible que ganes mucho más si los vas alternando, si te quedas con lo bueno de ambos.

»Sé que te va a costar olvidar que te mentí, y no creas que no tengo presente que Ivan no lo hacía nunca. No desconfío de lo que sientes por mí y sé que Ivan no es el problema… Pero no tienes que temer amarme, ni siquiera en caso de irme. Las personas somos una prenda de ropa, un gorro; llévanos contigo hasta que dejemos de abrigarte, y cuando ya no te hagamos feliz o al menos te quitemos el frío, cuando ya no estemos para cumplir con la función por la que existimos, olvídanos. Pero mientras podamos darte calor… Mientras *pueda* hacerlo, *liebe*, no me apartes. No te vayas.

»Ahora que puedo, sé que quiero y deseo hacerlo, pretendo acompañarte allá donde vayas, en cualquier sentido. Hacerte reír, gritar, llorar de felicidad… Puedo cumplir esa promesa; lo he hecho. Mi único objetivo para contigo es hacer de tu vida una montaña rusa de emociones, porque ya te has protegido demasiadas veces del calor humano. —Señala lo que llevo en la cabeza—. Ahora es mi turno de intentar alegrarte el corazón. Depende de lo que prefieras, si tu apacible tranquilidad o esta atracción de feria traicionera que soy yo.

Se acerca a mí y me coge de las manos para abrir la tapa de la cajita de toallitas. Dentro no hay ni una sola: está rellena de un forro de terciopelo, en el centro del cual brilla un anillo sencillo.

—Querías una pedida típica en la Torre Eiffel —explica, elevando mi estupefacción a un nivel no verificado por la ciencia—. Y yo quería vivir una sola vez antes de irme. Tú eres esa vida, Adrienne Saetre: me diste paz cuando tenía miedo, me enseñaste a temer de verdad cuando pensaba en perderte y al saber que te perdería, aprendí a quererte incluso en la muerte. Antes de ti no podía imaginar una vida. Después de ti, sigo sin poder imaginarla, pero solo si no estás conmigo.

Una violenta ráfaga de aire se lleva mi gorro, haciéndolo volar unos cuantos metros a mi espalda antes de caer por el centro de la torre. Leon no se mueve, y yo, pese a mi grandiosa estupefacción, sonrío de oreja a oreja.

—Parece que alguien ha decidido por mí —murmuro, acercándome a él.

Le quito la prenda sin estrenar de las manos y me lo calo en profundidad para que no se mueva. Para que nada ni nadie me lo quite. Para que no se vaya… Nunca.

Levanto la barbilla con orgullo y lo miro a los ojos.

—¿Por qué crees que me dejé el gorro en Múnich?

EPÍLOGO

—¡Qué puta pasada! ¡Y dices que todo esto es tuyo!

Nina es la única que ha tenido el valor de exteriorizarlo, mientras que Katia, Jacques, Lulú y Lana solo miran a su alrededor absurdamente impresionadas. El adjetivo es, en realidad, para restarle un poco de importancia… Pero entre vosotros y yo, la tiene. Los laboratorios erigidos en la vieja y destartalada instalación donde solía trabajar no son moco de pavo. Lo que son, es…

—Están a mi nombre, así que sí, me pertenece. Pero no me gusta decirlo en voz alta. No me he gastado un euro para levantar esto y me sienta francamente mal que me recordéis que esto…

—…lo ha hecho Prince Charming por amor —concluye Lana, girando la cabeza hacia todas partes. Lleva uno de los veinte pares de gafas de sol que se ha comprado; según ella, ser invidente es la excusa perfecta para invertir en*Ray-Ban*.

—Ese hombre se ha ganado una plaza en el cielo —sonríe Lulú, observándolo todo maravillada.

—Tiene otra en mi cama, si quiere —comenta Katia en tono jocoso.

Eso va a ser legalmente imposible.

Bueno, si quiere ponerme los cuernos, puede hacerlo; pero no se lo recomendaría, porque en un divorcio podría salir peor parado que yo. Pero olvidemos todo este pesimismo para hablar de lo importante, que es que Leon y yo nos casamos ayer.

Sí, ayer. Estuvimos cinco años prometidos por capricho mío, una pequeña venganza por su «mentira piadosa» y, por supuesto, una prueba determinante para saber si podría esperar por mí más de dos llamadas y tres mensajes de texto. Lo hizo. Mil ochocientos veintisiete días después de la pedida de mano en la Torre Eiffel, soy oficialmente Adrienne Dresner. Una interesante aliteración de «d» y «r» que es la nueva burla entre mis amigas.

—*Adrrrienne Drrrresner* —fuerza Nina—, ¿dónde está el baño?

—Agnes, ¿puedes llevar a mi adorable troupe de vaginas al servicio?

Agnes es mi eficiente ayudante. No me habla de zapatos de tacón, ni de su fracasos amorosos, ni utiliza su iPad como fuente primaria de información sobre los más ricos según la revista *Forbes*, pero es buena en su trabajo. Es justicia poética: Agnes es aburrida y excelente para lo suyo. Lana es muy buena amiga y era horrible soportando mis horarios intempestivos. Ahora somos todos felices. Ella la primera, habiendo encontrado un hombre en su centro de rehabilitación que, según comenta, «tiene voz de tenerla enorme».

Lulú se casó con Gael hace dos años. Que no os sorprenda que a la salida se ponga a repartiros pegatinas con su nombre y su nuevo apellido; le parece que Lucille Romano es el conjunto de sílabas más maravilloso existente.

Allá ella.

Katia ha estado yendo y viniendo de París a Madrid, de Madrid a Granada, y de Granada a Lyon. Se ha convertido a la vida nómada, que no sé cómo diablos se financia, y no parece especialmente contenta con ello, pero tampoco deja que le pregunte y ya es un gran avance que esté aquí y haya perdonado a Jacqueline. No voy a forzarla a hablar cuando aún tengo miedo de que todo esto vuelva a torcerse.

Nina y Axel son el claro ejemplo de que algunas cosas son inmutables, sin importar cuánto tiempo pase. Siguen trabajando a lo suyo y siguen sin creer en la monogamia. Ivan, en cambio, representa la superación: ha recuperado la movilidad integral del brazo y se ha casado con una mujer a la que considera el amor de su vida.

Jacqueline, tal y como me prometió, ha conseguido ser feliz. Se ha puesto de acuerdo con su corazón y con su cabeza, ha aceptado las consecuencias de sus actos, y sobre todo, ha conseguido perdonarse a sí misma. Le ha costado llantos amargos y noches en vela, muchas de ellas estando yo presente, pero por fin tiene lo que siempre ha querido. Amor, tranquilidad, y una niña preciosa.

—¿No puedes tomarte ni un día de descanso para estar con tus amigas?

Levanto la vista de mi libreta de cuentas, en la que en realidad no hay números sino más bien garabatos infantiles. Soles con gafas de sol y padres cogidos de la mano me saludan desde el papel.

—Las enfermedades terminales no descansan, señor Dresner.

Me apoyo en la mesa para recibir un casto beso en los labios. Se sienta frente a mí, tan tranquilo como en sus orígenes, y apoya la mejilla en la mano para empezar a señalar los utensilios con los que trabajo.

—Ya me lo imagino… ¿Qué es eso?

—Termómetro de mercurio. Sirve para cuando Dau tiene fiebre.

—¿Esto de aquí?

—Tubos de ensayo. A Dau le encanta llenarlos de babas y luego examinarlas con verdadero interés. Creo que piensa que tiene algún tipo de hepatitis.

Leon sonríe con tanta ternura contenida que estoy a punto de derretirme. Su dedo apunta otro de mis preciados instrumentos.

—Mortero con mano. Dau es experta triturando ahí los pétalos de las pobres flores

que arranca. Luego me obliga a comérmelo, claro.

—Y esto es…

—Ese es el chupete que le compró su padre en un arrebato inspirador. Ni siquiera le gustan los *Looney Toons*, pero le pareció apropiado que Lola Bunny saliera guiñando un ojo.

La sonrisa de Leon se ensancha de manera encantadora.

—Parece que un demonio de cuatro años ha decidido convertir el laboratorio de su madre en su pequeña guarida personal. Venía pensando que en cuanto nos descuidemos, hará explotar este sitio… y puede que toda la ciudad.

Parece mentira que mi hija haya manifestado una inquietante tendencia a revolverlo todo y a rebelarse contra cualquier cosa que no le guste. Después de conocer a la tranquila madre de Leon y saber por la boca del mismo que su padre era un hombre que detestaba las emociones fuertes, he terminado por concluir que ha heredado la locura de su abuelo materno. Es decir… Del hombre que donó semen a un banco de esperma para ganarse unos euros extra; ese que seguramente mintió en el currículum y en el fondo presentaba una interesante locura transitoria.

—Me gusta verlo por el lado bueno; en el futuro, puede que no muy próximo, se interesará de verdad en estas cosas.

—No, no lo hará; el otro día le hablé del comportamiento anómalo del agua, y prefirió mi tesis sobre las anomalías del amor.

—Eso es porque te quiere más a ti que a mí.

—Es lógico. Le pusiste el nombre de un campo de concentración nazi.

—Dachau suena muy bonito, y tiene historia propia.

Leon rodea la mesa, aparentemente divertido, y me rodea la cintura con un brazo.

—*Ich bin por froh dass es dich gibt* —susurra, antes de besarme muy despacio. No puedo contener una sonrisa de emoción, que se acentúa cuando le pregunto qué acaba de decir—. Solo comentaba que hoy te toca fregar los platos.

Ya… Y también que se alegra de que exista. ¿Qué se cree este idiota? ¿Que no iba a aprender alemán en cinco años para descifrar sus cursiladas?

Por favor, sé que siempre llevaré la etiqueta de «señorita Non», y que algunos me siguen llamando «frasco de hiel», pero me gusta derretirme cuando me dice tonterías como esa… Y no podría hacerlo sin un B2 de alemán, porque el hombre no está programado para declararse en francés.

—Mm… —cabeceo, colgándome de su cuello—. ¿Y qué más?

—*Ich mag deinen Duft*… —susurra, besándome el cuello. «Me encanta tu olor»—, *Du bist das schönste Mädchen der Welt*… —«Eres la mujer más bella del mundo»—. *Ich will dich… Ich möchte mit dir schlafen*. —«Te deseo; quiero hacerte el amor».

Me levanta el dobladillo de la camiseta, empujándome con las manos hacia la puerta próxima.

—Leon… ¿Aquí?

—Sí, aquí. Después del parque, el pasillo, la playa y el baño público, ¿qué es tu lugar de trabajo? Nada… *Gehen wir ins Bett*.

Ahora ha dicho que nos vayamos a la cama. ¿Sabéis? Es divertidísimo saber lo que dice en todo momento y que él piense que no tengo ni idea.

Podría sorprenderle, o contarle todo lo que he aprendido, pero entonces… ¿Dónde estaría la magia de escuchar su respuesta?

Sonrío, juguetona y lo miro con una ceja arriba.

—Y ahora, ¿qué has dicho?

—Que eres pésima escondiendo los recibos de tus clases clandestinas de alemán…

Maldición.

—…pero haré como si nada.

REFERENCIAS

[←1] *Veruca Salt*: es un personaje de la novela y película *Charlie en la Fábrica de Chocolate*, conocida por ser caprichosa y malcriada.

[←2] En la mitología griega, Príapo era un dios menor rústico que simbolizaba la fertilidad, y al que se le representaba con un gran falo permanentemente erecto.

[←3] *Rasputia* es el personaje femenino de la película de comedia *Norbit*. Interpreta un papel que la caricaturiza por estar desproporcionadamente gorda.

[←4] *Carleigh Fairchild* fue una de las supervivientes en la Patagonia durante la grabación de la serie *Solos*, que se retransmite en el Canal Historia.

[←5] *Eres tan dulce.*

[←6] *Mi amor / querida mía*

[←7] *Eres la casualidad más bonita que ha llegado a mi vida.*

[←8] *Eres lo que necesito*

[←9] *Eres lo que yo llamo «vida»*

[←10] El *dirndl* es un traje típico bávaro que consiste en un vestido con delantal y las telas bordadas tradicionales.

[←11] La *Hacker-Pschorr* es una de las marcas de cerveza que se permiten durante la celebración de las fiestas de octubre en Alemania (Oktoberfest).

[←12] *Por favor*, en danés.

[←13] *Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.*

[←14] *Eres todo cuanto amo.*

[←15] *Le das sentido a mi existencia.*

[←16] *Porque daría mi vida por estar siempre a tu lado.*

AGRADECIMIENTOS

Lo primero de todo, gracias a mi madre por haber hecho posible este libro sin siquiera saber de su existencia; por haberme dado el tiempo que necesitaba dedicarle, confiando en que lo invertiría en algo provechoso, y por no haberme gruñido (demasiado) al verme pegada al ordenador pensando… No sé en qué pensaría, pero, mamá: si alguna vez lees esto, ya ves que no estaba jugando a Los Sims.

Gracias, también, a mis amigos estudiosos de la rama científica, por contarme todas esas curiosidades que me encanta incluir entre mis páginas. Y a los que vienen de las letras como yo, también, por aguantar mis ataques de pánico, mis bajones, mis "y si no es tan bueno", y sobre todo, por no mosquearse cuando los he dejado tirados para aporrear un poco más el teclado (que nadie siga mi ejemplo).

Pero como siempre, hago la gran ovación en honor a mis lectoras primarias, mis betas lloronas. Ya hay que tener paciencia para tragarse todo el proceso de creación sin quejarse… no mucho, al menos.

Y para acabar, gracias a ti. Sí, a ti, que estás leyendo esto, por haberme dado una oportunidad. Por haber llegado al final. Incluso por estar tragándote esto. Te haya gustado el libro o quieras deshacerte en insultos hacia él, muchas, muchas gracias. Sobre todo si, ya sabes… No te deshaces en insultos al final.


Xzofrenick
"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".
Francis Bacon